Somos el último verano



Susanna Herrero

Somos el último verano

Susanna Herrero

© Susanna Herrero

2ª edición, mayo de 2024

Ilustración de portada e ilustración interior Álex y Adrián: Judit Mallol.

Resto de las ilustraciones interiores: Takudomguez.

Diseño de portada: Marien Fernández Sabariego.

Maquetación: Susanna Herrero.

Corrección: Érika Gael.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Prólogo 1
Prólogo 2
1. El verano en el que tenían seis años
2. El regreso al pueblo
3. Existe un tiempo y un espacio
4. El verano en el que tenían siete años
5. Hola, Cocoliso…, digo, vecino. Hola, vecino
6. El verano en el que tenían doce años
7. Encontrar mi voz
8. El verano en el que tenían trece años
9. (Re)conociendo el pueblo, a los pueblerinos y a Adrián Cabana…
10. El verano en el que tenían catorce años
11. ¿Como andar en bicicleta? Como andar en bicicleta, mis ovarios
12. El verano en el que tenían quince años
13. La locurita. Y yo, en medio. ¿Por qué y cómo? Todavía no lo entiendo
14. El invierno en el que tenían dieciséis años
15. San Juan, «beso, verdad o consecuencia» y el tequila
16. El verano en el que tenían diecisiete años
17. Y esta es la razón por la que yo no puedo beber alcohol…
18. El verano en el que tenían dieciocho años. Primera parte
19. ¿Me pongo de rodillas?
20. El verano en el que tenían dieciocho años. Segunda parte
21. El Titanic hundiéndose en mi estómago
22. El otoño en el que tenían dieciocho años y el verano en el que tenían diecinueve años
23. Surf Cabana
24. El verano en el que tenían veinte años
25. Michael Fassbender. Ciberseguridad
26. El invierno en el que tenían veintidós años
27. Creo que quería que me lo impidieras
28. El verano en el que tenían veintitrés años
29. En carne viva
30. Los botones volando por todas partes. ¿Y el despertar? Oh, el despertar
31. ¿Qué preferirías…?
32. Verano
33. Antes de la regata, la regata y… después de la regata
34. ¿Dónde están Hugo y Adrián?
35. No pienso permitir que te ocurra nada malo
36. Tengo miedo
37. Tengo mucho miedo
38. Pi. Pi. Pi

Cuatro meses después
39. Revolución

Epílogo 1
Epílogo 2

Contenido extra: una conversación telefónica y varios grupos paralelos Cabana que no habíamos visto
Más contenido extra: habla la madre de los Cabana

Y más contenido extra: lo que no hemos visto de la historia de Julen y Jaime (continuación El último minuto de nuestras vidas)
Agradecimientos
Acerca del Autor
Otras obras de Susanna Herrero

Para vosotros, mis Cabana.
Porque me habéis cambiado la vida.

Somos el último verano

Cuando ella cree haber dejado atrás su pasado, pero al bajar de un avión y verse inundada por el calor del Mediterráneo y los recuerdos su corazón…
Bum.
Cuando él parece pasar de todo, pero la repentina e inesperada luz de una habitación se le clava en el pecho y…
Bum.
El fin de una era.

Prólogo 1

Y los meses fueron mudando; se sucedieron los unos a los otros y el verano llegó.

Había transcurrido un año y medio.

O mejor dicho:

Habían transcurrido dieciocho meses. Porque él había sentido en su piel, maltratada por los inclementes rayos del sol y la inmundicia, cada uno de ellos, y no estaba dispuesto a quitarles importancia; no quería llamarlo «año y medio». Cuando te privan de tu hogar, de tu familia, de tu dinero, de tu vida y de tu libertad, los minutos merecen hasta nombre propio.

Habían transcurrido dieciocho malditos meses.

Dieciocho malditos meses con un único pensamiento en la cabeza: regresar a casa. A su país. No había sido fácil: su rostro aparecía en todas partes. Tatuado en cada frontera. En cada pared. En la memoria de cada vigilante. Pero, al final, él había sido mucho más listo que todos ellos y estaba a punto de cruzar la línea. Una línea que no solo delimita fronteras: también el bien del mal.

Una vez del otro lado, buscaría venganza.

Venganza contra la persona que lo había desterrado a aquel lugar siniestro.

River Cabana.

Iría a por él.

A muerte.

Bosco Manrique regresaba a casa.

Prólogo 2

Adrián echó a correr a toda velocidad y cogió un atajo para llegar a la rotonda que marcaba la salida del pueblo. Solo escuchaba el golpeteo de su corazón y su respiración acelerada, junto con el traqueteo de sus pies en el asfalto.

«Corre más rápido. Debes correr más rápido si quieres alcanzarla».

Adrián no era un gran corredor, pero aquella mañana corrió más rápido que nunca. Aunque no lo suficientemente rápido. Llegó a la rotonda justo cuando el coche la abandonaba.

Gritó su nombre varias veces.

No sirvió de nada.

Adrián permaneció horas ahí parado, inmóvil, después de que el coche hubo desaparecido. Después de que pasaran por delante de sus ojos un montón de coches más, de todos los colores. Colores que él no vio.

Hasta que alguien le tomó la mano y lo llevó de vuelta a casa. Era Priscila. Fueron directos a la habitación de ella, donde los interceptó Hugo. Hugo… Hugo no tenía ni idea de lo sucedido entre su hermano pequeño y ella. Pero Adri explotó. Tuvo que soltarlo todo. Después, sintió unas ganas irrefrenables de pintar, lo que fuera, pero necesitaba pintar. El problema fue que todo se le quedaba pequeño para lo que él quería expresar. No había láminas lo bastante grandes. Entonces se fijó en las paredes de su dormitorio.

Era un plan perfecto.

Empezaría por las de Priscila.

Capítulo 1

El verano en el que tenían seis años

En un pueblo alicantino…

A la tierna edad de seis años, Adrián recordaba muchas cosas. Recordaba el bocata de Nocilla que había merendado aquella tarde. Recordaba al niño que acababa de llegar al vecindario, a la casa frente a la suya. Recordaba el batacazo que se había dado Priscila al intentar subir a la encimera para alcanzar la tableta de chocolate que su madre escondía en las alturas. Recordaba el último dibujo que había pintado, tumbado en el suelo, en el folio en blanco que su padre le había prestado. Recordaba la letra de la última canción que había sonado en la radio; decía algo así como: «Si no te conociera, si no fuera por tu amor, no sabría el corazón lo hermoso que es vivir» y formaba parte de la banda sonora de la primera película que Adrián había visto en el cine: *Pocahontas*. Y recordaba que, pocos días atrás, le había hablado a su hermana sobre vivir la vida en colores: rosa, morado, verde, rojo, azul, naranja, amarillo… Solo había que dejarlos entrar y ellos se mostrarían cuando menos lo esperara. Priscila lo había creído a pies juntillas.

Álex recordaba el bocata de mortadela y chorizo pamplona que había merendado aquella tarde: era su favorito. Recordaba la mancha que había dejado el zumo de naranja en el mantel y cómo le había echado la culpa al gato de los vecinos: siempre merodeaba por allí. Recordaba al último en llegar al vecindario; su madre le había contado que compartían nombre. Recordaba haber llegado a la piscina de la urbanización más tarde que los de la casa de al lado: no importaba lo temprano que ella se despertara, ellos siempre llegaban antes. Recordaba la música que había sonado a todo volumen en la radio de los Cabana. Y su aroma a chocolate. Recordaba la capa de color morado que envolvía a una de las protagonistas de la serie de dibujos animados que acababa de ver, y lo mucho que le había gustado; quería una para ella. Quería salvar el mundo. Desde que tenía uso de razón, Álex quería salvar el mundo. Quería ser como su padre.

Adrián y Álex tenían algo en común:

Ni Adrián recordaba cómo o cuándo había conocido a Álex ni Álex recordaba cómo o cuándo había conocido a Adrián.

Ellos siempre habían estado ahí. Ambos. En la vida del otro.

Como el mes de junio, que da comienzo al verano.

Como esa pelota en el trastero, de color azul, con la palabra Nivea serigrafiada en blanco.

Como las hamacas en torno a la piscina de la urbanización.

Como la arena de la playa, que se les adhería a los pies y no los abandonaba hasta que entraban en la bañera.

Como el mar en el que se bañaban y jugaban cada verano.

Como el cielo, despejado e inalcanzable, por más que levantaran sus brazos todo lo que daban de sí, sobre sus cabezas.

Como las estrellas en la noche. Estrellas que Adrián siempre pintaba de color blanco y que Álex emborronaba de amarillo.

Ellos siempre habían estado ahí. Ventana contra ventana. Una enfrente de la otra. A la misma altura. A no más de tres metros de distancia entre sí.

Capítulo 2

El regreso al pueblo

ÁLEX

8 de junio

If everybody had an ocean.
Across the USA.

La música de los Beach Boys que suena a toda potencia en mis auriculares debe de escucharla hasta el piloto en su cabina mientras se abre paso por la pista de despegue; mi voz interior es mucho más enérgica, sin embargo.

«Bueno. Relájate, Álex. ¡Relájate!».

Tengo miedo a volar. Mierda, quiero decir: no tengo miedo a volar. Por supuesto que no tengo miedo a volar. Es solo que no me gusta. Hay personas a las que no les gusta que una tarántula gigante y peluda corretee por su cuerpo (tiqui tiqui tiqui); otras que no son amigas de la idea de nadar entre tiburones devoradores de asustadiza carne humana. A mí no me apasiona volar. Además, «lo más peligroso del avión es ir, de noche, al aeropuerto en coche».

Mi muslo izquierdo se sacude en el asiento una y otra vez, desenfrenado, y mi cabeza rebota contra el reposacabezas al tiempo que cierro los ojos con fuerza en cuanto el avión se eleva en el aire. Bien. Ya no hay vuelta atrás. Ya no puedo salir de aquí. Menos mal que no me ha tocado ventanilla. No entiendo el entusiasmo de la gente por contemplar cómo despegamos y ganamos altura. Y menos si es de noche, como ahora. Panda de pirados. Aunque es cierto que el chico sentado a mi derecha no ha desviado la mirada en ningún momento hacia el minúsculo cristal; se lo ve muy concentrado en el móvil. Parece seguir una serie o una película. Nos hemos cruzado en el pasillo; me ha ayudado a subir la maleta de mano al compartimento, se ha sentado en su asiento junto a la ventana, ha cogido el móvil y adiós, compañero. No sé. Me hubiera gustado un poquito de charla insustancial antes de ponernos cada uno a lo nuestro. En fin:

Hora estimada de llegada: ¿en cuarenta y cinco minutos, y bajando? Después de un vuelo Nueva York-Madrid de más de siete horas, esto es pan comido. Curioso el hecho de que los vuelos cortos me apasionen menos que los largos, pero no voy a buscar un razonamiento. Estoy muy a gusto, y mi pierna ha bajado las revoluciones. Entonces mi reproductor de música decide cambiar de canción, así, a su libre albedrío…

Don't worry baby.
Everything will turn out alright.
Don't worry baby.

¡Venga ya! Que yo me he puesto la recopilación completa de los Beach Boys para venirme arriba, o para mimetizarme con mi pueblo natal. Cualquiera de las dos opciones me sirve.

He estado fuera doce años. Casi la mitad de mi vida. En ocasiones tengo la sensación de que el pueblo alicantino donde nací y donde me crie hasta los dieciocho no es mi pueblo natal. O de que ni siquiera existe. Ha quedado demasiado atrás en mi vida, demasiado lejos. Tan lejos como un planeta inhóspito de una galaxia aún más inhóspita, del que te preguntas: ¿acaso existe? Siento como si solo hubiera vivido en la Gran Manzana. Pero de repente alguien me pregunta cómo es el Mediterráneo y, aunque mi respuesta es siempre la misma —«húmedo y caluroso»—, en realidad pienso: como yo. El Mediterráneo es como yo porque yo soy Mediterráneo. Porque el Mediterráneo no es un mar ni un lugar. Es una identidad. Y, al instante, una sucesión infinita de ecos y sensaciones se adueñan de mi piel y de mi mente. Ecos y sensaciones que no entiendo de dónde vienen después de tanto tiempo. Quizá…

¿Imaginaciones? No. No lo creo.

El sonido del mar. La suavidad de la arena bajo mi cuerpo. El olor de aquel protector solar que no he vuelto a inhalar. La perseverancia de mi madre para que me secara con los rayos del sol en lugar de con la toalla. El golpe de frescor al zambullirme de cabeza en la piscina de la urbanización. Los helados a todas horas. Las salidas nocturnas. Las hogueras de San Juan. La tormentas inesperadas que te empapan de pies a cabeza, y el aroma a tierra mojada que dejan detrás. El color oscuro del mar cuando llueve. El guiño del ojo a causa del sol en el rostro. Las viseras. La sal en la boca y en el resto del cuerpo. Las carreras de bicis. La vela. Oh, la vela. Navegar. El pueblo vacío en invierno.

Carcajadas a mandíbula abierta. Los juegos. El escondite. El conejo de la suerte. El chorro-morro-pico-tallo-qué. Las canicas. La música. De todos los olores y sabores: *Wonderwall*, *La flaca, Don’t speak, A Dios le pido.*… y mucho Duncan Dhu.

Primeras veces. Esas las consumí casi todas en el pueblo. Y tampoco las he olvidado. Imposible hacerlo. Podemos sumar millones de experiencias sobre un mismo hecho a lo largo de nuestra vida, pero las primeras veces…, esas permanecerán para siempre en nosotros. La primera vez que monté en avión (tenía que poner ese ejemplo en primer lugar, por supuesto). La primera vez que monté en bici sin ruedines. La primera brecha con puntos (consecuencia de lo anterior). La primera vez que navegué sin instructor. La primera noche que dormí fuera de casa. La primera vez que me desnudé delante de alguien. La primera vez que *ese alguien* exploró mi cuerpo. El primer orgasmo provocado por *ese alguien* (de nuevo, consecuencia de lo anterior). La PRIMERA VEZ. Los primeros besos. Oh, los primeros besos. Hay besos memorables. Yo tengo cinco.

La voz de la azafata, que nos informa de que en unos minutos comenzaremos el descenso, me saca de mi loco pero increíble pasado. ¿Ya hemos llegado? Guau.

Echo un vistazo a mi vecino, el de la ventana, que continúa sin apartar la vista del móvil. ¿Qué estará viendo? Ahora me pica la curiosidad. Estiro un poco el cuello, con disimulo, pero soy incapaz de distinguir nada.

Retiro la mirada y me concentro en lo mío. Que no es poco.

Siento de pronto en las tripas los bamboleos del avión que desciende, como cuerdas de guitarra que estallan por doquier. No es una sensación agradable. Por si había alguna duda.

—Iniciamos el descenso. Vuelvan a sus asientos, desconecten los aparatos electrónicos de mayor tamaño y abróchense los cinturones, por favor.

Como si me lo hubiera quitado.

Espera. ¿No habíamos comenzado el descenso? ¿Y qué es lo que he sentido yo en las tripas, entonces?

Prefiero no pensarlo.

Mi vecino continúa en la misma posición e igual de concentrado. Ni se mueve el tío. Me pregunto si es un elemento decorativo del avión para tranquilizar a aquellos que se pongan nerviosos (que, así, a simple vista, no parece haber nadie). El chico, como elemento decorativo, me refiero. No el cinturón. El cinturón, sin ninguna duda, nos salvaría de una muerte segura en caso de que se estrellara el avión contra una montaña o contra el suelo.

Noto cada pie del descenso. Cada pie.

Tomo aire.

Otra vez.

Y otra vez. Hasta que vislumbro a través de la ventanilla las luces de la ciudad. Vamos a tomar tierra. Por fin. Pero, entonces, cuando calculo que no quedan más de veinte pies, el morro del avión sale disparado hacia arriba y, antes de que el corazón se me baje de la garganta y regrese a su lugar, estamos en medio del cielo oscurecido, de nuevo. Pero ¿qué ha pasado? Me quito los auriculares al instante.

El silencio que, supongo, reinaba en el avión ha sido sustituido por una cacofonía de murmullos, plegarias y gritos que proceden de todas partes. Lo primero que hago es mirar a mi compañero en busca de respuestas, de apoyo moral, o de su mano para morir juntos, no lo sé, pero él continúa sin moverse. ¡Continúa sin moverse! PERO ¡QUÉ COÑO ESTÁ VIENDO EN ESE MÓVIL, POR DIOS!

Ni la azafata ni el comandante nos explican nada, y, dado que sobrevolamos el aeropuerto sin aparente riesgo de muerte inminente, la gente silencia los murmullos, las plegarias y los gritos y comienza a especular.

—Yo creo que ha sido un animal en la pista —dicen por ahí—. *El avión ha tenido que subir de nuevo para no atropellarlo.*

—Una ardilla, tal vez.

—O un grupo de ardillas.

—Un ciervo.

—O un jabalí.

¿Un jabalí en el aeropuerto de Alicante? Madre mía.

—Tal vez haya sido a causa de la niebla.

Ojeo de nuevo por la ventanilla. Yo no distingo nada, aunque es cierto que poco se ve… Y ahí sigue mi vecino. Inmutable. Ya no puedo callarme.

—Pero ¿¿qué demonios estás viendo?? —le pregunto—. ¿Porno?

Por supuesto, ni me contesta. Bueno, no es que ni me conteste, es que ni me advierte. Y es tal mi concentración, intentando controlar mis nervios, que no me entero del siguiente mensaje del comandante. Solo sé que descendemos de nuevo. Nunca había tenido tantas ganas de apearme de un maldito avión. Tanto es así que me paso por el forro la educación por la que han pagado mis padres y, en cuanto tocamos tierra y el avión se detiene, me levanto antes que nadie y me cuelo hacia la salida por delante de los ocupantes de los asientos delanteros. Y eso que me había tocado del centro para atrás.

Tampoco me despido de la tripulación. Me encamino a la zona de recogida de equipajes y…

Mierda. El equipaje de mano. Genial. Regreso sobre mis pasos y colisiono con los pasajeros que salen, muchos de ellos con cara de susto y algunos con carritos de bebés; espero a que bajen todos (¡todos! Y son un porrón. Pero ¡cuánta gente había en este avión!) para volver a entrar. Quince minutos después, aparece mi querido compañero de asiento con mi maleta en la mano y cara de sabelotodo.

—Es tuya, ¿no? —Me la ofrece—. Has salido como un Sputnik. Fiummm.

Movimiento de mano hacia el cielo incluido. Dios, no veo el momento de salir de aquí.

A pesar de que son más de las once de la noche, el golpe de calor media hora después, cuando salgo a la calle, me pilla por sorpresa. Había olvidado cómo se sentía estar en casa.

Estar en casa.

—¡Álex!

Busco en la oscuridad y enseguida diviso a mi madre, que corre hacia mí. Me abraza con fuerza; yo cierro los ojos. He sentido el abrazo desde antes de que llegara. Huele a mamá. Mi madre desprende un aroma muy característico. No sé si es por la colonia con que vaporiza toda su ropa, por el detergente que utiliza desde la época de Napoleón («¡la imaginación gobierna al mundo!») o por su propia piel, pero es un olor que jamás he encontrado en nadie más. Ni siquiera en papá.

—Vamos al coche, mi vida. —Me rodea la espalda y coge una de mis maletas con la otra mano—. No me puedo creer que estés aquí. Vamos a pasarlo genial.

—Colosal.

—¿Estás bien, Álex? —Mi madre se detiene en medio del aparcamiento y me mira a los ojos. Es extraño: acaba de aterrizar un avión lleno de pasajeros, pero estamos solas en la penumbra—. ¿Todo bien con papá? Este viaje tuyo tan repentino…

—Está todo bien, mamá. —Intento sonreír lo máximo posible, hasta donde ya no da más de sí la mandíbula—. Me apetecía desconectar del trabajo y venir al pueblo. Ha pasado mucho tiempo.

Demasiado.

—Ese trabajo tuyo… Pasas demasiadas horas en la oficina. No todo en la vida es trabajar, Álex. El trabajo es un medio para vivir, no al revés.

—Ya lo sé, es solo que tenemos mucha faena.

—¿Tengo que llamar a tu padre y decirle cuatro cosas?

Sonrío. Ahora, de verdad. Y reanudo la marcha.

—No, por favor. Cada uno en su esquina del *ring*. Además, papá lo está haciendo genial. Pero ser la hija de uno de los jefes es…

—Mucha presión —concluye mi madre por mí—. Tienes que demostrar a diario que has llegado por tu valía y no por tu apellido. Tienes que demostrar más que los demás.

Ahí está. Tan cierto como que estoy de regreso en el pueblo. Vértigo. Mi padre es abogado. Y le encanta. Eso es algo que también recuerdo desde que tengo uso de razón. A mí me apasionaba salvar el mundo, defender las causas perdidas (cuanto más perdidas, mejor) y hacer justicia. Era mi mayor sueño. Soñaba con ser como él, hacer algo que… contara. Hace doce años le surgió la oportunidad de asociarse con un bufete americano y la tomó. Ahora su apellido, *mi* apellido, está estampado en la pared y la gente le cede el paso por los pasillos.

—¿Podemos desconectar del trabajo, mamá? —Mi madre me observa con lupa durante unos segundos. Yo esbozo otra sonrisa de las mías, luminosa y almibarada; suele funcionar con la mayoría de los habitantes del planeta Tierra. Abrimos el maletero del coche y guardamos dentro mi equipaje—. Estoy de vacaciones.

—Tres meses. ¿Qué pacto has hecho con tu padre para conseguirlos?

—Le he ofrecido mis futuros vástagos. ¿Qué más?

Nos reímos y subimos al coche. Durante el trayecto, no hay ni un solo minuto de silencio. Mi madre quiere saberlo todo, a pesar de que hablamos cada semana por teléfono, y enlaza una pregunta con otra. «¿Y no hay ningún chico por ahí?» se lleva la palma. ¿No hay ningún chico por ahí que te obligue a salir de esa oficina? ¿No hay ningún chico por ahí que te ayude a decorar tu nuevo apartamento? ¡¿No hay ningún chico por ahí, Álex?! No hay ninguno y hay un montón. Yo la miro y le contesto a todo (no, no, no) hasta que me distraigo con algo. Con una figura majestuosa que emerge del mar. Brilla, a pesar de la oscuridad: el Peñón de mi pueblo. Mi estómago se contrae, y siento el corazón más vivo que nunca en mi pecho. Creo que los tambores de *Jumanji* se han adueñado de él.

Segunda rotonda a la derecha y… aquí estamos.

Bajamos del coche y aspiro el aroma antes de entrar en casa. Y otra vez el golpe de calor; no me aclimato. ¿Soy un reloj defectuoso que ha perdido sus manecillas? Tic, tic, tic. No parece complicado el movimiento, ¿verdad? Pues yo no me aclimato. Y ni siquiera llevo reloj; eso se lo dejo a los estigmatizados por las prisas que impone la sociedad actual. Estoy sudando. El resto… está todo igual. Exactamente igual. Mi casa amarilla. El canto de los grillos. El cielo cuajado de estrellas. Venus.

Enfilo el camino hacia la puerta sin mirar alrededor. Todavía no quiero mirar alrededor. Entro en casa y subo las escaleras hacia mi antigua habitación. Mi madre me concede mi espacio; sabe que necesito reencontrarme con mi pasado. Un pasado incierto. Los muebles de color azul: la diminuta cama; el armario, lleno de ropa de mi adolescencia (no era yo hortera ni nada); la cómoda repleta de fotos y trofeos de vela. La lámpara con forma de globo aerostático, los pósteres de mis grupos musicales favoritos, los libros de poesía… Todo permanece en su lugar. Todo lo material, al menos. Pero ¿y el resto de mi pasado? Vamos a comprobarlo, que aquí hemos venido a jugar.

Aún en penumbra, me aproximo a la ventana; es una de esas ventanas/puertas acristaladas que van del suelo al techo, con una balaustrada a media altura en el exterior y la abro. Levanto la cabeza, miro y…

Y ahí está mi pasado en su mesa de trabajo. Lo reconozco a pesar de que el dormitorio está apenas iluminado por el flexo del tablero y a pesar de que él se encuentra de espaldas. La mesa ya no mira hacia mi ventana; está contra la pared. Eso es nuevo.

Vuelvo sobre mis pensamientos: «La primera noche que dormí fuera de casa. La primera vez que me desnudé delante de alguien. La primera vez que *ese alguien* exploró mi cuerpo. El primer orgasmo provocado por *ese alguien*. La PRIMERA VEZ. Los primeros besos. Oh, los primeros besos. Hay besos memorables. Yo tengo cinco. Y uno de ellos, la «a», es el primero».

¿Alguien? Por supuesto que *ese alguien* tiene nombre y apellido:

Adrián Cabana.

Enciendo la luz de mi dormitorio y aguardo, con medio cuerpo apoyado en el marco de la ventana y los brazos cruzados en el pecho.

He vuelto, Cocoliso.

Capítulo 3

Existe un tiempo y un espacio

ADRIÁN

Mi familia dice que, cuando dibujo, me olvido de que existe un tiempo y un espacio. Que podría desatarse un tsunami a mi alrededor, un terremoto o incluso otro Big Bang que acabase con el planeta, y yo no me inmutaría.

Es cierto que River la lio a lo bestia con sus ordenadores cuando tenía veintidós años y que yo no me enteré de la tremenda bronca (con amenaza de desheredarlo incluida) que se ganó por parte de mis padres. Ni que dejó sin luz al vecindario durante más de media hora.

Es cierto que Marc organizó un fiestón en casa un fin de semana, el primer fin de semana que nuestros padres nos dejaron solos «bajo su responsabilidad y la de Riv», y que yo no reparé en que la policía clausuró el asunto, que obviamente se les había ido de las manos a mis hermanos y compañía.

Tampoco advertí cuando Hugo alojó en casa una jauría de animales abandonados, que comenzaron a pulverizar muebles y enseres en cuestión de segundos. Debieron de pasar por mi dormitorio en plan estampida de elefantes. Mi familia, digo.

Y por descontado que no me enteré de cuando Pris se subió a la alacena para coger comida y la alacena cayó al suelo, convirtiendo en añicos las decenas de tazas de porcelana que mi madre *coleccionaba*. Mi hermana escapó de aquella caída sin un solo rasguño, milagrosamente.

Yo no estoy de acuerdo con nada de lo que dicen. Claro que soy consciente de que existe un tiempo y un espacio.

¿Cómo es posible, de no ser así, que la luz de la ventana de enfrente se ilumine y yo lo note al instante?

Levanto la vista del bosquejo en el que estoy trabajando y giro la cabeza hacia atrás, hacia mi propia ventana. Parpadeo. La luz está encendida. No me he vuelto loco.

Hacía once años, once meses y nueve días que no se iluminaba esa ventana. Desde el veintitrés de junio de 2007.

«¿Álex?».

Me pongo en pie y camino hacia la ventana.

Sí. Álex.

“ ¿Álex? ¿Repetimos? Pero ¿qué les pasa a los Cabana con los/las

Alex/Álex? Yo esto no me lo puedo perder por nada del mundo, así que allá vamos. He vuelto.

Pristy, la ardilla. Demostraré que las segundas partes sí pueden ser espectaculares.



Capítulo 4

El verano en el que tenían siete años

Colegio Inglés. A treinta kilómetros del pueblo alicantino

Adrián tampoco recordaba cuándo se había dado cuenta de que a Álex le gustaba luchar contra el sistema, o cuándo había sido la primera vez que había pensado en ella como «Revolución» después de que su hermano Marcos la apodara de esa manera, pero sí se acordaba de su primera travesura: fue épica.

Bajo un cielo limpio y un sol ardiente, transcurría el último día de clase antes de las vacaciones de verano. Adrián acababa de abandonar los columpios y cruzaba el patio en busca de su hermana pequeña y alma gemela, Priscila, que había salido corriendo hacia la enfermería después de descubrir una brecha en la cabeza de su otro vecino, el de la casa de enfrente, que se había lesionado al estrellarse contra una puerta del polideportivo. Ya había pasado mucho tiempo desde entonces. ¿Dónde se había metido? Estaba preocupado y, además, necesitaba una excusa para huir de la multitud. A Adrián Cabana no le gustaban las multitudes; solían ocasionarle dolor de cabeza. Tampoco recordaba desde cuándo. Desde siempre.

Franqueó a su hermano Hugo, dos años mayor que él, agachado junto a una de las alcantarillas del patio; susurraba solo Dios sabía qué a solo Dios sabía qué. ¿A una lagartija, quizá? Cualquier cosa, viniendo de Hugo. Adrián prosiguió su camino sin detenerse y sin preguntar.

En la entrada del edificio principal reparó en Marcos: tenía la espalda y uno de los pies apoyados en la pared y estaba rodeado de cinco chicas. Su madre solía decir a menudo que Marc había entrado de cabeza en la edad del pavo, como cuando se zambullía en la piscina de la urbanización. Ahora que Adrián lo pensaba, sí que parecía un poco pavo con aquella sonrisa tan rara que esbozaba al conversar con las chicas. ¿Y ese flequillo que se había dejado? Sin comentarios. Una vez más, prosiguió su camino sin detenerse.

Caminaba solo por los pasillos desiertos del edificio; todos los alumnos se hallaban en el patio antes de la última clase del año, disfrutando del clima estival y despidiéndose hasta septiembre de sus compañeros. Escuchó un juramento; no, dos, que procedían de la sala de ordenadores. Sala que se suponía cerrada. No tuvo que asomarse para saber que era su hermano River, el mayor, el que se encontraba dentro. Por tercera vez, prosiguió su camino sin preguntar y sin detenerse.

Llegó a la enfermería. Se asomó a la pequeña sala de espera: todas las sillitas de color azul

estaban vacías. Ni rastro de Priscila. Frunció el ceño. Ya se marchaba cuando escuchó otro juramento.

—Auch. Cómo pesas. Ni que fueras el martillo de Thor. «Hoy no planeo morir».

Adrián conocía esa voz. Y por descontado que conocía esa manera de expresarse tan peculiar, llena de referencias a la cantidad de libros que la niña en cuestión se metía entre pecho y espalda desde que, un año atrás, había comenzado a leer: Álex.

Giró sobre sus pasos y se internó en el pasillo oscuro y austero junto a la enfermería, que no llevaba a ninguna parte; no había ventanas y apenas entraba la luz, no era más que un recoveco inútil. Ah, espera. El martillo rojo para emergencias colgaba de una caja en aquellas paredes.

Impactó contra un cuerpo, lo más probable es que el de Álex, pero hasta que no se estabilizó y sus ojos se hubieron adaptado a la oscuridad, no pudo distinguir su silueta.

—¿Adrián? ¿Qué haces aquí?

—Hola, Revolución. ¿Qué escondes tú detrás de la espalda? —contraatacó.

A Adrián le importaba bastante poco lo que sucedía a su alrededor la mayoría de las veces (los famosos dolores de cabeza que le provocaba la vida de los demás), pero lo que rodeaba a Álex siempre le generaba muchísima curiosidad; nunca sabía por dónde iba a salir, y eso era novedoso. Álex siempre era una *cosa novedosa*, a pesar de que se conocían desde que ambos tenían uso de razón.

Y quedaba claro que lo que escondía detrás de la espalda era el martillo rojo para emergencias, pero Adrián prefería preguntar primero, aunque fuera obvio.

—¿Quién? ¿Yo? Nada —dijo Álex con su tono más azucarado y cara de no haber roto un plato en la vida. Agregó una mirada angelical y una sonrisa a la que le faltaban tres dientes, dos abajo y uno arriba. A Adrián le resultó espeluznante, para qué negarlo.

El mango del martillo sobresalía más allá de su cadera y la cabeza asomaba sobre su hombro. Adrián no se molestó en responder, solo apuntó con su dedo índice a la evidencia número uno (el mango) y luego a la evidencia número dos (la cabeza).

Álex se rindió.

—Porras —refunfuñó. A continuación, sujetó el martillo con una sola mano y con la otra cogió la derecha de Adrián; sintió la pintura en ella antes de arrastrarlo por el pasillo.

—¿Qué haces?

No hubo respuesta. Corrieron juntos y llegaron a otro pasillo: el pasillo donde se ubicaba la alarma de incendios.

Oh, Dios.

—Unos gatitos han quedado atrapados en las alcantarillas —aclaró de manera atropellada—. Tu hermano lleva días dándoles de comer. Se ha quejado a la directora y a varias profesoras, para que los saquen de allí, pero no le hacen caso. Le dicen que serán alucinaciones suyas, que cómo va a haber ahí gatitos. Yo sí lo creo. Los adultos apestan.

Así que aquello era lo que hacía Hugo en la alcantarilla. También halló explicación a por qué su querido hermano había *sustraído* todo el jamón de la nevera antes de salir pitando para coger el autobús del colegio aquella mañana. También las salchichas crudas del día anterior.

—¿Y qué tiene que ver eso con la alarma de incendios?

—Quiero activarla para que el agua salga a borbotones y llegue hasta el patio, caiga por las alcantarillas y alcance a los gatitos. Deben de tener sed.

Era obvio, ¿no? A Álex solía exasperarla tener que dar explicaciones cuando no eran necesarias.

Adrián frunció el ceño de nuevo. Había algo en aquel plan que no acababa de convencerlo,

pero no sabía el qué.

—No sé yo si el agua va a llegar hasta…

—Calla. Es un plan maestro.

—¿Y para qué quieres el martillo?

—Para apretar el botón de la alarma de incendios. Mis músculos todavía no se han desarrollado y no tengo fuerza suficiente.

Adrián enfocó la mirada en el botón de la alarma de incendios. Hummm…

—No creo que te haga falta el martillo.

—Yo creo que sí.

—Yo creo que no.

—¿Te crees que va a ser tan fácil como pulsar con un dedo y…? —Álex pulsó el botón con un dedo y activó la alarma de incendios. Así de fácil (eran los 90). Un ruido ensordecedor se propagó por el colegio de pronto, y el agua comenzó a manar del techo—. ¡Porras!

El martillo cayó al suelo de cerámica con un fuerte clonc y Álex cogió de nuevo la mano de Adrián para guiarlo al refugio que tenía preparado: un armario escobero. No los conduciría a Narnia (aunque nunca se sabe), pero los mantendría en la sombra.

Durante veinte minutos, escucharon el frenético trajín de profesores y alumnos. Cuando se creyeron a salvo, abandonaron su escondite. Corrieron hacia la salida; ya se veían libres, hasta que un par de alumnos más altos que ellos les bloquearon el paso: brazos cruzados en el pecho, labios apretados y cara de pocos amigos.

Eran River y Marcos Cabana. River estaba empapado. Marcos se había librado.

—Vaya, vaya. Mira, Riv, a quién tenemos por aquí.

Adrián conocía de sobra ese tonito de su hermano, el de la edad del pavo. Resopló.

—Después de lo que ha ocurrido en los últimos minutos —River señaló su ropa mojada—, yo solo veo a dos sospechosos. ¿Tú qué crees, Marc?

River también estaba en la edad del pavo. A sus catorce años, se creía el rey del mambo. Adrián demostraba mucha paciencia con ellos; ese era un pensamiento recurrente.

—Fíjate que de Álex *Revolución* me lo esperaba —añadió Marcos. Entonces fue Álex la que resopló—, pero de Adri… Mal, mal, muy mal, enano.

¿Enano? ¿A quién acababa de llamar «enano»? Que ya estaba en primaria.

—¡Los gatos tenían sed! —puntualizó Álex; debía dejarlo claro—. Alguien tenía que hacer algo.

—¿Qué gatos? —preguntaron los Cabana adolescentes al unísono.

—Los de la alcantarilla.

—Espera. —A Marcos se le encendió una bombilla. Ese iba para poli—. ¿La alcantarilla de Hug? Adrián, dime que Hugo no está también metido en esto. No, mejor no digas nada, no quiero saberlo. Joder…

—¡Palabrota blasfemia! —gritó Álex. Hacía un año, había empezado a gritar «blasfemia» cada vez que alguien maldecía o pronunciaba una palabra malsonante; algo que sucedía muy a menudo en torno a Marcos Cabana.

—Pero ¿de dónde saca esta niña esas palabras?

—Deberías leer un poco más, Marco Polo —se jactó ella.

—Tócate los huevos con la niñata. —Álex estuvo a punto de volver a gritar «blasfemia», pero Adri le tapó la boca con una mano. Sus fosas nasales se impregnaron de olor a témpera—. Búscate otros amigos, Adri.

—Chúpame un cojón —respondió el aludido. Fue la primera vez que lo dijo. Sintió la risa de

Álex contra su mano.

—¿Qué acaba de decir el enano?

—¿Sabéis una cosa, campeones? —atajó River—. El agua ni de coña ha llegado a los gatos. Había maneras menos escandalosas e infinitamente más efectivas de darles de beber. ¿Os dais cuenta de la que habéis liado?

A Álex se le entristecieron los ojos. ¿No había llegado el agua a los gatitos?

—¿Qué manera? —preguntó Adri.

—Pues, no sé, ¿echarles de una botella, por ejemplo?

—Uy…

Uy.

Álex necesitaba una botella de agua. Inmediatamente.

Capítulo 5

Hola, Cocoliso..., digo, vecino. Hola, vecino

ÁLEX

Las miradas de Adrián Cabana transmiten más que la Declaración de Independencia de los Estados Unidos interpretada en vivo y en directo por el mismísimo Thomas Jefferson. O, ya que estoy de vuelta, que la Constitución española. Aunque no es que nuestra querida Constitución diga demasiado… Es un derecho de mínimos. Eso dicen.

Las miradas de Adrián no son un derecho de mínimos. Las miradas de Adrián, de hecho, hablan por sí solas.

Sonríen. Juguetean. Bosquejan. Impulsan. Sollozan. Imploran. Advierten. Consuelan. Aman. Toda una danza de emociones de mil colores. Una de esas danzas que no puedes dejar de admirar. A lo largo de mi infancia he sido testigo de danzarinas y danzarines revoloteando a su alrededor.

Curioso, que llevemos más de dos minutos clavándonos los ojos a través de las ventanas abiertas y que los suyos no me digan nada. No queman. Congelan. Oh, sí. Los ojos de Adrián Cabana también tienen ese poder. El poder de la indiferencia sin censura. Una mirada azul a través de sus iris verdes. Fría. Tan fría como el escalofrío que viaja directo a mi espina dorsal y, de ahí, a mis terminaciones nerviosas. Aunque no debería sorprenderme. Adrián Cabana es muy bueno en mostrar solo lo que quiere que se vea. Bueno, al menos ya no me ahoga el calor. Adrián me ha aclimatado al pueblo. Y ha tardado dos minutos.

Paso las piernas sobre la balaustrada y me deslizo por la pared hasta los contenedores de basura. Desde ahí salto a la calle, como tantas veces hice en mi infancia (mis deportivas se afianzan sin dificultad al hormigón desde los doce), cruzo la estrechísima calle y me dispongo a subir por su fachada. Mis huellas pasadas parecen dibujadas en la pared por alguno de sus pinceles: solo tengo que seguir el camino de baldosas amarillas (entendamos «baldosas amarillas» como unos cuantos ladrillos que sobresalen y que colocamos ahí a propósito para no matarnos en el intento). Miro hacia arriba y ahí continúa él, en una postura parecida a la mía minutos atrás, recostado con indolencia en el marco de su ventana con los brazos cruzados en el pecho. Sus (inexistentes) palabras continúan siendo de color azul.

Trepo ocho zancadas bajo su inexpresiva mirada. A mí, a peleas, no me gana ni Adrián Cabana. ¿Tengo que sacar la espada? «Fuera vestidos. Que tu mejor traje sea siempre la valentía». Yo, valiente de toda la vida. Aunque reconozco que he perdido un poco de fuelle en lo

que respecta a mi agilidad. Culpo a las sempiternas horas en la oficina.

Con un pequeño gemido y un gran esfuerzo, logro cruzar la ventana de su dormitorio (lo de extender la mano para ayudarme lo dejamos para otra reencarnación); el olor a pintura dinamita mis fosas nasales. Salto y…

Mantengo el equilibrio de milagro. Guau. O sea, guau. Por un segundo he creído que la casa se inundaba, y que yo me sumergía en el agua sin remedio. ¿Estoy soñando? ¿Continúo en el avión y mi cerebro está recreando para mí uno de los mejores escenarios posibles de Nunca Jamás? El mar, *mi* mar, está dibujado por todo el suelo. Es fascinante. Incluso refrescante. Pero cálido a la vez. Y una novedad. ¿Cómo lo habrá hecho? No existe la madera de color mar Mediterráneo. Lo ha pintado él, a pincel. Pero ¿cuándo?

Frunzo el ceño; pienso que lo sé. Pues claro que lo sé. *Cuando yo me marché*. Elemental, querido Watson, teniendo en cuenta que antes de que me marchara no estaba aquí. Lo miro. Ahora Adrián me devuelve la mirada, divertido. Aunque continúa azul. Y mi color para él siempre ha sido el verde. También está desnudo. Lleva unos pantalones cortos de chándal, de color gris claro, y nada más; claro, hace calor. De hecho, yo tengo calor. Creo que he visto a Adrián más veces sin camiseta que con camiseta. En fin, que empiece la marcha.

—Hola, vecino.

—Creo que perdiste el derecho a llamarme de esa manera hace doce años.

—Nuestras casas siguen una junto a la otra y tú y yo estamos aquí, ¿no?

—Supongo. ¿Qué tal el viaje en avión?

¿Lo de «avión» lo ha dicho con retintín? Qué malote.

—Oh, fenomenal —respondo en el mismo tono—. Casi no me he enterado.

—Seguro que no. ¿Qué haces aquí?

—¿En tu dormitorio?

—En mi país.

Olé.

—Estoy de vacaciones.

—¿Durante?

—Todo el verano.

—¿En serio?

—Sí. Privilegios de ser quien soy.

—¿La reina del Universo?

—No, hombre. La hija del jefe.

Adrián solo me mira. Y me mira. Profundo. Penetrante. Hostil. ¿Estará buscando las diferencias? No hay demasiadas. El cabello, más oscuro (la ausencia de sol sobre mi cabeza) y las ojeras bajo mis ojos. La desvergüenza no la he perdido; enseguida se dará cuenta. La fosforescencia del flexo proyecta figuras extrañas sobre su rostro. Y aquella marca en la nariz que le dejó la varicela a los dieciséis… La veo. Yo ya vaticiné que se le quedaría de por vida. Totalmente, lo vaticiné. Punto para mí.

—¿Qué? —suelto impaciente. Los silencios de Adrián me inquietan.

—No me lo creo.

Arrugo la frente. ¿El qué?

—No me creo lo de tus vacaciones —añade—. Te lo aclaro por si te habías perdido por ahí, dentro de tu cabeza.

—En primer lugar, yo jamás me pierdo dentro de mi cabeza.

—Claro que no.

Estoy a punto de rebatir su condescendencia, pero mejor paso.

—Y en segundo lugar, en los últimos años he producido más que todo el maldito producto interior bruto de *tu país*. Mi padre me amenaza tan a menudo con cortarme las pelotas si no baja la montaña de papeles de su mesa que pienso que me han crecido unas junto al trasero. Son peludas y así de grandes —simulo el tamaño de un balón de fútbol con las manos—, vamos, como las tuyas ahora. Te han debido de crecer desde la última vez que las vi, para que te plantes aquí y me digas con tus santos cojones que no tengo derecho a vacaciones.

—Yo no he dicho eso. ¿Un mal día, vecinita?

—Vete a freír espárragos.

Camino frente a él y comienzo a inspeccionarlo todo, a arrastrar mi dedo índice por las baldas en busca de unas partículas de polvo que sé que no existen, pero no tengo nada mejor que hacer. Él no se mueve de su rincón. Ni cambia de postura. Solo sacude sus ojos impertérritos de un lado a otro, para acompañarme con ellos en la visita a su habitación.

—Así que vienes a mi casa —apunta al cabo de unos segundos—, trepas hasta mi ventana, te cuelas en mi dormitorio sin permiso y tienes el valor de mandarme a freír espárragos.

—«Y ni siquiera me llamas padrino».

No he podido evitarlo. Esa frase ha sonado tan a Marlon Brando… Sonrío. Él, no.

—¿Qué haces aquí, Álex? —pregunta circunspecto.

Cierro los ojos un instante sin que me vea. Hacía doce años que no escuchaba mi nombre saliendo de su boca. Es raro. Continúo. Manoseo cada objeto, lo cojo (es tan débil la luz del dormitorio que necesito verlo de cerca para reconocerlo), le doy la vuelta y vuelvo a dejarlo en su sitio. Hay muchas cosas nuevas. Cosas que desconozco. Diplomas. Fotos. Unos altavoces. Libros (ninguno de poesía). Marcas de pintura en las baldas. Oh, pintura. Me fijo en sus manos; siguen como siempre: manchadas de todos los colores. Después, con un suspiro, me giro para estudiarlo a él. ¿Está más alto? Parece más alto. Aunque sigue igual de rubio.

—Me especialicé en derecho penal, no sé si lo sabrás. —Adrián ni afirma ni desmiente—. Va en sintonía con aquella loca obsesión por salvar el mundo que arrastro desde que tengo uso de razón. No sé si lo recordarás. He tenido un caso duro y necesitaba respirar. El aire de Nueva York no me llegaba a los pulmones; demasiada gente y demasiado real todo, así que… Hola, vecinito.

—¿Un caso que has perdido?

—Oh, no. Un caso que he ganado.

—¿Por qué has venido aquí en primer lugar?

—¿Qué quieres que te diga? He visto la ventana abierta y no me he podido resistir.

—Resístete la próxima vez. A esto se le llama «allanamiento de la vivienda privada». ¿No te han enseñado nada en Harvard?

—En realidad les he enseñado yo más a ellos.

—Me lo creo.

—Pero sí me han enseñado que no se llama así. Prueba con «allanamiento de morada».

—Álex…

No me gusta nada ese «Álex», por lo que cambio de tema.

—Qué silencio —constato sin dejar de mirar alrededor—. Es inusual. En esta casa siempre había ruido. Barullo. Y Cabanas por todas partes.

—Mis hermanos no están. Ya no viven aquí.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. —Me aproximo a él y me sitúo en el extremo opuesto de la ventana, en su misma postura—. Mi madre me ha mantenido al tanto de todas las novedades de la urba.

—Podía haberte mantenido *yo* al tanto de las novedades *de la urba*, pero no te dio la gana.

Eso ha dolido, pero ¿qué esperabas, Álex? Es Adrián. La persona más leal del mundo para con los suyos, y la más gélida y directa para con los demás. Y tú ahora formas parte de «los demás». Adrián Cabana siempre ha erigido un muro a su alrededor, pero ahora es más sólido que nunca. Y ha tapiado el vano que solía abrir para mí.

—¡Adri, cariño! —La voz de su madre detrás de la puerta me salva de responder. De momento. No me he sobresaltado al escucharla. Tampoco Adri—. Nos vamos a la cama. ¿Necesitas algo?

—No —exclama a su vez—. Buenas noches.

—Buenas noches, mi amor. ¡Buenas noches, Álex! Y bienvenida.

¿Debería sentirme avergonzada? Bueno, no lo hago. En esta casa, con ellos, nunca.

—¡Buenas noches! —respondo jovial.

—Hemos salido a charlar con tu madre y te hemos visto trepar por la pared.

Llevo menos de dos horas en mi país de nacimiento. El avión ha remontado de repente cuando estaba a punto de aterrizar. Mi desconocido compañero de asiento no me ha sujetado la mano para morir juntos porque estaba viendo porno y ni se ha enterado. He olvidado la maleta de mano y he tenido que esperar a que saliera todo el maldito pasaje para recuperarla. Mi vecino de la infancia, y el amor de mi vida, me odia, y sus padres me han visto trepar hasta su ventana. Si esto no es «llegar y triunfar», que me caiga un rayo ahora mismo. Sobre la cabeza no, por favor. Me gusta mi cabeza.

No hay rayo, de todas formas. Solo hay un chico frente a mí que… Dios. ¿Qué pasó? «Sabes lo que pasó».

—¿Qué me miras? —pregunta con indiferencia. Como el que pregunta por el clima en un ascensor. Oh, ¿cree que va a llover?

—«Tu voz parece de otro tiempo, ya no tiene aquel tono cálido de antes ni la complicidad de siempre, solo son palabras y su afecto es ahora discreto: en tus mensajes ya no hay mensaje».

¿He dicho ya que me encanta la poesía?

—Tiene gracia que tú hables de mensajes vacíos —me dice con parsimonia—. Tiene mucha gracia, Álex.

Por primera vez desde que he llegado, abandona su descanso dominical sobre el marco de la ventana y se dirige a su mesa. Coge un teléfono y regresa a mí para plantármelo en la mano.

—¿Qué es esto?

—Un móvil, Sherlock.

—Eso ya lo sé, Watson.

—Desbloquéalo.

—No conozco la contraseña.

—*Oh*, *vamos*. Prueba.

—Te lo voy a bloquear.

—Cuentas con cinco intentos. Yo creo que son suficientes.

Muy bien. Pruebo. Pruebo con nuestra infancia, con nuestras palabras y con nuestros secretos. Una vez. Dos. Tres. Cuatro. Error. Y entonces pienso en los colores. En sus colores. ¿Cómo no lo he pensado en primer lugar? Podría darme cabezazos contra la pared. Lo desbloqueo a la quinta.

—¿Qué quieres que mire? —pregunto con idéntica parsimonia.

—Entra en WhatsApp y busca tu nombre. Tira hacia abajo en la lista de chats. Muy hacia abajo. Hasta que ya no puedas tirar más abajo.

Tiro hacia abajo, muy hacia abajo. Necesito hacer una observación o reviento. Yo, si no suelto por la boca lo primero que me viene a la mente, reviento. Es un don y una maldición.

—Tienes demasiados grupos con tus hermanos.

No contesta. Encuentro mi nombre, y él lo intuye.

—Entra en la conversación y luego tira hacia arriba. Solo un poco, hasta llegar a nuestra conversación de hace unos años. No te preocupes, no hay demasiado recorrido. Y lo de «nuestra conversación» es una forma de hablar.

Lo hago. Lo veo. Sabía que se refería a eso. Y también sabía que habría conservado nuestros mensajes a pesar del tiempo transcurrido y de que habrá cambiado de terminal unas cuantas veces. Trago saliva sin poder apartar los ojos de la pantalla, reviviendo aquel momento. Y esa saliva cae en mi estómago como una gota de aceite en el agua. Se pega. Molesta. No se disuelve. Grr. No vomites, Álex.

—Léela. La última frase. Mi última frase. En voz alta.

—Adri…

—Léela —exige, sin opción a réplica.

—«Por favor» —leo en voz alta. No era necesaria toda esta pantomima. Me sé esa conversación de memoria. He leído esas dos palabras, esa súplica suya, más de mil veces en los últimos ocho años.

—Sí. Exacto. «Por favor». ¿Y tu respuesta?

—No hay nada.

Me arrebata el móvil, lo lanza sobre la cama y regresa a su escritorio. Se sienta en su silla ergonómica y habla sin mirarme:

—Cierra la ventana al salir, *por favor*.

—¿La ventana que estaba abierta, dices? —pregunto. Se gira hacia mí.

—¿Perdona?

—¿Sabías que llegaba hoy? ¿Mi madre se lo ha contado a tu madre y tu madre te lo ha contado a ti? La ventana estaba abierta.

—Te aseguro que no tenía ni idea de que llegabas hoy. Suelo cerrarla por las noches. Ha sido pura casualidad.

—Las casualidades son solo un reflejo de las necesidades.

—¿Ahora también inventas poesía?

¿Y cómo demonios sabe él que me lo he inventado?

—Ya ves. —Lo siento. No he podido evitarlo—. He evolucionado. Darwin estaría orgulloso.

—Fenomenal. Me alegro mucho por tu estirpe. Cierra la ventana al salir. *Por favor*.

Obediente pero renuente, me acerco a la ventana. Y entonces veo el *walkie-talkie* de Spiderman. Me los regalaron mis padres por mi cumpleaños…, no sé, ni me acuerdo de la edad que teníamos, y nos quedamos uno cada uno. Nos comunicábamos a través de ellos por las noches. Todavía conserva el suyo. Y estoy segura de que el mío permanece en mi habitación en perfecto estado; de hecho, no sé cómo no lo he visto al llegar.

—¿Todavía no te has deshecho de ese juguete? —Lo señalo en tono de broma. En un tono de broma fingido. Porque todavía lo conserva. Todavía me conserva.

Adrián vuelve a girarse y ojea el *walkie*; se levanta y viene hacia mí. «Oh, no. Oh, no. Oh, no no no no no». Conozco demasiado bien esa determinación en su mirada. Coge el aparato y lo lanza por la ventana.

—Ya me he deshecho de ese juguete. ¿Mejor?

—No. Acabas de romperme el corazón, y mañana te vas a sentir fatal cuando te acuerdes de que has tirado plástico por la ventana. Con lo que tú eres, Adri.

—Lo superaré.

—¿Sabes? Creo que ya sé por qué he venido aquí en primer lugar. Ha sido un impulso.

—¿Un impulso?

—Sí. Un impulso como este. —Recupero su teléfono de la cama; accedo de nuevo a nuestra conversación de WhatsApp y bajo hasta las últimas frases. Se lo planto en la cara—. Tú también tienes tus impulsos y yo no te dije nada. Lo entendí.

Siguiendo su tónica habitual, no contesta. Solo me mira, inmutable, hasta que devuelve la vista al escritorio, lleno de pinturas y bocetos.

—Por última vez, Álex: cierra la ventana al salir.

—Pero vas a pasar calor.

—Me…

—Te la suda; lo sé. Aunque te la va a sudar literalmente, me parece a mí.

—Ajá. ¿Algo más?

—No. Ya cierro la ventana.

Y eso hago. Me alejo de él y la cierro, pero no salgo. Me quedo dentro. Porque lo necesito. Porque dormir sola en mi cuarto, después de tantos años y de todo lo que ha sucedido, me supera. Esta habitación se siente más mi casa que cualquier otro lugar en el mundo. Y hoy la necesito.

Adri se ha concentrado en sus dibujos en cero coma dos segundos, como siempre, y yo cojo una de las almohadas de la cama sin hacer ruido y me tumbo en el suelo. En el mar. No necesito taparme. Los pantalones vaqueros y la camiseta harán las veces de sábanas. Hace calor. Cierro los ojos. Puede que Adrián Cabana ya no sea el mismo. Puede que no sea mi Adrián. Pero yo cierro los ojos y todo se siente como antaño. Como si los grillos del jardín llevaran todo este tiempo aguardando mi regreso. Suenan igual. Las estrellas en el cielo también son las mismas que dejé cuando me fui. Y el olor a las pinturas de Adri en la habitación. Y a Adri cien por cien en la almohada.

No importa lo que suceda ahí fuera. No importa lo mal que vaya mi vida ni que haya escapado como la cobarde que nunca pensé que sería. Yo aquí duermo como un bebé y mañana será otro día.

Poco después siento a través de los párpados que la poca luz que había desaparece. Estamos a oscuras. Y me siento observada. Abro un ojo: Adri, tumbado en su cama, asoma la cabeza hacia mí.

—Sé que estás ahí.

—Sé que lo sabes.

—¿Vas a quedarte a dormir?

—Si me lo permites, sí.

—Solo hoy, Álex.

—Gracias. Y… —mierda, ¿por qué me cuestan tanto estas palabras?— lo siento. Lo siento mucho.

—No es suficiente. Estoy enfadado contigo.

—Lo sé.

—Quiero una explicación.

—¿Ahora? Dame un poco de tregua, hombre. Acabo de llegar.

—Puedes subir a la cama. No soy tan capullo como para dejarte dormir en el suelo por muy enfadado que esté contigo.

Me meto en la cama antes de que le dé tiempo a arrepentirse. A una distancia prudencial de su cuerpo. Cualquiera le tose a este.

—Mi espalda te lo agradece, Cocoliso. Ya no tiene quince años.

—¿Cuándo tu espalda de quince años durmió en este suelo?

—¿Quién ha hablado de dormir? Yo me refería a pasar horas tumbada sobre él, soportando tu peso adolescente. ¿O acaso te has olvidado?

—Ya ves. Y no me llames «Cocoliso».

—Claro. Por cierto, has cambiado de colchón.

—Han pasado doce años, por supuesto que he cambiado de colchón.

Suspiro. Qué borde, hombre. Me coloco boca arriba con un brazo sobre el vientre e intento conciliar el sueño. Puede que el colchón sea diferente. Puede que incluso el chico a mi lado sea diferente. Pero todo huele a él. Y a nosotros. Entonces pienso que quizá no recuerde mis primeras veces porque fueran «las primeras veces». Oh, quizá las recuerde porque todas fueron con él.

Con Adrián Cabana.

Capítulo 6

El verano en el que tenían doce años

Brrr, zzz. Brrr, zzz. Brrr, zzz.

Interferencias de radio.

Adrián enfocó la mirada en el *walkie-talkie*, que descansaba sobre la repisa bajo su ventana. Álex lo llamaba. Sí, Álex lo llamaba. Era un sustituto del teléfono. Con doce años, ni se les ocurría pedir uno de verdad a sus padres, y comunicarse a gritos desde sus respectivas ventanas, por muy cerca que estuvieran la una de la otra, no era una opción. No querían que nadie los escuchara. Las conversaciones entre Álex y Adrián solían incluir planes perversos de la primera, la niña de cabello dorado y ojos del color del chocolate con leche, más próxima que cualquiera de parecer un ángel, pero también la que más distaba de ser uno en la realidad. Era mejor que el vecindario se mantuviera al margen.

—Popeye llamando a Cocoliso.

Álex solía llamar a Adri «Cocoliso» desde que su madre había colgado en la pared de las escaleras unas fotos suyas de bebé, enfundado en una especie de cocoliso. A Adrián no le molestaba. La verdad es que pocas cosas de Álex lo molestaban, por no decir ninguna.

—¿Sí? —respondió a la llamada.

—¿Cómo que «sí»? —gruñó Álex desde el otro lado. Ambos se veían nítidamente de ventana a ventana, y a Adri no se le escapaba el gesto en la frente de Álex, típico de cuando se enfurruñaba; era… un poco adorable—. Se dice: «Adelante». ¡Ya lo sabes!

Lo sabía, pero le daba igual.

—Adelante —dijo entonces. Tuvo que tragarse la carcajada.

—Ahora ya no vale. Y hemos quedado abajo en menos de un minuto. ¿Qué haces todavía en tu habitación y en pijama?

—Hablar contigo. Y no es un pijama. Es un chándal. ¿No ves las rayas en los laterales?

—Lo que tú digas. «Maldito el día en que pensé».

Adri estaba seguro de que aquella frase no era suya. Álex parafraseaba versos en dos de cada cinco oraciones. Sería de Neruda, o de algún otro de ese club de los poetas muertos…

—¿Entonces bajo o no bajo?

—Baja. Cambio y corto.

Adrián sonrió. Golpeó con los nudillos la pared que comunicaba con la habitación de su hermana y salió de su dormitorio. Se encontraron en el pasillo y ambos bajaron a hurtadillas por las escaleras (era más de medianoche): abandonaron la vivienda familiar por la puerta principal. Tonterías, las justas.

—Pero ¿por qué la has traído? —fue lo primero que ladró Álex cuando vio a la pequeña de los Cabana.

Adrián no tenía respuesta para eso. Él siempre llevaba a su hermana a todas partes. Era como calzarse las deportivas: no salía de casa sin ellas. Adrián, sin su hermana, se sentía descalzo. Así que se encogió de hombros.

—Al menos sabrás andar en bici, ¿no? —interpeló Álex a la pequeñaja, como si no llevara toda la vida viéndola echar carreras con sus hermanos, o como si no fuera tan solo unos meses mayor que ella. Y como si Priscila no anduviera en bicicleta mejor que ninguna otra niña de la urba…

—Ja, ja —respondió la otra con burla, arrugando su nariz respingona—. He venido a ayudaros, no hagas que me arrepienta. O peor: que me chive a mis padres.

—Vale, vale —aceptó con los brazos en alto—, pero ten cuidado con esos lazos, no se te vayan a enredar en los pedales.

—Despreocúpate. Los tengo controlados.

«Despreocúpate». A Álex le gustó aquella expresión. La utilizaría a partir de entonces. También le gustó que Priscila tuviera controlados los lazos.

Y realmente los tenía controlados: ni un tropiezo tuvo. Enseguida llegaron a la casona, ridículamente habitada un mes al año (y no era ese mes), y procedieron con su cometido: entrar por la fuerza, subir al segundo piso y abrir la ventana para liberar al pajarillo que, según Álex, llevaba todo el día encerrado. No encontraba la salida, el pobre.

Tres bicicletas apelotonadas fuera de la verja, escondidas bajo unas ramas; escaleras de madera que crujían bajo sus pisadas, como aquellas galletas con pepitas de chocolate que tanto les gustaban a los tres; el olor a polvo que lo impregnaba todo; una de las linternas que se quedó sin pilas; el susurro del mar de fondo, y las frases de Adrián cada dos minutos: «No voy a preguntar cómo sabes hacer eso con las puertas», «buah, esto es superilegal», «au, ese era mi pie».

Pero todo valió la pena por la sonrisa en el rostro de Álex cuando el pajarillo voló libre por la ventana. Oh, y lo que descubrieron a través de aquella ventana, a lo lejos, en la linde del bosque, reflejada bajo la luz de la luna…

No obstante, el regreso a casa no fue tan sencillo.

«Corred». Un imperativo que, en la mayoría de las ocasiones, no augura nada bueno. Y así fue.

Cuando estaban a punto de alcanzar la verja, Álex tropezó con la rama de un árbol que no vio (había sido su linterna la que se había quedado sin pilas) y cayó en un agujero en la tierra; poco profundo, pero lo suficiente como para que su pie quedara hecho un desastre.

—¡Álex! —Adrián se agachó y dirigió el haz de su linterna a la herida. No tenía buena pinta —. ¿Puedes levantarte y andar?

Álex lo intentó, pero el dolor casi acaba con su vida. Sus pensamientos. Los de nadie más.

—¡No puedo moverme!

—¡Pris, ve a buscar ayuda!

Priscila obedeció al instante: escaló por la verja y salió disparada hacia casa con su bicicleta llena de lazos, en busca de refuerzos.

Adrián se sentó en la tierra seca, junto a Álex, y dibujó suaves círculos en la piel que rodeaba la herida, en un intento de calmar su dolor. Se encontraban en la más absoluta oscuridad, puesto que Adri había apagado la linterna para no llamar la atención por si alguien pasaba por allí. Era una zona residencial y apenas transitaba gente, ni siquiera a la luz del día, pero por si acaso.

—¿Te duele? —susurró.

Álex se estremeció, supuso que por los fuertes dolores del pie, o por el ulular de algún búho

cercano, y no por la cercanía de la voz de Adrián. Estaba acostumbrada a la cercanía de la voz de Adrián. Los *walkies* podían constatarlo.

—Mucho —respondió también en susurros.

Adrián agachó la cabeza y sopló en la herida. Era un aliento cálido pero fresco al mismo tiempo. A Álex se le puso la piel de gallina. La de todo el cuerpo. Acababa de recuperarse del escalofrío cuando los mechones del cabello de Adri le rozaron la pierna desnuda y le hicieron cosquillas. Adri solía llevar el pelo largo, sobre todo en la parte del flequillo, que le llegaba hasta los ojos y, en ocasiones, incluso se los cubría. Y otra vez la piel de gallina. Dos veces seguidas. Nunca le había pasado.

—¿Crees que será una muerte lenta?

Adrián alzó la cabeza y su risa inconfundible le impactó en el rostro. Fue agradable. Puro. Juvenil. Como el golpe de las olas en los días más calurosos del verano.

—Guau, Álex, guau.

—Guau, Álex, guau, ¿qué?

—Que no eres dramática ni nada. No vas a morir. Solo es una torcedura.

—Es que no quiero morir aquí, en este suelo frío, lleno de tierra sucia y seca y de ramas estúpidas que no deberían estar. Y sola. Y sin haber ganado ninguna regata. Eso es lo que más me duele.

Si Álex hubiera nacido con algún objeto bajo el brazo, sin duda habría sido un barco de vela. Le encantaba navegar. Más que nada en el mundo.

—Eres la mejor para mí. ¿Te vale?

—La verdad es que no, pero guau, Adri, guau. Gracias.

—Oye —Adri se acercó más a ella, le agarró el hombro con afecto y le dio un cálido apretón —, hablando en serio. Lo de no morir aquí no puedo asegurártelo, pero no lo harás sola. Yo no voy a abandonarte. Nunca.

Ambos rieron por lo jocoso de la primera parte de la oración y enmudecieron por lo auténtico de la segunda parte de la oración.

—Gracias.

—De nada.

Se encontraban muy cerca. Se habían aproximado para poder mirarse a los ojos en la oscuridad. A Álex le gustaba mirar a la gente a los ojos. A toda la gente, pero a Adrián en especial. Eran verdes. No verdes como las hojas de los árboles o como el césped de su jardín. Más preciosos todavía.

—¿Tú qué preferirías: morir fuera del agua, devorado por un dinosaurio, o morir dentro del agua, devorado por un megalodón?

Adrián sonrió de nuevo. Álex llevaba toda la vida preguntándole eso de «tú qué preferirías», y en la mayoría de las ocasiones eran elecciones difíciles o imposibles de hacer, pero Adri siempre respondía. A todas. Aunque le costara la vida decidirse.

—Dentro del agua.

—Hummm… Si no sobrevivo, puedes quedarte toda mi colección de poesía de Gloria Fuertes. Sé que te encantan esos libros. Reconócelo en mi lecho de muerte.

—Los odio. Me aburren.

—¡«Oh, capitán, mi capitán»!, menudo agravio irreparable. Pero los leerás por mí. Para sentirme cerca una vez que ya no esté a tu lado. Dime que los leerás por mí.

—Los leeré por ti.

—Y no tires a la basura los *walkies*. Prométeme que, pase lo que pase, nunca vas a

deshacerte de ellos. Prométeme que te asegurarás de que siempre estén allí, con pilas. Ellos nos harán inmortales.

Adri elevó los ojos al cielo. Si esa era la Álex narcotizada por el dolor, no quería imaginársela hasta arriba de paracetamol. O peor: de ibuprofeno.

—Te lo prometo. ¿Algo más?

—Sí. No estoy dispuesta a morir virgen, y tú me vales.

Álex no sabía lo que hacía cuando se inclinó hacia delante y presionó sus labios sobre los de Adrián, aunque echó la culpa al exceso de energía y a la adrenalina liberada ante la situación, a pesar de estar sentada en el suelo. A Adrián no le dio tiempo a preguntar, ni a parpadear, ni siquiera a retirar ese mechón particularmente molesto que le caía sobre los ojos. Medio instante después, tenía el rostro de Álex sobre el suyo, sus labios sobre los suyos. Adri nunca había besado a una chica. Ni a un chico. Nunca había besado a nadie. No es que estuviera reservándose para ninguna ocasión especial, pasaba de todo eso: es que él lo sentía todo con tanta intensidad que evitaba las situaciones intensas de por sí, valga la redundancia.

Pero el beso de Álex no era intenso, o sí lo era, pero no en el sentido estricto. Era húmedo, lo cual tenía todo el sentido del mundo, puesto que estaban mezclando sus salivas. Y era suave. Como el gemido que se le escapó. Y dulce. Y sabía a… Sabía a los *walkies*, a carcajadas a mandíbula abierta, a madrugadas en la ventana y a poesía. También sabía un poco a tierra.

«Oh, capitán, mi capitán».

Adrián abrió los labios e introdujo la lengua en la boca de Álex; quería comprobar a qué más sabía. La lengua de ella salió en su busca y la electricidad explotó a su alrededor. Ambos podían haber encendido la linterna con la chispa de sus lenguas.

Un carraspeo los interrumpió. Se separaron de inmediato y abrieron los ojos. El fogonazo de nuevas linternas los deslumbró hasta el punto de tener que taparse los ojos con las manos.

—¡Bajad eso! —gritó Álex.

Los Cabana al completo los miraban con las cejas levantadas, los brazos en la cintura y sonrisas jactanciosas en los rostros. Los Cabana, de mayor a menor: River, Marcos, Hugo y Priscila. Adri chasqueó la lengua.

—¿Tenías que traerlos a todos? —le reprochó a su hermana.

—No he podido elegir —se defendió la pequeña, encogiéndose de hombros—. Y he pensado que, del uno al diez, tampoco te enfadarías mucho.

—¿Por qué habéis sido tan silenciosos? —preguntó Álex. Le importaba más bien poco que la familia de la casa de al lado los hubiera pillado en aquel enredo, nunca mejor dicho, pero es que habían acudido en plan espías. Eso no se hace.

—No lo han sido. Nunca lo son —respondió Hugo. Él no se incluía, por supuesto.

—¿No?

—No —afirmó Marcos—, pero estabais *ocupados*.

—No quería morir virgen. ¿Podéis culparme?

—Dime que a los doce años todavía piensan que la virginidad se pierde con los besos con lengua y no con lo que tú ya sabes, por favor —le suplicó Marcos a River.

River frunció la frente.

Hugo arqueó una ceja.

A Priscila se le subieron los colores. ¿¿Había perdido la virginidad con aquel beso en el agua que se había dado con su vecino cuatro años atrás??

Adrián resopló.

Álex no dijo nada.

—A ver ese pie.

River se acercó y echó un vistazo, aun sin tener ni idea de torceduras. Cualquier cosa con tal de desviar el tema de la virginidad de su hermano pequeño y de la vecinita de la casa de al lado. Lo cogió con la mano e intentó girarlo. Los gritos de Álex, que acababa de ver las estrellas en tres dimensiones, y no las del cielo, lo detuvieron.

—Tiene mala pinta —declaró Hugo desde la distancia. Estaba acostumbrado a curar patas de pájaros rotas que tenían mejor aspecto que aquel pie.

—Ayúdame a subirla a mi espalda —le pidió River a Marcos—. Hay que llevarla al centro de salud.

—¿Al centro de salud? Mierda —se quejó ella—. Si no me mata esta herida mortal, lo hará mi madre con sus gritos.

—Eso haberlo pensado antes de venir aquí a… —River se quedó pensativo—. ¿Qué demonios habéis venido a hacer aquí, por cierto? Pérdida de virginidades aparte, por favor.

—Es mejor que no lo sepas —le aseguró Adri—. Aunque a ti te va a gustar —dijo a Hugo a continuación.

Cuando estuvieron preparados, emprendieron el camino de regreso a casa.

River caminaba con Álex encaramada a su espalda.

Marcos pedaleaba a su lado, en la bicicleta de River.

Hugo lo hacía en la de Marcos. Y con su patinete apoyado en el manillar.

Adri, en la suya.

Y Pris, en la de Álex. Había viajado *de paquete* en la de River.

Solo les faltaba silbar la canción de *Verano Azul*, pero entonces Marcos comenzó a cantar una de OBK:

—«¿Quién le dio sentido a nuestro amor? No fui yo, fue nuestro corazón…».

Lo hacía francamente mal, quizá por eso River continuó por él. Había quedado con una chica al día siguiente y no quería que lo sorprendiera la lluvia en pleno pícnic. ¿Quién querría algo así?

—«Quien tiene respuestas no soy yo, dejad que él me vea como soy».

Pero Marcos quería cantar.

—«Mi escudo es tan solo la verdad».

Hugo también se animó. Era un momento Cabana en toda regla.

—«Hablar de derechos es soñar, aquí lo que pido está de más, y yo solo busco libertad».

Por último, Priscila:

—«¿Quién le dio sentido a nuestro amor? No fui yo, fue nuestro corazón».

Y todos juntos:

—«El cielo algún día entenderá que ser su mitad no basta…».

Adrián y Álex cruzaron una mirada y ambos negaron con la cabeza, pero después —después de clavarse las miradas— sonrieron. Y a Álex le dolía un poco menos la torcedura. Le dolía menos desde el beso. Un beso que aún hormigueaba en los labios de ambos. La primera vez obra esa magia. Para que luego digan que no existe. Claro que existe. La magia existe en torno a las personas. Y brilla con intensidad cuando toman consciencia de ella.

Álex y Adrián brillaban aquella noche del mes de julio de 2001. Brillaban como nunca.

—«¿Quién le dio sentido a nuestro amor? No fui yo, fue nuestro corazón…».

—Por cierto —Priscila interrumpió los cánticos—, antes, desde la ventana de esa casa, hemos visto algo.

—¿El qué?

—Una especie de playa o de cala escondida en el bosque.

—¿Una playa o una cala? Imposible. Conocemos todas las calas y las playas del pueblo.

—Esta no.

—Mañana lo investigamos.

—Yo también quiero ir.

—No sé yo con ese pie…

—Podéis llevarme como en un sidecar.

Así lo hicieron. Y, en efecto, era una cala. Aunque había muchísimas medusas. Fue Marcos quien la bautizó:

Cala Medusa.

Capítulo 7

Encontrar mi voz

ADRIÁN

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

El zumbido del móvil me despierta por primera vez en años. Ayer olvidé activar el «modo avión» antes de acostarme.

Permanezco con los ojos cerrados unos instantes, como todas las mañanas, tratando de adaptarme al entorno a mi ritmo. Hoy resulta más complicado que otros días. Ayer también olvidé bajar los estores, y la luz de la mañana se filtra con intensidad en mi habitación. Me distrae. Porque se filtra con *demasiada* intensidad. En mi vida todo es así. Intenso. O demasiado. También puedo buscar más sinónimos:

Exagerado. Desmedido. Superabundante. Opulento.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Cuando era pequeño, solía pensar que yo era un vampiro con superpoderes. *Oía* más que los demás. *Veía* más que los demás. *Sentía* más que los demás. *Intuía* más que los demás. Ahora ni siquiera sé por qué estoy hablando en pasado. También me dolía la cabeza más que a los demás. Yo era diferente. ¿Diferente para bien? ¿Diferente para mal? ¿A quién le importa? Diferente.

Con el transcurso de los años —y de mi crecimiento madurativo, además del vertical—, asumí que no era un vampiro (menos mal , ¿no?). Era otra cosa. ¿El qué? ¿Un chico normal que sentía demasiado? ¿Un chico diferente? Otra vez esa palabra. ¿Yo era desigual? ¿Disparejo? ¿Contrario? No lo supe hasta que fui mayor de edad. Mientras tanto, recuerdo haberlo dejado en «Adrián». Yo era simplemente Adrián. Y yo…

Yo siento el color amarillo de los rayos del sol a pesar de tener los párpados cerrados. Los siento como si los tuviera delante. No delante en algún lugar de mi pueblo. Delante como si yo fuera un astronauta dentro de una nave espacial y estuviera acercándome a la estrella más importante.

También escucho su respiración sosegada y regular, como si respirara en mi oído, o incluso dentro de mi sistema. Y no me refiero al sol, cuyo sonido sin duda también podría ver de algún color. Aunque no hoy. Porque hoy su sonido eclipsa cualquier otro. El sonido de Álex en mi cama, junto a mí. Prefiero obviarlo de momento, por lo que recurro a mis capas.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Tengo un montón de capas. Más capas que cualquiera. Son mis capas de pintura. Así me

gusta llamarlas. Qué *original* soy. Pero me la suda. Sin ellas, tengo la sensación de vivir a corazón abierto. Y no se puede ir por la vida a corazón abierto. Ya solo la lluvia que cayera desde el cielo lo empaparía, arrugaría y oprimiría. Ya solo la lluvia… Sustituyámosla por truenos, relámpagos o, mucho peor: por actos humanos. Sería un desastre, y no me lo puedo permitir, así que…

Capa.

Creé capas.

Creo capas.

Cada mañana. Y encima de esas capas, me resbala todo. La lluvia no me empapa.

Sin capas: siento más que cualquiera.

Con capas: me la suda.

Supongo que ese es el resumen. Mi resumen.

Toda mi vida he buscado mi voz. No sé si la he encontrado. Y paso. Eso sí, tengo la sensación de llegar tarde a todas partes. Y no me refiero a lugares. Supongo que forma parte del paquete de ser yo. Pero no por eso duele menos.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Suspiro. Joder, van a quemarme el móvil. Llevo años trabajando en mis capas y todavía alguna se me resiste: la que insonoriza a mis hermanos. Es como si no funcionara. O como si yo, en el fondo, saboteara de alguna manera su funcionamiento. Supongo que no me esfuerzo en silenciarlos del todo. Los quiero demasiado. Pero el vicio que tienen con los grupos familiares no es ni medio normal.

Estiro la mano para coger el teléfono. Joder, tengo más paciencia que un santo. Diecisiete llamadas perdidas, casi todas de Priscila y de Hugo, y un montón de mensajes. Arrugo la frente. ¿Qué ha ocurrido?

River Phoenix:

Ehhh, pregunto.

Voy a saltarme las normas, ¿OK?

Marco Polo:

¿Qué normas?

River Phoenix:

Las del verano del 2009.

Marco Polo:

Espera, que reviso el Excel a ver qué coño pasó en el verano del 2009.

A ver quién os sigue la pista a vosotros si no.

Yo lo único que tengo grabado a fuego son las Navidades de 2011.

¿Os acordáis?

Pris:

¿Es una pregunta con trampa?

Por cierto, ya sabemos el sexo del bebé.

¡Es una niña!

Hugoeslaestrella:

¡Felicidades, Pris!

River Phoenix:

La parejita. Buena puntería. Bravo por Alex.

Marco Polo:

¡Ese Alex! El puto amo.

Hugoeslaestrella:

Sin comentarios…

Os daría una clase sobre cromosomas, pero paso mucho.

Marco Polo:

Danos esa clase, oh, Hug, dios de los cromosomas.

Hugoeslaestrella:

Respecto a las Navidades de 2011: ¿en serio?

Respecto a lo importante: busca por Adri.

Marco Polo:

Joder, cómo retiene el cabrón.

¿Adri?

River Phoenix:

Allá voy.

Infringiendo veto de nombre en:

Tres.

Pris:

¿Veto de nombre? Oh, Dios.

Marco Polo:

Qué hablador estás hoy, Riv.

Nada de directo al grano.

El pequeño Hugo ha dormido del tirón, ¿o qué?

River Phoenix:

Dos.

Hugoeslaestrella:

La fiesta de ayer para celebrar el cumplemés (una semana tarde, como todo en esta familia) lo dejó KO.

A mi sobrino, digo. No al padre.

River Phoenix:

¿Me dejáis hablar o no?

Marco Polo:

Siempre. Que para algo eres el primogénito.

Hugoeslaestrella:

Dale.

River Phoenix:

Uno.

Adri, ¿ha vuelto Álex?

Pris:

¿¿Perdona??

Marco Polo:

Hostias.

Esto no me lo esperaba.

Hugoeslaestrella:

Sabía que tenía que ver con Álex por lo del verano de 2009.

Marco Polo:

¿Álex con tilde?

¿Ha vuelto?

River Phoenix:

Me consta que sí.

Ayer por la noche.

Alucinaría con el alcance del radar de River si hubiera algo de River que pudiera alucinarme a estas alturas.

Adrián:

Pero ¿cómo lo haces?

River Phoenix:

Eso es que sí.

Marco Polo:

Clarísimamente.

Hugoeslaestrella:

¿Adri? Te he llamado como diez veces.

Adrián:

No hagáis un drama de esto, ¿OK?

Que os conozco como si YO os hubiera parido.

Éramos amigos.

Se fue a estudiar a Estados Unidos.

Perdimos el contacto.

Punto.

River Phoenix:

Erais los mejores amigos sobre la faz de la Tierra.

Marco Polo:

¿Amigos? Era tu otra puta mitad.

Las que me liabais, par de cabronazos.

Erais los Zipi y Zape de la urba.

Tú eras el rubio, por si tenías alguna duda.

¿Zape?

Hugoeslaestrella:

Zipi.

Marco Polo:

Ese.

River Phoenix:

Hasta donde yo recuerdo, Álex con tilde es rubia-bastante rubia.

Marco Polo:

Joder, cuando os ponéis tiquismiquis no hay quien pueda con vosotros.

Eran los Zipi y Zipi de la urba.

¿Contentos?

Hugoeslaestrella:

Aunque lo mismo ahora es morena.

River Phoenix:

Adri, nos vetaste su nombre dos años después de que se marchara.

Marco Polo:

Fue el primer veto Álex/Alex.

Adrián:

Han pasado mil años.

Lo he superado.

Marco Polo:

No nos avisaste de que se levantaba el veto porque ya lo habías superado.

Adrián:

Perdóname la vida.

Marco Polo

Rezuma sarcasmo.

Yo lo veo como siempre, tíos.

River Phoenix:

Lo iremos vigilando.

Hugoeslaestrella:

Dejadlo en paz.

Marco Polo:

Ave, César. Dios de los cromosomas.

Hugoeslaestrella:

Qué puta paciencia.

Marco Polo:

Hostia, con palabrota de las gordas.

¿Todo bien en Villa Babe?

Hugoeslaestrella:

Entro a currar. Desconecto.

Marco Polo:

Cada vez entras antes a currar, Hug.

River Phoenix:

No te va a contestar más.

Marco Polo:

Lo sé, pero me encanta tocarle los huevos.

Me voy al pub a desayunar con Alex sin tilde y con Dy.

¿Venís?

River Phoenix:

Nosotros tres, sí.

Marco Polo:

Qué bien vives de baja por paternidad, mamonazo.

River Phoenix:

Hoy es domingo. De todas formas, tú no toques el tema de la baja delante de Cata.

Marco Polo

¿Domingo? Qué cabrón, el Hugo, que se va a currar, dice.

¿Y tú cuántas horas echas al día en el curro extraoficialmente?

River Phoenix:

Tú no toques el tema delante de Cata.

Marco Polo:

La seguridad nacional no entiende de bajas por paternidad.

River Phoenix:

Tú no toques el tema delante de Cata.

Marco Polo:

Descuida, hoy el tema estrella será Álex con tilde.

¿Te he contado lo de aquella vez en que los muy cabrones me engañaron para que falsificara la firma no solo de mamá y papá, sino también de los vecinos?

Casi me los cargo.

Niñatos.

Yo también desconecto. Giro la cabeza hacia mi derecha. Hacia Álex con tilde. Hacia *mi* Álex. Y sin anestesia. Ya soy un chico grande.

Duerme como el angelito que no es y que nunca ha sido, con una mano sujetando una almohada sobre sus ojos para que no la moleste la luz de la mañana (odia la claridad matutina) y la otra sobre su vientre desnudo; se le ha subido la camiseta. Las piernas, un tanto desmadejadas. Se ha puesto cómoda. Como siempre en mi cama.

Me levanto sin más ceremonias. Es lo mejor. Estoy supercabreado y necesito gestionarme a mí mismo. Cojo ropa limpia y me voy directo a la ducha. Una vez fuera del agua, llamo a Priscila y a Hugo al mismo tiempo.

—*Adri.*

—Felicidades por esa niña, Pris.

—*Graciasss.*

—Me estoy vistiendo; pongo el altavoz.

—*OK.*

—*¿Has visto a Álex?*

—Sí.

—*Cuéntanoslo.*

—¿Tenéis un rato?

—*Todo el que necesites.*

—*Y más.*

Hugo y Priscila son los únicos que saben TODO lo que sucedió entre Álex y yo. Para el resto del mundo éramos los «mejores amigos sobre la faz de la Tierra». En realidad, éramos mucho más. Priscila lo supo por fascículos, ya que yo siempre se lo he contado todo, y Hugo se enteró de golpe y porrazo el día en que la primera bomba emocional me explotó en la cara.

Comienzo a pintarrajearles las novedades, a partir del momento en el que vi que se encendía la luz de su dormitorio. Va a suponer un punto de inflexión en mi vida. Simplemente… lo sé.

Cuando bajo a la cocina, todo transcurre igual que siempre: mis padres preparan el desayuno de los domingos con una sincronización perfecta. Cuelgo la llamada y me recuesto en la puerta a observarlos hasta que mi madre me percibe. Ella siempre me percibe.

—¿No vas a entrar?

No.

—Estoy esperando una disculpa por vuestra parte.

Mi madre se detiene junto a mí y me mira a los ojos. Sabe a lo que me refiero. Por supuesto que lo sabe.

—Lo siento. Quisimos avisarte una vez que ya estuviera aquí, pero entonces la vimos trepar a tu ventana y… Supongo que fue más rápida que nosotros.

Menuda novedad. Yo siempre llego tarde a todas partes. Álex siempre llega la primera.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde hace muy poco —interviene mi padre—. Álex llamó a Isabel desde el aeropuerto para decirle que venía al pueblo a pasar el verano.

—¿Y por qué no me lo contasteis?

—Porque no somos tontos. Y aunque a veces finjamos mirar hacia otro lado, la verdad es que siempre os miramos de frente, a tus hermanos y a ti. Sabemos que ocurrió algo entre vosotros. Erais inseparables y de repente no os hablabais. Dejaste muy claro que no querías tocar el tema y te hicimos caso.

—Vosotros siempre me hacéis caso.

—¿Puedes culparnos?

—Supongo que no.

—No queríamos que te *prepararas* para Álex.

—Debisteis decírmelo.

—Esa es tu opinión, mi vida. La nuestra es que no siempre tienes que estar prevenido para todo. ¿Entras a desayunar o qué?

—Depende. ¿Qué hay de desayuno?

Mi madre esboza una sonrisa y reanuda su actividad por la cocina. Mi padre me guiña un ojo.

—Abre la nevera y lo verás.

Pero no me da tiempo a alcanzar la nevera.

Ding. Dong. Ding. Dong.

—¿Quién llama al timbre un domingo a estas horas de la mañana? —pregunta mi padre con el ceño fruncido.

—Podría ser tu hijo Marcos, que nunca lleva las llaves encima. Por poner un ejemplo al azar.

—Ya voy yo —me ofrezco, sabiendo de antemano que no es Marcos.

Me dirijo al recibidor y abro sin mirar por la mirilla. Tengo un presentimiento.

—Buenos días, vecino.

Bingo.

—¿Querías algo? —respondo, aburrido.

Si ha pensado por un momento que iba a ponérselo fácil…

—Pero, hombre, ¡cuánto tiempo! ¿Qué tal todo? ¿Has crecido? Pareces más alto. Acabo de llegar al pueblo y me ha resultado inapelable tocar a tu puerta.

Álex acaba de salir de mi cama y de saltar por la ventana: tiene los pantalones llenos de tierrilla, la camiseta arrugada y el pelo hecho un desastre. Había olvidado su desfachatez. No, mentira. Capa. Arqueo una ceja y ella sonríe. Me sonríe con amplitud. Álex puede resultar encantadora cuando se lo propone. Y sus sonrisas tienen el poder de reconstruir el universo completo desde cero. También de destruir un simple corazón. Es un arma de doble filo.

—¿Inapelable?

Se encoge de hombros.

—Deformación profesional. No me hagas hablar, Cocoliso.

—No me llames «Cocoliso».

—Claro.

—¡Hijo! —Mi madre sale al recibidor—. ¿Quién es?

—La vecina de la casa de al lado, que dice que acaba de regresar al pueblo. —A donde yo

regreso es a la cocina, sin invitarla a entrar. Me cruzo a medio camino con el rostro confuso de mi madre.

—¿La vecina de la casa de al lado, que…?

La corto antes de que repita la frase entera. Entiendo su confusión; al fin y al cabo, ayer nos pilló en mi dormitorio. Podría haberle dicho sin más: «Es Álex», pero no me ha dado la gana. Le señalo la puerta con el dedo y ella me reprende con la mirada antes de dirigirse hacia allí. Me encojo de hombros aparentando inocencia.

—¡Álex! —exclama en cuanto llega al umbral.

—¡Sorpresa!

Nunca me había parado a pensar en la (no) fortaleza de las paredes de mi casa. Hoy puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que son finas como un folio; se escucha todo. Yo preferiría que fueran como un lienzo de los gruesos. Al otro lado del pasillo se intuye un abrazo de los fuertes. Capa. Capa. Capa. Tú, a lo tuyo, Adri. Entro en la cocina y me siento junto a mi padre como si nada. Él levanta la cabeza del periódico y me sostiene la mirada.

—¿Qué lees? —le pregunto.

—La columna de tu hermana.

—Déjame ver.

—Hola, cariño. Bienvenida de nuevo.

—¿De nuevo? No sé de lo que me estás hablando.

—Claro, claro. Oye, ¿tú te has visto lo guapa que estás?

—No es mérito mío. La genética siempre ha estado de mi parte. Yo solo le saco el provecho que se merece.

—Había olvidado lo que esa sonrisa era capaz de conseguir.

Qué suerte.

—Pienso que voy a tener que sacarla a pasear más a menudo por estos lares.

—¿Qué te parece si en primer lugar entras y te invito a desayunar?

—Oh, depende. ¿Qué tienes?

Mi madre ríe y yo también; no he podido evitarlo. Bufo. Capa. Unos segundos después, las dos se dejan ver por la cocina.

—Pero bueno —exclama mi padre, y se pone en pie para abrazar a la recién llegada—, mira a quién tenemos por aquí de nuevo.

—¿Qué puedo decir? La revolución ha regresado al pueblo.

«Revolución». Marc y yo solíamos llamarla así. Y podría pensar que ha sido una palabra elegida al azar si no sintiera la fuerza descomunal de su mirada sobre mí. Continúo leyendo las aventuras y desventuras de la ardilla de mi hermana. Paso.

—Por cierto, yo soy Álex.

Levanto la cabeza del periódico y veo que me tiende la mano. Mi ceja dibuja una interrogación. Porque ha dormido conmigo, de lo contrario, pensaría que ya le ha dado al tequila. Álex y yo le dimos al tequila en alguna ocasión.

—He pensado que, ya que vamos a ser vecinos otra vez, es mejor que tú y yo empecemos desde el principio. Demasiados cuchillos alrededor en esta cocina. Es el pequeño de vuestros vástagos masculinos, ¿verdad? —les pregunta a mis padres.

—¿Sabéis lo que estoy pensando yo? —le devuelve mi padre, jovial, opacando mi réplica.

—¿Qué? —Sospecho. Mi padre tiene una idea buena de cada cinco. Es una ruleta rusa.

—Adri, ¿por qué no llevas a Álex a desayunar al *pub*? Así puede ponerse al día con tus hermanos y con el pueblo.

—Magnífica idea —secunda mi madre. Cómo no.

—Me encantaría, pero tengo que trabajar.

—Hoy es domingo.

—Para un trabajador por cuenta propia no existen los domingos. Además, ayer, con la fiesta de cumplemés de Hugo, no pude hacer nada.

—Claro, porque ayer era sábado.

Vale. Me rindo. Paso de discutir.

—Muy bien, vamos en mi coche.

—Me parece bien. No me han permitido meter el mío en el avión, de todas formas. Cada vez son más tiquismiquis en los aeropuertos. ¿Qué será lo próximo? ¿El patito de goma o la mampara del baño?

Prefiero no contestar, la verdad.

Adrián:

Voy al pub con Álex.

Mamá y papá me han obligado.

Hugoeslaestrella:

Voy.

Marco Polo:

Estoy.

River Phoenix:

Estoy.

Pris:

Voy.



—Con el brazo apoyado en la ventana, pareces el del anuncio de BMW, el de: «¿Te gusta conducir?», pero con un Peugeot. El coche es bonito. Te pega.

—Realmente soy yo el que le da palizas a él.

—Ja, ja. Qué gracioso.

—Ya ves.

Mantengo la mirada al frente, pero siento la suya atravesándome la piel y las entrañas. Me siento expuesto. Como si su sola presencia pudiera despojarme de mis capas sin dificultad. No me gusta. Es todo demasiado granate. No me gusta el granate. Pongo un poco de música.

Here comes the sun, do, dun, do, do.

—¿Qué preferirías, un coche que volara o poder volar tú?

Reflexiono durante unos instantes; no la respuesta a la pregunta, sino la respuesta que quiero darle, que no es lo mismo que contestar a su pregunta. Ni tenemos quince años ni somos los de antaño. Quiero dejarlo claro. El vendaval Álex va a pasar tres meses en el pueblo y yo solo

pretendo esquivarlo.

—Es una pregunta sin sentido. La primera parte, ya veremos, y la segunda no es factible.

—¿Y?

—Pues eso.

—Poseído.

—Ja, ja. Qué graciosa.

—Ya ves. Mis preguntas nunca han sido factibles y eso no te impedía responder.

Encuentro un sitio para aparcar enfrente del *pub* de pura suerte. Estamos en junio y esto empieza a llenarse de turistas y residentes que vuelven a sus segundas viviendas. Apago el motor. La miro.

—Respondía porque éramos amigos. Ya no lo somos. ¿Te *congratula* más esa respuesta?

—Me *congratula* que te cagas.

—En mi coche no, por favor, que luego tengo que limpiarlo.

Saco las llaves y abro la portezuela para salir. El portazo de Álex me hubiera dolido si yo fuera mi hermano Marcos. Pero no lo soy. Por mí, como si se lleva el retrovisor por delante.

—¿Vas a estar así conmigo todo el verano?

—Sí —respondo, ya en la acera.

—Me estaba colando por ti, ¿vale?

—¿Perdona?

—Querías una respuesta, ¿no? Pues esa es. Ahora ya puedes desenfadarte, Adrián. Cuando me fui a Estados Unidos, comenzaba a colarme por ti. Fin del asunto. ¿Podemos superarlo ya?

—¿Que comenzabas a colarte por mí? ¿Me estás vacilando, Álex?

—No, para nada. ¿Tienes algún problema con que comenzara a colarme por ti?

—Tengo unos cuantos, pero no son de tu incumbencia. Y es todo un halago que me digas eso teniendo en cuenta la *profundidad* que alcanzó nuestra relación. Al menos, ahora sé que follaba con alguien «que co-men-za-ba a colarse por mí». Gracias por la aclaración.

—¿Puedes decirlo más alto? —pregunta mirando hacia ambos lados—. Creo que mi madre no te ha oído desde su casa, y así el resto del pueblo también se entera de lo que ocurrió entre tú y yo. Adrián Cabana y Álex Portabella follaron juntos sin que saliera en los noticieros. ¿Cómo se les pudo pasar una exclusiva así? Con lo que son en este pueblo. Les va a encantar.

—¿Más alto, dices? Claro. ¡ES TODO UN HALAGO QUE ME DIGAS QUE TE ESTABAS COLANDO POR MÍ TENIENDO EN CUENT…!

Álex pone una mano en mi boca para que me calle. Lo consigue porque a mí me da la gana. Y porque el contacto ha quemado. Nos ha quemado a los dos. Por eso la retira con muchísima rapidez, como si se hubiera acalambrado.

—Era sarcasmo —aclara.

—Lo siento, no capto bien el sarcasmo.

—Íbamos a vivir en ciudades diferentes, Adrián. ¡En continentes diferentes! Y empezaba a colarme por ti. No existía WhatsApp, no existían las videollamadas gratuitas, y las conferencias internacionales costaban una pasta. Quise frenar un inminente desastre para mi corazón. Teníamos dieciocho años. Esas cosas pasan, ¿sabes? La gente pierde el contacto. No es para tanto.

—Pero ¿qué me estás contando?

—Es mi justificación a que me alejara de ti una vez que llegué allí.

—Eso no justifica una mierda. Te necesité. Hubo momentos en que te necesité.

—Lo sé. Y lo siento. Lo siento mucho.

—Pasaste de mí.

—Ya te estoy diciendo que lo siento. ¿Quieres que me abra en canal?

—Haz lo que te dé la gana. Como siempre.

—Punch. Y los golpes siguen cayendo…

—Me alegra ver que no has cambiado un ápice.

—¿Qué puedo decir? Soy poeta.

—«El poeta es un fingidor».

—Guau, Adri. Guau.

—No te sorprendas tanto. ¿Qué esperabas al volver? ¿Qué quieres de mí?

—¡Nada! No esperaba nada de ti y no quiero nada de ti. Eres mi vecino, fuiste mi mejor amigo en el pasado; voy a pasar aquí unos meses y solo quiero que nos llevemos bien. Que salgamos por ahí. Que hablemos de vez en cuando sin lanzarnos puñales a la yugular. Sin segundas intenciones. Han pasado doce años. Supéralo.

Buah. Ardo. Como el color rojo de un volcán en erupción. Pero me he cansado de montar el espectáculo en medio de la cuesta más concurrida del pueblo, así que abro la puerta del *pub* y…

—Tú primero, Revolución.

La educación, ante todo.

Álex pasa por delante de mí, pero se queda parada en cuanto entra, sometiendo cada palmo del local a su duro escrutinio. Yo me dirijo a la mesa de siempre (o mesas, porque hemos tenido que juntar tres para caber todos), sin preocuparme por si viene detrás de mí. Me siento en una de las sillas libres, junto a Dylan, bajo la atenta mirada de mi familia. Le arrebato el periódico a mi cuñado: necesito tener algo en las manos para distraerme. Álex puede arreglárselas sola. No creo que le suponga problema. Jamás le ha supuesto ningún problema enfrentarse a nada.

¿Que se estaba colando por mí?

Tócate los huevos.

¿Que solo quiere salir de vez en cuando por ahí?

Muy bien.

“ Así que esta es Álex con tilde… Mi primera impresión: parece hecha para nuestro Adri. Es como el ojal de su botón. Como la capucha para sus pinceles. La réplica perfecta, por fin, para sus ‘chúpame un cojón’. Parece que la poesía se pega un poco, de todas formas.

Pristy, la ardilla. En el *pub* de mis Cabana, quiero decir, de Pedro.



Capítulo 8

El verano en el que tenían trece años

La preadolescencia

Era la noche de San Juan. Los variopintos relojes en sus muñecas izquierdas (en la derecha, en el caso de Marcos) marcaban más de la una y media de la madrugada y todos los Cabana regresaban a casa con el recuerdo del fuego en la memoria; la canción *Torero*, de Chayanne, en los oídos, y el sabor de una noche diferente en la boca. Un sabor que permanecería en sus paladares hasta la misma noche del año siguiente. Sobre todo, para la pequeña Priscila, que se había besado con el vecino de la casa de enfrente, Alex (sin tilde), en el juego de «beso, verdad o consecuencia». Había sido maravilloso. Y así, entre risitas y sonrojos, se lo coloreaba a Adrián, testigo del acontecimiento, cuchicheándole al oído las sensaciones vividas, para que sus hermanos mayores no los escucharan.

Hay trescientas sesenta y cinco noches en un año. Eso supone muchas noches para recordar, pero ¿cuántas de esas se tornaban realmente memorables en la mente de Adrián? Solo un puñado de ellas, y ese puñado siempre incluía la noche de las hogueras. La de aquel año sería la de «cuando Priscila se besó con el vecino». No era malintencionado, solo era un hecho. Como el número de teléfono de su casa. O el de la casa de Álex (con tilde). Siempre estaba ahí, en su cabeza. Adrián frunció el ceño al darse cuenta de que Álex no había revoloteado en torno a él en toda la noche. Le extrañó, pero lo dejó pasar.

Apenas deseó buenas noches a sus hermanos, entró en su dormitorio y se derrumbó en la cama, derrotado. Había sido un día muy largo. Y tenía muchísimo calor.

Se despojó de la ropa como pudo, sin bajarse de la cama, y apagó la luz. Un dolor de cabeza incipiente pero impetuoso amenazaba con presentar batalla. Solía pasarle cuando vivía sucesos con mucha intensidad, en medio del bullicio o ante demasiadas interacciones humanas. O por una mezcla explosiva de las tres anteriores, cosa que sucedía, por ejemplo, en la noche de San Juan.

Cerró los ojos y dejó la mente en blanco. Una brisa muy agradable, como de color azul claro con motitas anaranjadas, entraba por la ventana y le acariciaba el cuerpo. Se quedó dormido.

Hasta que algo lo despertó. O alguien. Un cuerpo inquieto, inestable, junto al suyo.

—Por favor, por favor, por favor. Haz que se vaya, por favor —rogaba.

Adrián abrió los ojos al instante y distinguió el cuerpo de Álex en la oscuridad. Se había acurrucado a su lado, con las rodillas apretadas contra el vientre y la cabeza escondida en la

almohada. Se tapaba los oídos con las manos, muy fuerte, y no dejaba de suplicar. Ni de sollozar.

—¿Álex?

—Por favor. Apágalos. Apágalos.

Comprobó la hora: eran poco más de las dos de la mañana. Adrián aguzó el oído y pudo escuchar con claridad los gritos en la casa contigua: eran los padres de Álex. Se levantó y cerró la ventana, pero los gritos no enmudecieron, solo bajaron de volumen. Discutían con más fuerza que nunca. Adrián no recordaba la primera vez que los había oído discutir, ni la primera vez que Álex había utilizado los *walkies* para entretenerse con su charla; sin embargo, aquella era la primera vez que buscaba refugio en su cama. La primera vez que se acurrucaba junto a su cuerpo. La primera vez en trece años.

Adrián estiró el brazo y la envolvió con su calor. La acunó. Álex sintió el abrazo en cada nervio de su cuerpo. Y cada nervio de su cuerpo se centró en el abrazo. Adrián estaba caliente donde ella estaba fría. Recostó la cabeza sobre su pecho desnudo, llenándolo de lágrimas. Empapándolo. Ambos sabían que no importaba.

Ella era tan pequeña pero tan potente al mismo tiempo. Álex era como uno de esos barquitos de vela que se recortaban en el mar, uno como el que ella misma poseía. Aun así, irradiaba la energía del motor de un cohete de la NASA.

Álex se había despertado en mitad de la noche por culpa de la discusión de sus padres y había mirado hacia la ventana; era una reacción instintiva. Adrián ya estaba en casa. Solo dudó durante las dos primeras lágrimas que cayeron sobre sus mejillas. A la tercera, no pudo resistir más y salió en su busca.

—Shhh…

Álex parecía calmarse. Los sollozos se apagaban y las súplicas cesaban. Nadie había enseñado a Adrián a manejar aquellas situaciones, a aliviar el sufrimiento de otra persona, sino que le había salido solo. Quizá fuera innato. O quizá fuera algo de ellos dos. Pero lo cierto era que Álex se sentía mejor. Con Adri siempre se sentía mejor. Adri no le decía que todo iba a estar bien. Porque no lo sabía. Así que lo único que hacía era intentar que ella se sintiera bien. Y a Álex le encantaba eso. Que no le hiciera promesas. Porque las promesas que no se cumplen lo ensucian todo. Ensucian el recuerdo de las que sí se cumplen. Y eso es malo.

Los gritos en la casa de al lado persistían y resonaban con más intensidad debido al silencio de Álex, por eso Adrián, sin dejar de abrazarla, cogió los auriculares que descansaban sobre la mesita de noche y encendió el reproductor de música. Un auricular para cada uno. Bajó el volumen para que no fuera más que un susurro en sus oídos y la letra de *Words*, de pronto, arrasó con todo.

Poco más tarde, los gritos se habían diluido. Y el dolor de cabeza de Adrián. Y las lágrimas de Álex. El único rastro de ellas yacía sobre el pecho desnudo de él. Y esos recuerdos… esos recuerdos no se olvidan jamás. Ni en la memoria de Adrián. Ni en la de Álex.

A partir de ese día, la ventana de Adrián permaneció siempre abierta por si Álex necesitaba entrar. No importaba la estación del año. Si hacía mucho frío, se abrigaba más para dormir. Pero la ventana siguió abierta. Y Álex conciliaba feliz el sueño por el simple hecho de verla desde su cama. Siempre que Adrián estuviera en ella, claro.

Capítulo 9

(Re)conociendo el pueblo, a los pueblerinos y a Adrián Cabana...

ÁLEX

No sé si es un defecto o una virtud, pero nada me intimida. Nunca. Mis pies solo dan pasos hacia delante y no retroceden ni para coger impulso. Las relaciones sociales se me dan mejor que bien. De hecho, Adrián Cabana también solía dárseme bien.

Arranco a contar: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez y once personas sentadas a la mesa hacia la que ha enfilado derechito el Cocoliso, con sus andares inigualables de siempre y esa mala hostia que se gasta desde que he regresado. ¿Y es todo por mí? Me halaga. Me halaga totalmente. O me entran ganas de vomitar. No lo tengo claro.

Levanto la barbilla, cuadro los hombros, carraspeo y allá voy. Información actualizada: continúo siendo un imán para las masas, porque todos tienen los ojos clavados en mí. Y eso son veintidós ojos.

O veinte. Porque Adrián no me mira en absoluto.

No soy más que tu tu fantasía…

«Me estaba colando por ti». Ahí me he lucido. Es lo malo de buscar una respuesta rápida, pero hay tanto drama en mi vida ahora mismo que no pienso sumarle más. Lo que pasó entre Adri y yo pasó. Como en la canción esa de Daddy Yankee. Creo que la letra decía algo así. Hay que mirar hacia el futuro. No hacia el pasado. Siempre. Aunque también podría decirle la verdad.

Sí, claro. ¿Con esa mala hostia que se gasta y con el abismo gigante que se ha abierto entre nosotros? ¿Y qué más?

Veo sonrisas. Oh, y caras conocidas. Cuatro caras conocidas, para ser exactos. Me dispongo a acercarme a ellos, pero un chico de pelo moreno y mirada entretenida en una bandeja me frena. «¿Me suena tu cara?», pregunta. «Tu cara me suena», respondo. Ahí lo dejo, con el ceño fruncido y la mirada menos entretenida.

Si tal vez tú traes alguna invitada…

¿Hay un xilófono y un niño en el suelo? Todo es de madera oscura. Y huele a cerveza. No es mi bebida favorita. Y a helado. Interesante combinación. Los techos son altos, también de

madera, y hay mesas y sillas por doquier. Casi todas vacías, sin embargo. Lógico, un domingo a estas horas de la mañana. Agradezco el dulce aire acondicionado; en este pueblo hace calor desde ayer. Al fondo, una suerte de escenario, como una tarima junto a ¿un parque infantil?, domina el espacio. Raro. También hay un par de billares y una diana muy moderna y con muchas luces. Y todo tiene un aire como… verde. Pero ¿qué lugar es este? Lo cierto es que me suena. Es como si hubiera volado desde muy lejos en el DeLorean de Marty McFly y hubiera aterrizado en los noventa. Eso se lo tengo que contar a Adri. Su coche, un DeLorean. Más quisiera. Hombre.

—¿Os habéis multiplicado o qué? —suelto sin filtro.

Todos me miran sin emitir palabra. Y cada uno lo hace de una manera diferente.

De pronto unos brazos robustos me atrapan y me alzan en volandas.

—Bienvenida a casa, Revolución.

Es Marcos Cabana.

Al instante, un montón de sensaciones y recuerdos arrasan mi mente de nuevo:

Los martes en casa de los Cabana. O en el suelo del dormitorio de Adrián, estudiando Matemáticas.

Galletas con mantequilla y azúcar.

El Monopoly.

Ventanas siempre abiertas.

Chicas que trepan por la pared. *Yo* trepando por la pared.

Tatuajes.

Preservativos. Oh, aquello fue realmente bochornoso para Marcos.

We get it almost every night…

—¡Bájame! —grito entre risas.

—Gente —anuncia él, una vez que me ha dejado en el suelo—: os presento a Álex. Álex con tilde. La vecina de la casa de al lado, que nos pegó la varicela a todos y se convirtió en una de las celebridades del pueblo y alrededores. Sus travesuras son tan épicas como sus hazañas. ¡Álex Portabella ha vuelto!

River es el siguiente en levantarse y darme un abrazo de oso.

—¿La edad no te afecta o qué? —lo saludo—. Tienes el mismo pelazo de siempre.

Él revuelve el mío con una sonrisa, como si fuera una mascota. Hablando de mascotas: hay CUATRO perros debajo de las mesas. Yo no digo nada, no vaya a ser que no los hayan visto. Y me acuerdo de mi pelo. De que no me he peinado. Me he despertado sola en la cama de Adri, he suspirado, he desenfocado la vista unos minutos en el techo mientras escuchaba correr el agua de la ducha y he bajado por la ventana.

Everybody dancin' in the moonlight…

—¿Cómo tú por aquí? Necesito saber —responde River. River siempre necesita saber. Al menos, no todo ha cambiado.

—Echaba de menos a Adri.

Venga, con un par de esos huevos que no tienes, Álex.

—Mentira —suelta el aludido sin mirarnos.

Se hace un silencio muy incómodo que yo estoy a punto de llenar con uno de mis versos («volverán las oscuras golondrinas…»), pero una chica rubia, guapísima, y muy bien peinada, se

me adelanta. Viene hacia mí, la sorpresa y la diversión dibujadas en su rostro:

—¿Tú eres la vecina de la varicela?

—Esta me la pagas —amenazo a Marcos. ¿Qué ha contado este de mí por ahí? No quiero ser «la vecina de la varicela». ¿De qué va?

—Yo soy Mencía. Pero qué maravilla. Cuando Marcos me contó que la marca que tiene en la cara se debía a la varicela que le pegó una vecina, pensé: «Oh, una vecina de Marcos». Y resulta que eres *oh, una vecina de Adrián*. Bah —hace un gesto con la mano—, yo me entiendo.

—Te hemos entendido todos —responde Adrián, una vez más, sin despegar la vista del periódico.

Yo no abro la boca, solo lo miro divertida. ¿Siempre ha sido así de borde el Cocolís?

Sí habla, sin embargo, un chico moreno con unos ojos claros que roban el aliento…

—Vaya, vaya. Qué interesante.

… y que no es otro que Dylan Carbonell. Mi madre me contó que Hugo Cabana se había casado con un cantante famoso y yo lo busqué en Google. Por supuesto.

Otra chica rubia es la siguiente en levantarse. Esto parece una convención de rubios. La *rúbicon*, por ponerle un nombre al azar.

—Yo soy Cata. Madre de la criatura del carrito; alma gemela de Dy; socia en la clínica veterinaria de Hugo, y mujer de Riv.

—Curioso que te haya dejado para el final, River —alega otro chico al que no conozco. También tiene unos ojos impactantes—. Yo soy Jaime. Amigo íntimo de Pris y trabajador por cuenta ajena en el periódico de la familia St. Claire.

—Encantada. Y hola, tocayo —aprovecho para saludar a St. Claire—. Ya sabía yo que andabas a tope detrás de la vecina. Se te veía muchísimo el plumero.

Él alza la mano en respuesta y sonríe. Alex St. Claire nunca ha sido muy hablador. Mi madre también me contó su historia. La de él y la de Pris. Me gustaría decirle algo. Me gustaría decirle que para mí siempre será el mejor nadador del mundo.

—Los últimos serán los primeros —dice entonces River.

—Claro, claro. Tú repítete eso a ti mismo —le responde el tal Jaime.

—Yo me repito muchas cosas a mí mismo cada mañana y no funciona. Una de ellas es que ojalá pases menos tiempo en mi casa.

—Yo también te quiero, nadador.

Estos dos se llevan de maravilla. Se intuye.

Tantas veces soñaste que se hizo realidad…

—«Los últimos serán los primeros en el reino de los cielos».

—Estupendo, Dylan. Estoy orgulloso. —Ese ha sido Adri. Da la impresión de que se lleva muy bien con el cantante.

—No es mi socia en la clínica. Es mi secretaria —explica Hugo.

—Tecnicismos, jefe.

Me da la sensación de que aquí cada uno va a lo suyo…

—Por cierto, hola, Álex. Bienvenida, supongo.

¿Supongo?

—Hola, Hugo.

Le guiño un ojo. Hugo es educado, tranquilo y transparente. Hugo entra hasta el fondo o no entra. La escala de grises no la conoce, a pesar de que su hermano pequeño es pintor. Hermano al

que adora. Yo entré en su vida hace mucho tiempo. Supongo que ahora estoy fuera. Comprendo tu mensaje oculto, Hugo: «¿Quieres mi afecto? Gánatelo de nuevo». Comprende tú el mío: «Ya veré».

—Hola, Álex.

Y por último: ella. Priscila Cabana. Sonrío. Otra que sigue exactamente igual que siempre. Con sus lazos, con St. Claire a su lado y con esa pasión arrolladora hacia su hermano predilecto. También está embarazada.

—Guau. Entiendo que ahí dentro hay un bebé y no un montón de aquellas galletas que tanto te gustaba comer.

—Un poco de todo.

Ese ha sido Alex, que se gana un manotazo en el brazo.

—Serás…

—Enhorabuena —les digo a los dos—. Supongo que aquel también es vuestro.

Señalo al niño que destroza el parque de juegos y Priscila asiente con la cabeza. Intenta hacerlo sin sonreír, pero el entusiasmo le puede. Priscila y yo habríamos podido convertirnos en amigas íntimas, pero nunca lo hicimos. Y aquí estamos. Doce años después. Recuerdo un día que… Oh, espera un momento. Se me acaba de encender una bombilla muy grande.

—¿¿Este es el local aquel que abrieron hace como mil años?? ¿El primer *pub* irlandés del pueblo? ¿Todavía existe ese antro?

—¡Palabrota blasfemia!

Me sobresalto. En realidad, todos nos sobresaltamos. Ese ha sido Adrián. Lo miro. Levanto ambas cejas.

—¿Acabas de imitarme?

Me mira. Y me guiña un ojo.

—Por los viejos tiempos, vecinita.

—Yo siempre digo que el cuñado tiene sus momentazos.

Everybody's feeling warm and bright…

—¿Acabas de llamar «antro» a mi bebé? —pregunta el camarero por mi izquierda. ¿Y este de dónde ha salido?

—Y tú eres el dueño —asumo—. Te hiciste amigo de Marcos.

—Oh, aquellos maravillosos años —me contesta—. Ahora anda como Pedro por su casa.

—Qué máquina con el juego de palabras, Peter. Me encantas.

—Acabo de perder una apuesta con Adri —confieso en voz alta.

—En realidad, la perdiste hace diez años —responde Adri.

—¿Qué apostasteis? —pregunta Jaime.

—Nada en concreto; lo dejé en sus manos.

—Con un par de huevos.

—Eso es apostar fuerte y lo demás son tonterías.

—Parece más de Bilbao que tú, ¿eh, titi?

—¿Quieres apostar a que no?

—¿Contra ti? Jamás.

—Vale. Duda. —Ese es Dylan.

—«La duda es el principio de la sabiduría» —le contesto—. De nada. Que no lo digo yo, ¿eh?; de hecho, fue un tal Descartes.

Dylan me mira atónito.

—Has dejado sin palabras a Dy —apunta ¿Cata? Las dos rubias me confunden—. Y nadie deja sin palabras a Dy.

—Álex Portabella ha vuelto —le explica Adrián a Dylan—. Te va a encantar.

Adrián regresa a su periódico, pero yo no le quito la vista de encima. Y estoy segura de que nota mi mirada. «Te va a encantar». Lo ha dicho con su sarcasmo habitual. Aun así… La conversación continúa a mi alrededor, pero yo no la escucho. Solo lo miro a él.

—¿Nos sentamos o qué?

—Riv, ya no eres el que eras. La paternidad te está dejando sin fuerzas. Voy a tener que entrenarte de nuevo. ¿Y eso es una cana?

—Aparta. Ni se te ocurra arrancármela. ¿Sabes dónde también tengo canas?

—Como se te ocurra pronunciar la palabra «polla» delante de nuestro bebé recién nacido, te la cargas, River.

—Cata, joder, que iba a decir en el culo. Yo no tengo canas en la polla.

—¡Te la cargas, River!

—Por Dios, no son ni las diez de la mañana y ya estamos hablando de pollas.

—Buen tema.

—¿Podéis al menos llamarlo «pene» o «pito»? Álvaro empieza a repetirlo todo.

—Qué mona es mi Pris.

—Este niño va a ser un crack*. Su primera palabra: «polla». Eh, Alex, ¿puedes decirle a tu mujer que deje de mirarme como si quisiera matarme? O peor: cortarme la polla.*

—No te preocupes, Reina del Desierto, le diremos que la polla es la novia del pollo y listo.

—Bravo, Alex.

—¿Y si el pollo quiere otro pollo y no una polla?

—Hostias, cómo estamos de sensibles.

—¿PODEMOS DEJAR YA DE HABLAR DE POLLAS?

Cuando Dylan me hace un hueco para que me siente entre Adrián y él, no me lo pienso: allá voy. No he venido al pueblo con ninguna intención especial para con Adri, solo necesitaba alejarme de aquello, pero ahora que lo tengo al lado… Es como si nuestras pieles estuvieran imantadas. O como si las fuerzas de la naturaleza nos empujaran a estar juntos. Creo que su madre llevaba razón en lo que me ha dicho: «No me había dado cuenta de lo que te había echado de menos hasta que te he visto». Y yo añadiría: «¿Y ahora cómo me alejo de ti?». Como si la primera vez no hubiera sido una de las cosas más difíciles que me han tocado hacer en la vida…

Quieres ir tras de mí, pobrecita de ti, no me puedes atrapar…

La conversación vuelve a centrarse en mí (¿estaban hablando de pollas y pollos?) y en mis historias con los Cabana. Tengo miles para contar. Y eso hago. El camarero y dueño, Pedro, ha traído un montón de comida, y solo me doy cuenta de que han pasado las horas por la algarabía que nos rodea de pronto. Y también me doy cuenta de que quiero tocar a Adrián. Solo tocarlo. Pero tocarlo por todas partes. Mucho. El brazo. La mano. El rostro. ¿Se sentirá igual que siempre? Lástima que no me lo vaya a permitir por nada del mundo.

—Jamás había oído hablar de ti hasta hoy —comenta Jaime sin acritud. Parece más sorprendido que otra cosa—. Curioso. Muy curioso.

Giro la cabeza y me dirijo a Adrián:

—¿Nunca has hablado de mí a esta gente?

—No —responde sin inmutarse. El periódico, terminó de leerlo hace rato. Ahora solo me ignora mientras come—. Veté tu nombre.

—El verano de 2009.

—Marc ha sacado el Excel.

—¿Qué Excel?

—¿Y qué hiciste tú para que Adri vetara tu nombre? —indaga Dylan.

—¿Yo? Nada. Todo bueno. Lo enseñé a besar cuando le pusieron aparato en los dientes, a los catorce. Nadie más quería hacerlo, pero ¿qué puedo decir? Soy un alma caritativa.

—Vaya, qué interesante. ¿Por qué no he visto ninguna foto del pollito con aparato?

—No has buscado en el álbum adecuado.

—Hummm. —Dylan saca el móvil y comienza a teclear a toda velocidad.

—¿Qué haces? —le pregunta Hugo. Creo que es su tercera intervención, sin contar el agujero negro de las pollas. Grande, Hugo. Nunca ha sido el más elocuente, pero hoy, sin duda, compite con Priscila por el puesto de «menos hablador».

—¿Qué crees que hago? Quedar con tu madre para ver las fotos.

—Me apunto. Me apetece recordarlo.

—Apuntado estás, nadador. Y, ahora, Álex con tilde —se dirige a mí de nuevo—, cuéntamelo todo. Y repite lo de la alcantarilla y los gatitos de Hugo, por favor. Dios, no me extraña que tuvieras enamorado al pollito.

Mi corazón salta y le guiño un ojo a Dylan. ¿Qué más puedo hacer? Adrián no articula una sola palabra. Lo cual no es indicativo de nada, por otra parte. Ni de que lo tuviera enamorado ni de que no. Bueno. Seguimos.

It is such a fine and natural sight…

Y…

—¿Están sonando las canciones de *Chas y aparezco a tu lado* y *Dancing in the moonlight* en bucle o estoy flipando?

—Están sonando.

—Pedro, que es un salado. Por cierto, ¿cuál es tu canción favorita?

—Tengo miles.

—Mentira —corrige Adrián, por segunda vez—. *In the dark of the night.* Sale en *Anastasia*, la película de dibus animados. No te avergüences, Álex.

—No me avergüenzo, Cocoliso.

Adrián me lanza tal mirada que no es necesario que diga nada más. Entonces, algo me distrae. Son Alex y Marcos dando de comer al niño sin que Priscila los vea. Menudo par. Marcos se percata y me hace un gesto con los labios para que guarde silencio.

—Solías escucharla en bucle; era un poco enfermizo. —Adri continúa el ataque. Y, la verdad, me lo sirve en bandeja. ¿Quieres jugar? Apuesto a que puedo lograr que reacciones.

—Eso es cierto. Cuando llevas razón, hay que dártela. ¿Recuerdas aquella tarde en el sofá de mi casa, cuando teníamos la varicela y la pusimos en bucle una y otra vez mientras nos calmábamos mutuamente los picores de los muslos?

Adri se atraganta con el café. Se atraganta tanto que Hugo tiene que propinarle golpecitos en la espalda.

—Joder —exclama—. Qué bruta eres.

¿Yo?

—Pues sí que dio de sí la varicela —opina Jaime.

—Oh, ni te lo imaginas.

—Yo tengo mucha imaginación.

—Úsala.

Dylan carraspea.

—¿Y a qué te dedicas?

Vaya, vaya. El cantante redirigiendo la conversación para sacar a Adri del apuro. Me parece a mí que el amor entre estos dos es recíproco.

—Soy abogada.

—¡Abogada! Nos faltaba una en la familia. Pues me vienes de perlas. Necesito que alguien me revise unos papeles. Mi mánager y yo estamos negociando con la discográfica un nuevo contrato y se me amontona el papeleo. Quizá tú puedas echarle un vistazo.

—¿Qué tal está Dawni, por cierto? —pregunta Adrián, visiblemente interesado. Eh… ¿«Dawni»?—. Tengo que llamarla para ponernos al día.

—Te está deseando. Digo, lo está deseando.

—¿Te cuento un secreto? —le explico a Dylan con voz cortante—. Los abogados no sabemos de todo. Nos especializamos en un campo, y el mío es el derecho penal. Es igual que los médicos de cabecera: no los saques del Gelocatil porque andan más perdidos que un Cabana en el desierto sin agua cerca. Vete al especialista. Busca un abogado mercantilista.

—Por Dios, que no haya ningún médico de cabecera por aquí cerca, que nos conoce todo el mundo: he oído que quieren hacer obligatoria la receta para comprar Gelocatil.

—Apañados estaríamos con el dolor de cabeza diario que me provocáis…

—Yo no me siento perdido en el desierto sin agua cerca.

—Ni yo.

—Yo, quizá un poco sí.

—Pero si solo hay que leer unos contratos. ¿Has estudiado Derecho, no?

—Sí.

¿Dawni? ¿Quién narices es Dawni?

—Seguro que lo haces genial. ¿Vamos a mi casa?

—¿¿Ahora??

—Claro, no dejes para otro día lo que puedes hacer ahora.

¿Eh?

—Eso no es así.

—¿El qué?

—El refrán.

Dylan sonríe abiertamente.

—Qué maja eres.

—Mira, mira —me dice Marcos—, mira esto. Dylan, continúa la frase: «A caballo regalado…».

—No me toques los cojones.

—¿Ves?

—¡Juls!

Mencía se levanta de pronto y corre hacia la entrada. Regresa unos segundos después, acompañada de un chico. Se parecen bastante. De hecho, se parecen un huevo.

—Vaya —exclama Jaime—. El que faltaba.

—Yo también me alegro de verte —le contesta él.

—No tanto como yo a ti.

—¿Qué haces aquí, Juls? —le pregunta su ¿hermana?, tratando de zanjar la inminente discusión. Hasta yo, que soy nueva, he detectado la tensión en ese «me alegro de verte» y en el «no tanto como yo a ti».

—He discutido con papá. —Sí que van a ser hermanos—. Luego te cuento. Y aquí estoy más cerca de Madrid, así que me mudo.

—¿Al pueblo? —responde Jaime. No sabría descifrar si está triste o contento. Parece enfadado. Aquí hay tema. Totalmente.

—No, a tu puta casa, si te parece bien.

Ostras. Mira que es difícil sacarme a mí los ojos de las órbitas, pero, vamos… Aquí hay mucho tema. Comienzan a discutir y todos los seguimos con la mirada como si se tratara de un partido de hockey hielo y no quisiéramos perder de vista el disco. O como si fuera un partido de tenis. Que aquí se lleva más el tenis.

—Habría que preguntarle a mi puta casa a ver si te quiere de nuevo en ella. ¿La llamamos? Ah, no, espera, que no tienes teléfono. Toma, te presto el mío. ¿Sabes utilizarlo o eso también se te ha olvidado? ¿Quieres un cursillo rápido?

—¿Me lo vas a dar tú?

—Claro. No te preocupes, es bastante intuitivo. Mira. Desbloquear. Deslizamos la pantalla hasta el iconito verde donde pone «WhatsApp». Entramos. A ver, buscamos Juls. Juls, Juls, Juls. Juls, Juls, Juls. Aquí estás. Vaya, pero si te he enviado más de cuatrocientos mensajes en el último mes y tú no te has molestado ni en leerlos. Lo de contestarlos ya… Ahora que lo pienso, quizá el cursillo que más se adapta a tus necesidades sea uno de «educación elemental». O de «relaciones sociales».

—¿También me lo vas a dar tú?

—Podría. Dos por el precio de uno, por ser tú. Y un beso en la cabeza de regalo. También por ser tú. —Entonces se dirige a nosotros—. No le gustan los besos en el hombro.

—Tú no tienes ni idea de lo que me gusta o no me gusta.

—Hombre, un poco de idea sí que tengo.

El otro está dispuesto a contestarle, y no de buenas maneras, se intuye, más que nada por el fuego que casi le sale por los ojos, pero Jaime se lo impide.

—No lo digas, por favor —le suplica con dolor—. Vamos.

—¿A dónde?

No responde. Solo le indica con la cabeza que lo acompañe. Y el otro que obedece. Nos quedamos todos en silencio, y un poco flipados, una vez se han marchado, al fondo a la derecha. Me apuesto mi *walkie* a que son los baños.

—Ahí hay tema del apotema.

Si ya lo he dicho yo…

A Mencía se la ve preocupada, no quita el ojo del pasillo por donde han desaparecido los dos ¿tortolitos? Priscila, más de lo mismo. El resto continúa con la conversación, como si nada, aunque en realidad también mantienen la mente en ese pasillo. Se intuye. Yo estoy muy perdida. Y curiosa.

Un buen rato tarda la *parejita* en regresar. El silencio vuelve a reinar cuando aparecen y todos los miramos, expectantes, ávidos de información.

—Me mudo a casa de Jaime mientras encuentro piso —explica el nuevo, tan tranquilo. Olé.

Si yo me quedo perpleja, las caras de estupefacción de los Cabana y compañía no tienen precio. Hasta a Adri se lo ve contrariado y eso que el chico poco suele mostrar.

—¿Qué habéis hecho ahí dentro? —les pregunta Marcos.

—Hablar —dice el uno.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta a mí el otro.

—Una vecina de Adrián —le explica su hermana. A lo que el otro responde con una arruga en la frente.

—¿Nos vamos? —me dice Dylan al oído—. Es urgente lo del papeleo. Llevo semanas posponiéndolo. Ha sido cosa del destino.

—¿Y estos dos?

«¿No nos vamos a quedar para ver qué se traen entre manos?», le pregunto con los ojos.

—No te preocupes, ya nos enteraremos.

Y yo acepto. No entiendo en qué momento me ha liado para esto.



Guau. Menudo casoplón. Me recuerda a las mansiones donde mis compañeros de facultad organizaban una fiesta tras otra. Me gustaban esas fiestas. Ocurría de todo. Y más. Me recuerda a esas mansiones excepto por el gigantesco piano de cola que hay al borde de las escaleras (al borde borde borde), y que Dylan y los perros esquivan sin prestar atención. Quizá no lo hayan visto ninguno de los cuatro… Difícil, porque tienes que maniobrar para sortearlo y acceder al pasillo del segundo piso, y debe de pesar como cien elefantes sobre tus brazos, pero yo qué sé. Quizá lo han colocado ahí en una especie de juego entre ellos. De Hugo no me pega algo así, pero de Dylan, sí. Y eso que no lo conozco. Pero se intuye.

—¿Sabes que tienes un piano al borde de las escaleras?

Bueno. Yo tenía que preguntarlo.

—Ajá.

—¿Lo tocas?

—No, yo no toco el piano. Lo mío es la guitarra.

—«La guitarra hace llorar a los sueños».

—Pero de alegría.

Hummm. Me encojo de hombros y avanzo por el hueco de la derecha. El piano brilla tanto que incluso me veo reflejada. Dios, qué pelos llevo. Continúo subiendo otro tramo de escaleras detrás de Dylan hasta que…

—¡Guau! Qué increíble.

El tercer piso es una sala de música enorme. Inmensa. Repleta de aparatos con luces y de instrumentos musicales. Los perros brincan y Dylan les echa la bronca sin demasiada autoridad. De hecho, con cero autoridad. Menudo trío calavera… Las paredes están recubiertas de gomaespuma, y también de dibujos: un concierto, un sofá de postín, una casa, un partido de voleibol, unos perros, una tabla de surf con dos chicos sobre ella —uno rubio y otro moreno—, el Peñón, un «te quiero»… Guau. Me acerco a toquetearlo todo.

—Estos dibujos son de Adri —afirmo sin temor a equivocarme.

—Ya vale, ¿no?

DYLAN

Observo por el rabillo del ojo a Álex moverse por mi estudio, inspeccionándolo todo con sumo descaro, pero con delicadeza y respeto a la vez (interesante combinación), mientras Hans Zimmer baila en mi cabeza. Se ha colado hace un buen rato y no me lo saco de ahí; me está tarareando en el cerebro. Ta, ta, ta, tan. Ta, ta, ta, ta, ta, tan. Ta, ta, tan. No físicamente, obvio. Me río yo solo. Hans zapateando en mi cerebro. Y vaya movimiento más torpe de caderas. Eso sí, siempre al compás. «¡Al compás! Al compás, al compás, bailen todos, al compás, no hay ninguna rima, solo ritmo hay, bailen todos, al compás. ¡Las rodillas! Las rodillas, al compás, las rodillas, al compás, no hay ninguna rima, solo ritmo hay, las rodillas, al compás». Mierda, ya se me ha ido. Pero qué gran película, *Mary Poppins.* Concéntrate, Dylan. Sí. Sol. Sol. Sol. Sol. Sol. Por el otro ojo miro amenazadoramente a mis perros para que se relajen. No funciona. No lo entiendo. Al nene le funciona siempre; los tiene dominadísimos a los tres. A mí me toman por el pito de los serenos de los portales. Que yo no he conocido ninguno, todo sea dicho.

—Estos dibujos son de Adri —dice Álex en voz alta.

Hummm. Así que de Adri, ¿eh? Ta, ta, ta, tan. Ta, ta, ta, ta, ta, tan. Ta, ta, tan. Sol. Sol. Sol. Sol. Ta, ta, ta, tan. Ta, ta, ta, ta, ta, tan. Ta, ta, tan.

—Ya vale, ¿no?

—¿Qué?

—¿Qué?

¿Qué ha pasado?

—Has dicho: «Ya vale, ¿no?».

¿En serio?

—¿En serio? Hablaría con mi cabeza; hoy tiene el día tonto. Hans Zimmer, la banda sonora completa de *Mary Poppins* y muchos Soles. Lo que me recuerda la cantidad de referencias de intervalos que tiene la banda sonora de *Star Wars.* Algún día te las explico, si quieres. Me gusta hablar de música, pero supongo que ya te habrás dado cuenta de eso. Y si no, pues ya lo sabes. En cuanto a lo último, es por culpa de Adrián. Todavía me persigue desde el *pub*. Tú ignórame, ¿OK? Y con respecto a las pinturas, sí, son de Adri —confirmo en último lugar. Y entonces comienzo a escucharla a ella. Escucharla de verdad. Aíslo el Sol de Adri que aún la rodea y me concentro solo en su sonido.

—No sé lo que es una referencia de intervalos, pero me encanta *Star Wars*. Me lo puedes explicar siempre que no haya fracciones matemáticas de por medio. Las odio.

—La música son puras fracciones matemáticas.

—Oh, pues estamos jodidos. Y por supuesto que los dibujos son de Adri. Bueno. Menos el «te quiero». Esa no es su letra.

Sol. Sol. Sol. Sol.

—¿Cuánto tiempo dices que has estado fuera?

—Doce años.

—Hummm… Supongo que hace doce años Adrián ya pintaba.

Sol. Sol. Sol. Sol.

—Lo hacía.

—Y que sus trazos no han cambiado.

—Sí lo han hecho, pero sigue siendo él.

Sol. Sol. Sol. Sol. Estoy a punto de cagarme en toda la escala musical y, sobre todo, en el Sol, pero entonces me doy cuenta de que la nota que escucho no es el sonido de Adrián Cabana.

Es el sonido de ELLA. Ella es un Sol. Igual que Adri. Qué interesante…

¿Y qué canción ha dicho Adri que es la favorita de Álex? *In the dark of the night.* Hummm… Álex lo ha negado, pero tengo un presentimiento. Comienzo a susurrar mientras ella continúa absorta en las pinturas. A ver qué pasa.

—«*In the dark of the night I was tossing and turning. And the nightmare I had was as bad as could be*».

Álex se gira en mi dirección al momento.

—¿La conoces? —pregunta sorprendida.

—Tú no sabes con quién estás hablando.

Le ofrezco un micrófono y me cuelgo la guitarra eléctrica al hombro.

—Espera —me pide.

—¿Qué?

—¿Sabes lo que sería genial para la melodía del principio?

—Sí, el piano. Y la respuesta es no.

—Vale, empiezo a pensar que ahí hay una historia.

—Tú canta. ¿Sabes cantar?

—Todo el mundo sabe cantar.

—Vamos a comprobarlo. Por cierto, ¿te sabes la letra?

—Tú no sabes con quién estás hablando.

Lo sabía.

Cantamos durante horas, hasta que apenas le queda voz. Joder, la tía desafina como nadie, pero yo voy a enseñarle. Y en eso estamos cuando escucho la puta escala diatónica completa: Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si, Do. Me giro hacia la puerta que hemos dejado abierta. El nene ha llegado.

—Es la hora de comer —anuncia todo serio. Hugo, todo serio, me pone mucho. Mucho mucho. Y tengo que preguntarle por esa seriedad. Todo tiene que ver con Álex. Y con Adri.

—¿¿Ya?? —exclama Álex—. Mi madre me va a matar. No sabe nada de mí desde ayer, y me dejé el teléfono en el bolso y el bolso, sobre mi cama.

—¿No has dormido en tu cama?

—No, no lo ha hecho —responde Hugo por ella.

—No voy a preguntar más. De momento. El nene puede acercarte a casa. ¿Qué me dices, *babe*?

Babe dice que sí. A regañadientes, pero dice que sí.

Capítulo 10

El verano en el que tenían catorce años

Aquel año había pasado rápido. Y sin pena ni gloria. Excepto por lo del día aquel en el colegio. Álex acababa de hacer una pintada reivindicativa en una de las impolutas paredes del edificio principal: ESCUCHAD A LOS ALUMNOS, y justo un alumno pasó por su lado cuando abandonaba la escena del crimen. Por supuesto, ese alumno tenía que ser Adrián Cabana. El chico contaba con una especie de radar para las travesuras de su amiga.

Adrián contempló la pintada y negó con la cabeza: era un signo inequívoco de desacuerdo. Entonces, sacó un pincel de uno de sus bolsillos y un miniestuche de acuarelas del otro (llevaba pinceles y acuarelas en los bolsillos, y la tela de los bolsillos manchados de pintura, desde… siempre) y comenzó a redondear, a perfilar y a perfeccionar las letras de Álex: **ESCUCHAD A LOS ALUMNOS.**

—Ahora sí, Revolución. Que no vuelva a suceder. Las cosas se hacen bien o no se hacen. —Le guiñó un ojo y se marchó.

—Despreocúpate, no lo olvidaré.

Bueno, tal vez sí había habido gloria aquel año. Pero cuando llegó el verano…

Cuando llegó el verano, Álex y Adri hicieron lo que llevaban meses planeando desde sus ventanas y sus *walkies*. Álex había apostado con Adri que ganaría por fin la regata que organizaba el pueblo al final del verano, y había ganado. Adrián siempre pagaba sus apuestas (la verdad era que solo había apostado en su contra para espolearla), así que una semana después, Álex y Adri salían satisfechos del local de tatuajes. Les había dolido la vida y un poco más, pero salían satisfechos.

—¿De dónde coño venís vosotros dos? —les preguntó Marcos con las manos en la cintura, un par de locales más abajo.

—¡Palabrota blasfemia!

Mira que habían pasado los años, pero Álex no podía evitarlo.

—Te hemos dicho que nos esperaras en el coche, en la otra calle —respondió Adrián.

—Y yo me lo he pasado por el forro de los cojones. No recibo órdenes de enanos.

—Tenemos catorce años.

—¿Tengo que repetirlo?

—No. Vamos.

—Espera, jovencito. ¿De dónde venís?

—De ningún lado.

—¿Qué ha significado ese gesto?

—¿Qué gesto?

Adrián se había encogido de hombros y le había dolido. Au. Ese gesto. Marcos miró

alrededor, a todos los locales, hasta que vio *ese*. El de tatuajes.

—No. No no no no no no. Decidme que no lo habéis hecho.

—¿No lo hemos hecho? —disimuló Álex con su voz almibarada.

—¿OS HABÉIS HECHO UN PUTO TATUAJE?

—¡Palabrota blasfemia!

—Dos —respondió Adri en su tono habitual—. Uno cada uno.

—¡Sois menores de edad! —gritó, y echó a andar hacia el local—. Les voy a meter un puro que van a flipar.

Marcos contaba ya diecinueve años y estaba inmerso en las pruebas de la Policía Nacional. Quería ser geo. Iba a ser geo. Empezaría por poner orden en aquel local del infierno que tatuaba a menores de edad.

—No puedes meterles ningún puro. Teníamos la autorización de nuestros padres —le explicó su hermano, cortándole el camino.

Marcos frenó al instante.

—¿Perdona? Y ¿de dónde coño habéis sacado las autorizaciones, si puede saberse?

—¡Palabrota blasfemia!

Marcos tuvo que respirar muy hondo. Cómo le tocaba las narices la vecinita.

—¿Te acuerdas de aquellas firmas que nos falsificaste la semana pasada para no asistir a la excursión del colegio a la que no queríamos ir? Pues no existía tal excursión. Era para esto.

Marcos tardó unos segundos en reaccionar.

—Me estáis vacilando. ¿Me estáis vacilando? ¿¿ME ESTÁIS VACILANDO?? Dios. Os voy a matar. ¡Os voy a matar! ¿Y ahora qué les digo yo a vuestros padres? ¿¿A mis padres?? Os voy a matar muy lentamente. ¡Y a ti la primera, Revolución! —Apuntó a Álex con el dedo.

—¿Y a mí por qué?

—¡Porque sí!

Regresaron a casa. Marcos no hacía otra cosa más que refunfuñar y parlotear sin sentido al volante de su coche nuevo. Bueno, no era nuevo del todo. Lo había heredado de su hermano River, que a su vez lo había heredado de su padre, pero iba como la seda y ahora era suyo. Se detuvo en un semáforo y, al mirar a la izquierda, un deportivo de color rojo frenó junto a él. El corazón le hizo bum, el pulso se le aceleró y comenzó a salivar. Aquello no era un coche. Era un sueño. Incluso dejó de mascullar juramentos. Hasta que arrancaron de nuevo y perdió el deportivo de vista. Entonces regresaron los tacos y las maldiciones. Casi todas tenían que ver con los dos adolescentes a su cargo.

Álex se inclinó en su asiento y metió la cabeza entre los dos delanteros:

—«Odio a los adolescentes. Es fácil tenerles piedad».

Y encima la niñata le venía con poesía. Marcos juró y perjuró aún más alto en todos los idiomas que conocía (dos), pero Álex y Adrián ya no lo escuchaban. Solo se miraban, felices con lo que habían hecho. Más felices de lo que nunca hubieran imaginado. Se habían tatuado el mismo dibujo, uno que había diseñado Adri especialmente para ellos. Adri, en el pecho, y Álex, en la parte inferior de la espalda. En ese momento, se habrían dejado llevar en coche a cualquier parte del mundo, por muy lejos que estuviera y por muchas horas que tardaran en llegar. Solo querían continuar mirándose.

El verano para Marcos, como responsable de Adrián y de Álex, no acabó ahí. Aunque es cierto

que no le dieron más sustos. O al menos él no se enteró. Por mucho que lo tuviera en sus narices.

Álex se pasaba media vida en el barco de vela; era su gran pasión, pero como no había suspendido la asignatura de Matemáticas por poco, tenía que estudiar cada mañana un par de horas. Imperativo legal de sus padres. Álex odiaba todavía más las matemáticas porque le impedían pasar todo el día en el barco. Sí, definitivamente odiaba estudiar Matemáticas. Y los martes solía hacerlo en el suelo del dormitorio de Adrián (así aprovechaba para consultarle las dudas) mientras el Cabana pintaba. Adrián siempre pintaba. Y casi siempre en el suelo.

—Tío —Álex entró en la habitación de Adri sin llamar a la puerta, como de costumbre, y dejó caer de manera despreocupada el libro de Matemáticas y el cuaderno que llevaba en la mano —, acabo de ver a otra tía trepar por la fachada hasta la ventana de Marcos. Pero ¿cuánta gente se cuela en esta casa a diario? Y eso que no hay cuerdas, como en la ventana de St. Claire. No es normal. Estoy por aconsejarles a tus padres que pongan más seguridad. Es inaudito. Tan inaudito como que no existe un poema dedicado a la —comillas con los dedos— *inauditividad.*

—¿*Inauditividad*?

—¿No has visto las comillas que he hecho con los dedos? —Álex repitió el gesto a cámara lenta.

—Lo he visto, sí. Y creo que sería contraproducente para ti que avisaras a mis padres. Te cuelas más veces por mi ventana que todas las tías de Marc y de River juntas.

—Hummm. Cierto. Mejor me callo. Oye, ¿vamos a espiarlos?

—Paso. No hay nada que quiera ver.

—Venga, tío. Siento curiosidad por ver qué hacen encerrados media tarde.

—¿Tú qué crees que hacen? Estarán toqueteándose o teniendo sexo.

Un segundo después, Álex había desaparecido por la puerta.

—¡Álex!

Adrián dejó caer el pincel, se levantó del suelo con un resoplido y fue tras ella. La encontró en la puerta de enfrente, demasiado tarde para evitar que abriera una rendija y asomara la cabeza dentro, así que se colocó detrás de ella y vio de refilón a su hermano, tumbado en la cama sobre la chica en cuestión.

—*Ji, ji, ji, ji, ji* —reía ella.

—*Shhh… No hagas ruido* —le decía Marcos—. *Estoy al cuidado del enano y tiene un oído sobrenatural.*

Sobrenatural sí que era él. ¿Y «enano»? Qué puñetera manía. Ya tenía catorce años y medio.

Adri agarró a Álex por el cuello de la camiseta y la arrastró de nuevo a su dormitorio.

—Al menos ya sabemos por qué siempre se ofrece voluntario para hacerte de niñero los martes —comentó Álex.

Durante los meses de junio y julio, mientras los padres Cabana trabajaban en la tienda por las mañanas, Hugo, Priscila y Adrián acudían a un campamento de verano donde practicaban todo tipo de deportes acuáticos: vela, kayak, surf… A Adrián se le hacía pesado pasar tantas horas entre mil niños y su correspondiente bullicio, así que los martes lo dejaban en casa, tranquilo. River andaba metido en… bueno, nadie sabía dónde andaba metido River, y Marcos se quedaba al cuidado del pequeño de los chicos.

—Voy a poner música antes de que empiecen a jadear.

—Jadear… —repitió Álex—. Interesante palabra viniendo de tu boquita. Hoy estás que te sales, Cocoliso.

Adrián la ignoró y puso música de piano. Alguna pieza de Hugo de la Vega, uno de los compositores españoles más famosos del momento. Lo ayudaba a relajarse. No demasiado alta.

El volumen, en su justa medida. Álex lo miró de arriba abajo mientras trasteaba en el ordenador; no pudo evitarlo. Y mientras regresaba al suelo.

—¿Quieres una lupa?

Álex frunció el ceño: no entendió la pregunta.

—No. ¿Para qué querría una lupa?

—Acabas de mirarme de arriba abajo.

—Me gusta esa camiseta.

Y era verdad. A Álex le flipaba ver a Adri con esa camiseta, no entendía el motivo. Adrián se miró a sí mismo. No tenía nada de especial, todo lo contrario: medio país había poseído una igual en algún momento de su vida. La habían regalado con el ColaCao para conmemorar el Mundobasket del 86; era de color gris claro, con dos jirafas dándose la espalda, una amarilla y otra roja, y con la palabra Nike impresa en una cenefa en las mangas. Había pasado de River a Marcos, de Marcos a Hugo y de Hugo a Adrián. Estaba usada pero intacta. «Buen algodón», solía decir su madre, «no como el que venden ahora».

Álex tomó asiento en el suelo, junto a Adri, y vio el plato de galletas cubiertas de mantequilla y azúcar. Cogió una sin poder reprimir una sonrisa. Aquellas galletas no fallaban ni un solo martes.

—Tu hermano se ha quedado anclado en los noventa.

—En el 95, para ser más exactos. Yo tenía seis años y desayunaba galletas con mantequilla y azúcar.

Álex rio de nuevo. Después se metió la galleta en la boca.

—Hablando de desayunar y de que tu hermano se esté enrollando con una tía en la habitación de enfrente: tú debes de llevarlo mal, ¿no?

—¿El qué?

—Venga, apuntabas maneras hasta hace unos meses. Triunfabas bastante, cualquiera podía verlo, pero entonces te pusieron el aparato en los dientes y las chicas dejaron de pronunciar tu nombre cuando jugaban a «beso, verdad o consecuencia». Creo que tienen miedo a que se les enganchen los labios en tus hierros. Y «creo» es un eufemismo para «las he oído cuchichear en los baños».

Adrián no podía replicar. Era cierto. Tampoco es que le importara. Aunque sí le fastidiaba un poco la cara de sabelotodo de Álex.

—Ten cuidado con esas fracciones. Alguien podría darte un mal consejo si tuvieras dudas. Y no es un eufemismo. Es un hecho.

Álex bufó al recordar las matemáticas y se puso a estudiar. Qué remedio. El gato de los Cabana (el aceptado universalmente como miembro familiar, con derecho a dormir dentro de la casa) entró por la ventana minutos después y cayó a plomo en el suelo, junto a ellos. Álex lo acarició y volvió a lo suyo, pero…

—Esto no hay quien lo entienda. Me rindo.

—Llevas dos minutos.

—¿Lo has cronometrado o qué?

No los había cronometrado, pero era el tiempo máximo que Álex solía durar con la cabeza dentro del libro de Matemáticas.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—Sorpréndeme.

—Que siempre dejas todo para el final. Y puede que eso te sirva para aprobar las asignaturas de memorización, como Historia o Lengua, pero para Matemáticas necesitas una base sólida o la

pirámide caerá ante el mínimo soplo de aire.

A Álex le reventaba que Adrián se pusiera en plan «consejitos», le reventaba mucho, pero no dejaba de tener razón.

—Tú eres un listo, ¿no? —Adri levantó una ceja. Álex elevó los ojos al cielo—. No me refiero a que seas un listillo, que también; me refiero a que eres listo en plan «cerebrito de las matemáticas».

—No se me dan mal.

—Qué humilde.

—Ya ves.

—¿Tú qué preferirías, un mundo sin pinturas o un mundo sin nada sobre lo que pintar?

—Un mundo sin pinturas.

—Hummm. Te propongo algo.

—Me mareas, Álex.

—Dame clases particulares de Matemáticas durante el verano. Créame una base sólida para que… ¿qué has dicho de una pirámide?

—Ni de coña. Me vas a dar mucho trabajo y no me apetece.

—¿No vas a pensártelo ni un minuto? Somos los mejores amigos sobre la faz de la Tierra.

Adrián lo sopesó. Era cierto que le hacía falta dinero para comprarse los pinceles con los que pensaba practicar trazos especiales. Sus padres hacía tiempo que le habían cortado el grifo en lo que a pinceles se refería.

—Hummm, necesito dinero para unos pinceles nuevos.

—No me cambies de tema.

—No te cambio de tema. Está todo proporcionalmente relacionado, como esas fracciones que intentas resolver sin éxito.

—Espera, ¿quieres cobrarme? Pero ¡¡qué fuerte, Cocolís!!

—No voy a darte clases gratis.

—No tengo dinero.

—Rompe la hucha.

—No tengo hucha. *Carpe diem*, vive el momento.

—Ya, pues no hay clases.

—Podría pagarte en carnes.

Adrián la miró y levantó otra ceja.

—¿Perdona?

—Claro, es perfecto. Tú me enseñas Matemáticas y yo acepto enrollarme contigo y que aprendas a moverte por mi boca con tus hierros.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Dejando a un lado la espinosa ofensa que acabas de lanzarme en toda la cara, Adri, reconócelo: tienes catorce años; te queda otro más por lo menos con ese aparato. Vas a convertirte en un adolescente de quince años, casi dieciséis, que no sabe besar.

—Me la suda.

—A ti te la suda la vida, pero no me has dejado terminar.

Adrián detectó un brillo en los ojos de Álex. Un brillo que conocía demasiado bien.

—Habla.

—Vas a convertirte en un adolescente de dieciséis años que no sabe besar y que tiene como hermanos a River y Marcos Cabana. Algún día querrás formar una familia, casarte, tener hijos. Tus hermanos continuarán comentando la jugada en cada reunión, no solo con tu familia, sino

también con la familia de tu pareja.

Mierda. No había pensado en eso. Sus hermanos iban a lapidarlo. Se la sudaba todo, pero es que tenía que oírlos, y por ahí sí que no pasaba.

—Acepto.

—Excelente elección. Empezamos hoy. Por cierto, ¿las clases se pagan antes o después?

—No tengo ni idea.

—Lo haremos después. No vayas a ser un fraude.

—Me parece correcto.

Y así fue. Adrián cogió el libro de Matemáticas y empezaron desde el principio. Pronto se dio cuenta de que necesitaba ir *más al principio* con Álex, y rescataron de las estanterías el libro del curso anterior. Más de una hora después, Álex era incapaz de escribir sobre el papel un número más. Y las fracciones las odiaría durante el resto de su existencia.

—Ahora sí que me rindo —exclamó, dejándose caer boca arriba, derrotada, con la mano en el vientre y la cabeza a punto de explotar.

—Te dejo por hoy.

—Creo que no tengo fuerzas ni para besarte.

—¿Ya te estás escaqueando? Qué increíble.

—No me estoy escaqueando, solo digo que no tengo fuerzas. No me metas mucho la lengua, ¿OK? No puedo mover ni un solo músculo, y la lengua es un músculo. —Se levantó y se sentó sobre sus rodillas, junto a Adrián—. Uno que uso con frecuencia en las conversaciones y que…

—Eso es verdad.

—Oh, cállate. ¿Preparado?

—Como una taza de ColaCao.

Como… ¿qué? Dios, era imposible seguirle el ritmo a Adrián Cabana. Aunque sí que parecía una taza bien grande de ColaCao con aquella camiseta, para qué negarlo. Pero jamás se lo diría.

—Controla las babas, ¿OK? —le advirtió.

—Lo intentaré, pero no es fácil con el aparato.

—Por supuesto que no lo es; de lo contrario, no estaríamos en esta situación.

Álex bajó la cabeza y, sin más dilación, besó a Adrián. No era la primera vez: ya lo habían hecho dos años atrás, pero en esta ocasión fue todo más intenso. Quizá fuera la postura, sentados juntos con las rodillas desnudas, tocándose. Quizá fuera el sabor a galletas con mantequilla y azúcar. Quizá fuera la música de piano de fondo. Álex podría poner la letra a la dulce melodía de Brian Adams: *Everything I do, I do it for you.* O quizá fuera porque la boca de Álex se había estrellado contra la de Adrián con la fuerza de un vendaval.

—¿Me estás chupando el aparato con la lengua? —preguntó él de pronto.

—Lo siento, sentía una curiosidad insana. Continúa.

Dos horas después…

—¡¡Adrián!!

Ambos se separaron al instante. ¿Dónde estaban? En el suelo, tumbados sobre las pinturas de Adrián (seguro que se habían manchado la ropa), Adri sobre su espalda y Álex en perpendicular al pecho de él; las camisetas de verano eran tan finas y la de Adri estaba tan desgastada que parecían estar piel con piel. El calor corporal traspasaba ambas prendas. Adrián lo veía todo de un color extraño, como rosa y morado juntos. ¿Qué había pasado? Se estaban besando. Lento y

dulce. ¿Desde cuándo? No lo sabían, pero en algún momento uno había tirado del otro para tumbarlo en el suelo. O quizá se habían tumbado por sí solos al mismo tiempo. ¿Era la hora de comer? Ni idea. ¿De merendar? Ni idea. ¿De cenar? Ni idea. ¿Era un sueño? Ni idea. Pero si era un sueño, Álex jamás le confesaría a Adrián que había soñado con él, aunque no pudo evitar susurrar un «bravo, Adri, bravo». Unos segundos después, entró la madre Cabana en el dormitorio. Ambos continuaban en el suelo, pero alejados el uno del otro.

—¿Mamá?

—Hola, cariño. Hola, Álex. ¿Qué tal ha ido la mañana? —María vio los libros de Matemáticas en el suelo—. ¿Y qué tal van esas mates?

—Bien —fue capaz de decir—. Adri va a darme clases particulares durante el verano.

—Fenomenal. —Sonrió con ternura y, justo en ese momento, Marcos entró en el dormitorio.

—Se han portado genial —le dijo a su madre—, no han dado nada de guerra.

Álex y Adrián cruzaron una mirada. Y una sonrisa. Qué morro tenía el futuro poli y menudo cuidador estaba hecho.

—¿Te quedas a comer? —le preguntó María a Álex.

—Depende.

—¿Qué quieres?

—¿Qué tienes?

María sonrió. Le encantaba esa chica.

—Tengo pescado —Álex torció el morro—, tengo pollo —Álex torció un poco más el morro; el pollo sí le gustaba, pero también lo había en su casa— y tengo croquetas de huevo frito.

A Álex se le iluminó la cara. Le chiflaba aquella receta, única e inimitable, de la madre de los Cabana: un huevo frito enterito dentro de una croqueta. Alucinante.

—Acepto.

—Fenomenal. Id a lavaros las manos y ayudadme a poner la mesa. Por cierto, Marcos, ¿qué es eso que tienes en el cuello?

Marcos se llevó la mano al cuello de inmediato. Mierda.

—Nada —balbuceó.

—Es un chupetóóón —canturreó Álex. Y Adri y ella salieron corriendo al pasillo.

Capítulo 11

¿Como andar en bicicleta? Como andar en bicicleta, mis ovarios

ÁLEX

Creo que he visto un saltamontes desde la ventanilla del coche. Así de entretenida estoy. Y puede que Huguito haya estado más silencioso de lo normal, incluso para ser él, pero el viaje no ha sido incómodo. Creo que soy incapaz de sentirme incómoda con un Cabana cerca. Me he criado con todos ellos y son como mi familia. Supongo que la familia no desaparece aunque la separen más de mil trescientos kilómetros cúbicos de agua salada.

Otra cosa es que yo haya tenido que saturar los silencios con poesía. Y que le haya recitado el poema completito de «las oscuras golondrinas», de Gustavo Adolfo Bécquer, unas cuatro veces. Me encanta tocarle la moral.

Cuando llegamos a la urbanización, mi madre *aguarda* en la puerta. Mi madre solo aguarda en la puerta por dos motivos (como todo hijo de vecino, supongo): o está esperando al repartidor del pan o me está *esperando* a mí. Y dada la hora que es, muy desviado andaría el del pan; normalmente llega con los primeros rayos de sol.

—Suerte —me dice Hugo con retintín en cuanto ve a mi madre, mientras me bajo del coche.

También le regala una sonrisa y un saludo con la mano.

Capullo.

—¿No quieres tomarte un café con nosotras? —le pregunto antes de que se vaya. La educación que no falte.

—No.

— ¿Por favor? —suplico para que acepte el café. Pongo hasta mi cara de niña buena. Él finge pensarse mi oferta durante dos segundos.

—No.

—¿Sabes?, antes eras más simpático.

—«Volverán las oscuras golondrinas en tu balcón sus nidos a colgar…».

Y entonces arranca. Y se larga quemando rueda. Bueno, no literalmente, que hablamos de Hugo Cabana. Pero se larga con rapidez y sin darme la oportunidad de arrodillarme y suplicar un poco más. Podía haberse bajado del coche para saludar a sus padres. Lo recordaba más educado al chico. Y menos chistoso. Lo de las golondrinas me ha dolido. Bueno. Yo, a lo mío.

—Hola, mamá.

Mi madre hace un gesto brusco con la mano…

—Entra en casa y siéntate.

… y yo regreso a los noventa. Y a los primeros años del nuevo milenio, cuando no era más que una adolescente que cometía una trastada tras otra.

—Tengo treinta años.

—¿Y?

—No, nada. Para que lo tengas en cuenta y tal.

Pasamos directas al salón y me siento en el borde del sofá. El televisor está apagado y solo se escucha el reloj de cuco en una de las paredes. Tic. Tac. Tic. Tac. El televisor nunca estaba apagado cuando yo vivía aquí… Y me doy cuenta de que llevo casi un día en el pueblo y aún no había entrado en el salón. Está diferente. Muebles nuevos. Ventanas nuevas. Suelo nuevo. Distribución nueva. Pero mismo aroma. Y el mismo sol que se filtra desde el exterior.

—¿Lo tienes tú en cuenta, Álex? Porque me ha llamado tu padre, desesperado. ¡No sabe nada de ti desde hace más de dos días! Eso es inadmisible. ¿Acaso no le dijiste que habías cambiado de país? ¿Que estabas aquí?

—Sí, joder.

Me llevo las manos al rostro y me froto los ojos.

—«Sí, joder», ¿qué? Hay algo que no me cuadra, Álex. —Mi madre se sienta junto a mí y me toma de la barbilla para que la mire—. Estoy como loca por tenerte de nuevo en casa conmigo, no te confundas, pero no habías querido regresar en todos estos años, solo tú conoces el motivo.

Estoy a punto de resoplar. Es el mismo tema de siempre.

—Ya te he dicho «en todos estos años» que no había ningún motivo oculto. Yo solo… me adapté a la vida allí.

—Pero aquí tenías otra vida. Una que tiraste por la borda, y que no has dudado en buscar un minuto después de pisar la urbanización.

Ahora sí resoplo.

—Mi vida no era Adrián Cabana, mamá.

—Mira qué rápido has captado por dónde iba.

—Lo he echado de menos y sentí el impulso de saludarlo. Estaba justo al lado. Una cosa llevó a la otra y me quedé dormida en su cama. No es para tanto.

—¿Una cosa llevó a la otra y te quedaste dormida en su cama? ¿En serio, Álex?

—Me dejé el móvil en casa y esta mañana hemos ido al pueblo a desayunar. He perdido la noción del tiempo.

—No es de eso de lo que hablamos.

—¡Es que no sé de qué hablamos! ¿De papá o de Adrián?

—Hablamos de que has viajado desde Nueva York por primera vez en doce años y de que no has sido capaz de avisar a tu padre de que ya habías llegado. Hablamos de que en tu primer día aquí has necesitado dormir en la cama del vecino. Hablamos de que estás huyendo de algo, Álex. De algo tan fuerte que te ha hecho regresar a lo que tenías hace doce años.

—Papá sabía que venía.

—¡Tu padre estaba como loco, Álex! Y más vale que me cuentes algo ahora mismo, porque tengo una imaginación desbordante y no quiero pensar en qué motivo te ha podido obligar a dejarlo todo allí. Tu casa, tu trabajo, tu vida y a tu padre.

—¿Le has dicho a papá que estoy bien?

Contengo el aire. Soy incapaz de comunicarme con él, pero quiero que sepa que estoy bien. No quiero que se preocupe. Bastante tendrá con gestionar su decepción hacia mí.

—Le he dicho que estabas con Adrián y que estabas perfectamente.

—Gracias. —Respiro—. Gracias, mamá. Papá no tiene la culpa. Por favor, no lo culpes a él. No discutáis por mí de nuevo. Él siempre me ha apoyado y me ha ayudado. Me ha enseñado todo lo que sabe. Es solo que… yo conducía una moto a toda velocidad con los ojos cerrados. Los he abierto y me he estampado contra un muro de cemento. Me he dado la hostia más grande de mi vida; la moto ha quedado inservible y yo no sé si voy a recuperarme. Es como si me hallara en estado de coma. Pero no tiene que ver con él. Tiene que ver conmigo. Estoy perdida, mamá. Llevo mucho tiempo perdida y no soy capaz de encontrarme. Y algo me aprieta muy fuerte aquí —me pongo la mano en el corazón— y no me deja respirar. Necesito respirar para vivir. Y en la cama de Adrián respiro. No me preguntes por qué. Ni siquiera yo sé la respuesta. O no quiero saberla.

—Hija…

No lo aguanto más y rompo a llorar en su pecho. Ella me rodea con los brazos y me acaricia en un dulce balanceo. Y me siento un poco mejor. ¿Qué tienen los brazos de los padres que el mero contacto con ellos calma el dolor? El físico y el emocional. Es magia. Si alguna vez tengo hijos, también quiero curarlos así.

—Me equivoqué —susurro sobre su vestido.

—¿Con qué?

—Con todo. Con quién quería ser y con quién soy.

—Cariño. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—No lo sé. No quiero moverme de aquí, mamá. Quiero quedarme entre tus brazos para siempre.

Cuánto la he echado de menos. Adoro a mi madre, la adoro hoy y la adoraba hace doce años, pero elegí perseguir mi sueño. Lo elegí por encima de todo y de todos. Y es ahora cuando me doy cuenta de lo que realmente significó para nosotras el que me marchara a Estados Unidos: significó perder esta intimidad madre e hija, que es irreemplazable. No eres consciente de las consecuencias de tus decisiones hasta que el transcurso del tiempo te las muestra. Ojalá conocerlas de antemano. O no. Porque entonces la vida no sería una aventura. Hay que equivocarse para aprender qué es lo que queremos y lo que no queremos. Y a veces hay que equivocarse más de una vez. Oh, y más de diez.

Ella se retira, me insta a mirarla a los ojos de nuevo y me limpia las lágrimas.

—Vamos a empezar por averiguar quién eres. Tienes que encontrarte a ti misma. A la Álex del pasado. A la Álex de este pueblo. Y buscar las diferencias. Si es que las hay. Quizá seas la misma de siempre y el problema no sea tu identidad. Quizá el problema sea circunstancial.

—¿Y cómo encuentro a la Álex del pasado?

—Ayer lo hiciste muy bien trepando a la ventana de Adrián Cabana.

Intento no sonreír. Fracaso. Ay, Adrián Cabana…

—Mamá…

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¿Por qué no vuelves a practicar vela? Te encantaba. Era lo que más te gustaba hacer en el mundo. Eso, y el vecino de la casa de al lado.

—Al vecino de la casa de al lado vamos a dejarlo al margen de momento. Y no practico vela desde que me marché.

—Lo sé. ¿Por qué, Álex?

—No lo sé. Supongo que poco a poco me olvidé de mi vida aquí.

—Poco a poco *quisiste* olvidarte de tu vida aquí.

—Puede ser. ¿Crees que puedo navegar de nuevo?

—¡Claro! Será como andar en bicicleta. Eso no se olvida. Y adivina qué.

—¿Qué?

—Tienes tu barquito de vela en el garaje. Lo cubrí bien, así que supongo que estará intacto.

—Quiero verlo.

—Vale, pero primero: comer.



Ahora mismo soy como una niña recién levantada el día de Navidad. Veo mi precioso barquito de vela y algo me dice que este es el lugar en el que debo estar. Me siento feliz por primera vez en mucho tiempo. Muero de emoción por desenvolverlo y meterlo en el agua.

La mala noticia: mi madre no tiene sistema de acoplamiento en el coche.

La buena noticia: estoy segura de que algún vehículo de los Cabana lo tiene, con lo acuáticos que son.

Arrastro con mucho cuidado por el garaje, hasta la calle, el remolque sobre el que reposa mi precioso barco de más de cuatro metros de eslora, bien agarrado, y lo dejo en la carretera. Me acerco a los coches Cabana. El de los padres está guardado en el garaje, pero el de Adrián duerme en la calle. Lo rodeo y ¡bingo! Tiene bola de arrastre. Apenas la rozo con una mano cuando comienza a emitir un ruido muy desagradable. Pi pi pi pi pi pi pi piii. ¡Por Dios!

—¡Eh, tú! ¿Qué narices haces?

Miro hacia arriba tapándome los oídos y distingo a Adrián, con cara de mala leche, en la ventana del dormitorio de Marcos.

—¡Nada! Apenas lo he tocado y ha saltado la alarma.

—Ese es el objetivo de las alarmas. ¿No tenéis alarmas en Nueva York?

Paso de responder.

—¡¿Me prestas tu coche?!

—Ni de coña.

—¿Por favor?

Su respuesta: desaparece. Olé. No voy a rendirme. Me dispongo a insistirle por teléfono, pero, segundos después, se apaga la alarma y Adrián sale por la puerta de su casa y se acerca a mí. Ah, no. A mí, no. Pasa de largo y va directo hacia mi barco. Tenía los ojos iluminados. Juro que tenía los ojos iluminados. Y muy verdes. Cómo me gusta el verde.

—¿Para qué quieres mi coche?

Voy detrás de él y le hablo a su espalda:

—Oh, para hacer una barbacoa.

—Con sarcasmo no vas a conseguir nada.

Pasa la mano por el casco. Suave. Despacio. Tierno. Y es… es… es como si me acariciara a mí.

—¿Sin sarcasmo sí?

—Prueba.

—Para conducir.

—¿Sabes conducir?

Comienza a arrastrar el remolque hacia su coche y yo voy detrás, una vez más. Estoy totalmente hablando con su espalda. Bueno. Al menos es una buena espalda. Y lleva una camiseta blanca de manga corta. Siempre me ha gustado Adrián con camiseta blanca de manga

corta.

—Ja. Ja. Me parto y me mondo —le digo—. Claro que sé conducir. ¿Cómo no voy a saber conducir?

—Me refiero a conducir con marchas.

—¿Acaso se puede conducir de otra manera?

—Sin marchas. —Adri maniobra en el remolque y en su coche. ¿Lo está acoplando? Sí, lo está acoplando—. En Estados Unidos sucede.

—Lo necesito, ¿vale? El de mi madre no tiene la bolita esa.

—¿Qué bolita?

—Tu bolita para enganchar.

—¿Qué quieres enganchar en mi bolita?

—Nada —sonrío—, porque ya lo has enganchado tú. ¿Las llaves, por favor?

Extiendo las manos para que me las dé, pero no está seguro. Resoplo impaciente. ¡Venga, hombre! Por fin las deposita sobre mi palma. No nos tocamos. Todavía no nos hemos tocado. Y Adrián y yo siempre nos tocábamos. Es… raro ahora.

—Ten cuidado.

—¡Sé conducir! —grito mientras me acomodo en el asiento del piloto. Adelanto el asiento. Ajusto el espejo retrovisor. Acaricio el volante.

—Me refiero a que tengas cuidado con el barco. Y no toquetees mi coche.

—Solo voy a hacer una toma de contacto. Con el barco. Tu coche lo voy a toquetear todo lo que quiera mientras no nos veas.

—No hagas que me arrepienta. ¿Has consultado el viento y la marea?

—¿Tú qué crees?

Arranco sin darle opción a réplica. Acelero y… Quizá haya exagerado respecto a lo de saber conducir con marchas. Pero aprendo rápido.

—¡¡¡Álex!!!

Taaarde.



¿Que cómo ha ido la vela?

¿Qué puedo decir?

Dice mi madre que es como andar en bicicleta.

Eh, vamos a ver: como andar en bicicleta, mis ovarios.

Capítulo 12

El verano en el que tenían quince años

La pubertad

En otoño, Álex y Adri no habían dejado de besarse. Incluso aquella noche en que habían acudido todos a la playa a pescar con el padre Cabana. Estaban concentrados en la pesca (algunos más que otros) hasta que Álex, aburrida de tanta espera, le había soltado una de sus perlas a Francisco: «Cuando yo era joven, pescaba pescados; ahora que soy viejo, pesco resfriados». «Te voy a dar yo a ti resfriados. Largaos de aquí», había respondido Francisco, divertido. Adrián y Álex se *largaron* y llegaron a uno de los espigones. No entendían cómo, pero, de repente, por instinto, o por la fuerza del deseo, habían acabado tumbados en la piedra, uno encima del otro, alineados a la perfección, como las estrellas aquella noche. Cada centímetro de uno tocaba cada centímetro del otro. Cada centímetro. Por eso ambos percibieron la imponente excitación de Adrián. Y no era la primera vez.

—Es una reacción fisiológica normal —se defendió el chico.

—Despreocúpate.

Tanto se despreocupó, y tan seguro y a gusto se sentía, que comenzó a mover las caderas: era una necesidad. Y era mucho mejor que solo besarse.



Tampoco en invierno dejaron de besarse. Y, además, para entonces ya habían asumido que su postura favorita era uno sobre el otro. Daba igual quién estuviera encima y quién debajo. Y cuando se sentían libres por completo, como cuando navegaban en el barco de vela de Álex y fondeaban en medio del mar, muy lejos de la vista de cualquiera, bailaban el tango horizontal hasta que ambos culminaban. «Guau», fue la primera palabra que escapó de las bocas de ambos cuando se mojaron la ropa por la primera *culminación* de Adrián.

Fue ese invierno, precisamente, cuando pasaron a la siguiente base. No fue planeado. Los padres de Álex discutían como nunca; una noche, no lo aguantó más y corrió a refugiarse en la cama de Adri; necesitaba dormir a su lado. Sonaba en la radio *Please, please, please, let me get what I am*, de The Smiths. Se abrazaban, frente a frente, y Álex enseguida se dio cuenta de que Adri no se encontraba bien.

—¿Estás bien?

—Perfecto.

—Te duele la cabeza —afirmó.

—Un poco.

—¿Has tenido día movido hoy?

Álex conocía de sobra los dolores de cabeza de Adri, y el motivo de que aparecieran la mayoría de las veces.

—Un poco.

—Tienes que relajarte.

—Estoy en ello. ¿Alguna idea?

—Alguna. Apártame si no quieres.

—Apartarte si no quiero ¿qué?

La mano temblorosa de Álex descendió entre sus cuerpos y se atrevió a *tocar* a Adrián. Era la primera vez que tocaba a alguien de aquella manera, y era la primera vez que ese alguien era tocado de esa manera. Adrián no se apartó. Al principio, solo tenía un fin exploratorio; Álex era muy de *explorar*. Sin embargo, el instinto y las ganas la habían llevado a mover la mano de tal forma que la respiración de Adrián se había acelerado. Después, sus caderas habían comenzado a agitarse, igual que cuando estaban uno sobre el otro, hasta que… explotó. Álex sintió la humedad en su mano.

«Guau», pensó de nuevo. Siempre la misma palabra. «Esto es de Adrián».

—Joder —dijo él—. Esto es mucho mejor que cuando me toco yo.

—Pues claro que es mejor.

—Bravo, Álex, bravo.

Se besaron, y Adrián se atrevió a arrastrar los labios por la mejilla de Álex. Y a llevarlos hasta su hombro. La ropa le sobraba, por eso le levantó el dobladillo de la camiseta. Álex reaccionó al instante y estiró los brazos para que pudiera sacársela por la cabeza. La mirada de Adrián caminó por su cuerpo desnudo, enviando ondas de calor a cada centímetro observado. Fue entonces cuando comenzó a tocarla. Y fue la primera vez que ella tuvo un orgasmo mientras la acariciaba la mano de otra persona.

—Guau. Quiero repetir.

—Dame cinco minutos para recuperarme.



Los meses pasaron, y Adri y Álex no llegaron mucho más lejos que a tocarse entre ellos de todas las maneras posibles, a descubrir las diferencias más ínfimas y más abismales en sus cuerpos, a explorarse con las yemas de los dedos y darse cuenta de que, por muy distintos que parecieran —y en realidad sí lo eran—, ambos sentían de la misma forma. La calidez. Los temblores. La electricidad. El deseo. La excitación. La necesidad de tocar y de ser tocado. De gemir en voz alta cuando ya no podían más. Ambos disfrutaban del contacto del otro a la vez que se descubrían a sí mismos. Hay revelaciones en la vida del ser humano que deben ser experimentadas, además de por uno mismo, por terceras personas. El despertar sexual es una de ellas. Y Álex y Adrián se estaban descubriendo sexualmente a sí mismos. Sin tapujos. Sin tabúes. Sin vergüenzas. Y con muchísima confianza el uno en el otro. Ahí residía el secreto de su éxito.

Y el verano llegó de nuevo.

Una mañana, Álex entró en el dormitorio de Adri, lanzó el libro de Matemáticas al suelo, giró la silla del escritorio y se subió a su regazo. Tenían tiempo: acababa de encontrarse con

María en la puerta y le había dicho que salía para un buen rato. El resto de los Cabana también tardarían en llegar. A Adri ya lo dejaban solo en casa cuando no le apetecía ir al campamento de verano, y no necesariamente los martes; tenía más de quince años y medio. Estaba genial que se quedaran solos, aunque Álex echaba en falta las galletas con mantequilla y azúcar de Marcos.

—He tenido un día de mierda —dijo ella. Se lanzó a su boca y Adrián dejó caer al instante el pincel sobre los papeles.

Media hora después, Álex apenas podía respirar, no le quedaba aliento, pero no le importaba; no dejaría de besar a Adri por nada del mundo. Gracias a sus besos, y a pesar del aparato, ya no odiaba tanto las matemáticas. La cosa se había equilibrado. Un poco. Aunque su deseo de pasar el verano entero practicando vela aún ganaba a todo lo demás.

Hacía rato que había sentido la fuerte excitación de Adrián bajo la suya y sus gimoteos en su propia boca; sin embargo, no había hecho nada (todavía) por ir más allá. ¿Por qué? Porque a veces solo se trataba de eso: de besar. A Álex, los besos de Adrián la hacían sentir más que si se colgara boca abajo en la ventana de un piso cincuenta o más que si se lanzara en paracaídas desde el cielo. No es que lo hubiera probado, solo lo sabía. Igual que sabía que no le gustaría que le realizaran una operación a corazón abierto. Hay cosas que se saben. También sabía que el sexo que llevaba meses practicando con Adrián era algo fuera del espacio sensorial, y que después de la increíble sesión de besos que acababan de compartir, había llegado el momento de ir a por ello. Se afianzó a los hombros de Adrián y comenzó a moverse; los pantalones cortos y de tela fina elevaban a la enésima potencia las sensaciones. El otro reaccionó al instante y apretó el trasero de Álex para guiarlo hacia su erección.

Álex sabía de sobra cuándo Adrián estaba a punto de terminar. Lo sabía por sus respiraciones.

Adrián sabía de sobra cuándo Álex estaba a punto de terminar. Lo sabía por la velocidad de sus empujes.

Y ambos estaban a punto de terminar.

Álex coló una mano entre los pantalones de ambos y liberó la erección de Adrián. Los orgasmos fueron instantáneos. Y los besos perezosos, que habían sustituido a los necesitados y frenéticos, continuaron durante un rato. Hasta que Álex se alejó de la boca de Adri e inclinó la frente contra la de él. Ambos sudaban.

—Dios, ya me siento mucho mejor —exclamó, a punto de desmayarse de puro cansancio. Se quedó desmadejada sobre Adri; se encontraba tan a gusto… El sopor de después. La placidez. Una buena borrachera de sentimientos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Adri. Aún le palpitaba el corazón a toda velocidad y estaba manchado de su propia liberación, pero no apartaría a Álex. Quería saber a qué se había debido aquel *ataque* pasional.

—He hecho algo, me han pillado, mis padres se han enterado y… —suspiró—. Gracias a mí, se ha declarado la Tercera Guerra Mundial en casa y ahora me siento fatal. Mi madre le echa la culpa a mi padre y la culpa es solo mía. Estoy mal hecha.

—No estás mal hecha, solo que no eres de las que se quedan mirando ante una injusticia. Tú eres…

Adri calló durante unos instantes.

—¿Qué?

—Tú habrías compartido la puerta con Jack.

Ambos rieron a carcajadas. Desde que en 1998 se había estrenado la película *Titanic*, protagonizada por Leonardo DiCaprio, el mundo entero especulaba sobre si su personaje se

hubiera salvado en caso de que Rose (la protagonista femenina) le hubiera hecho un hueco en la tabla. Adrián estaba seguro de que Álex no lo hubiera dejado morir. Porque Álex jamás dejaría morir a nadie.

—Oye, no se te ha caído el pincel de la oreja. Qué nivel.

Adrián casi siempre llevaba un pincel en la oreja cuando era niño.

Rieron más, hablaron más, se besaron más, se limpiaron y, antes de irse, Álex recogió el libro de Matemáticas del suelo. No habían llegado a abrirlo. No era la primera vez, ni la número cien, que se besaban sin llegar a dar clase. Aunque nunca había sucedido lo contrario: dar clase y no besarse.

Después de aquel día, Álex no tardó en regresar al dormitorio del pequeño de los Cabana. Ocurrió una de las noches en que necesitaba dormir junto a Adrián. No siempre se quedaba hasta el amanecer, según le diera, pero esa vez sí se quedó. Tenía controlados los horarios de los padres Cabana.

—¿Te has enterado de lo del nuevo *pub* que van a abrir? —le preguntó antes de cerrar los ojos.

—Sí. En septiembre. Mi hermano Marcos ha hablado un par de veces con el dueño. Creo que se llama Pedro.

—Tu hermano habla con todo el mundo. No hace ascos a nada. Pues yo creo que no va a durar. ¿Un *pub* irlandés en el pueblo? No lo veo.

—A mí me da igual.

—Te apuesto lo que quieras a que no dura más de cinco años.

—Acepto.

—¿Qué apostamos?

—No lo sé. Ya veré. Me la guardo.

—Qué listo eres.

—Ya ves.

—Adri.

—¿Qué?

—En caso de peligro inminente, ¿preferirías salvar a tus padres o a tus hermanos?

Adrián no respondió hasta una hora después.

—Prefiero morir yo antes que elegir.

Capítulo 13

La locurita. Y yo, en medio. ¿Por qué y cómo? Todavía no lo entiendo

ADRIÁN

Me siento un poco azul marino. Más marino que azul. No puedo controlarlo. Tampoco es que quiera hacerlo. Los colores forman parte de mi vida. Los colores ríen. Expresan. Manifiestan. Escuchan. Sienten. Pueden elevarte al éxtasis más maravilloso o catapultarte al hoyo más baldío y profundo. Los colores duelen. Y traspasan todas y cada una de mis capas.

Subo las escaleras hacia mi habitación mientras dibujo círculos con la nuca para borrar los recuerdos del día. Hoy pesan. Y me duele la cabeza. Cómo no. A veces me duele hasta ser yo. Es algo así como: «Dame un poco de tregua, chico». Necesito pintar.

Abro la puerta de mi dormitorio y en un instante el azul marino se transforma en azul cielo, como si la luminosidad del día se hubiera almacenado en mi habitación durante horas y horas. O en mi cama. Cama que no está vacía. Álex se encuentra tumbada encima, con los brazos debajo de la cabeza, las piernas cruzadas por los tobillos y la mirada perdida en el techo. Mi *walkie* de Spiderman, el que ayer arrojé por la ventana, ha vuelto a su sitio.

Hace un rato, mientras cenaba con mis padres en la cocina, he visto por la ventana que mi coche estaba aparcado en la acera de enfrente. Todavía tenía el remolque amarrado, así como el barco de vela, pero ni rastro de la pequeña delincuente.

Ahora ya sé dónde se escondía. Algo ha pasado.

—Ayer tiré ese juguete por la ventana.

—«Ayer es nunca jamás».

Capa. Capa. Capa.

—¿Te has colado en mi dormitorio mientras yo no estaba?

—¿Qué preferirías, un mundo sin teléfonos o un mundo con colores nuevos inimaginables?

—Un mundo sin teléfonos.

—Hugo y Priscila se muestran antipáticos conmigo —responde, sin apartar la mirada del techo—. Y estoy siendo muy educada.

—Ajá.

Cojo un cuaderno de dibujo de mi escritorio y un lápiz de carboncillo: una combinación que obra en mí un efecto más poderoso que el paracetamol. Me siento en mi cama con la espalda apoyada en el cabecero, junto a ella, pero sin tocarnos. El azul del cielo no se puede tocar. Y mucho menos, por el marino de la noche. Las llaves de mi coche reposan en el colchón, sanas y

salvas. Lo reconozco: no las tenía todas conmigo. Menos mal que me la suda mi coche. Los objetos son reemplazables. Siempre. Comienzo a pintar y me dejo llevar; lo que me pida el cuerpo.

—Te la suda, ¿verdad?

Por un momento pienso que me ha leído el pensamiento. Caigo en la cuenta de que se refiere a mis hermanos. Hugo y Priscila son transparentes, incapaces de ocultar sus emociones. No tienen capas. Ni una. Es lo que hay. Yo los detecto enseguida. Marc y River son lo contrario a transparentes: esconden mucho más de lo que muestran. Pero también son de color rosa. Y yo, el color rosa, lo detecto a kilómetros de distancia.

—Bastante, sí.

Carraspeo y continúo con lo mío.

—Me lo imaginaba.

—Se llama lealtad.

—Ya —resopla—. Hablando de lealtad: llevo más de una hora aquí y, para tu información, te diré que tu habitación no mola nada cuando tú no estás dentro. La verdad es que no vale una mierda si tú no estás dentro. Es como si fuera de otra persona. Me sentía extraña.

Levanto la cabeza del papel, donde, por cierto, estaba dibujando un barco de color azul cielo, y la miro.

—¿Tan mal ha ido la vela?

Yo, el color azul, también lo detecto a kilómetros de distancia. Sé si es azul claro, tormentoso o triste. Ella me devuelve la mirada unos segundos antes de regresar a mi techo.

—Dejémoslo en que no es como andar en bicicleta. Y a todo esto, ¿crees que todavía sé andar en bicicleta? Llámame escéptica.

—A ti se te daba mejor la vela que la bicicleta, así que proporcionalmente hablando…

—¿«Proporcionalmente hablando»? No seas pedante, Adri, y no me toques la moral, que sabes de sobra que odio las fracciones.

—Tú me has preguntado.

—Buscaba tu apoyo y tu comprensión.

—Haberlo dicho alto y claro.

—Busco tu apoyo y tu comprensión.

—¿Qué tal el reencuentro con tu mar? Dejando la vela a un lado.

A Álex se le escapa una sonrisa.

—Muy bien.

—¿Qué le has dicho?

—«Me siento, mar, a oírte. ¿Te sentarás tú, mar, para escucharme?».

Ahora es a mí al que se le escapa una sonrisa.

—¿Y qué te ha contestado?

—«Hola, Álex».

Gira la cabeza y nos sostenemos la mirada…

—Estoy seguro de que lo solucionarás, como siempre. Tú eres vela, Álex. Mar. Viento. No puedes escapar de lo que eres. En cuanto a la bici, no tienes ninguna posibilidad. Nunca la has dominado del todo.

… hasta que ella la retira, obligada por las carcajadas.

—Gracias.

—De nada. Y, por cierto, no puedes quedarte a dormir en mi habitación otra vez.

Resopla.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Tanto te cuesta darme una explicación?

—Porque suelo traer a tías para follar. ¿Te vale esa explicación?

—Qué puto borde eres.

—Sí.

—No voy a quedarme a dormir, ¿vale? Solo quería devolverte las llaves del coche.

—Vale.

—Vale.

Pero se queda.



Me despierto en mitad de la noche con un cuerpo pegado al mío, que eleva mi temperatura a mucho más de setenta grados centígrados. Ni una pintura ignífuga lo soportaría, pero yo sí lo hago. Despego la cabeza de la almohada, extrañado, y miro hacia atrás. Ah, vale, es Álex. Regreso a mi postura anterior y cierro los ojos. Pero entonces reparo en un detalle: no tengo dieciocho años. Tengo treinta. Porque esto no es el pasado, es el presente. Y Álex se fue.

Ahora no debería estar aquí. Se lo dije. Pero nos quedamos dormidos. Estoy vestido.

Joder.



—¡Adri!

Abro los ojos. ¿Álex? Miro a mi lado: ni rastro. Y entonces la puerta de mi habitación se abre y ahí está ella. Pero ¿de dónde ha salido? Estaba aquí. Ojeo la hora en el reloj despertador: las siete y media de la mañana. ¿Lo habré soñado? No, imposible. Yo no sueño con Álex. Capa. Capa. Capa.

¿Y por qué tiene las llaves de mi coche en la mano?

—¿Por qué tienes las llaves de mi coche en la mano?

—Ah. Eh… Lo necesito. Otra vez.

—Ni de coña.

Vale que me la sude, pero no soy gilipollas. Al final, me joderá el coche.

—Vale. Toma.

«¿Vale? ¿Toma?». ¿Así de fácil? No, así de fácil, no. Lo sé en cuanto deja las llaves en mi mesita, sus ojos brillantes de emoción, y el aroma a mar inunda mis fosas nasales. Me la cargo.

—Ya lo has cogido y has ido al puerto.

—Necesitaba hacer algo.

—Son las siete y media de la mañana.

—He ido temprano.

—¿A dónde? ¿Y por qué te brillan los ojos? ¿Qué has hecho?

—¿Quieres verlo?

Veinte minutos después, llegamos al puerto en mi coche. Álex, su madre (la hemos recogido al salir de casa) y yo. No me ha dado tiempo a cambiarme de ropa, así que voy con lo de ayer. La camiseta no puede estar más arrugada. En fin, al que no le guste que no mire.

Seguimos a Álex hacia el último de los pantalanes y lo recorremos hasta la última embarcación. Bueno, si a eso se le puede llamar embarcación. Es un velero de unos veinte metros de eslora que ha conocido tiempos mejores. Hace como cien años. Ahora es mierda.

—¡Tarán! —exclama, señalándolo con un aspaviento. Yo enarco una ceja. Que no sea lo que estoy pensando. Que no sea lo que estoy pensando.

—Hija…

—No puedo competir en vela —se adelanta ella, la voz tomada por tintes de melancolía—, he perdido toda mi experiencia, pero sí puedo comenzar a navegar de nuevo.

Guau, Álex, guau. ¿Qué cablecito se ha cruzado en esa cabeza tuya?

—¿Cuánto te ha costado? —indago.

—Todos mis ahorros. Me he quedado sin blanca.

—¿Y cómo vas a arreglarlo si estás sin blanca? Porque eres consciente de que está hecho una mierda, ¿no?

—Tú, siempre a la herida.

—Ya sabes que sí.

—Lo voy a arreglar con mis manos. Tengo dos manos, ¿sabes?

Demasiado bien.

—Ajá. Suerte.

—Despreocúpate.

Preveo desastre de dimensiones épicas. Y me pregunto…

—¿Qué coño te ha pasado en Nueva York?

Álex se tensa. Pretende hacerse la indiferente, pero yo la conozco demasiado. Su madre no dice nada, pero también se ha quedado rígida.

—Se me ocurre una idea —me dice a mí—. Entre los dos sumáis cuatro manos. Y las tuyas son prodigiosas. ¿Por qué no la ayudas? Podrías reparar el casco y pintarlo.

Creo que mi expresión no dice nada, pero lo dice todo. No me puedo creer que Isabel me haga esto. Apoyo los brazos en las caderas y la miro cabreado. Capa. Capa, Adri.

—No me culpes por amar a mi hija —se justifica. No sé qué decir.

Su hija dirige su atención hacia mí. Me mira expectante. Expectante y con la esperanza en esos ojazos castaños que me traspasan el alma. Y a mí me gustaría mirar hacia otro lado, pero no puedo. El fuerte tirón de esos ojos en mi estómago no me lo permite. Álex es la lluvia que me empapa el pecho a corazón abierto. Y yo soy gilipollas. Joder.

Joder.

JODER.

—Una condición te voy a poner, y es inapelable —sentencio, muy serio—: también tienes que apuntarte a la regata del verano. Quiero que participes y que lo intentes.

Impulsos.

Capas.

Impulsos.

Capas.

Su impulso de saltar a mis brazos sin pensar y de rodearme la cintura con las piernas, de pura felicidad. Y mi impulso, o el de mis brazos, de rodearla y sostenerla.

Mis capas, por los suelos.

Récord.

Me gusta la música. He crecido con música en mi casa. Pero no me gusta ni por asomo tanto como a mi cuñado Dylan, porque en cuanto me despierto por culpa del volumen de la *puta música* que suena en todas partes, me cago en todo y me levanto de la cama como un resorte. Conozco la canción. Vaya si la conozco. *In the dark of the night.* ¿En serio tiene que ser esa? Los fogonazos que me asaltaron en el *pub* cuando Álex hizo referencia al día en que más veces la escuchamos regresan con fuerza. Mi polla. Su boca. Miro hacia mis bóxer. Dios.

Me asomo a la ventana. El ruido procede, por supuesto, de la habitación de Álex.

In the dark of the night evil will find her.

—¡¡Álex!!

In the dark of the night just before dawn!

Grito cuatro veces más. Me escucha a la quinta.

—¡Buenos días! Ya era hora.

—¡Baja la música!

—Hoy hemos quedado para ir al barco. No quería que te durmieras.

—Hemos quedado a las cinco de la tarde y son las siete de la mañana.

—Por si acaso. Ya no conozco tus rutinas, Cocoliso. Aunque veo que algunas no han cambiado, sin embargo. —Contempla mi erección matutina bajo la ropa interior—. Ya, ya. Lo sé. Es una reacción fisiológica normal. No es para tanto. Que tengas un buen día.

Se da media vuelta y yo voy bufando al cuarto de baño, a darme una ducha fría. Estamos en verano y hace calor.



Cuando llego al *barco* (todavía no sé si puedo llamarlo así) con veinte mil bolsas en las manos llenas de movidas para arreglarlo, Álex ya está dentro con la ropa de faena de siempre (peto vaquero y camiseta marinera debajo), enredando en unos altavoces que ha colocado muy precariamente sobre… *algo* que prefiero no saber qué es. Porque, a pesar de mis exiguos conocimientos sobre veleros, estoy seguro de que *eso* no está en su sitio.

—Sal de ahí —la apremio desde fuera—. Me estás poniendo nervioso, y yo no me pongo nervioso.

—El casco aguanta —responde, sabiendo por dónde voy—. No está tan mal.

—Sal de ahí.

Ni puto caso.

Dejo las bolsas en el suelo de madera del pantalán y contemplo el velero con ojo crítico.

—No tengo ni idea de por dónde empezar —admito.

—Yo sí —me responde feliz, un segundo antes de que la música comience a sonar a todo volumen.

Reconozco la canción, es muy del estilo de Álex: *(Love is like a) Heat wave*, de Martha Reeves & The Vandellas. En cuanto a lo que la música se refiere, con Álex tienes que irte lejos en el tiempo. Muy lejos. Tan lejos como cuando solo sonaba a través de radios que, es muy probable, ahora adornan las estanterías de coleccionistas. O que languidecen en cajas, en el

rincón más inhóspito de cualquier trastero.

O tan lejos como cuando se alejó de mi lado.

Álex me guiña un ojo y se agarra al mástil. Comienza a mover la pelvis y los brazos al ritmo de la música. Libre. Despreocupada. Ella. La ella del pasado, al menos. Y yo me pierdo en sus movimientos unos segundos. Siempre ha sabido moverse.

Capa.

—¡Te vas a romper la crisma!

—¿En un barco? Jamás.

Me apunta con el dedo para que me una a ella. Carraspeo. No le hago caso. Igual que ella a mí. Siempre hemos estado en perfecta sintonía. Como el color rosa y el azul claro.

—Empezaremos por un control de daños. A ver lo que se puede arreglar y lo que no.

—Se puede arreglar todo.

—Bonita respuesta teniendo en cuenta que no te queda dinero para comprar nada nuevo.

Ni caso. Continúa bailando.

—¡Eso no es hacer control de daños, Álex!

—¡El barco y yo nos estamos conociendo!

Y es verdad. Álex baila mientras recorre la cubierta y lo toquetea todo. Es suyo. Todo esto es suyo. O lo será en unos días, en cuanto acaben de arreglar el papeleo, pero es tan impaciente que no ha podido resistirse a empezar a trabajar en él, y además el antiguo dueño es *amigo*. Hay confianza.

Si yo albergara algún sentimiento hacia su persona, le diría que me siento orgulloso, a pesar de que se ha gastado todo su dinero en un trasto que flota por obra y gracia del Señor (no le encuentro otra explicación). Pero como no albergo ninguno, me callo la boca. Cuando sube los brazos todo lo que dan de sí y la camiseta raída se le levanta y deja entrever una buena porción de piel, yo me pongo a lo mío: control de daños.

Del barco.

Control de daños del barco.

Voy a empezar por el casco. Tengo trabajo para todo el verano con él: reparar golpes, lijarlo, adecentarlo, pintarlo… Al menos no presenta agujeros ni heridas profundas; es más un problema de dejadez. Después me pondré con la cubierta: limpiar, reparar y barnizar. Álex abre una trampilla en el suelo y comienza a revisar el motor. Yo no tengo mucha idea de motores de barco, pero le toco un poco las narices con que eso no es así y aquello, aún menos, hasta que explota un poquito.

—Bueno. ¿Quién sabe aquí de motores, tú o yo?

—Viéndote chapucear en vivo y en directo con ese trasto, la verdad es que no lo tengo claro.

—Aprobé el PER una semana después de mi decimoctavo cumpleaños. He trasteado con un montón de motores. ¡Aprendí a manejar un barco antes que a conducir un coche!

—Sigues sin saber conducir un coche… —murmullo para mis adentros.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Y como no tenemos más de qué hablar, yo trabajo. Ella baila y trabaja. Intento no sonreír. En su lugar, niego con la cabeza de vez en cuando, sobre todo cuando intenta sacarme a bailar, pero alguna sonrisa se me escapa. Ella se percata. Sonríe también; intenta que yo no lo vea, pero lo veo. Y vuelvo a sonreír.

A las nueve de la noche, me doy cuenta de que puede que no tuviéramos nada de qué hablar, pero nuestras almas del pasado llevan cuatro horas comunicándose sin cesar.

En fin. Mañana será otro día.



Y así, transcurren las semanas. Hay barco, mucho barco. Cenas compartidas con mis padres, en mi casa. Miradas. Recuerdos. Capas. Y colores. Muchos colores. Están por todas partes. Pero ninguna otra noche Álex se cuela en mi dormitorio.



River Phoenix:

Familia, esta tarde va a despejar, marea baja y tirando a poco viento…

¿Vamos a la playa a pasar la tarde y enlazamos con San Juan?

Marco Polo:

Planazo.

Los M&M's nos apuntamos.

Pris:

¡Y los St. Claire!

Hugoeslaestrella:

Uy, lo que ha dicho la niña.

River Phoenix:

Hola, Dylan.

Marco Polo:

Hola, Dy.

Pris:

Hola, Dy.

Hugoeslaestrella:

Pero ¿qué me ha delatado?

Marco Polo:

El «uy».

Hugoeslaestrella:

Flipo.

Hugo también lo dice.

River Phoenix:

Pero no con ese tono.

Hugoeslaestrella:

¿Qué tono? Es un puto wasap.

Marco Polo:

¿Ves? El tono te pierde.

Mientras discutimos lo de ejecutar el DEFCON y echar a Hugo del grupo de una santa vez, voy a crear un grupo con el resto para planificar lo de esta tarde.

;)

Adrián:

Me petáis el móvil de grupos.

Hugoeslaestrella:

Me dice babe que opina lo mismo.

Marco Polo creó el grupo «San Juan a lo Cabana»
Marco Polo cambió el icono de este grupo
Marco Polo te añadió
Marco Polo añadió a Pris
Marco Polo añadió a Hugoeslaestrella
Marco Polo añadió a Alex
Marco Polo añadió a River Phoenix
Marco Polo añadió a Cata
Marco Polo añadió a Dy
Marco Polo añadió a Mencía
Marco Polo añadió a Jaime
Marco Polo añadió a Julen

Marco Polo:

¿Qué hacemos? ¿Llevamos cada familia cosas al azar o nos organizamos? ¿O encargamos algo?

Julen:

¿Qué es esto?

Hugoeslaestrella:

Tú di a todo que sí. Es lo mejor.

Adrián:

Hola, Hug.

Dy:

¡Qué planazo!

River Phoenix:

¿Y a este qué le pasa? ¿Dos palabras y enviar?

Marco Polo:

Tendrá la boca ocupada.

Pris:

¡Qué bruto!

Marco Polo:

No he dicho con qué, malpensados.

Adrián:

Cuando tú vas, el resto volvemos.

Mencía:

Yo creo que es mejor llevar bocatas o tortillas de casa, pues para encargar algo igual vamos tarde…

Marco Polo:

Cómo me ponen esos «pues» sin ton ni son.

Dy:

Estaba atendiendo a los perros, capullos.

Y si hay que hacer algo tipo fuego o así, habrá que organizarse.

Mencía:

Si no, lo que digáis. Pero poco me cuesta hacer una tortilla.

Marco Polo:

Yo llevo mechero. ;)

Hugoeslaestrella:

Pero ¿qué estáis diciendo? No se puede hacer fuego en la playa.

Flipados.

River Phoenix:

Un geo y dos agentes del CNI.

Creo que podremos controlarlo, Hug.

Hugoeslaestrella:

Yo, si nos pillan, no os conozco.

Marco Polo:

Lo entendemos. Todavía estás pagando la multa por la pintada en la calle.

Hugoeslaestrella:

Paso.

Alex:

Cerveza, vino blanco, refrescos y agua, ¿no?

Adrián:

Qué animado te veo, cuñado.

Alex:

Ya ves.

Pris:

Ji, ji, ji.

Cata:

Sí, mejor dejamos los destilados para otro día, que yo estoy con la lactancia y no puedo beber alcohol.

Adrián:

¿Entonces nada de aguardiente?

Alex:

Cómo la suelta en cuanto puede.

Adrián:

Chúpame un cojón.

Alex:

Dos.

Pris:

¿Algo de postre? Aunque sea un poco de chocolate.

Cata:

IMAGEN DELFÍN

Jaime:

¿¿Esto es para llevar colchonetas??

Me gustan las colchonetas.

Cata:

Se me ha colado la imagen. No era para este grupo.

Adrián:

Dios.

Al final me creáis un trauma.

Y mira que yo soy duro.

Julen:

Y los delfines. ;)

Adrián:

El otro.

Alex:

Todo dureza.

Adrián:

Chúpame un cojón.

Alex:

Dos.

Julen:

Déjà vu.

Jaime:

Vete acostumbrándote.

Mencía:

¡Chocolate negro!

Cata:

Y con leche.

Pris:

¡Y blanco!

Adrián:

Y blanco.

Marco Polo:

Qué guerra dais, joder.

Pris:

¡Bis bis, Adri, tres marcas de leche!

Adrián:

Bis bis, tres marcas de leche.

Pris:

RAM, Central Lechera Asturiana y Pascual.

Adrián:

Pascual, Kaiku y Hacendado.

RAM no vale. Bienvenida al siglo xxi.

Diecinueve años después.

No puedes hablar hasta que diga tu nombre tres veces.

Pris:

¡Mierda!

Adrián:

¡Eh!

Pris:

-

Julen:

Hostias, ¿estos dos qué se han fumado?

Alex:

Me encargo de la bebida, de preparar una empanada, un poco de pasta fría con atún y algo de picoteo.

Adrián:

Cómo se nota que el cuñado intenso no echa horas en el curro.

Julen:

Mens, tú haz tu supertorti.

Es tortillera mayor.

Mencía:

Síííí.

Adrián:

Pris. Una.

River Phoenix:

Refrescos, cervezas, vinos y champán a menos dieciocho grados.

Adrián:

Alguien está muy contento por su baja de paternidad…

Pris. Dos.

Mencía:

Por cierto, mi tortilla es CON cebolla. Si no os gusta, lleváis otra vosotros.

Dy:

¿¿¿En serio nadie va a decir nada de lo de «tortillera mayor»???

Jaime:

¡Por favor! ME ESTOY MORDIENDO LA BOCA.

Adrián:

Pris. Tres.

Pris:

Ji, ji, ji.

Hugoeslaestrella:

Pero no lleva queso, ¿no?

River Phoenix:

¿Lleva queso?

Pris:

¿Y queso?

Adrián:

Que alguien responda a lo del queso, por favor.

Marco Polo:

Tíos, que es mi chica.

Alex:

¿Os apaña comer con cuchara?

No quiero liarme con los cubiertos.

Adrián:

No.

Jaime:

No.

River Phoenix:

No.

Cata:

No.

Dy:

¿Ein?

Hugoeslaestrella:

Llevo copas para el champán y el chocolate.

Adrián:

No te olvides del blanco para Pris.

River Phoenix:

¿Cuándo acaba la temporada de antojos? Porque mi hijo tiene casi dos meses y su madre sigue pidiendo movidas a diario.

Adrián:

¿Se lo explico yo?

Cata:

Chitón.

Dy:

Joder, el del CNI.

Hugoeslaestrella:

No le encarguéis a él el fuego, ¿OK?

Mencía:

¿Alguien lleva agua?

Pris:

Podríamos ir a Cala Medusa.

Julen:

¿Qué es Cala Medusa?

Jaime:

Una cala con muchas medusas.

Julen:

Ja. Ja.

Pris:

No, en serio. Es una cala con muchas medusas. Y es la cala más bonita del mundo.

Alex:

Sí.

Hugoeslaestrella:

Sip.

Marco Polo:

Yo le puse el nombre. :)

Julen:

Te quedarías calvo, cuñado.

Dy:

Tiene sus momentos.

Marco Polo:

Que os den.

Capullos.

Jaime:

Yo prefiero una playa sin medusas.

Me ponen muy nervioso.

Mencía:

A mí me gusta el nombre.

Adrián:

Lo sabemos.

Dy:

Hala, la vasca. ¡Peloteo perejil!

Jaime:

¿Perejil?

Dy:

Pajeril.

Mierda.

Parejil, joder. El puto corrector.

Julen:

¿El corrector te propone la palabra «pajeril»?

Marco Polo:

Interesante… ¿Hug? ¿Algo que decir?

Hugoeslaestrella:

«Parejil» no existe.

Dy:

Pero ¡que soy el amor de tu vida!

Hugoeslaestrella:

Lo que quieras, pero «parejil» no existe.

Y desconecto, que tengo lío en la clínica.

Dy:

Seguimos por privado.

Pris:

¡Nos vemos esta tarde!

Marco Polo:

A ti, más que a nadie. Venga, agur.

Adrián:

Anda, el otro.

Dy:

Qué rimosos.

> Que en esta familia cada uno va a lo suyo es un hecho consumado. Sigo el ejemplo y me pregunto: ¿irá Álex con tilde a la playa por San Juan? ¿La encontraremos nosotros o nos encontrará ella?.

Pristy, la ardilla, cuestionándose la vida.



Capítulo 14

El invierno en el que tenían dieciséis años

Nevaba.

Nevaba en el pueblo alicantino.

Nevaba en el Peñón.

Nevaba en la cuesta infernal.

Nevaba en la playa.

Nevaba en la urbanización más famosa del pueblo y nevaba en el colegio.

Nunca se había visto a los tres Cabana pequeños salir de casa con tanto entusiasmo para dirigirse al autobús escolar. Aunque ya no eran tan pequeños: Hugo estaba cerca de cumplir los dieciocho; Adri, los dieciséis, y Priscila, los quince. Se reunieron a medio camino con Álex (con tilde), quien no dudó en amasar una bola de nieve gigante y lanzarla en su dirección. La esquivaron. El que no la esquivó fue Alex (sin tilde): le impactó en toda la cara. Y con lo que él era… Adrián fue el primero en reír a carcajadas después de decirle a su hermana: «Yo creo que, del uno al diez, el vecinito va a cabrearse un ocho». Y, por increíble que les pareciera a todos, Alexander St. Claire también rio. Vaya. Estaba de buen humor. Priscila sonrió para sus adentros; no estaba segura de si el vecino le gustaba o no, pero sonrió. Y Alex le guiñó un ojo en respuesta.

Subieron al autobús y llegaron al colegio exultantes de felicidad y de adrenalina, acompañados de una Álex que pensaba que la guerra de bolas de nieve había acabado, pero no fue así. Los Cabana solo esperaban el momento adecuado para tomar la revancha. Y ese momento llegó a la hora del recreo.

Todavía nevaba con fuerza, y el alumnado al completo prefería sentir la nieve en la piel que verla caer a través de las ventanas, por lo que se encontraban todos en el patio. Adri y Priscila siempre estaban juntos, y Álex solía unírseles a menudo. Hugo, en contadas ocasiones. Aquella fue una de ellas. Lo tenían todo planificado. Pillarían a Álex con la guardia baja. Y ya estaba con la guardia baja. Mientras el resto hablaba, reía y disfrutaba de la nieve, Álex leía uno de sus libros de poesía, en pleno patio, empapándose a causa de la nieve.

La primera bola en la cara, no la vio venir. Hugo.

La segunda, tampoco. Priscila.

Ni la tercera. Adrián.

Reaccionó para la cuarta. Se guardó el pequeño libro en el bolsillo del abrigo y cogió dos puñados de nieve. Echó a correr tras los Cabana. Y mientras corría, el otro Alex se les unió; no iba a perder la oportunidad (no estaba seguro de si la oportunidad de vengarse por la bola de la mañana o de lanzarle una a Priscila Cabana). Corrieron tanto que incluso se dispersaron. Hugo fue atacado por un compañero de clase y se perdió tras una esquina. Priscila y St. Claire se

escabulleron juntos por otra, y Adri y Álex se quedaron solos, en un rincón del patio que limitaba con el pequeño bosque contiguo.

Álex se encaramó al muro y corrió por él hasta que vio que iba a ser atacada de nuevo: no se le ocurrió otra cosa más que saltar sobre la espalda de Adri. Del impulso, dieron un par de vueltas sobre sí mismos (o sobre Adri) y cayeron al suelo, ella encima. La oportunidad de su vida llegó, y Álex no la dejó escapar. Jamás lo haría: mientras inmovilizaba a Adrián con un brazo y una pierna (por fin las clases de judo servían para algo), con la otra mano agarró dos puñados de nieve y los hundió en su rostro y su pelo.

—¿Y ahora qué, eh? —se burló entre carcajadas.

—¡Para!

Cogió otro puñado.

—No. Di que soy la mejor en el Monopoly.

—¡Eso jamás!

Otro puñado. Adrián ya escupía nieve por la boca.

—Dilo: Álex es mejor al Monopoly que todos los Cabana juntos.

—¡Antes muerto!

El siguiente puñado fue directo al cuello: Álex se lo coló por dentro del abrigo.

—¡Ah! Joder, ¡está helada!

—¡Palabrota blasfemia! Y claro que está helada. Y la siguiente —Álex alzó el abrigo de Adri y fue directa a su entrepierna— lo va a estar mucho más.

—¡No! ¡No! Vale, vale, lo confieso. ¡Álex es mejor al Monopoly que todos los Cabana juntos!

La sonrisa de Álex no cabía en el patio.

—Pues claro que lo soy, Cocolís.

Miró hacia los lados, se aseguró de que no había nadie a la vista y bajó la cabeza para besar a Adrián en la boca. Fue un beso rápido, sonoro, y que los dejó a ambos con ganas de más. Por eso Adri la sujetó por el cuello y continuó el beso.

Y hacía meses que le habían quitado el aparato.



Nadie sabe lo que descubrió Marcos Cabana aquel día que tanto nevó en el pueblo, y que todos ellos recordarían el resto de sus vidas, pero lo cierto es que esa misma tarde se reunió con Hugo, Adrián, Priscila y Álex en el sofá de su casa y adoptó un semblante serio. Muy serio.

—River y yo nos lo hemos jugado a «piedra, papel o tijera» y he perdido yo.

—¿Has perdido el qué?

—¿Qué dice ahora este?

—Shh. Dejadlo hablar.

Marcos suspiró y sacó cuatro paquetitos de uno de los bolsillos del pantalón vaquero. Los dejó caer en la mesa. Eran preservativos.

—Coged uno cada uno. Venga, acabemos con esto de una vez.

—Oh, por Dios. —Hugo se levantó y se largó sin el suyo.

Bueno, Hugo era casi mayor de edad y tenía la cabeza amueblada. No era el que más le preocupaba a Marcos. Pero los otros tres…

—¿Qué es esto, cómo se usa y para qué lo queremos?

Marcos resopló frustrado. Anda que no era tocapelotas la vecinita de los huevos.

Unas semanas después del milagro de la nieve, ocurrió otro suceso en el pueblo: Álex se contagió de varicela. Y dos días después, también Adrián, por supuesto.

—Ya es casualidad —comentaba el padre de uno.

—La habrán pillado en el colegio —opinaba el padre de la otra.

—Yo lo siento en el alma, ni os imagináis cuánto, ¿eh? —intervino Marcos—, pero no puedo permitirme una varicela en casa en estos momentos, así que a la puta calle que se va el niño.

—¡Marcos! —gritó su padre.

—¿¿Qué??

—No puedes echar a tu hermano de casa.

—¡Y la palabrota! —lo reprendió su madre.

Marcos bufó.

—¿Por qué no? Yo estoy de acuerdo con Marc —apoyó River—. Tampoco puedo permitirme una varicela, y estará en la casa de al lado.

—Yo no me pronuncio —aportó Hugo—. Paso.

—Voto en blanco va para la mayoría, hombre de ciencias. Ya no vale cambiarlo.

—¿Y Pris? ¿Dónde está?

—Estará tonteando con el vecino de la casa de enfrente. Pero yo diría que su voto es en contra. Hay que ser justos: la niña jamás echaría a Adri de casa.

—¿Tonteando con qué vecino? —preguntó su padre.

—Con Alex sin tilde.

Después de años de debate, los Cabana los habían apodado «Álex con tilde» y «Alex sin tilde». No encontraban un método mejor para diferenciarlos.

—Pero…

—Esto no es una votación, chicos —zanjó su madre, en un intento de desviar el tema de la niña y el vecino. Pobre hija suya, en una casa con tanto hombre…

—¿Cómo que no? —preguntó River—. ¿Y qué hacemos todos aquí, en la cocina, deliberando?

—Reconozcámoslo: es mejor que la pasen juntos y que se rasquen los granos el uno al otro —resolvió Marcos—. Eso es amistad y lo demás, tonterías.

Y así fue. Así fue durante más de una semana. El problema: les picaban tanto los granos que sus padres tuvieron que vendarles las manos porque se estaban haciendo verdaderas averías en la piel; les quedarían marcas de por vida.

Cuando la varicela ya casi había remitido, Adri continuaba viviendo en casa de los vecinos, totalmente aislado de su familia, salvo por las visitas diarias de su hermana.

Una tarde, después de ver la película *Anastasia* por enésima vez en el televisor y de escuchar la canción favorita de Álex en bucle durante minutos y minutos (todavía la escuchaban), a Adrián comenzó a picarle muchísimo un grano del muslo especialmente molesto. No paraba de revolverse.

—Estate quieto. Me estás distrayendo y quiero escuchar la canción —gruñó Álex.

—Me pica mucho, joder. ¡Y la has escuchado cuarenta veces!

Hizo amago de rascarse incluso con las manos vendadas, pero Álex se lo impidió.

—Nunca son suficientes. Y no te rasques. Ya te llevas un par de marcas de regalo, ¿quieres más? ¿Qué preferirías, una marca en la cara o cincuenta en el culo?

—Ahora mismo, me la suda. No me aguanto. Ráscame tú. Te doy lo que quieras a cambio.

Lo que quieras.

—Eres malísimo negociando, tío. Así no tiene gracia.

—Estoy al límite.

—¿Y con qué quieres que te rasque? —Alex levantó sus manos, también vendadas—. ¿Con los dientes?

Hablando de dientes… Álex justo vio una palomita en el sofá, junto al muslo de Adri, y se lanzó a cogerla con la boca (método utilizado para comerlas en primera instancia dado que tenían las manos vendadas). A Adri se le iluminó la mirada. ¡Sí! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—Eso es. Eres un genio. ¡Sóplame en el grano!

Álex arrugó la frente en un primer momento, mientras masticaba, pero enseguida se dio cuenta de que era una idea sensacional. ¡¡Era un genio!! ¡¡Una genia!! Podían soplarse los granos el uno al otro en busca de alivio.

—Vale, pero luego me soplas tú los míos.

—Hecho. Venga, dale.

—¿Cuál te pica?

—El del muslo, el que más. Es insoportable. Quítame los pantalones. Venga, joder.

La impaciencia le podía, pero no fue tarea fácil. Álex no podía maniobrar bien con las manos vendadas. Adrián levantó el trasero para ayudarla y entre los dos consiguieron bajarle los pantalones de chándal hasta las rodillas.

—¿Preparado?

—Preparadísimo.

Álex bajó la cabeza y sopló con fuerza en el grano de Adrián. El alivio fue inmediato. Pero necesitaba más.

—Oh, sí, no pares. Guau, síííí. Sopla por toda la zona. Dios, qué gusto.

Eso hizo Álex: sopló durante varios minutos, haciendo que Adrián viera estrellas blancas. En el buen sentido. Quizá en *demasiado* buen sentido. Porque el alivio fue tan sublime que otras sensaciones comenzaron a apoderarse de él. Álex lo notó al momento. El bulto bajo la ropa interior, que ya conocía de sobra, no dejaba margen de error. Alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿También te pica?

Adrián rio.

—Es una reacción fisiológica normal. Tienes la nariz casi pegada a mi polla, ¿qué quieres? Soy humano.

Álex se sentía fascinada, para qué negarlo: le encantaba ver a Adri en esa tesitura. Le encantaba ser testigo de cómo la excitación lo dominaba y cómo la respiración se le aceleraba, tal y como sucedía en ese instante. Se quedó mirando la erección de Adri y casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio que se le mojaba un poco, muy poco, el bóxer.

Tragó saliva y no se lo pensó. Como no podía usar las manos, llevó la boca a la erección, sobre la ropa interior, y la acarició con los labios.

—Dios.

Adrián inclinó la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del sofá, al mismo tiempo que un suspiro barra gemido salía de su garganta. Menos mal que la música ahogaba los «ruiditos».

Un minuto después, Álex metió la nariz por debajo de la ropa interior y se la bajó con los dientes. Cuando su boca volvió a la erección, Adri no pudo soportarlo más. Movió las caderas una, dos, tres veces, y entonces:

—¡Aparta! Aparta aparta aparta aparta aparta aparta.

Álex lo hizo apenas un segundo antes de que Adrián explotara. No pudo desviar la vista de

semejante espectáculo. La visión de Adrián manchado de su propia liberación era… guau. La hacía sentir muchas cosas, entre ellas: calor. Mucho calor.

Álex miró a Adrián.

—Tío, eso han sido como quince segundos.

Él rio, extasiado. No se acordaba ni de la varicela. Tampoco Álex.

—¿Quieres probarlo?

Ella no lo dudó.

—Sí. Pon el cronómetro en marcha. Estoy segura de que aguanto mucho más que tú.

—Ya lo veremos. Ayúdame a bajarte los pantalones y túmbate.

—«Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela, no corta el mar, sino vuela, un velero bergantín».

—Nada de trampas —dijo Adri sobre su cuerpo—. No vale recitar poesía para bajar la excitación.

—¿Bajar? ¿No has oído lo de «viento en popa a toda vela»?

Tres segundos más tarde

—Eso han sido tres segundos.

—Maldito velero bergantín.

Capítulo 15

San Juan, «beso, verdad o consecuencia» y el tequila

ADRIÁN

—¿Jugamos a «beso, verdad o consecuencia»?

No entiendo en qué momento ocurre todo. Hemos pasado la tarde en la playa, hemos cenado mientras encendíamos la hoguera y, de repente, y a pesar de algunas protestas (las mías por encima de la mayoría de voces) y de un remolino multicolor de desacuerdos sobre las normas del juego, una vez que el sol comienza a esconderse en el horizonte y el cielo a teñirse de uno de mis naranjas favoritos, comenzamos a jugar, entre aperturas de botellas nuevas y juramentos de «decir la verdad y nada más que la verdad». Lo cierto es que hay mucha verdad, poca consecuencia y nada de beso. Me lo imaginaba. Mis hermanos siempre van a fuego.

—Cata, ¿alguna vez has chocado contra otro coche mientras aparcabas frente a la casa de mis padres y te has hecho la despistada?

—¡Consecuencia!

—¡Sabía que habías sido tú!

—¡No he admitido nada! Solo he dicho «consecuencia».

De las consecuencias, mejor no hablo… Solo diré que con mi familia es preferible elegir «verdad» y confesarlo todo. Siempre.

—Pris, si tuvieras que besarte con cualquier personaje de Disney, ¿a quién elegirías?

—Al príncipe Eric, de *La sirenita*. Es tan guapo.

—Es un dibujo animado.

—Está muy bueno, cuñada; yo te apoyo.

—Dylan, ¿cuál ha sido el mayor disgusto de tu vida?

—Cuando acabó *Buffy, cazavampiros*. No lo supero.

A estas alturas del juego, estamos rodeados de hogueras (y de cientos de personas sentadas en círculo en torno a ellas), por lo que deduzco que en esta playa están permitidas; la verdad es que la normativa del ayuntamiento va y viene a placer, es imposible seguirle el ritmo. Las llamas iluminan nuestros rostros, y el olor a quemado se hace más intenso a cada segundo, tanto que incluso eclipsa el aroma a playa y salitre que había quedado impregnado en nuestras pieles. Yo siempre he identificado el olor del fuego con el verano. Y con mi familia. El ambiente comienza a pintarse de San Juan. De risas, conversaciones, música y juegos, y todo suena a San Juan. De

personas que corretean por la playa y te salpican arena sin querer, y que también suenan a San Juan. De chapoteos nocturnos en el mar. Del paseo marítimo abarrotado de gente. De muchísimas caras conocidas. Todo esto es San Juan.

—Mencía, si pudieras quedar impune de un delito, ¿cuál elegirías?

—Robar un banco.

—Qué chica más traviesa.

—River, ¿alguna vez has sido amable con alguien solo para conseguir algo a cambio?

—Sí, ayer. Contigo.

—Hugo, si los animales pudieran hablar, ¿cuál crees que sería el más pesado?

—La ardilla.

—¡Eh! ¿Eso no irá por Pristy?

—Eso va por los millones de horas que nos obligaste a ver los dibujos de *Chip y Chop* cuando te tocaba elegir a ti.

—Creo que de ahí nació Pristy.

—Lo sabemos, pequeñaja.

Dylan saca la guitarra y rasguea acordes sin ton ni son. Suenan increíbles.

—Julen, ¿cuándo fue la última vez que alguien te dio vergüenza ajena?

—Ayer. Marcos hizo una cosa con su coche que prefiero no reproducir.

—A mí, todo lo que hace Marcos con su coche me produce siempre mucha curiosidad.

—¿Verdad?

—No es amor, es obsesión.

Un movimiento a mi derecha me pone en alerta. O quizá es esa risa que tan bien conozco y que llenó mis primeros dieciochos años. No puedo asegurarlo. Lo que sí sé es lo que van a encontrar mis ojos en cuanto se desvíen hacia allá: Álex Portabella. Charla animada, en un círculo a unos cuatro metros de distancia del nuestro, con antiguos compañeros del colegio. Se lleva la botella de cerveza a los labios. Se está poniendo al día. Un par de horas más, y el pueblo al completo sabrá que ha regresado. A mí no me ve.

—Adri, ¿conoces algún dato curioso que sea muy interesante pero también muy inútil?

—Los búhos son las únicas aves que pueden ver el color azul.

—He dicho «interesante»…

—Chúpame un cojón.

—Y tú, el otro a mí.

—Jaime, ¿rubios o morenos?

—¡Consecuencia!

Álex se ha levantado y baila al son de la música con varias personas. Las sombras que proyecta la hoguera en su rostro y en su cuerpo también bailan al son de la música. Su cabello resalta entre todos los demás. O yo lo veo más que a los demás. Y no deja de hablar. Nada nuevo. Continúa sin dirigir su mirada hacia mí. Continúa sin reparar en mí.

—Nadador, si alguien narrara tu vida, ¿quién te gustaría que fuera?

—Una chica. Una Susanna, por ejemplo.

—Buena respuesta.

—Marcos, ¿cuál es la película que, sin ser de miedo, te ha dado más miedo?

—*Ratatouille.*

—¿Por los ratones?

—No, por el queso.

—Dylan, dentro de lo razonable, ¿qué crees que es lo más guay que podrías encontrar en una

cueva?

—Un «horrocrux» de Voldemort.

—Dentro de lo razonable, Dylan.

—Un pasadizo temporal.

—Dylan.

—Una lámpara maravillosa.

—¡Dentro de lo razonable!

—Me rindo.

Cuando Álex se gira, mis ojos siguen fijos en su espalda.

—Cata, ¿qué cosa creías que iba a ser increíble y terminó siendo una decepción?

—El Satisfyer.

—¿Por qué sonríes, River?

—¿Yo? Por nada.

—Dios, qué básicos sois los tíos.

—Es lo que hay.

La música del grupito contiguo compite con la del chiringuito playero. *Desátame*, de Mónica Naranjo, contra un *remix* un poco surrealista de *Estoy llorando por ti*. Álex ha salido de mi radar. Andará por ahí, reencontrándose con la otra mitad del pueblo. Nunca permanece demasiado tiempo con las mismas personas. Le puede. Al final, no me ha visto.

—Adri, ¿tú no sientes presión?

—¿Por qué?

—Por tu futuro sentimental. Pris está casada con un nadador olímpico; Hugo, con uno de los cantantes más famosos del momento; River pertenece al CNI y se casó con la hija del alcalde del pueblo; Marcos es geo, y su novia, del CNI. Y vasca. ¿En serio no sientes presión?

—No. Me la suda.

—Nadador, ¿qué cosa molaba mucho cuando eras pequeño, pero ahora ya no mola nada?

—La plastilina.

—Hugo, ¿qué animal asustaría más si pudiera hablar?

—¿Por qué siempre me preguntáis movidas de animales?

—Mencía, ¿cómo concilias el sueño cuando no puedes dormir?

—Leo un libro que me prestó River.

—¡Es el reglamento del CNI!

—Julen, si tuvieras que elegir un color para el corazón, ¿cuál sería?

—El color del arcoíris.

—Oh…

—Te besaría en el hombro ahora mismo, Juls.

—Pues échale un par de huevos y hazlo.

Jaime se atraganta con el último sorbo. Y después ríe a carcajadas.

—Me lo merezco.

Se lo ha tomado como una amonestación. Como algo que podría tener «feas» consecuencias. Yo me apuesto mis mejores pinceles a que ha sido una invitación. ¿En serio soy el único que lo ve? En ocasiones no puedo con mi familia. Están todos ciegos.

—Jaime, ¿cuál es el chiste más divertido que te sabes de memoria?

—¿Cómo le da las buenas noches Zeus a su hijo Hércules? Bésame, Herculito.

—Por Dios.

Mis ojos se desvían y otean alrededor unas veinte veces, que son veinte veces más de las que

me gustarían. Abrimos otra botella de champán. Hace muchísimo calor esta noche.

—River, ¿qué objeto está mejor roto que entero?

—El jarrón de mi suegra.

—Pris, ¿qué ha sido lo mejor que te ha pasado hoy?

—Estar aquí con vosotros.

—Ohhh.

—Julen, ¿qué ruido te molesta más?

—Cosas que caen de repente al suelo sin que te lo esperes.

—¿En serio?

—Sí, es muy molesto. ¿Qué pasa?

—Nada, pero teniendo a mano lo del mosquito que revolotea cerca de tu oído mientras intentas dormir, tu elección me parece curiosa.

—Marcos, ¿qué cosa crees que se ha desarrollado de forma mucho más desproporcionada de lo que debería?

—El queso.

—Cata, ¿qué criatura mítica querrías que existiera?

—Legolas.

—¡¡¡Síii!!!

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—Luego te pongo la película en casa y te lo explico.

—Dylan, si solo pudieras escuchar una canción durante el resto de tu vida, ¿cuál sería?

—*Dancing in the moonlight.*

—Pris, ¿cuál es la prenda de vestir más graciosa que tienes?

—Unas braguitas con un oso en relieve, que tiene un agujero en la boca para…

—¡Demasiada información!

Alex sonríe y le guiña un ojo a mi hermana. Dios.

El ambiente comienza a cambiar. El tono, los balbuceos, las risas… Aquí alguno va a llegar fino a casa, empezando por mí. Mañana lidiaré con el dolor de cabeza; hoy me apetece mandarlo todo a la mierda.

—Marcos, ¿qué palabra del castellano te resulta más desagradable?

—Queso.

—Hugo, ¿qué animal te parece el más ridículo del planeta?

—Ya vale, ¿no?

—Adri, ¿alguna vez has meado en una piscina?

—Como digas que sí, voy a saber que ha sido en la mía y te la vas a cargar.

—En tu piscina hemos hecho de todo menos mear, nadador.

—No has respondido.

—Pues es mi respuesta.

—Pues bebes.

—Cómo se pega lo de los vascos, ¿eh?

—No estamos jugando a eso.

—Bebes, Adri, bebes.

—River, si hubiese una versión para adultos del camión de los helados, ¿qué vendería y qué canción tocaría?

—Vendería cerveza y tocaría *Highway to hell*.

—Hostias, yo iría corriendo a comprar.

—Lo sabemos, Marc.

—Julen, ¿en qué creíste demasiado tiempo cuando eras pequeño?

—En el ratoncito Pérez. Recuerdo que lo de los Reyes Magos y Papá Noel cayó por su propio peso cuando alcancé cierta madurez mental, pero ¿lo del ratón? Aquello me mató.

—Pobre, Juls. ¿Necesitas consuelo?

—Claro. Échale un par de huevos y dámelo.

Ahora soy yo el que ríe a carcajadas. Todos me miran. ¿En serio no leen entre líneas? Pris carraspea. Mencía pregunta:

—Jaime, ¿qué has pedido prestado y nunca has devuelto?

—Una preciosísima lámpara de mesa. Al nadador.

—¡Sabía que la tenías tú!

—Nadador, nombra un objeto que te hayan birlado delante de tus narices en los últimos tiempos. Ah, no, espera, que ya lo sabemos.

—Tenéis suerte de pillarme embarazado y de muy buen humor últimamente…

—Ohhh…

—Dylan, ¿a qué animal o planta crees que habría que cambiarle el nombre?

—Al «sacaojos».

—Si te refieres a la planta originaria de Sudamérica, se llama *Pouteria salicifolia*, y si te refieres al insecto de patas alargadas, se llama *Típula*.

—Me pones a cien, *babe*.

—Cata, ¿qué te mueres de ganas de comer más a menudo?

—Queso.

—Pris, ¿qué te parece increíblemente barato y pagarías mucho más por ello?

—Los lazos para el pelo.

—Hugo, si pudieras hablar con animales y ellos te entendieran, pero tú no pudieras entenderlos, ¿qué harías con ese poder?

—Joder.

—Interesante respuesta.

—Marcos, ¿a qué has jugado más horas en tu vida?

—Al Monopoly.

—Me refiero a un juego sexual.

—Al Monopoly.

Por Dios.

—Mencía, una fiesta épica se celebra en tu honor, ¿qué hay sobre la mesa principal?

—Marc, cubierto solo de chocolate.

—Joder, titi…

—¡Demasiada información!

—River, ¿cuál sería el peor alimento para licuar y beber con pajita?

—Queso.

—Hugo, ¿qué animal sería más bonito si tuviera el tamaño de un gato?

—Paso de vosotros.

—Adri, ¿has hecho un trío sexual alguna vez?

—Yo no sé por qué el tema del trío tiene que salir siempre a relucir.

—Riv, la pregunta no es para ti. Respira tranquilo.

—Riv, deja el champán a menos dieciocho grados.

—¿Qué trío?

—Marcos, ¿algo que hayas visto y desearías olvidar?

—A papá y mamá. Desnudos. Haciendo… eso.

—¡¡¡No!!!

—¡Mis ojos!

—Pero ¿de qué vas? ¡¿Cómo nos cuentas eso?!

—Joder, Marc.

—Os jodéis, ahora nos pesará a todos.

—Adri, ¿qué es lo más asqueroso que has comido?

—Croquetas de queso.

—Vamos, superadlo ya, Cabanas.

River y Cata son los primeros en marcharse, antes de que el pequeño Hugo comience a darles la noche. Pris y Alex también se van a casa. A mi casa. Álvaro se ha quedado a dormir con mis padres y mañana quieren levantarse con él.

—Hugo, si tuvieras que esconder una jirafa, ¿dónde lo harías?

—Vamos, *babe*. Contesta a esa. Tengo curiosidad.

—Espera, otra para Hugo: ¿preferirías comer comida para perros o comida para gatos?

—Que os jodan.

Rompemos el círculo alrededor de la pequeña hoguera, que lucha sin éxito por exhalar su último aliento un segundo antes de que Hugo la cubra de arena. Nos levantamos y nos dispersamos. Hugo y Dylan se pierden por ahí, a lo suyo; Marcos y Mencía se dirigen al *pub* para hacerle una visita a Pedro; Julen se marcha por un lado y Jaime, por otro. A saber. Yo me encamino a la barra del chiringuito a pedir un tequila. Me apetece.

Me recuesto en la barra y espero por mi bebida. La música de los altavoces se ha incrementado como en un millón de decibelios y sé que mañana me va a retumbar Upa Dance hasta en el tuétano.

Sámbame con todo tu cuerpo.
Túmbame de pies y manos.
Sáltame, comiénzame a provocar sin miedo.

Estoy a punto de llevarme el tequila a los labios, sin anestesia, cuando…

—Hola, Adri.

Trago. El alcohol me quema la garganta. La que faltaba.

—Hola, Carmen.

—¿Qué tal?

—Aquí. —Le hago un gesto al camarero para atraer su atención—. Otro tequila, por favor.

—Te he visto solo y me he acercado para decirte que me voy del pueblo dentro de un par de semanas. Y como sé que no vas a preguntarme por qué ni a dónde ni cómo, te lo digo yo. Me ha surgido una buena oportunidad de trabajo en Madrid y he sido incapaz de rechazarla.

Carmen llegó a mi vida una mañana mientras yo me hacía un tac en el hospital donde trabaja. Resultó ser el mismo hospital donde había mentido a Priscila para alejarla de su marido, puesto que su querida hermana mayor lo consideraba de su propiedad. Claro que, eso, yo no lo sabía. Tonteamos y encajamos. No sucedió nada. Hasta que nos reencontramos en unas hogueras de San Juan y sucedió todo. No me lo esperaba. Mis hogueras de San Juan, por un motivo o por otro, suelen ser memorables.

Carmen salió de mi vida con la misma rapidez con la que entró. También fue la primera chica que me gustó de verdad en mucho tiempo. Tenía un «algo» que me recordaba a una «alguien». Una actitud. Una naturalidad. Y el ojo pintado con un delineador negro muy potente. Ahora, con la distancia que proporciona el tiempo, me doy cuenta de que si de verdad hubiera sido importante, no habría salido tan rápido. Álex no salió tan rápido. Álex no salió. Capa.

—¿Vas a pedirle perdón a mi hermana antes de irte? —le pregunto a bocajarro. Supongo que, a veces, todavía creo en la humanidad. O deposito esperanzas en ella.

—Cometí un error, Adri.

—No. Fuiste cruel.

Carmen cierra los ojos, suspira y vuelve a abrirlos.

—No quiero marcharme arrastrando mierda de mi pasado. Lo siento, Adri. Siento todo lo que pasó. Lo siento mucho, de verdad.

—No, a mí no. Tienes que decírselo a Priscila. —La música, más alta que nunca. Tan alta que tengo que gritar—: ¡Y a Alex!

—¿He oído mi nombre por aquí? —Siento su presencia. Siento su aroma. Siento el amarillo y el azul que trae siempre consigo. Siento demasiado. Es por culpa del maldito color del sol. Tampoco es nada nuevo. Es Álex. Ahora sí me ha visto. Pero ahora soy yo el que no la mira. Me bebo el nuevo tequila que el camarero coloca sobre la barra, frente a mí—. Hombre —y ahora siento también el peso de su brazo sobre mis hombros, sobre la fina camiseta de verano—, pero si es uno de mis habitantes favoritos del pueblo, y mira que hoy he visto a un montón.

—Hola —saluda Carmen con el morro torcido—. Si no te importa, estábamos hablando de algo importante.

—Oh, ¿estáis juntos? —Nos señala con la botella de cerveza que lleva en la mano.

—Pues sí.

—Perdona, pensaba que habíais coincidido en la barra sin más. ¿Y tú quién eres, de todas formas? No te recuerdo.

—Yo a ti tampoco.

—La vecina de la casa de al lado.

—No me suenas para nada.

—Él y yo solíamos ser los mejores amigos sobre la faz de la Tierra.

—Yo soy su exnovia.

Vamos a perdernos dentro del perfume de los besos.

La cerveza que Álex se acababa de llevar a la boca se le atraganta. Pero ni eso logra que me quite el brazo de encima. Yo continúo sin mirarla. Tengo que lidiar para que todos mis sentidos se concentren en cualquier estímulo excepto en el calor de su piel contra la mía.

—Pensé que lo tuyo eran las rubias —me dice Álex—, no las pelirrojas.

Giro la cabeza por fin y lo único que veo son sus ojos marrones glorificados por el delineador negro más intenso *sobre la faz de la Tierra*.

—¿Por qué pensarías eso? —le pregunto.

—Hummm, no sé, quizá por tu tendencia adolescente hacia las primeras.

Vuelvo a dirigirme al camarero. El brazo de Álex cae por su peso, pero lo vuelve a colocar, apoyando su codo sobre mi hombro en plan colegas. Ya se cansará.

—Otro tequila, por favor.

—No recuerdo ninguna novia rubia en tu vida —me dice Carmen.

—Eso es porque no pasaste con él los primeros dieciocho años de su vida —responde Álex.

—No, eso es porque jamás he tenido una novia rubia —alego yo con parsimonia. Entonces su mirada se clava en la mía de tal manera que yo también podría llevarla de color negro—. ¿Qué me miras?

—El brillo de tus ojos cuando te pones tonto. No tonto en plan sexual; ahí te brillan de otra manera. Tonto en plan: tengo un palo metido por el culo. Libérate, hombre, que la noche es joven.

—Ajá.

—¿Qué me miras ahora tú a mí?

—No te miraba a ti. Justo has entrado en mi radar.

—Cuando te cierras en banda, necesitaría un doce sobre diez en la escala de telepatía para entrar en tu cabeza y entenderte.

—He evolucionado mucho. Yo tendría un quince sobre diez y te expulsaría.

Entro al trapo porque… porque con Álex es inevitable.

—¿Un quince? Más quisieras, Cocolís. No eres tan bueno.

—Porque tú lo digas.

Alguien carraspea. Carmen.

—Ah, que sigues aquí —le dice Álex.

—Tú eres Álex Portabella.

La llegada inminente de Jaime le impide contestar.

—Menuda reunión más pintoresca. ¿No estaréis jugando a «beso, verdad o consecuencia»? Porque me decepcionarías, rubio —me dice a mí, refiriéndose a Carmen.

—Estábamos a punto —respondo.

—Yo juego —dice Álex.

—No sabía que te iban las pelirrojas, Álex —replico con guasa.

—No me van. Lo mío son los rubios. Lo mismo me toca uno esta noche.

—O lo mismo no.

Me bebo un nuevo tequila. Miro a mi alrededor. Julen nos contempla de reojo mientras habla con personas a las que no conozco. Sé lo que ha sucedido en casa de Jaime en las últimas semanas gracias a que me lo ha contado Pris y… ¿Por qué la gente se complica tanto la vida? Creo que ya es hora de irme a casa, pero antes voy a hacerles un favor a estos dos. Porque los quiero, porque me preocupo por ellos y porque tienen que dejarlo salir de una vez.

—Elijo beso —pronuncio en voz alta.

Entonces agarro a Jaime por el cuello y acerco su cabeza a la mía hasta que nuestros labios se juntan. Saboreo la sorpresa en su boca. Y poco más, porque mi tequila lo inunda todo. Le meto la lengua hasta el fondo y siento que el peso del codo de Álex sobre mi hombro se desvanece. Jaime continúa paralizado. Me alejo.

—Me piro a casa —anuncio, a todos.

—Pero ¿qué…?

Creo que nunca había visto a Jaime tan confundido.

—De nada —le digo al oído, enfocando la vista en Julen.

—¿De nada?

—Lo de «échale huevos» era una invitación. Y esto es un favor que os hago yo a los dos. La sutileza no es lo vuestro.

—¿Una invitación? Ni de coña.

Elevo los ojos al cielo y me doy media vuelta con intención de largarme a casa, pero su voz

me frena. Su voz siempre me frena.

—¡Eh, Cocolís! ¿Mano a mano por los viejos tiempos?

Me giro y veo la botella de tequila en su poder.

No volvemos a separarnos en toda la noche.

Sámbame.

“ «¡Bualaaa!».

Pristy, la ardilla, con los ojos fuera de sus órbitas.



Capítulo 16

El verano en el que tenían diecisiete años

—¡Venga ya! Eso es trampa.

—No es trampa. No se puede ganar siempre, Marco Polo.

—Sabes perfectamente que esa calle era mía.

—¿Tuya? Haber llegado antes.

—Marc tiene razón: ha sido un golpe bajo sabiendo lo mucho que le gusta esa calle.

—No saques la cara por él, Riv.

—Las cosas, como son.

—No discutáis, chicos, o nos la vamos a cargar con mamá.

—Pris tiene razón. Y Adri también: él ha llegado antes a esa calle.

—No saques la cara por él, Hug.

—Saca la cara por mí si le da la gana.

—Esa era mi calle, yo es lo único que sé.

—Bienvenido al Monopoly, hermano.

—Sé jugar al Monopoly desde antes de que tú aprendieras a mear fuera de la cama.

—Uhhh, ¿ya empezamos con los ataques rastreros?

—Me encanta venir a esta casa a jugar al Monopoly.

Todos ignoraron el comentario de Álex.

—Me llevas cuatro años; dudo mucho que supieras jugar al Monopoly antes de que yo aprendiera a mear fuera de la cama.

—¿Quieres que le preguntemos a mamá?

—¡No seas crío!

—Devuélveme mi calle.

—No es tu calle.

—Que tienes veintidós años, Marcos, por favor.

—¿Qué preferiríais, perder al Monopoly o que un tornado gigante se llevara vuestra casa y os dejara en la calle y que después una manada de lobos os adoptara, pero luego decidieran que os disfrutarían más como aperitivo de los domingos y os devoraran muy lentamente con salsa de queso por encima?

—¡El tornado! —gritaron cuatro voces a la vez.

—Incluso con la salsa de queso por encima, ¿eh? Con lo que la odiáis… Interesante.

—Por Dios, perder al Monopoly —dijo Adrián.

—¡Me suda la polla! —Marcos continuó con la discusión tras ese breve paréntesis.

—Y a mí me suda la polla y todo lo demás —le respondió Adrián—. La calle es mía. La he comprado legalmente.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues cógela, señor legal.

A Adrián no le dio tiempo a reaccionar (a nadie, en realidad): un segundo antes, el tablero estaba sobre la mesa del comedor, lleno de fichas y cartas, y al siguiente, Marcos había salido corriendo con él y con todo el taco de las calles escaleras arriba. Las fichas y el resto de las tarjetas habían caído al suelo.

—¡Marcos!

—Pero ¿a dónde vas con el tablero?

—¡Marc!

—¡Vas a ir a mamá!

Marcos fue directo a esconderse en el baño del piso de arriba, baño que debían compartir los cinco hermanos y que era motivo de broncas a diario. Pero no le dio tiempo a cerrar con pestillo: Hugo (qué rápido era, el muy mamón) coló el pie y poco después llegaron el resto de sus hermanos y Álex. Marcos no pudo contra todos: entraron, y él se metió a todo correr en la bañera, tablero incluido.

—¡Atrás!

—Por Dios, esto es surrealista. —Álex.

—Sal de ahí, Marc.

—¿Vas a devolverme mi calle?

—No es tu calle.

Marcos puso la mano en el grifo e hizo el gesto de abrirlo.

—¿Y ahora? ¿Vas a devolvérmela?

—¿Qué haces, loco?

—O es mía o no es de nadie. La voy a mojar.

—¡No!

—Te la vas a cargar.

—La vas a romper.

—La perderemos para siempre.

—Por Dios, esto es surrealista. —Álex.

—Que nadie mueva un solo músculo.

—Marc, sé razonable.

—Se nos está yendo de las manos.

—Marcos, no abras el grifo, por favor.

—Por Dios, esto es surrealista. —Álex.

—¿¿QUÉ ESTÁ PASANDO AHÍ??

—Mierda —exclamaron cinco voces al unísono.

Cuando María entró en el cuarto de baño se encontró a su hijo Marcos de pie dentro de la bañera, con el tablero del Monopoly debajo del brazo; al resto de sus hijos, con las palmas alzadas en señal de «alto el fuego»; al gato en medio de todos, y a Álex, la vecina, negando con la cabeza. No necesitaba preguntar qué había ocurrido.

—Dame ese tablero, Marcos.

—Mamá, por favor. Sé razonable.

—No me hables tú de razonabilidad, que la tenemos. Dame ese tablero.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Yo esto ya lo sabía.

—Mamá…

—El tablero, Marcos. Ya.

Marcos salió de la bañera y, muy renuente, todo hay que decirlo, le entregó el tablero a su madre.

—Esto —María lo agitó en el aire— queda confiscado hasta nueva orden.

—¡Nooo! —exclamaron cinco voces, de nuevo, al unísono.

—Os lo habéis ganado a pulso, otra vez —espetó antes de salir por donde había entrado.

Los cinco Cabana contemplaron, atados de manos (no podían hacer nada; su madre representaba la ley máxima), cómo su progenitora se iba con el objeto de sus deseos vete a saber a dónde. No lo verían en mucho tiempo. Álex continuaba negando con la cabeza.

—Guau, Cabanas, guau. Se os va. Se os va mucho. Me marcho a mi casa antes de que me peguéis algo.

—Aguántala, a la de la varicela.

Resulta que, año y medio atrás (todos lo recordaban) no había valido de nada que Adri se trasladara a casa de Álex a pasar la varicela. Todos los Cabana cayeron como moscas una vez que Adrián se hubo recuperado y regresado a casa. Puede que las visitas y los besos de Priscila a su hermano predilecto tuvieran algo que ver…

Nadie se despidió de Álex al salir. Solo tenían palabras de despedida para su adorado juego de las tardes de lluvia. Adiós, Monopoly.

Tres horas después

Adrián estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó los gritos que se colaban por su ventana. Y lo primero que pensó fue:

Álex.

Se levantó de la cama y corrió a la ventana. Se asomó y la vio acurrucada en su cama. Podía llamarla por los *walkies* (a pesar de contar ya con teléfonos de verdad, los seguían utilizando), pero no serviría de nada: cuando Álex se cerraba, se cerraba. Tendría que ir a por ella. Bajó por la fachada hasta el jardín (no era la primera vez) y pasó a la casa de los vecinos. Trepó por la pared hasta la habitación de Álex en un santiamén (tampoco era la primera vez, y los contenedores de basura y los salientes en la pared lo ponían demasiado fácil). Fue directo a la cama, a abrazar a Álex, una Álex que lloró todavía más cuando sintió el abrazo de Adri. Permanecieron abrazados un buen rato, hasta que escucharon el portazo y el motor de un coche poco después. Y otro portazo en la habitación de los padres de Álex.

—Shhh… Ya se han callado. Intenta dormir.

—Sácame esta mierda de dentro, por favor —le suplicó—. Quiero sentirme bien. ¿Cómo hago para sentirme bien?

Adrián no tenía ni idea, pero entonces le sobrevino una sensación: recordó cuando ambos se acariciaban. Eso lo hacía sentir bien. Y no era por el sexo. Era algo más. Por eso comenzó a acariciarla lentamente. Los brazos. La cadera. El vientre.

—Sí. Así. Así. No pares, por favor.

Nunca.

Álex y Adrián llevaban mucho tiempo practicando sexo oral, y no era la parte del sexo lo que más enganchaba a Adri, sino la parte de los labios, de hacerse sentir con la boca.

Levantó la camiseta de Álex y comenzó a repartir besos muy suaves por su piel. Solo quería que se sintiera bien, que se olvidara de sus padres y de los problemas. Adrián se olvidaba del mundo y de los problemas cuando Álex posaba los labios sobre él, en cualquier parte del cuerpo.

Álex se tumbó de espaldas y extendió los brazos.

—Te necesito. Acabemos con esto de una vez. Me estoy muriendo por ti.

—No lo he hecho nunca.

—Yo tampoco.

—¿Estás segura?

—Bastante segura de que soy virgen, sí.

Adri rio a carcajadas.

—Me refiero a si estás segura de querer hacerlo conmigo por primera vez.

—Sí.

—No quiero hacerte daño. No sé cómo hacerlo.

—Lo iremos descubriendo juntos. Te diré lo que es un sí y lo que es un no.

—Vale.

—Ponte un preservativo. Tengo en mi cajón el que nos dio tu hermano.

Adrián se lo puso y se colocó en la entrada de Álex. Tragó saliva.

—¿Tienes miedo?

—«La domadora Pity, que no tenía miedo de un león, se moría del susto ante un ratón».

—¿Eso es un sí o un no?

—No lo sé. ¿Y tú? ¿Tienes miedo?

—No lo sé.

Los corazones de ambos latían a toda velocidad. Adrián entró con cuidado y enseguida notó la barrera de Álex; empujó con más fuerza y se asustó al escuchar el gemido de ella.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Aunque es raro. Me duele y me gusta a la vez. Sigue.

Y Adrián siguió. Pero no por mucho tiempo. Llegó al orgasmo un par de minutos después.

—Voy a correrme —advirtió. La cosa iba a acabar pronto.

—Dios.

—Voy a correrme.

Álex estalló en carcajadas y Adrián le tapó la boca; su madre estaba solo un par de habitaciones más allá, pero eso no impidió que ambos terminaran con más ímpetu que nunca. Después, languidecieron uno encima del otro. Fue Álex la que rompió el silencio, susurrándole al oído:

—«Al comenzar la noche de aquel día, ella, lejos de mí, '¿Por qué te acercas tanto? —me decía— tengo miedo de ti'. Y, después que la noche hubo pasado, dijo, cerca de mí: '¿Por qué te alejas tanto de mi lado? ¡Tengo miedo sin ti!'».

Una primera vez que ninguno de los dos olvidaría nunca.

Capítulo 17

Y esta es la razón por la que yo no puedo beber alcohol...

ÁLEX

Si alguien me preguntara por mi noche de San Juan más memorable, sin duda le respondería que la primera que recuerdo. Yo tenía seis años y acabé sumergida en el agua de pies a cabeza: mi primer baño nocturno. Aunque, si lo pienso bien, no es que yo la recuerde, es que he visto fotos y me lo han contado millones de veces. Así que me quedaría con la segunda o la tercera, pero, claro, en la segunda o la tercera no sucedió nada interesante, aparte de mojarme los pies en el agua y de irme a casa con un globo de helio gigante. Tan gigante que podría haberme llevado volando. Eso sí hubiera sido memorable, pero…

Creo que me quedaría con la noche de San Juan en que yo tenía diecisiete años. Adri y yo hicimos un concurso de beber tequila, a ver quién tumbaba al otro. Nunca supimos quién de los dos ganó, puesto que ambos acabamos tumbados en la arena, uno encima del otro. Puede que incluso vomitados. No me acuerdo de nada más de aquella noche, aparte de haberme bebido unos catorce tequilas a pelo; aun así, la recuerdo con nostalgia como una noche memorable.

Creo que jamás he deseado con tanta fuerza retroceder en el tiempo. Regresaría a ese momento. No me importaría oler a tequila rancio con tal de sentir de nuevo lo que sentí entonces. Oh, y las carcajadas de Adri. Su hipo. Recuerdo su hipo mientras nuestros padres nos echaban la bronca mil horas después. Adri es muy propenso al hipo cuando bebe alcohol. Yo pensaba por aquel entonces que la vida era una mierda; me preguntaba a menudo por qué tenían que ser mis padres los que se peleaban día y noche. Me preguntaba si en algún momento la pesadilla de oírlos discutir acabaría. Hubiera dado cualquier cosa por viajar en el tiempo hasta el momento en que acabaran. Ahora me doy cuenta de que era feliz a pesar de ello, de que tuve una infancia increíble y de que mis padres ya no discuten. Y yo solo pienso en que ojalá pudiera regresar y volver a disfrutar de cada segundo del ayer. El problema de los mejores segundos de nuestra vida es que no nos damos cuenta de que los estamos viviendo mientras sucede. Y son irrecuperables.

Podría decir que el beso de Adri y Jaime me aguijonea en el estómago, pero todavía no he llegado a ese punto.

Jaime no piensa lo mismo, y menos todavía lo piensa Julen, que llega a la barra con una cara de mosqueo sobrecogedora y ganas de pelea. Yo dejo mi segunda cerveza de la noche sobre la barra y le pido al camarero una botella enterita de tequila.

Me despido de la pelirroja con un «bye bye, Carmen», una mirada de «por supuesto que sé

quién eres» y voy detrás de mi rubio.

—Eh, Cocolís, ¿mano a mano por los viejos tiempos?

Se gira.

Le muestro la botella de tequila.

Acepta.

Y (re)comienza la noche al ritmo de Los Refrescos: *Aquí no hay playa*.

Nos perdemos entre el gentío que abarrota la playa. Bebemos a morro de la botella. Primero él. Luego, yo.

Tropezamos con los corrillos.

Saludamos a medio mundo. A Adri hay que obligarlo a pararse para saludar, porque él no se detiene ni de casualidad.

Bebemos a morro de la botella. Primero él. Luego, yo.

Me hago dolorosamente consciente de que su boca acaba de posarse ahí. Y de los lunares espolvoreados por su rostro. Antes los tocaba con naturalidad cuando me daba la gana. Ahora me resultan tan inalcanzables como sus estrellas blancas en el cielo.

Bailamos. Bailamos por separado y bailamos juntos.

Nos tocamos por primera vez desde que he vuelto. Me coge la mano y me da media vuelta.

Nos hablamos al oído, aunque de nuestras bocas solo salen tonterías. Tonterías que mañana olvidaremos.

Bebemos a morro de la botella. Primero él. Luego, yo.

Llamamos «higueras» a las hogueras. Quizá deberíamos dejar de beber…

Nos acercamos a la orilla a mojarnos los pies; es tradición en la noche de San Juan, y de camino nos cruzamos con Julen y Jaime. No es que los veamos. Es que los oímos.

—Shh —me susurra Adri con un dedo en la boca. Yo me escondo detrás de su cuerpo y asomo la cabeza por la curva de la clavícula.

—Pero ¡¿qué coño te pasa ahora, Julen?! ¡Me vuelves loco! Pasabas de mí, ¿no? Pasabas porque te besé el puto hombro y has estado meses sin dirigirme la palabra. Te mandé millones de mensajes y no contestaste a ninguno. Para mí eso es un clarísimo «paso de ti». He seguido con mi vida.

—¡Estaba pensando!

—¿Y ahora te molesta que Adrián me haya besado?

—Pues claro que me molesta, joder.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedes estar tan ciego? Llevo semanas lanzándote señales.

—¿Qué señales?

—Te he preparado el desayuno cada mañana. Con caritas sonrientes incluidas. No es mi modus operandi*, ¿sabes? Lo he hecho por ti. Para que sonrieras.*

—¿Qué caritas sonrientes?

—¡Las que dibujaba con la leche en el café!

*—¿*Eso *eran caritas sonrientes?*

—¡Lo eran! Y me he paseado por tu casa casi en pelotas.

—Porque tenías calor.

—Eso no te lo voy a negar. ¡Casi me subía en tu regazo cuando veíamos el televisor juntos en el sofá!

—Porque tenías miedo.

—¿Miedo de qué?

—¡Yo qué coño sé! ¿Por qué ibas a acercarte tanto, sino?

—Eso. ¿Por qué? Dios, qué frustración.

Y TANTO. Se me escapa una carcajada. Qué bonito, y qué bizarro, es el amor.

—Vaya par —me dice Adri—. No sé cuál de los dos es peor. Qué puta manía tiene la gente de no decir las cosas como son. No es tan difícil, coño.

—Si ese comentario va con segundas, Cocolís, pienso que hoy no es el día.

—¿Por qué has hecho todas esas cosas, Juls?

—¿Tú por qué crees que lo hizo? ¡Porque le gustas mucho, joder! —grita Adri entonces—. ¡Te está reconquistando! Y repito: lo de «échale huevos» era una invitación.

—Pero… ¿qué?

Tanto Jaime como Julen se giran hacia nosotros y nos ven.

—¡Gracias, Adri! —responde Julen al mismo tiempo que levanta los brazos.

—¡De nada! ¿Ves como no era tan difícil? Ahora arreglad vuestros asuntos. No sigáis perdiendo el tiempo.

—¿Era una invitación?

—¡Pues claro que era una invitación!

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—¡Te he mandado señales! Estaba tanteando el terreno, me dejaste muy claro que no querías sexo conmigo.

—No contestarme a los más de cuatrocientos mensajes que te envié era una gran señal de que pasabas de mí. Solo rehacía mi vida.

—Pensé que seguías enamorado de Hugo. Y no quería volver a pasar por eso. Volver a ser el segundo plato.

¿Hugo? Vaya, vaya. Aquí hay mucho tema.

—No estoy enamorado de Hugo.

—Ya lo sé. Eran mis fantasmas, no los tuyos. Lo siento.

—Yo también lo siento.

—¿Qué sientes?

—Ya está hecho —me dice un Adri muy sonriente—. Vámonos

Me agarra de la mano y corremos al agua. Yo miro hacia atrás para espiar a ese par. ¿Ya está hecho? ¿El que está hecho? Y sin previo aviso, se lanzan ambos a la boca del otro. ¡Guau! Adrián siempre ha sido muy intuitivo. Sonrío y vuelvo a mirar al frente. Hemos llegado. Nos detenemos, nos situamos a una distancia prudencial y esperamos a que nos alcance la ola. A Adri lo alcanza una enseguida. Hasta mí no llega ninguna.

—¿Tú también estás enfadado conmigo? —le pregunto al mar.

Entonces Adri me empuja hacia delante. Pierdo el equilibrio (los tequilas y tal…) y caigo en el agua. Plas. El breve chapuzón me despeja la cabeza; comenzaba a sentirla embotada. Me levanto y persigo a mi atacante por la orilla en busca de venganza. Aún tenemos que esquivar a varias personas. Aún hay muchísima gente en la playa.

—No, no —ruega Adri cuando se detiene para respirar; su pecho sube y baja a gran velocidad—, detente, Álex, que llevo la botella de tequila en la mano y no queremos que se derrame.

—Eso es verdad.

Las cosas, como son. De un manotazo que Adri no ve (los tequilas y tal…), le arrebato la botella y lo empujo. Cae. Plas.

Más tarde, no sé a qué hora porque no llevo reloj, borrachos y rebozados de arena, nos vamos

a casa acompañados de los últimos vestigios de la botella de tequila. Subimos la cuesta entre farolas que parpadean débilmente y el sonido de la noche como telón de fondo. Y tengo la sensación… tengo la sensación de que Adrián Cabana y Álex Portabella han vuelto. Aunque solo sea por esta noche, pero han vuelto.

Hemos vuelto.

—Al final no hemos jugado a «beso, verdad o consecuencia» —le digo.

—Verdad —elige al instante—. ¿Qué ha pasado en Nueva York?

Me río en su cara, aunque no por mucho tiempo. Adri siempre ha sido rápido. Ejem. Para todo. Entonces bebo. Es mi forma de elegir «consecuencia».

—Beso —digo. Porque yo soy así. Totalmente soy así.

Adri se agencia la botella y bebe un trago.

—¿Qué ha pasado en Nueva York?

Bebo.

—Beso.

Bebe.

—¿Qué ha pasado en Nueva York?

Bebo.

—Beso.

Bebe.

—¿Qué ha pasado en Nueva York?

Lo miro. Me mira. Es como un concurso de meadas. De meadas con pene. Y pese a que yo no tengo pene, puedo ganarle.

Unos segundos después, retiro la mirada en primer lugar. Mierda. Esto no nos lleva a ninguna parte. Y la maldita cuesta que no acaba. Se me está haciendo más larga y empinada que nunca. Puede que sea porque nuestros pies dibujan eses en la acera.

—No insistas. —Me detengo en medio de la nada. Necesito descansar—. No te lo voy a contar.

—Estoy jugando limpio, Álex. Podría sonsacártelo sin apenas esfuerzo si quisiera. Hip.

Me río en su cara de nuevo. Más fuerte. En parte por su actitud fanfarrona y en parte por el hipido final.

—Eso me gustaría verlo.

Mi respuesta lo incita a beber de nuevo. Una, dos y hasta tres veces. Se lleva la botella de tequila a los labios y puedo ver cómo pasa el alcohol por su manzana de Adán. Sus ojos brillan demasiado. Creo. Los míos están vidriosos. El problema que tenemos Adri y yo con el tequila es que no sabemos decirle que no. No sabemos parar. Se nos va de las manos. Siempre.

—¿Quieres verlo ahora? Hip. Mierda, joder. Puto hipo.

—Si crees por un momento que esa preciosa cara llena de lunares —¿he dicho «preciosa»? Bravo— de arrogante sabelotodo y ese hipo encantador de serpientes —sin comentarios— van a hacerme flaquear, te equivocas. Te equivocas de aquí a Nueva Zelanda.

—¿Has elegido Nueva Zelanda por ser el país que más lejos queda de España?

—Claro.

Cómo me conoce. Adri ríe. Ríe e hipa. Una mezcla explosiva. Y por si fuera poco, se aproxima a mí y quedamos uno frente al otro con nuestros cuerpos a punto de tocarse, como se tocan el cielo y el mar en el horizonte: como si uno fuera la continuación del otro.

—Obviando lo de la cara preciosa y el hip, mierda, el hipo encantador de serpientes, que me lo guardo en la recámara, te olvidas de que perdiste una apuesta conmigo hace años. Y te olvidas

de que dejaste los términos de la apuesta a mi elección. Hip.

—No serás capaz.

—¿Qué pasó en Nueva York, Álex, que te ha obligado a regresar aquí después de doce años?

—¿Por qué siquiera te importa?

—¿Que por qué me importa? —pregunta ofendido. Realmente ofendido—. ¿Me estás vacilando? Eras una de las personas más importantes de mi vida y desapareciste de ella sin…

—No desaparecí de tu vida. Mis padres se divorciaron y a mí me tocó elegir con quién quería quedarme porque ya era mayor de edad. Y mi padre no solo se iba de casa. Se mudaba de país. ¡De continente! No fue fácil, no fue nada fácil. Porque yo los quería a los dos con la misma intensidad. Fue una mierda de decisión. Pero era una oportunidad y la aproveché. Y tú estuviste de acuerdo, así que no me vengas ahora con que desaparecí de tu vida. O eso fue lo que me dijiste. ¿Acaso mentías, Adrián?

—No, claro que no. Era una gran oportunidad para ti y tenías que irte.

—Bien. Los dos estamos de acuerdo con que era la mejor decisión para mí, entonces, ¿cuál es el problema, Adrián?

—El problema es que tú eras mi mejor amiga y dejaste de hablarme.

—Tenía dieciocho años y empezaba una nueva vida para mí.

—¡Yo también tenía dieciocho años, Álex! Y mi vida acababa de dar un giro a lo bestia. Te necesitaba y tú me abandonaste. Yo jamás te habría abandonado. Ni con dieciocho ni con doce ni con noventa y cinco.

—Yo… yo no te abandoné. Solo… seguí con mi vida. No fue fácil, Adri —repito—. No fue nada fácil.

—A mí me parece que te resultó muy fácil.

—Estás equivocado.

—Muy bien. Te concedo eso. Empezabas a pillarte por mí y tomaste tus propias decisiones, ¿no? O eso fue lo que me dijiste en la entrada del *pub*: que te alejaste porque empezabas a sentir cosas y estábamos demasiado lejos. —Asiento con la cabeza—. Y ahora te pregunto: ¿por qué has vuelto?

—Creo que es mi turno.

—¿Qué?

—Que me toca a mí preguntar. ¿Vas a estar enfadado conmigo el resto de nuestras vidas por haber dejado que nuestra amistad se enfriara?

—No estoy enfadado, Álex. No lo estoy. Pensé que sí, pero no es cierto. Hace mucho tiempo que dejé de estar enfadado contigo. Como tú dices, teníamos dieciocho años. He seguido adelante.

—¿Y entonces cuál es tu problema conmigo?

—Que no lo entiendo. No entiendo por qué lo hiciste. Y creo que al menos merezco una explicación de qué mierda ha pasado en Nueva York que te ha hecho regresar.

Necesito más tequila. Vuelvo a quitarle la botella a Adrián y me la llevo a la boca. Echo a andar de nuevo, a ver si la cuesta termina de una maldita vez.

—¡Jodeeerrr! —grito. Uno espontáneo.

—Álex —Adri me arrebata la botella y me levanta la barbilla. Su mano me quema—, ¿qué pasó?

—Pasó que mi vida se ha ido a la mierda. Pasó que yo navegaba en un barco lleno de planes y de ilusiones, hacia el horizonte, dispuesta a luchar contra el mundo, y resultó que ese horizonte no era más que una pared de cartón. ¿Te suena? Me estrellé de la peor manera posible.

—No te entiendo, Álex.

—¿Te acuerdas de que cuando éramos pequeños yo quería salvar el mundo?

—Cuando éramos pequeños tú ya salvabas el mundo.

Y sonríe. La sonrisa de Adrián tiene la fuerza de un Big Bang. No sé si lo había dicho.

—Quería ser como mi padre. Quería ser abogada y luchar contra la corrupción y contra todo el mal que hay en el mundo. La universidad me fue bien. Más que bien. Aprendí un montón de cosas. Trabajé como una loca durante cuatro años para poder entrar después en la escuela de leyes en Harvard. Y lo conseguí. Una vez dentro, me enseñaron muchísimas herramientas que podía utilizar para mis propósitos. Me enseñaron la ley. La ley castiga a los malos. O eso pensaba yo. Cuando salí de Harvard, entré directa a trabajar al bufete de mi padre, como becaria. Tuve que currármelo más que cualquiera. Ser la hija del jefe apesta. Empecé desde cero. Haciendo fotocopias. Ocupándome del almuerzo y el café de los demás. Buscando jurisprudencia durante horas interminables, sentada en el suelo de la sala de archivo. Y lo hacía feliz. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque ellos estaban usando la ley para luchar contra el mal en el mundo y yo los estaba ayudando.

—Continúa.

—Pasó el tiempo, y mi padre comenzó a confiar en mí y a asignarme tareas de mayor responsabilidad. Comenzó a convertirme en abogada. A enseñarme todo lo que él sabía. Y ahí me di cuenta de que yo no era más que una niñata estúpida que no tenía ni idea de la vida. La ley no castiga a los malos. No en su gran mayoría. La ley castiga a los pobres. La ley castiga a los que no tienen dinero para defenderse. La ley ofrece una vía de escape a los que pueden pagarse un buen abogado. Y ojalá estuviera hablando de delitos menores, como el fraude o el robo. Pero no. El dinero no distingue entre delitos. Tuve que ver con mis propios ojos cómo el violador de una chica de mi edad quedaba libre después de cumplir una condena irrisoria de cuatro años de cárcel. Cuatro putos años de cárcel mientras la chica continúa yendo al psicólogo una vez al mes para dejar de sentirse culpable por lo que ocurrió. Por lo que él le hizo contra su voluntad. Nosotros éramos la defensa. Nosotros conseguimos que él saliera a la calle antes de tiempo. Eso no es salvar el mundo, Adri. Ni siquiera es mantenerse al margen. Eso es hundirlo más. —Permanecemos callados durante unos segundos, digiriendo lo que acabo de confesar. Adrián bebe y yo bebo. Le pego un buen trago, uno de esos que te queman tanto por dentro que se hace casi insoportable—. Vamos, puedes decirlo. Bienvenida al mundo real. Te ha costado, Álex, pero por fin has llegado.

—Álex…

—Yo sabía que los violadores y los asesinos tienen derecho a un juicio. Lo sabía con quince años, lo sabía en la universidad y lo sabía cuando empecé a trabajar en el bufete de mi padre. Y estaba de acuerdo con ello. Porque en eso se basa el derecho punitivo. En un juicio justo y en buscar la reinserción social. Pero descubrir en mis propias carnes las barbaridades que pueden hacer el dinero y un buen abogado… Es la ley del más fuerte. ¿Y sabes lo peor? Que yo los encerraría en una celda y tiraría la llave. De por vida. ¿Dónde me deja eso como abogada?

Adrián guarda silencio unos segundos. Solo me mira.

—Eres una soñadora —comenta entonces, con cariño. ¿Con cariño? Sí, creo que es cariño—. Siempre lo has sido.

—Supongo que sí.

—No es algo malo, Álex. Y no te merecías estrellarte contra el horizonte de cartón. No te lo

merecías. Lo siento mucho.

—Me superó. La situación me superó totalmente. Hice la maleta, compré un billete a Alicante y me marché de la noche a la mañana. Llamé a mi madre desde el aeropuerto y le dije que me tomaba unas merecidas vacaciones. También es mentira. No puedo volver. No puedo ser abogada. No sé cómo hacerlo. Tanto tiempo soñando con convertirme en una para luchar contra las injusticias con las herramientas correctas y resulta que era mucho más sencillo y eficaz activar la alarma de incendios de un colegio para dar de beber a unos gatos abandonados. No solo he tirado por la borda doce años de mi vida. También he dejado de salvar el mundo durante todo ese tiempo.

—¿Qué dice tu padre?

—No lo sé. Apenas me despedí de él. Ni de nadie. Allí tengo amigos, amigos que me quieren. Incluso tengo un «mejor amigo». Se llama Michael. Me he portado fatal con ellos. Los he mantenido al margen y no saben nada de mí. A mi padre le mandé un mensaje desde el aeropuerto y le dije que había explotado y que necesitaba unas vacaciones. No he vuelto a hablar con él. Mamá se está ocupando de eso. ¿Te lo puedes creer? Ellos hablando casi a diario, de manera civilizada. Es de locos. Él me llama constantemente y me manda mensajes, pero no soy capaz de contestar. Los leo todos, pero no puedo responder. No sé qué responder.

—¿Por qué?

—Porque me da vergüenza. Porque soy un fraude y le he fallado. No sé cómo decirle que no quiero ser abogada. No quiero decepcionarlo todavía más. Tú sabes cuánto quiero a mi padre. Él siempre ha sido un ejemplo para mí. Y ahora tengo que decirle que su trabajo es una mierda. Y tengo que decirle que no entiendo cómo logra dormir por las noches. Y me siento fatal. Me siento morir. Y me muero más si leo el fracaso en sus ojos por mi culpa.

—Nadie mejor que tu padre puede explicarte por qué hace lo que hace. Es un buen hombre, Álex. Tienes que hablar con él. Tienes que dejar de huir y de pivotar de un lado para otro.

—Lo sé. Solo necesito tiempo.

—¿Cuándo vas a volver a Nueva York?

—No voy a volver, Adri. Es cierto lo que te dije. Allí no podía respirar. Sentía que me ahogaba en un mar de oscuridad. No conseguí inhalar el aire por el que suplicaban mis pulmones hasta que llegué aquí.

—Álex…

—Y… este el motivo por el que yo no puedo beber alcohol —sentencio, dando un último trago a la botella. Y digo «último» porque casi vuelve a salir por mi boca. He llegado a mi límite. Echo a andar de nuevo. Todo me da vueltas. Y un pitido muy desagradable se ha instalado en uno de mis oídos. No sabría decir en cuál.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No tengo ni idea. Yo solo quiero… yo solo quiero… —no sé en qué momento se me ocurre que ponerme a cantar es una buena idea—: «quiero montarme en mi velero…».

¿En un velero? Ojalá tuviera una nave espacial para escapar volando. Qué bochorno. Al menos la letra tiene sentido. Yo soy un velero en mí misma. Pienso. Adri me frena con el brazo y se acerca a mí. Mucho. Me mira como solo él sabe mirarme, con esos ojitos verdes que tienen la fuerza de un huracán.

—No me digas que todo va a salir bien —le advierto en un susurro.

—No iba a decirte que todo va a salir bien.

—No me beses por compasión.

—No iba a besarte por compasión.

—Sí ibas a besarme por compasión.

—Pero solo en la mejilla y porque estabas a punto de llorar.

—No estaba a punto de llorar. Yo no lloro.

—¿Y quién llora?

—Lloran los cocodrilos.

—«¿Por qué lloran los cocodrilos?».

—«Porque los hombres matan a sus padres para hacerse bolsillos».

—«¿Por qué llora el cielo?».

—«Porque las nubes no le dejan ver el suelo».

—Qué catástrofe.

—Has leído mi libro de poesía favorito.

—He memorizado tu libro de poesía favorito. He tenido doce años para hacerlo.

—Ahora tú también eres poesía.

—No, poesía siempre serás tú. Hip. Mierda.

—Qué tontorrón te pones cuando bebes y te da por citar a Bécquer. Hip. Mierda. No te rías. Me lo has pegado. Estoy mareada, Adri.

—Ya casi hemos llegado a casa.

Alzo la vista y aprecio nuestra urbanización a lo lejos. Nos aproximamos a ella a duras penas. Cada paso me cuesta más, sin embargo. De hecho, creo que doy uno hacia delante y dos hacia atrás. Todo me da vueltas y más vueltas. «Venga, Álex, que tú puedes. Que ya casi estás en tu cama». Solo tengo que entrar, quitarme el calzado y subir a mi dormitorio sin despertar a mamá. Espera, tengo una idea. Mejor me descalzo antes de entrar en casa para no hacer ruido. Me agacho para desatarme los cordones de las deportivas y…

¡Pumba! Caigo de costado. Caigo a plomo, como el gato de los Cabana. Como la torre de Pisa, solo que yo sí llego al suelo. Así, de perfil. Y después alguien tropieza con mi cuerpo y cae sobre mí.

Yo ya no puedo levantarme.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el sopor. Y que sea lo que Dios quiera.

Capítulo 18

El verano en el que tenían dieciocho años. Primera parte

Casa de los Portabella

—Álex —su padre asomó la cabeza por la rendija de la puerta un segundo después de llamar con los nudillos—, ¿puedes bajar al salón, por favor? Tu madre y yo tenemos que hablar contigo de algo importante.

Si Álex hubiera comido recientemente, lo habría vomitado. Una sensación turbia, pesada, se le asentó en el estómago. Una intuición. O una sospecha. Y su pulso, a una velocidad inversamente proporcional a la cadencia de sus pasos mientras bajaba las escaleras detrás de su padre. No quería bajar. Pero la distancia entre el salón y su dormitorio parecía haberse acortado de manera astronómica. La asfixiaba. Sabía que aquello no tenía nada que ver con haber llegado a casa a las cinco de la mañana tras haber recogido plásticos en el mar, a pesar del riesgo que conllevaba. Solo lo sabía. Aquello iba sobre cambiarle la vida.

—Toma asiento.

—¿Qué sucede? —preguntó a ambos; no quería sentarse—. Sin anestesia, por favor. Lo prefiero.

—Vamos a divorciarnos.

Entonces sí se sentó.

Dos semanas después. Casa de los Cabana

Adrián llevaba raro unos meses. Acababan de darle las notas de selectividad y había obtenido mejores resultados de lo que esperaba, lo cual le permitiría estudiar la carrera que quisiera, y él quería estudiar Bellas Artes, pero se encontraba perdido. Sufría una crisis de identidad. Ser mayor de edad no era tan maravilloso. Era una mierda. No estaba seguro de lo que quería hacer en la vida y, por si no era suficiente, sus dolores de cabeza se habían incrementado muchísimo en los últimos tiempos. Resultaban insoportables. A veces solo deseaba tumbarse en la cama, cerrar los ojos y que pasara el tiempo. Quizá este le diera las respuestas que necesitaba.

—Adrián —su padre asomó la cabeza por la rendija de la puerta un segundo después de llamar con los nudillos—, a comer.

—No tengo hambre. Me duele la cabeza. Cierra, por favor.

Sus padres siempre le concedían el espacio que necesitaba cuando le dolía la cabeza. No fue así en aquella ocasión. Su padre no cerró la puerta. Lo observó durante unos segundos; Francisco parecía inmóvil, obstruido, pero Adrián vislumbraba la tormenta de pensamientos que arrasaba su interior. Casi podía oírlo pensar.

—Creo que ha llegado la hora de tener cierta conversación.

Adrián pensó por un momento que se refería a la «conversación sobre sexo»; pues no llegaba tarde ni nada… Pero enseguida lo descartó. Era algo más serio. ¿Y qué hay más serio que el sexo seguro entre adolescentes?

Mantuvo sus emociones a raya; era un experto desde hacía años, de lo contrario, le dolía más la cabeza. Teoría de la evolución de Darwin, supuso.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un tono plano.

—Te esperamos abajo.

¿Esperamos?

Pues sí. Cuando bajó, su madre y sus hermanos también lo esperaban, todos sentados en los dos sofás del salón. Todos con cara de no entender nada, excepto su madre, claro.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó River.

—Tenemos que hablar con vosotros. Se trata de Adrián, pero somos una familia, y en esta familia las cosas las hacemos en familia.

—¿Qué pasa con Adri? —preguntó Hugo, preocupado.

Eso pensaba él mismo. ¿Qué pasa con Adri? Sintió la mano de Priscila en la suya, entrelazada; ella también intuía que se trataba de algo serio.

—Adrián y Priscila no se acordarán porque eran pequeños, pero hace años os realizaron unos tests psicológicos en el colegio. Eran rutinarios, y nosotros estuvimos de acuerdo en que os los hicieran.

—Yo sí me acuerdo —intervino Adrián—. No os pregunté por los resultados porque me daban igual. Pero ahora quiero saberlo. ¿Qué pasa conmigo?

—Hijo —le dijo su madre con suavidad—, no te comentamos nada porque eras muy joven y no quisimos que te afectara de ninguna manera, pero ya eres mayor de edad y tienes derecho a saberlo. Y a hacerte más pruebas si quieres. Las que necesites. Los dolores de cabeza han aumentado en el último año, y papá y yo llevamos tiempo queriendo hablarte de ello.

—Demasiados estímulos externos —aportó su padre—. Es lo que tiene la rutina del adolescente. O, al menos, creemos que puede ser eso.

—¿Hacerme pruebas? Pero ¿qué coño pasa conmigo?

—Me estáis acojonando un poco —manifestó Marcos.

—Desde luego que como creadores de tensión no tenéis rival —añadió River.

—¿Os podéis callar los dos, por favor?

River compuso una mueca ante el rapapolvo de su madre. Marcos hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera. Hugo miró a sus hermanos con exasperación. Priscila apretó la mano de Adrián con más fuerza.

—Adrián, no pasa nada contigo. Eres altamente sensible.

¿Perdona?

—¿Altamente sensible? ¿Qué coño significa eso?

—El «coño» sobra —lo regañó su madre.

—Y tanto —añadió Hugo. Después, carraspeó. Todos lo ignoraron.

Su madre suspiró. Quería ser lo más clara posible. No obstante, no quería asustarlo.

—No está definido científicamente en ningún sitio ni vas a encontrarlo en los libros ni en internet. Pero una buena cantidad de estudios extraoficiales indican que sí existe como tipo de personalidad. No todos los tipos de personalidad están catalogados.

—¿Soy un tipo de personalidad sin catalogar?

De puta madre.

—Lo hemos consultado con varios psicólogos a lo largo de los años y…

—¿A lo largo de los años? —lo interrumpió Adrián—. Y todo a mis espaldas. Guau. Os estáis luciendo con cada frase.

—… y todos coindicen —continuó su padre— en que hay ciertos rasgos que…

—¿Qué?

—Eres introvertido fuera de tu círculo. No te gusta mezclarte. No *necesitas* mezclarte. Percibes los estímulos con más intensidad de lo normal y eres más reactivo emocionalmente. Prefieres hacer muchas actividades solo, actividades que otros prefieren hacer en equipo y…

—Ya sé cómo soy, mamá.

—Vale. Reconduzco: los dolores de cabeza es muy probable que se deban a que das a las cosas cien vueltas más que el resto. A eso me refería con las pruebas de antes. Podemos ir a una clínica a que te revisen. Quizá algún tac. No sé, nos han hablado de parrillas de pruebas. Últimamente has estado expuesto a demasiado estrés, con la selectividad y la elección de carrera. Y las fiestas. No es ningún secreto que los ruidos te molestan. Es porque te afectan más que a cualquiera. Los colores. Para ti, todo es más intenso.

—Pero Adri pasa de todo —dijo River—. No es una crítica. Solo intento entenderlo.

—Creemos que es un mecanismo de defensa. Para no sentirse mal y que no le duela la cabeza, se ha creado una capa de impermeabilidad para que todo…

—¿Le resbale?

Sus padres sonrieron.

—Sí.

—Qué listo.

—Adri tiene altas capacidades. También salió en los tests. Creen que todo está relacionado. Y su pasión por la pintura. A menudo, las personas con altas capacidades explotan sus habilidades artísticas de alguna manera. Pintura, música…

—¿Qué significa eso de «altas capacidades»?

—Que es un poco más inteligente que nosotros.

—Marcos.

—¿Qué? ¿No es eso?

—Déjanos hablar a nosotros.

—Significa que soy un bicho raro.

—Hijo…

—¿Sabéis? Podíais habérmelo contado antes. Me habría ahorrado muchos dolores de cabeza. Literalmente.

—Lo sentimos mucho. Queríamos que te criaras como cualquier otro niño. Y fue la decisión que tomamos.

—Como cualquier otro niño, mi abuela.

—Esa frase es mía —señaló River. Solo pretendía rebajar la tensión de la conversación, pero no resultó.

—Hijo…

—Paso de todo esto.

Adrián soltó la mano de su hermana, que no había mediado palabra; se levantó del sofá y abandonó el salón de camino a su habitación. Nadie lo siguió; sabían que necesitaba su espacio. A los otros cuatro hermanos Cabana nadie les había dicho que Adrián era altamente sensible, pero sin ninguna duda ellos sabían cómo era y lo que precisaba en cada momento. No les habían desvelado ningún secreto. Solo le habían puesto nombre. Si acaso aquello era llamarlo de alguna manera.

—Yo creo que no se lo ha tomado bien.

—Marcos, cállate.

—Solo era una puntualización.

—Pues te la guardas.

—Claro.

Esa misma noche

Adrián llevaba todo el día tumbado en la cama con la mirada en el techo y la mente en blanco. Era mejor para su salud mental mantener la mente en blanco; estaba demasiado enfadado con sus padres. Ni siquiera sabía el motivo real para ello, solo sabía que se sentía enfadado. Su estado de ánimo era de color granate. No era un color que le gustara especialmente y aparecía poco por su vida, pero ahí estaba de vez en cuando. Venía a significar algo así como: estado emocional indefinido, sombreado, pero tirando a opaco. Raro. Al menos no era rojo; rojo se teñía todo cuando estaba a punto de estallar de furia. Hacía años que no veía su entorno de ese color. Era una tonalidad que tenía controlada. La que más.

Sintió la caricia en su muslo antes de que la voz se filtrara en su cerebro.

—¿Adri?

Abrió los ojos. Álex.

—¿Álex?

—¿Dónde estabas? ¿En Marte? Llevo un rato llamándote.

Adrián miró de inmediato hacia su ventana: estaba cerrada.

—He trepado por la de Marcos. Algún día tenía que ser el primero.

—También podías haber utilizado la puerta.

—Podía, sí.

—Llevas un par de semanas desaparecida.

No era una recriminación (y Álex lo sabía), era un hecho.

—Tengo que contarte una cosa y no encontraba el momento.

—Yo también tengo que contarte una cosa.

—Tú primero.

—Soy altamente sensible. Por eso me duele tanto la cabeza. Y por eso paso de todo. Es un mecanismo de defensa.

Ese fue su resumen. Álex frunció el ceño.

—No entiendo.

—Al parecer, es un tipo de personalidad no catalogada. Siento todo con demasiada intensidad y los estímulos externos me afectan más de lo normal. Altamente sensible. La palabra ya lo explica todo, ¿no? Ese soy yo.

—Pues ahora que lo dices, tiene sentido. Por eso no me duras más de dos minutos en la cama.

Adrián abrió la boca para soltar alguna impertinencia, pero entonces estalló en carcajadas. Era justo lo que necesitaba, y Álex lo sabía. También posó una de sus manos en el muslo de su amigo, sintiendo el músculo sólido bajo los finos pantalones de chándal.

—Gracias.

—Es solo una palabra, Adri. —Álex no movió la mano. Dejó que descansara ahí, y deseó que lo consolara de alguna manera—. Continúas siendo la misma persona, y no creo que hayas descubierto el fuego. Sabías perfectamente que eras altamente sensible, todos lo sabíamos, pero sin saber que tenía un nombre.

—En realidad es un nombre extraoficial. Mis padres quieren que me hagan más pruebas, tacs y no sé qué más, por los dolores de cabeza.

—¿Y tú qué quieres?

—Quiero cerrarte la boca y demostrarte que puedo durar más que tú en la cama.

—Concedido.

Adrián y Álex hicieron el amor una vez más. Ya habían perdido la cuenta de cuántas iban. Ambos necesitaban tomar distancia de sus respectivas casas y, con los ojos cerrados y uno sobre el otro, podían viajar a donde quisieran. Pero juntos. Siempre. Y ambos necesitaban sentirse seguros, y eso solo lo conseguían en los brazos del otro. Álex había leído en alguna parte que un adulto en la selva, rodeado de leones hambrientos, sin duda sentiría miedo. En cambio, un bebé en brazos de ese adulto no sentiría tal miedo, por mucho que estuviera a punto de ser devorado por los leones. Porque no había lugar más seguro que los brazos de su madre o de su padre. Eso era lo que sentía Álex en los brazos de Adrián. Y lo que sentía Adrián en los brazos de Álex.

Desnudos, y completamente exhaustos, se tumbaron de espaldas en el colchón, uno junto al otro.

—¿Qué preferirías, no poder estar desnudo nunca más o no poder estar vestido nunca más?

Hummm, esa respuesta Adrián sí tuvo que pensársela.

—Creo que no poder estar vestido nunca más. Oye, ¿y tú qué tenías que contarme?

Álex inhaló y soltó el aire sin más preámbulos. Era lo que Adrián se merecía.

—Me voy.

—¿A dónde?

—A Estados Unidos, por tiempo indefinido. Con mi padre.

Adrián se incorporó y la miró con la sorpresa dibujada en los ojos, por describirlo de alguna manera fina. En realidad, estaba flipando en colores. Porque Adrián, cuando flipaba, flipaba en colores.

—¿Qué?

—A estudiar allí la carrera.

—Vale.

Se levantó de la cama, se puso el primer pantalón de chándal que pilló por el suelo y se marchó dando un portazo. Alex no se lo impidió. No movió un solo músculo. Sabía que Adri necesitaba su tiempo para no explotar. Para no verlo todo rojo. A Adri no le gustaba explotar y verlo todo rojo porque después le dolía terriblemente la cabeza. Por eso evitaba siempre, en la medida de lo posible, enfrentamientos o peleas. A Adrián le chupaba un cojón lo que ocurriera en una refriega, no porque pasara de ello, sino porque podía causarle más daño que a cualquiera.

Regresaría.

Y regresó. Veinte minutos después. Entró y cerró la puerta.

—¿Me lo puedes explicar?

Álex se lo explicó. Que sus padres se divorciaban, lo cual no era una sorpresa para nadie.

Que ella admiraba a su padre y que quería estudiar Derecho y defender las injusticias por encima de todo, lo cual tampoco era una sorpresa para nadie. Que su padre había recibido hacía tiempo de parte de un antiguo compañero de facultad una propuesta de asociación con un bufete de abogados en Nueva York. Él se trasladaba, y a Álex le tocaba elegir con quién quedarse, con su madre o con su padre; ya era mayor de edad. Con todo el dolor de su corazón, y después de dos semanas sin apenas dormir, había elegido marcharse con su padre. Había elegido perseguir su sueño. No había nadie en el mundo que pudiera enseñarle mejor que él a luchar contra el sistema. Se le rompía el alma en añicos por tener que irse tan lejos, pero era una gran oportunidad para ella y para su futuro.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de tres semanas.

—Tres semanas… Eso es muy poco tiempo.

—«Somos hombres inquietos. Pero el paso del tiempo no es más que pequeñez en lo eternamente perdurable». —Adrián rio sin ganas—. Odio las despedidas, ya lo sabes. Y no quiero despedirme de ti. No ese día. Y no con palabras. No me busques, por favor.

—Despreocúpate —le devolvió él.

Rieron y se quedaron en silencio.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo Adrián poco después.

—Yo a ti, más.

A Álex le pinchó el corazón al dejar salir las palabras. Pues empezaba bien el asunto.

Capítulo 19

¿Me pongo de rodillas?

ÁLEX

La luz del amanecer que me obliga a parpadear y a regresar al mundo de los vivos es demasiado nítida cuando siento que alguien me da pataditas en algún punto de mi cuerpo; creo que es en una pierna. Y no sé qué me da la pista definitiva de que la he liado a lo grande: si el horrible sabor en mi boca; el incansable martillo que se lo está pasando en grande dentro de mi cabeza; el estómago revuelto, que me envía espasmos alertándome de que es probable que vomite de un momento a otro…

O el peso que siento sobre mí y que me aplasta. Peso que se mueve y respira con una cadencia que me *suena* demasiado. Peso que emite un calor que yo ya he sentido antes, en cientos de ocasiones. Peso que, DEFINITIVAMENTE, es un cuerpo humano.

Aprieto los párpados y cuento hasta tres. Podría contar hasta dos millones trescientos sesenta mil con tal de alargar este momento hasta el infinito y más allá, pero me duele demasiado la cabeza.

Y la espalda. Tengo la espalda machacada. Machacada como si hubiera dormido en el maldito suelo de la calle. ¿Por qué?

Abro los ojos y lo primero que veo es una camiseta de color amarillo con un cerco de humedad justo debajo de donde estaba mi boca hace escasos segundos. No podían faltar mis babas en el paquete, por supuesto. Y con «paquete» me refiero a la situación y no al *paquete* del chico en cuestión, aunque la ráfaga de imágenes que me vienen de pronto a la cabeza me dice alto y claro que mis babas también han estado ahí en algún momento de mi vida (en muchos, en realidad).

Lo siguiente que veo es la cara de mi madre. ¡La cara de mi madre! Y no es la única. Hay más caras. Hay un círculo entero de caras. Marcos Cabana y su novia, la del nombre raro (vestidos los dos con ropa deportiva y pinta de haber salido a correr juntos, qué monos); Priscila Cabana (la reconozco por la barriga, que es lo único que veo desde aquí abajo) y Alex St. Claire; la madre de los Cabana… Todos nos observan con los brazos en la cintura.

Jadeo y dirijo mi mirada al rostro de mi acompañante.

Oficialmente, y por si quedaba alguna duda, confirmo que sí, es Adrián Cabana. Lo reconozco a pesar de los kilos de arena que lleva en la ropa y en el pelo. Y eso explica de alguna manera que yo sienta los granos hasta en los lugares más recónditos de mi cuerpo. Maldito

tequila. Adri, por su parte, se encuentra completamente dormido. A ver… dormido…

Digamos mejor que se encuentra en estado de coma. Yo ya habría llamado a emergencias si no fuera por esa cadencia en su respiración que tan bien conozco. Me revuelvo un poco para que se quite de encima. Fracaso. Es que cayó muerto tal cual, después de que yo cayera muerta tal cual. Acabo de recordarlo.

Pregunta del millón: ¿qué demonios sucedió anoche? Y hablando de preguntas, había una sobre la mesa. *Esa* que Adrián insistía en repetir una y otra vez. Yo bebía una y otra vez y evitaba contestar, pero al final la partida la ganó él.

Lo confesé todo. Oh, maldito Adrián.

Toda esa parte la recuerdo con claridad; supongo que el tequila aún no se había apropiado de mi consciencia.

Mierda. La espalda me está matando mucho. Ahogo un quejido e intento estirarme para calmar el dolor, pero es complicado con el peso muerto de Adrián sobre mí.

—¿Qué tal por ahí abajo? —pregunta mi progenitora. Madre mía.

—Adri está en coma. —Priscila parece preocupada.

—Nada que no se haya buscado él solito.

—Tranquila, Reina del Desierto, se encuentra perfectamente. Solo duerme la mona.

—Huelen los dos a tequila que tiran para atrás.

—Vaya pinta que traen.

—No llegaron ni a la puerta de casa.

—Qué vergüenza para las dos familias.

—Marcos, vale ya.

—Sí, mamá. Pero qué vergüenza para las dos familias…

Ahora que lo pienso, ¿qué hace toda esta gente aquí? Miro alrededor y me doy cuenta de que hemos dormido en el suelo, a tres metros de la puerta de mi casa. Por eso me duele la espalda como si hubiera dormido en el maldito suelo de la calle: porque he dormido en el maldito suelo de la calle. Dejo escapar un lamento de mi boca y llamo a Adri:

—Adri. ¡Adri!

Por fin se mueve. ¡Está vivo! Levanta la cabeza, ve a toda la gente que nos rodea y…

—Buenos días, jovenzuelo —lo saluda Marcos.

—Buena fiesta la de anoche, ¿eh? —continúa Alex. ¿Estos van «de oca a oca y tiro porque me toca» o qué?

… y con un gruñido cae de nuevo de espaldas, en esta ocasión, en el suelo. También se tapa los ojos con el brazo. Lo conozco tan bien que es como si me hallara en el interior de su cabeza: ahora mismo debe de haber una gran fiesta ahí dentro. No en el buen sentido. Adri siente con mucha más intensidad que el resto del mundo. Para lo bueno y para lo malo. Para él, sentir es como para nosotros…

Respirar: necesario. Innato. Jodido. Porque dependemos de ello. Nuestra vida *depende* de ello. No tenemos la libertad de dejar de respirar cuando queramos, como por ejemplo para bucear en las profundidades del océano sin aire artificial. Apliquemos esto al sentir. Jodido.

En un movimiento reflejo, estiro los brazos y coloco mis manos sobre sus orejas. Presiono con firmeza la parte lateral de su cabeza, sin hacerle daño, y comienzo a masajearla para que se deshaga el nudo y se sienta mejor. Sé cómo hacerlo. Sé cómo aliviar su dolor. Lo hice tantas veces en el pasado que los movimientos me salen tan naturales como apartarme un mechón molesto del rostro. Ni él me pregunta por qué lo estoy haciendo ni yo me cuestiono por qué lo hago. Nosotros funcionamos así. Adri se mantiene en silencio, con los ojos cerrados, relajado,

concentrado en dominar el dolor, pasando de mi madre y de toda su familia. Yo… yo estoy tocando a Adri. Sé que ha dormido encima de mí toda la noche, pero estoy tocando a Adri. Su cabello se siente suave a pesar de la arena, y más ondulado de lo normal; siempre le pasa con el salitre. Sonrío.

—¡Buenos días!

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días.

Alzo la vista ante el despliegue de saludos: no es más que un vecino al que no conozco de nada, paseando con su perro. Qué educaditos son todos, hombre.

Entonces St. Claire, que va vestido de socorrista con un bañador rojo y una camiseta amarilla fosforita (me complace descubrir que el atuendo de los socorristas del pueblo no ha variado en doce años), se agacha junto a nosotros, provisto de un cuaderno minúsculo y un boli, y nos habla al oído, aunque el resto puede escucharlo sin dificultad.

—Os voy a decir una cosita a vosotros dos.

Adri abre los ojos al instante y yo detengo mi masaje, aunque no retiro las manos de su cabello lleno de arena. St. Claire comienza a tomar notas en el cuaderno.

—¿Qué haces? —le pregunta Adri con acritud.

—Poneros una multa bien bien grande. —Echa un vistazo a nuestro alrededor y levanta la botella de tequila vacía—. No sé si lo sabéis, pero está prohibido beber alcohol en la calle, y por descontado que está prohibido encender hogueras en la playa, y vosotros oléis a humo que tiráis para atrás. Doble multa.

—¿Me estás vacilando? —le dice Adri muy cabreado.

—No —responde, inmutable.

—Vete a la mierda.

Adri comienza a levantarse, mis dedos pierden el contacto con él, pero Alex lo frena con un brazo y le habla con una mezcla de condescendencia y cariño:

—Voy a ayudarte a levantar, intensito. No tienes buena cara. —Entonces Alex me mira y me guiña un ojo—. ¿Quieres que ayudemos de paso a la vecinita o la dejamos aquí tirada y que se levante ella sola? Tú mandas, cuñado.

—¡Ehhh! —me quejo.

Nos ayudan a levantarnos a los dos; mi espalda cruje por ocho sitios diferentes. Nos vamos cada uno a nuestra casa como podemos, sin tener la oportunidad de hablar. Vaya manera de liarla… Bueno. Tampoco es para tanto. No sé.

Una hora después, tras una ducha muy larga y tres lavados de cabeza

Álex:

Hola, papá.

Quiero que sepas que estoy bien.

Y que te quiero mucho.

Esa misma noche, después de confesárselo todo a su madre y de procrastinar el resto del día

Mucho menos resacosa que hace doce horas, me asomo a la ventana con mi *walkie-talkie* de Spiderman en la mano. Desde mi posición veo a Adrián tumbado en su cama. Bueno. En realidad, veo solo la mitad de su cuerpo, de cintura para abajo. Enciendo el transmisor y escucho *ese* típico sonido de interferencia que me lleva al pasado sin remedio. Albergo la esperanza de que él también lo tenga encendido.

Brrr. Zzz. Brrr. Zzz. Brrr. Zzz.

—Gwen Stacy a Peter Parker —llamo a través del pequeño altavoz.

Espero durante unos segundos y entonces Adri se levanta de la cama y se sitúa frente a mí con su *walkie* en la mano. Lo tenía encendido. Me esfuerzo en ocultar mi sonrisa.

—*Adelante* —responde. Escucho su voz en eco: distorsionada por el auricular y a través de nuestras ventanas abiertas. Siempre ha sido así. Lo que no siempre ha sido así es que me conteste con «adelante», que es la manera adecuada de responder, pero a él le encantaba mosquearme y solía decir de todo menos eso.

—Hola.

—*Hola.*

—¿Qué tal la cabeza?

—*Ahí va. ¿Te arrepientes de lo de anoche?*

Siempre tan directo.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, aunque lo sé de sobra.

—*A que me contaras lo de Nueva York.*

—¿Te arrepientes tú?

—*¿De qué?*

—De que te lo contara.

—*No.*

—Mentiroso. Te conozco como si te hubiera parido, Adrián Cabana, y tú estás aquí, tan simpático conmigo y respondiéndome con «adelante» porque te sientes culpable por lo de ayer.

Levanta la vista. Serio. Circunspecto.

—*¿Por el qué de ayer?*

—Por azuzarme a contarte lo de Nueva York.

—*¿Me lo habrías contado si yo no te hubiera azuzado?* —susurra.

—No.

—*Lo siento. Perdóname. No debí hacerlo.*

Se lleva las manos a la cabeza y comienza a masajearse el cabello con frustración. Oh, Adri. Estaba segura de que se sentía culpable; es tan transparente para mí. Y la mejor persona que conozco. Dejo el *walkie* sobre la cama y me dirijo a su dormitorio. Por la ventana, por supuesto. Las puertas están sobrevaloradas.

La habitación se encontraría en penumbra si no fuera por la suave luz amarilla de la farola de la calle, que se filtra por la ventana. Adri me espera tumbado boca arriba en la cama. Me acuesto a su lado, sin invadir su espacio personal.

—Te perdono —le digo. No me responde, pero se gira y queda de costado—. Le he mandado un mensaje a papá.

—¿Qué tal ha ido?

Me coloco yo también de costado y quedamos frente a frente.

—Solo le he dicho «hola». Y que lo quiero. Después se lo he contado todo a mamá. Una vez

abierta la caja de Pandora, ya no había marcha atrás. Y merecía saberlo todo después de que me instalara en su casa casi sin avisar. Estaba muy asustada, Adri, pero ella me ha abrazado y me ha besado.

—¿Y cómo te sientes?

—Me siento rara. Me siento muy rara.

Aunque estar tumbada con él, en su cama, se siente como caminar entre las estrellas, solo que sin miedo a caer.

—¿Quieres quedarte a dormir?

—Depende. ¿Podré dormir en la cama o vas a mandarme al suelo?

—En la cama.

—Entonces me quedo.

—Pero que no sirva de precedente.

—Despreocúpate.

—Buenas noches, Álex.

—Buenas noches, Cocoliso.

Adri cierra los ojos, pero yo no. Desde que he llegado al pueblo, apenas he tenido ocasión de observarlo con detalle; siempre había alguien observándome a mí. Sus facciones se han acentuado, o han madurado, pero el tono dorado de su cabello y el hoyuelo de la barbilla no han cambiado. Ni tampoco los labios. Si le cubriera con la mano la parte superior del rostro, tendría frente a mis ojos al Adri de mi pasado. ¿Tendría? O tengo. Han pasado doce años desde que me marché, pero tengo la sensación de que el tiempo no significa nada. Seguimos siendo nosotros, aunque no lo seamos en absoluto. Puede que a él ya no le guste la cebolla y que mi obsesión por vestir con camisetas de rayas sea cosa del ayer, pero seguimos conociéndonos. Seguimos siendo él y yo. Adri y Álex.

Deducción más plausible: creo que es porque nos conocemos a un nivel más básico. Más profundo. Creo que se debe a que nuestras almas se conocen. Creo que se debe a que nos… sabemos.

«Yo te sé, Adrián Cabana. Y tú me sabes a mí».

Y eso es inevitable. Inalterable. Incalculable.

El calor en mi pecho y las mariposas en mi intestino son una putada, porque significan algo. Significan demasiado, y es lo último que quiero en este momento.

Al día siguiente

Adrián:

He escrito un secreto en un folio en blanco y lo he escondido en mi dormitorio.

Si quieres que estemos en paz por lo de Nueva York, ahora tendrás que encontrarlo.

Y que esto tampoco sirva de precedente.

En serio. Una y no más.

Esa misma mañana

Me cuelo en su dormitorio mientras él se encuentra en el trabajo y lo revuelvo de arriba abajo hasta que descubro su secreto debajo de la almohada. Leo:

Tu mirada hace que me sienta expuesto. Siempre. Y desde siempre.

Oh, Adri.

A la hora de comer

Adrián:

¡Me has dejado la habitación patas arriba!

Álex:

Pero ¡si lo recogí todo antes de irme! ¡La dejé impoluta!

Adrián:

Impoluta, mi abuela.

Álex:

TOC TOC.

Y no estoy llamando a tu puerta.

Adrián:

Eso no hace falta que lo jures.

¿Sabes siquiera lo que es una puerta?

Álex:

LOL.

Una hora después

Álex:

Cada día era más difícil, y una noche, pensando en ti, me di cuenta de que me había olvidado de tu voz.

Adrián:

¿Te has confundido de chat?

Álex:

No.

Es mi secreto de hoy para ti.

No hay respuesta en toda la tarde. No es que eso suponga una señal en el gran esquema del mundo cuando se trata de Adri, pero tampoco aparece por el puerto para ayudarme con el barco,

y esa sí es una señal. Le pregunto a mi madre la dirección de su galería y me presento allí a última hora.

El local se ubica en lo alto de la cuesta principal del pueblo, muy cerca del casco antiguo, y no cuenta con un gran escaparate, por no decir que no dispone de ninguno; no se expone su trabajo, ni siquiera aparece su nombre rotulado en la fachada, pero tengo la seguridad de que todo el pueblo sabe que este es el espacio de Adrián Cabana.

Pego la cabeza a uno de los ventanucos y ahí lo veo, entre pinturas, botes transparentes con vete a saber qué dentro, utensilios puntiagudos, lienzos pintarrajeados por todas partes y un desorden curioso y sistemático que es totalmente él. No se percata de mi presencia; está concentrado en una de las mesas del centro de la sala. Me despego de la pared y descanso la espalda en la puerta de metal. Ya saldrá, y tiene que hacerlo por aquí.

Comienza a esconderse el sol tras el edificio de enfrente cuando siento que la puerta se abre y mi espalda queda en el aire; estoy a punto de perder el equilibrio y caer al suelo, pero consigo estabilizarme. Me giro hacia atrás.

—Por fin —exclamo con exasperación. Llevo aquí como mil horas. Incluso he visto a Hugo salir de la clínica veterinaria, que queda un poco más arriba. Cuando ha pasado por mi lado, le he preguntado la hora, ya que hemos sido vecinos durante dieciocho años y hay confianza y tal, pero me ha mirado con el ceño fruncido, como si le hubiera hablado en ruso, y ha pasado de mí. Simpático. Yo he gritado a su espalda: «¡Volverán las oscuras golondrinas!».

—Estaba haciendo tiempo con la esperanza de que te cansaras y te largaras.

Y ahora, el otro. Desde luego, no puede negarse que son hermanos.

—¿Sabías que estaba aquí? —pregunto, fingiendo mayor agravio del que en realidad siento.

—Me lo ha dicho Hugo hace un par de horas.

Elevo los ojos al cielo.

—Voy a cruzar un par de palabras con tu hermano del alma en cualquier momento. No me da ni la hora, literalmente.

—Y te he visto pegar la cara a la ventana una hora antes.

—¿Sabías que estaba aquí desde hace tres horas? —le pregunto, ahora sí, agraviada del todo.

Adri abre la boca para contestar, pero una silueta femenina detrás de él se lo impide.

—Ya estoy, perdona el retraso. Uh, hola —dice la chica al verme.

Uh.

Hola.

¿Y esta quién es? ¿Y dónde estaba metida? No la he visto cuando me he asomado. Hago un escaneo superrápido y disimulado (de hecho, quizá no tan disimulado): pelirroja, pelo perfecto, pecas en el rostro, guapísima, pinta de simpática, bajita, muy bien vestida y con un tubo de cartón en la mano. El típico tubo donde se guardan lienzos. Y una mujer de diez. Bravo, Adri, bravo.

—¿La estabas pintando como a una chica francesa? —pregunta mi boca a su libre albedrío —. No sabía que pintabas retratos, de todas formas. Podría haberme apuntado a la lista de espera.

La chica se atraganta y Adri se lleva los dedos a los lagrimales. Pues vale. Tampoco es para tanto. Cuando ella se recupera, me observa. No de mala manera, solo… me observa. Antes no me observaba, me miraba sin más.

—No es una clienta, es una amiga —explica él con desgana. Después, se dirige a ella—: Voy a darme una ducha y te veo luego en casa de Hugo y Dy, Dawn.

Oh. Oh, Dawn. La mánager de Dylan, a la que Adri llamó Dawni. Oh. No sé cómo sentirme al respecto. «No tienes que sentirte de ninguna manera, Álex». Vale.

¿Seguro?

Seguro.

OK.

Dawni le da dos besos en la mejilla a modo de despedida y a mí me dice adiós con la mano. Tiene pinta de ser buena persona. Cómo me jode. Me jode totalmente.

—Es la mánager de Dylan —afirmo yo.

—Sí, también.

—Me vas a dejar con la duda respecto a lo de la pintura, ¿verdad?

—Sí. Lo que yo hiciera con Dawn en mi estudio no es de tu incumbencia.

—Yo no he dicho que lo sea. Y no me refería a eso. Me refería a lo de la lista de espera para pintar mujeres desnudas.

—¿Qué más te da? A ti no voy a pintarte desnuda.

Un cuchillo clavado en mi estómago habría dolido menos.

—Bien.

—Bien.

—¿Y tienes fijación por las pelirrojas o qué?

—La verdad es que sí. Y por las morenas. Por cierto, rubia, ¿qué haces tú aquí? —me devuelve, inexpresivo, mientras cierra el portalón con fuerza. Después, echa a andar cuesta abajo como si nada, como si mi respuesta lo trajera sin cuidado. Lo sigo.

—No has venido a ayudarme con el velero.

—No.

—Pensé que habíamos quedado en que vendrías todas las tardes.

—Pensaste mal.

—Pensé que esta fase tuya pasivo-agresiva ya la habíamos superado hace un par de semanas.

—Pensaste mal.

—Pensé que habíamos hecho las paces en San Juan.

—Pensaste mal.

—Pensé que me contestarías al último mensaje con una nueva confesión tuya.

—Pensaste fatal.

—Tú, lo de «una de cal y una de arena», a fuego, ¿no?

—Ya ves.

Bufo. Adrián toca mucho las narices cuando se lo propone.

—¿Qué pasa, Adri?

—¿Qué pasa con qué?

—¿Qué pasa contigo?

—No pasa nada conmigo.

—Oye —lo agarro por el brazo y lo obligo a detenerse. La calle está llena de gente, pero, mira, que nos esquiven o que crucen a la acera de enfrente—, habla conmigo, por favor.

—¿Por qué? —me exige con aspereza.

—Porque…

—No somos amigos.

—¿Qué?

—Tú y yo no somos amigos, Álex.

—Antes lo éramos. Pensé que podríamos volver a serlo.

—Pensaste mal. Para mí la amistad implica algo que tú y yo ya no tenemos.

—¿El qué? —pregunto. No estoy segura de querer averiguar la respuesta.

—Confianza. Yo ya no confío en ti, Álex.

Después de haber utilizado la analogía del cuchillo en mi estómago por no querer pintarme desnuda, ¿qué me queda ahora para esto? ¿Que me coma un megalodón y me triture con sus dientes hasta que no queden ni astillas?

—¿Qué quieres de mí? —pregunto a la desesperada.

—¿Yo? Absolutamente nada. Eres mi vecina, fuiste mi mejor amiga en el pasado, solo quiero que nos llevemos bien. Que salgamos por ahí. Que hablemos de vez en cuando sin lanzarnos puñales a la yugular. Sin segundas intenciones. Han pasado doce años. Supéralo. *No es para tanto.*

Me suenan esas palabras. Me suenan demasiado. Como que son las mismas que yo pronuncié en la entrada del *pub,* el día en que él me formuló la misma pregunta: «¿Qué quieres de mí?». Y lo de «no es para tanto» ha ido con tonito. Frunzo el ceño.

—No pensé que fueras vengativo.

Y él, una vez más, clavando sus ojos verdes en los míos y acercándose tanto a mí que nuestras bocas podrían besarse:

—*Pensaste mal*.

Se aleja de mí y echa a andar de nuevo. La calle está más concurrida que nunca, es la hora punta: el calor se ha disipado y todo el mundo aprovecha para pasear con tranquilidad y ojear escaparates. Adrián y yo hemos llegado a un punto muerto, así que cambio de tema:

—¿Qué tal la cabeza? ¿Ya recuperada del todo?

Se detiene de nuevo; no chocamos con una pareja de enamorados que camina de la mano de puro milagro.

—¿Y a ti qué más te da?

Ahora sí que me mosqueo. Puede que llevemos doce años distanciados, pero los dieciocho anteriores no van a borrarse por ello.

—Puede existir un mundo alternativo donde nos queramos, otro donde nos odiemos, otro donde seamos simples conocidos, otro donde no nos conozcamos… Pero no existe realidad alternativa posible donde yo no me preocupe por ti. Ni siquiera en la que no nos conocemos, porque incluso en esa, si yo me cruzara contigo por la calle y te viera caer, sé que mis brazos te recogerían.

—Muy bonito, Álex. Precioso. —Acompaña su tono mordaz, disfrazado de cordialidad, con aplausos—. Tu boquita vale millones, eso es innegable. Aunque me pregunto, ¿cómo encaja todo eso con el hecho de que yo te pidiera ayuda hace ocho años y tú pasaras de mí como de la mierda? ¿Eh? —Vuelve a aproximarse a mí—. ¿Cómo encaja?

Acaba de invadir de tal manera mi espacio personal que puedo sentir el calor que irradia y oler el rastro de pintura impregnado en él desde que tengo uso de razón. ¿Desprendía Dawn el mismo olor? No me he percatado. «Vuelve, Álex. Y responde a su pregunta».

—Ya te lo he explicado: quise poner distancia —titubeo, miento—, me estaba colando por ti.

Los ojos de Adrián se acercan aún más; solo recuerdo estar tan cerca de él cuando nos besábamos. Hunde uno de sus dedos en mi camiseta, a la altura del pecho.

—Eso no es verdad, y lo sabes.

—¿El qué no es verdad?

—Que te estuvieras colando por mí. No fue eso lo que sucedió.

—¿Y qué sucedió? —pregunto, envalentonada.

—Dímelo tú.

—No, dímelo tú, que parece que lo sabes todo.

—*Oh*, vamos, Álex, échale un par de esas pelotas gigantes y peludas que dices que te han crecido trabajando con tu padre y suelta la verdad de una vez. No destruyas lo que tuvimos alegando que te estabas colando por mí. No nos destruyas así.

Lo sabe. Sabe que estaba enamorada de él. ¿Desde cuándo lo sabe? ¿Desde antes que yo? Es muy posible. Me da igual; no voy a abrirme en canal aquí y ahora aunque lo tenga en la punta de la lengua. Ni aunque tenga su lengua casi en la punta de la mía; solo tendríamos que abrir la boca para que se rozaran. Debo lidiar con tantas cosas en mi vida que no queda espacio para esto. Lo mismo que no lo tuve en el pasado. Parece que nunca llega nuestro momento. Pero necesito un poco de tregua, por favor. «Has tenido doce años de tregua». *Shut up!*

—¿En serio crees que voy a decirte una mierda cuando el otro día reconociste en voz alta que jamás has tenido una novia rubia?

Adrián arruga la frente.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Nada. —Retiro la mirada y me alejo un poco de él. Que corra el aire, por favor—. No tiene que ver nada.

—No, ahora lo dices.

—Y si no lo hago, ¿qué vas a hacer? ¿Quemarme en la hoguera?

—No. Algo mucho mejor. Voy a darte un consejo.

—Oh, alabado sea el cielo, qué honor. Un consejo de Adrián Cabana solo para mí.

—No empieces algo que no tienes la valentía de continuar.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

—¿Me estás llamando «cobarde»? Porque empiezo a verlo todo rojo.

—¡Yo sí que lo veo todo rojo! Y lee entre líneas, Álex.

Y así, sin más, da media vuelta y continúa bajando la cuesta. Vuelvo a alcanzarlo y a sujetarlo del brazo para que me mire. Y algo no debe de funcionar bien en mi cerebro, porque de repente quiero contárselo todo y solo se me ocurre una manera de hacerlo. Con mi boca, sí. Pero de otra manera. Le agarro el pelo por la nuca y estampo mis labios en los suyos. Sin anestesia. Y en medio de la calle. La evidente sorpresa por su parte la aprovecho para meterle la lengua y besarlo hasta el fondo. ¿No querías la verdad? Pues esta es la verdad.

Adrián no me devuelve el beso en un primer momento, y yo, mientras muevo la lengua dentro de su boca, me pongo a pensar que ojalá se abra un agujero bajo mis pies donde pueda esconderme cuando todo esto acabe. Ojalá se abra, totalmente. El fracaso lo llevo fatal.

Creo que suenan unos vítores de fondo. Creo. Es lo que tienen los pueblos. Y Adrián sin responder al beso. «Ríndete, Álex». Me retiro con brusquedad. Y como parece que la tierra no va a tragarme…

—Necesitaba comprobar algo —le explico.

—¿Metiéndome la lengua?

—Oh, pero ¿te has dado cuenta?

—¿El qué?

—¿El qué, qué?

—¿El qué necesitabas comprobar?

Piensa rápido. O di la verdad.

—Si me harías tilín de alguna manera.

Adrián sacude la cabeza.

—Muy maduro por tu parte, Álex.

—Soy toda madurez.

—Te iría mucho mejor con la verdad por delante.

Y echa a andar de nuevo. Lo dice con tantísima condescendencia. Como si le hablara a alguien que le es completamente indiferente, dándole consejitos sobre la vida. Y sin responder a mi beso. Como si lo hubiera besado alguien que le es completamente indiferente. Me pregunto si antes de mí ha besado a Dawn. Algo feo se me instala en el estómago. Y exploto. Toda mi frustración, en siete palabras.

—¡Tú no puedes encajar la verdad, Adrián! —grito.

Se detiene de nuevo y se da la vuelta. Estamos frente a frente, pero a tres metros de distancia. Hay personas por todas partes, caminando arriba y abajo a nuestro alrededor, pero yo solo lo veo a él.

—Prueba —me desafía.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo de repente?

—Porque me has dicho por un puto mensaje de móvil que te habías olvidado de mi voz. Que cada día era más duro para ti. Hubiera preferido que me abandonaras por simple desinterés. Esto duele más, y, para colmo, me has mentido. Primero no acudes en mi ayuda cuando más te necesito y ahora me doy cuenta de que me has mentido. Me decepcionas, Álex; una vez más, me decepcionas. ¿Has visto qué fácil es decir la verdad? Ahora prueba tú.

—¿Qué coño quieres, Adrián? ¿Quieres que me arrodille y te pida perdón por no contestar a un puto mensaje de hace ocho años? Aquella fue tu primera decepción, ¿no? —Eso hago. Me arrodillo en plena calle, con decenas de ojos mirándonos (y muchos de ellos reconociéndonos, estoy segura). Me da igual, sin embargo. Mejor hacer el ridículo que abrirme en canal cuando no me apetece. Extiendo los brazos—. ¡Perdóname la vida por no contestar a un mensaje de móvil hace ocho años!

Adrián solo me mira durante unos instantes. En sus ojos, más decepción de la que yo jamás he visto.

—¿Quieres la respuesta en forma de poesía? —me pregunta.

—Siempre —lo reto.

—Ahí te va: ¡y una polla como una olla!

Entonces da media vuelta por última vez y se larga cuesta abajo. Continúo de rodillas mientras se difumina entre la multitud, y continúo de rodillas aun cuando lo pierdo de vista.

Una actuación de diez, Álex.

Totalmente.

Capítulo 20

El verano en el que tenían dieciocho años. Segunda parte

El día había llegado.

Aunque ninguno de los dos hablaba de ello.

Las maletas de Álex estaban preparadas y guardadas en el maletero del coche de su padre. Solo llevaba ropa y algún libro. Álex no era una persona nostálgica. No se llevaría su vida para no echarla de menos. Si quisiera mantener intacta su vida en el pueblo, no se mudaría a Nueva York, ¿no? La verdad es que Álex no tenía ni idea de lo que quería o no quería, solo sabía que no se llevaría muebles, juguetes o aparatos. ¿De qué le serviría llevarse los *walkies*, por ejemplo? De nada.

No le serviría de nada.

En eso pensaba mientras caminaba junto a los Cabana de regreso a la urbanización, la última noche de San Juan que pasarían juntos en mucho tiempo. Marcos y River le tomaban el pelo a Hugo. Ni siquiera les hacía falta un motivo. El mediano de la familia estudiaba la carrera de Veterinaria en Madrid, y cuando regresaba en verano lo vacilaban por todo lo que no podían vacilarlo durante el curso escolar. La realidad era que lo echaban terriblemente de menos.

Adrián cuchicheaba con Priscila, y Álex estaba segura de que tenía que ver con su tocayo, Alex St. Claire. No es que ella fuera especialmente intuitiva, pero tendría que estar ciega para no darse cuenta de que entre Alex y Pris había tema del bueno. «Tema del apotema», como diría Marcos.

Adrián sentía la presencia de Álex detrás de él. La sentía en todo su ser. Su cabeza había comenzado una cuenta atrás de la que ni siquiera era consciente. También se había pasado un poco con las cervezas aquella noche. Era su manera de mandar a la mierda la alta sensibilidad.

Llegaron a casa y… Llegaron a casa.

Los cinco Cabana contemplaron a Álex con miradas tristes. Marcos fue el primero en darle un abrazo.

—Te vamos a echar de menos, Revolución.

Lo siguieron Hugo, Priscila y River.

Por último, Adrián.

Su Adrián.

Ninguno de los dos sabría decir quién se acercó antes al otro, solo sucedió. Un abrazo de los de verdad. Fuerte. Adrián la acogió entre sus brazos como si no quisiera soltarla jamás, como si no tuviera intención de permitir que se alejara de su lado. Álex abrazó a Adrián como si se le fuera la vida en ello, como si pudiera fundirse con él y llevárselo consigo. No fueron conscientes de que los habían dejado solos hasta que se separaron el uno del otro. Y el pecho les tartamudeó al hacerlo, pero ambos lo dejaron pasar.

—Avísame cuando llegues, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y suerte en el avión. Intenta no pensar demasiado.

Álex odiaba montar en avión. Les tenía terror. Según ella, los pies, donde mejor están, es en la tierra.

—Dios, no me lo recuerdes.

Álex quería darle un último beso.

Adrián quería darle un último beso.

Pero ambos se dieron la vuelta y se refugiaron en sus casas.

Adrián no logró conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama y no encontraba la postura correcta. Cerraba los ojos y no sentía nada. Estaba más despierto que nunca. Tenía una sensación rara en el estómago, y otra noche de San Juan que recordar: la de cuando Álex se marchó.

Dieron las dos de la mañana.

Las tres de la mañana.

Las cuatro de la mañana.

Las cinco de la mañana.

Las seis de la mañana.

Las siete de la mañana.

A las siete y catorce minutos, lo sintió a través de la ventana abierta de su dormitorio: ruido en la casa de al lado. La puerta de la calle que se abría. El motor de un coche que arrancaba. Una breve conversación entre murmullos. Y las puertas de un coche que se cerraban. El cuerpo entero se le estremeció. Las palabras de Álex se repetían en su cabeza:

«Odio las despedidas, ya lo sabes. No quiero despedirme de ti. No ese día. Y no con palabras. No me busques, por favor».

«Despreocúpate».

¿«Despreocúpate»? A tomar por culo todo.

—Me importa una mierda que no quiera despedirse, yo sí quiero despedirme —expresó en voz alta.

Se levantó de la cama. Sus extremidades respondieron de tal manera que parecían llevar horas aguardando su decisión. Salió del dormitorio y bajó las escaleras de dos en dos. Se calzó las primeras deportivas que encontró en el recibidor sin perder tiempo en atarse los cordones y salió a la calle. El coche ya no estaba. Álex ya se había marchado.

No se rindió. Nunca.

Echó a correr a toda velocidad y cogió un atajo para llegar a la rotonda que marcaba la salida del pueblo. Solo escuchaba el golpeteo de su corazón y su respiración acelerada, junto con el traqueteo de sus pies en el asfalto.

«Corre más rápido. Debes correr más rápido si quieres alcanzarla».

Adrián no era un gran corredor, pero aquella mañana corrió más rápido que nunca. Aunque no lo suficientemente rápido. Llegó a la rotonda justo cuando el coche la abandonaba.

—¡Álex! —gritó—. ¡¡Áleeex!!

No sirvió de nada.

Adrián permaneció horas ahí parado, inmóvil, después de que el coche hubo desaparecido. Después de que pasaran por delante de sus ojos un montón de coches más, de todos los colores. Colores que él no vio.

Hasta que alguien le tomó la mano y lo llevó de vuelta a casa. Era Priscila. Fueron directos a la habitación de ella, donde los interceptó Hugo. Hugo… Hugo no tenía ni idea de lo sucedido

entre su hermano pequeño y la vecina durante todos aquellos años. Pero Adri explotó. Tuvo que soltarlo todo. Después, sintió unas ganas irrefrenables de pintar, lo que fuera, pero necesitaba pintar. El problema fue que todo se le quedaba pequeño para lo que él quería expresar. No había láminas lo bastante grandes. Entonces se fijó en las paredes de su dormitorio.

Era un plan perfecto.

Empezaría por las de Priscila.

Dentro del coche, horas antes

Álex contenía las lágrimas. La despedida con su madre había sido más dura de lo que había pensado en un primer momento. Y aunque volverían a verse en unas semanas (su madre había prometido ir a visitarla y ayudarla con la mudanza), ya no vivirían juntas, y eso le dolía como nada.

Y entonces lo escuchó. Tan claro como que estaba viva.

—¡Álex! ¡¡Áleeex!!

Miró hacia atrás y vio a Adrián a través de la ventanilla trasera. Su corazón palpitó más fuerte que nunca. ¿Qué le pasaba? ¿Era porque no había querido despedirse de él? No. No era eso. Entonces pensó: ¿y si estaba cometiendo el mayor error de su vida? Devolvió la vista al frente y empezó a llorar. No pudo evitarlo. Sintió el toque de su padre en la pierna.

—Hija…, ¿quieres que pare el coche?

—No.

Suspiró. Una nueva vida empezaba para ella. Una vida que la acercaba más que nunca a su gran objetivo vital. No podía pensar en Adrián Cabana.

Capítulo 21

El Titanic hundiéndose en mi estómago

ADRIÁN

Giro sobre mis talones y doy por finalizada la discusión. Veo demasiados colores a mi alrededor. El rojo y el granate están por todas partes, y eso solo significa que he llegado a mi límite. Me jode la vida su actitud, y a mí nada me jode la vida. «¿Quieres que me arrodille?». ¿En serio? Guau, Álex, guau. Bufo solo de recordarlo.

¿Y el puto beso?

Me joden sus «solo quiero que nos llevemos bien».

Y el puto beso.

Me joden sus «podemos salir por ahí de vez en cuando».

Y el puto beso.

Me joden sus «han pasado doce años. Supéralo». Supéralo, mi abuela.

Y el puto beso.

Y me joden sobremanera sus «me estaba colando por ti». Me jode porque es mentira y me jode porque no me he dado cuenta de que era mentira hasta que hace unas horas leí su último secreto, secreto que, por cierto, yo no le pedí que desvelara.

«Me había olvidado de tu voz».

Yo también lo sentí. Un día, de pronto, me di cuenta de que ya no recordaba cómo sonaba su voz. Y una persona no tiene ese pensamiento al azar. No muchos años después, por alguien por quien «comenzaba a colarse». Lo tiene por alguien por quien sentía mucho más que *comenzar a colarse*.

Yo no recuerdo cómo sonaba la voz de algunos compañeros del colegio con los que no he hablado en mil años, y me la suda, la verdad. Y por descontado que no recuerdo las voces de las personas con las que me he enrollado en los últimos años, y eso que he tenido mi lengua en sus bocas y mi polla en sus cuerpos.

Hubiera preferido mil veces que me abandonara por pura dejadez. Que lo hiciera a pesar de albergar sentimientos hacia mí, me duele infinito. Porque me ha mentido.

Mi cabreo con ella comenzó como una pequeña semilla dentro de mí. La cubrí con una de mis capas.

¿Y el puto beso?

Ahora, mi cabreo con ella es tan grande como el maldito avión que surca el cielo sobre mi

cabeza. No puedo ignorar un puto avión. Porque… ¿cuántas capas tengo que ponerle encima para no verlo?

Me meto en la ducha en cuanto llego a casa. Sin embargo, continúo igual de frustrado cuando salgo media hora después, por lo que llamo a Hugo para avisar de que no cuenten conmigo en la cena de esta noche. Dawn ha venido a pasar un par de semanas en el pueblo, por no sé qué proyecto de Dylan que ha comenzado a perfilarme en la galería, y me apetecía ponerme al día con ella, es muy buena chica y acabamos como amigos, pero ahora mismo no tengo cuerpo para nada. Ojalá me hubiera enamorado de ella. Pero no lo hice. Me siento mal. Me siento un poco a flor de piel y eso es lo último que puedo permitirme. Así que me voy a casa de Pris y Alex. Con Pris puedo desahogarme. Siempre.

—Pasa —dice Alex en cuanto me ve, cabizbajo, en el umbral de su puerta. Está acostumbrado a mis visitas inesperadas—. ¡Pon un plato más para cenar, Reina del Desierto!

—¡¿Adri?!

—*¡Sip!* —respondemos los dos al unísono.



Marco Polo:

Adri.

Ha llegado a mis oídos por varias vías que mi hermano pequeño ha gritado la palabra «polla» en la cuesta más concurrida del pueblo, en plena hora punta.

¿Es verdad?

Adrián:

Sí.

Marco Polo::

Chico malo.

¿Todo bien?

Adrián:

Sí.

Marco Polo:

No cuela, Adri.



—¿Qué haces aquí? —me pregunta Álex con cautela un día después, cuando aparezco por el puerto.

No me sorprende. Si no me entiendo yo mismo, como para que me entienda ella. Sigo muy cabreado, pero Pris me hizo ver que hay algo de cierto en lo que Alex dijo ayer, o al menos por la parte que a mí me toca. Puede existir un mundo alternativo donde nos queramos, otro donde nos odiemos, otro donde seamos simples conocidos, otro donde no nos conozcamos. Pero no existe realidad alternativa posible donde yo no me preocupe por Álex. Ella me necesita y yo soy

incapaz de mirar hacia otro lado. Ojalá pudiera, pero es superior a mí. Ayer, casi tuve que atarme a la pared de la galería para no venir. Hoy, simplemente, no he podido no hacerlo. Y, además, por muy cabreado que continúe con ella, las promesas se hacen para cumplirlas. ¿Qué mierda de mundo sería este si no? He cubierto de capas las dos alas del avión. Algo es algo.

—Prometí que te ayudaría con el velero —respondo con sequedad.

—Ayer te dije *literalmente* —tonito—: «Pensé que habíamos quedado en que vendrías todas las tardes», y tú me contestaste *literalmente*: «Pensaste mal» —tonito de nuevo, cuando ha *intentado* imitar el sonido de mi voz. No lo ha conseguido.

—Yo no hablo así.

—De hecho, sí hablas así.

—Y ayer estaba cabreado. Muy cabreado.

—¿Hoy no?

—También. Pero menos. Y prometí ayudarte.

—Vigílate esos cambios de humor, Adrián.

—Vigilados están, Alexandra.

Abre los ojos desmesuradamente. Ha sido un golpe bajo; lo sé. Odia que la llamen así.

—Puedes quedarte a trabajar en el barco —acepta cabreada—; yo voy a aprovechar que sopla viento de levante para practicar vela, de todas formas.

Señala el barquito de vela ligera, amarrado junto al velero y listo para salir al mar. Su barquito de vela a rayas azules y rosas. He visto a Álex navegar en él más veces de las que puedo calcular. Eso explica que solo lleve puestos un bañador y el chaleco salvavidas. Espera, ¿ha dicho «viento de levante»? Frunzo el ceño.

—Va a haber muchas olas.

—¿No me digas, Sherlock?

Elevo los ojos al cielo.

—Te acompaño, Watson —decido al instante, mientras me dirijo al interior del velero a por otro chaleco salvavidas—. Quiero ver cómo vas; la regata es dentro de mes y medio.

—Voy de maravilla.

—Hummm. Veremos.

—Tú no vas a ver nada. No navego con malas vibraciones, y lo sabes. En mi barco no te subes con ese palo metido por el culo.

—Muy bien —acepto. Porque no voy a dejar que navegue sola con el viento que se está levantando—. Me lo quito.

Me llevo la mano al trasero, de donde finjo sacar un palo que lanzo al suelo. Después cojo el maldito chaleco y me lo pongo mientras salgo del barco.

—Eso te habrá dolido. —Se muerde el labio inferior para no reír—. Estaba enterrado muy profundo.

Me dirijo a la vela.

—Ahora veamos si vas de maravilla o no —apunto al pasar junto a ella.

Sí va de maravilla, y eso que somos dos en el barco. La soltura con la que Álex se mueve, cambia de rumbo, controla la trayectoria del viento y maneja el timón me recuerda a mí. A mí con mis pinturas. Lo que no sé es cómo iba hace un mes, cuando practicó vela por primera vez en doce años y llegó a mi dormitorio con la moral por los suelos. No sé si ha avanzado a pasos agigantados desde entonces o si su nivel de exigencia es tan alto que no le permitía ver más allá de sus narices.

—Deja de moverte —me dice en un momento dado—, estás interfiriendo en la dirección.

—No me he movido —me defiendo—. Ha sido la ola.

—Has sido tú; las olas las tengo controladas.

—Las olas no se pueden controlar.

—¿Quieres apostar? El que gane decide los términos de la apuesta.

—Tú no aprendes, ¿eh?

—¿Eso es un sí o un no, Cabana? —replica con desafío en la mirada.

—Un clarísimo sí, Portabella. Y espero por tu bien que no pierdas.

—Agárrate.

—Álex, no… —pretendo advertirla, pero la advertencia se queda a medio camino.

Supongamos un coche descapotable capaz de volar a cuatrocientos kilómetros por hora por una carretera infinita en el cielo, sin nada alrededor que pueda frenarlo más que ráfagas de viento. Ráfagas de viento que hay que esquivar. Es un juego. Un juego seguro. Porque nunca en mi vida me he sentido más seguro que con Álex dentro de un barco. O fuera de él.

Navegamos de ceñida a una velocidad de vértigo. El viento impacta en mi cuerpo. Las olas me empapan por completo. El pelo se adhiere a mi rostro. Y apenas puedo hablar. Solo escuchar el sonido del agua. Y olvidar. Cuando navegas así, solo piensas en las sensaciones que te inundan; todo lo demás: el estrés laboral, los problemas personales, el día a día, mi cabreo monumental… pasa a un ultimísimo plano.

Es una sensación de libertad indescriptible.

—¿Sabías que la vela era un medio de vida para el ser humano? —me pregunta Álex cuando atracamos en el puerto. Hemos regresado porque el viento se ha vuelto loco. Es tan potente que nos cuesta sacar la vela del agua. Y estamos calados. Menos mal que hace calor.

—Sí lo sabía.

La recogemos y la amarramos al remolque como podemos; apenas puedo ver, tengo el flequillo pegado a la frente y a los ojos, y Álex, más de lo mismo.

—Servía para transportar víveres y personas.

—Lo sé.

—Tú lo sabes todo.

—Me he criado con una persona un tanto obsesionada con el tema. Algo se me ha quedado.

Una vez que la vela está lista, nos quitamos los chalecos, los metemos dentro y la empujamos por el pantalán. Álex ha alquilado una plaza para guardarla aquí, en el puerto.

—Pues esa persona acaba de ganarte una apuesta.

—¿Y cuáles son los términos de esa apuesta?

—Tienes que desenfadarte conmigo por lo de ayer.

—Álex…

—Una apuesta es una apuesta —me interrumpe—. Ay, espera. Voy a recoger mi mochila, que la he olvidado en el barco. ¿Puedes salir tú solo del pantalán con la vela? Quedamos fuera, en el bar.

Asiento con la cabeza y prosigo mi camino. Cuando estoy a punto de salir, no sé qué es lo que me hace volver la mirada atrás, si la ráfaga de viento que me golpea el pecho o el chirrido que creo escuchar de fondo. Pero cuando miro… Cuando miro… Álex se encuentra en el suelo, cubriéndose el rostro con las manos. Algo la ha derribado.

Suelto la vela al instante y regreso corriendo al barco, acojonado.

—¡Álex!

Subo a la cubierta y…

—¡¡Jodeeer!! ¡Dios! —grita ella.

Que suelte juramentos por la boca es una buena señal. Tiene que serlo.

—¿Qué ha pasado?

Entonces se incorpora y me mira. Dios. Mis pulmones sueltan el aire que estaban reteniendo y mis constantes se estabilizan al comprobar que puede moverse y hablar, pero tiene el lado derecho de la cara quemado, totalmente quemado. Está al rojo vivo, y lleno de sangre. Se me descompone el rostro.

—Álex…

—¡No me mires así! —grita, temblando de miedo y de dolor—. ¡No me mires así, joder! ¡Diosss! ¡Duele! ¿Qué tengo?

—Vamos a urgencias. Ya.

La cojo de la mano para ayudarla a ponerse en pie y la llevo corriendo hasta mi coche. Del puerto al centro de salud no hay más de cinco minutos: son los cinco minutos más largos de mi existencia. La cara de Álex muestra un aspecto cada vez más espeluznante, pero lo que peor llevo es la estoicidad con que aguanta el dolor, a pesar de que tiene tantas ganas de gritar y de romper a llorar que incluso convulsiona. O quizá le haya subido la fiebre. Joder. ¿Qué coño ha pasado? Conduzco con una sola mano; le pongo la otra en el muslo desnudo, en un intento de calmarla. Caigo en la cuenta de que va en bañador y de que este está empapado. Me quito la camiseta a duras penas y se la tiendo para que se vista.

—Cuidado con la cara, intenta no rozártela. Ya llegamos, Álex. Aguanta solo un poco más.

Una vez que se pone la camiseta (le queda enorme), cierra los ojos y varias lágrimas ruedan por sus mejillas. El corazón me aprieta en el pecho. Y si ayer después de su beso me sentía *un poco* a flor de piel, ahora estoy *un demasiado* en carne viva. Álex tiene ese efecto en mí. El efecto de sentir, sentir, sentir, sentir, sentir. No puedo permitírmelo. No puedo permitírmelo. Por favor, basta. ¿Dónde están mis capas? Pero entonces la miro y pienso: «Cubridla a ella. Protegedla a ella». Estoy dispuesto a sentir con tal de que ella no sufra.

Y quema.

Y duele.

Quema como una gota de cera caliente en un corazón abierto.

Duele como pocas cosas en la vida.

Llegamos al centro de salud y, en cuanto las puertas de cristal se abren y el empleado de la recepción ve a Álex, suelta un sonoro «joder» que no me hace ni puta gracia. Lo miro fatal. Que se controle. Sale corriendo en busca de un médico y enseguida nos atienden. Álex continúa temblando, cada vez más fuerte.

—¿Quieres entrar con ell…?

—Sí.

No le doy opción ni a que formule la pregunta completa.

Entramos en una de las salas, donde un médico y una enfermera atienden a Álex y comienzan a curarle la quemadura. Mientras, yo doy sus datos al de recepción, que espera en la puerta. Paños, guantes, gasas, tijeras, suero fisiológico… ¡Dios! Ojalá pudiera ponerme en su lugar. Ojalá cuanto a mí más que quemara a ella menos le doliera. Lo soportaría. Aunque no sé si sería tan valiente como lo es ella. Ni una queja. El único indicio de lo mal que lo está pasando son las lágrimas traicioneras que escapan de sus ojos de vez en cuando y las profundas inhalaciones que se intuyen en su abdomen.

La suave música de fondo se cuela en mi sistema nervioso; es relajante. Es *Without you*, pero suena distinta; no había escuchado nunca esta versión, y ojalá logre tranquilizarla también a ella.

Álex les habla de lo que ha pasado: uno de los cabos, no entiende por qué, ha bajado a toda

velocidad y le ha dado en la cara, quemándola. Justo después de explicarlo emite un quejido que me reverbera en todo el cuerpo. Está sufriendo. Le tomo la mano y la estrecho con fuerza. Estoy aquí y no voy a dejarla sola.

—Las curas de quemaduras son muy dolorosas, lo sé —le dice afectuosamente la enfermera mientras, con una gasa empapada en no sé qué, le da toquecitos en la herida con muchísimo tiento—. Aguanta un poco más, lo estás haciendo genial.

Álex solo cierra los ojos y asiente con la cabeza. Le acaricio la frente y el cabello. Y acerco mi boca a su oído para susurrarle palabras de ánimo. Otra lágrima se le escapa por la parte sana de la cara y la recojo con uno de mis dedos. También quema.

—Shhh… —susurro—, estoy aquí.

—Adminístrale antibióticos —ordena el médico a la enfermera—. Y un protector de estómago.

—¿Antibióticos? —pregunto yo, levantando la cabeza.

—Las quemaduras en el rostro tienen una alta probabilidad de infección. Habéis venido muy rápido, bien hecho; es poco probable que se infecte, pero mejor prevenir.

—¿Y calmantes? —añado—. Le duele mucho.

—También —me responde con una sonrisa de complicidad o de comprensión, no sé. Ahora mismo me siento incapaz de leer a nadie que no sea Álex.

—Sí, calmantes —suplica ella con la voz muy pequeñita. Se me rompe el corazón. No me gusta verla pequeña.

—Enseguida dejarás de sentir ese dolor. Es una quemadura de entre grado uno y grado dos, solo ha afectado a la dermis más superficial. Vas a estar bien —le explica.

Vuelve a asentir con la cabeza y permanecemos en silencio mientras acaban de curarla.

Una vez que terminan, nos dejan solos unos minutos para que Álex se relaje y descanse un poco. La herida no tiene mala pinta, pero al mismo tiempo tiene una pinta horrible. Le cubre toda la mejilla.

—Ey —digo; todavía no le he soltado la mano—, mírame.

Abre los ojos y clava sus ojazos marrones en los míos. Me dicen tantas cosas.

—Shhh —repito—, has sido muy valiente. La más valiente.

No contesta. Solo contiene más lágrimas y sollozos. Acerco mi rostro al suyo; una fuerza gravitacional me empuja sin remedio, pero justo entonces la puerta de la sala se abre de nuevo. Es el médico. Me alejo de inmediato.

Se sienta detrás de la mesa de despacho y, mientras garabatea en un papel, comienza a darnos instrucciones sobre las curas que hay que hacerle a Álex a diario.

—Vamos a dejar la herida al aire —nos dice—. Seguid las indicaciones que os estoy anotando aquí para las curas. Y es muy importante que utilices crema solar siempre que salgas a la calle. Mejor si no te da el sol, pero puesto que estamos en verano… Mucha crema solar, ¿entendido?

—¿Y la vela? Tengo una regata a mediados de agosto.

—Date una semana al menos antes de volver.

—¿Va a quedarme marca?

—La cura ha ido muy bien, y si haces todo lo que te digo, no tiene por qué. Lo sabremos en un par de semanas. Ya podéis iros a casa, parejita. E intenta descansar.

Ayudo a Álex a levantarse de la camilla y la llevo de la mano hasta el coche. En el trayecto, no retira la vista del cristal a pesar de la oscuridad que ya lo cubre todo; está tan perdida en sus pensamientos que no quiero molestarla. Me detengo en una farmacia de guardia y compro cuanto

necesita para hacer las curas en casa. Cuando regreso al coche, continúa en la misma posición. Álex siempre ha llevado fatal lo de hacerse daño. Y a su madre casi le da un síncope cuando entramos en su casa y le ve la cara. Supongo que el hecho de que yo vaya con el torso desnudo y Álex, en bañador y con mi camiseta no ayuda.

—Está bien —me adelanto antes de que enloquezca y la asedie a preguntas—. Es más aparatoso de lo que parece.

Dejo a Álex en su habitación y bajo a la cocina a ayudar a su madre con la cena. Le cuento por segunda vez, a pinceladas, cómo ha sucedido todo. Acabo preparando yo la cena; está tan nerviosa que prefiero que no maneje fuegos ni cuchillos, no vaya a ser que tengamos que ir a urgencias por segunda vez.

—Ya se la subo yo. —Apunto con mi mano la bandeja de la comida—. Así me despido de ella.

Asiente con la cabeza y yo me dirijo a las escaleras. La de años que hacía que no venía por aquí. Y ahora es como si se hubieran borrado. Como si entre Álex y yo no existieran el tiempo ni el espacio.

—No me puedo creer que justo yo haya sufrido un accidente con el barco —me dice con tristeza en cuanto entro en su dormitorio—. No he estado a la altura. Últimamente no estoy a la altura de nada.

Sonrío. Ha activado el modo dramático y eso solo puede significar una cosa: que ya se encuentra mucho mejor. Ya no parece tan pequeña. Y a mí la gota de cera caliente en mi corazón me quema menos. Mis capas funcionan de nuevo. Me acerco a la cama y poso la bandeja en un lateral. Yo me siento en el otro extremo, junto a ella.

—Siempre has sido muy peliculera con los accidentes. Ya estabas tardando.

—Eso no es verdad.

—¿Que no es verdad? Todavía me acuerdo de la vez en que te torciste un tobillo, cuando nos colamos en el caserón de Cala Medusa para liberar a un pajarito. Dijiste que ibas a morir.

—No me acuerdo —refunfuña.

Me acerco más a su rostro y uno nuestras narices, rozándolas en una suave caricia.

—Dijiste que no querías morir virgen y me besaste en la boca —susurro—. Tienes mucha manía tú de besarme en la boca.

—¿El de aquella vez eras tú? —susurra a su vez—. Tengo la imagen muy borrosa.

Sonrío de nuevo.

—Era yo.

Entonces fulmino la escasa distancia que separa nuestras bocas y la beso en los labios. En unos labios que se abren con sorpresa, al igual que hicieron los míos en la cuesta. Esto es un empate en toda regla. Y una prueba de que mis capas no han regresado del todo. Es un beso tierno. Dulce. Efímero. Como el primer toque del pincel sobre un lienzo. Tic. Pero yo me siento como si el Titanic estuviera hundiéndose en mi estómago. Y es tan fuerte mi lucha interna para lidiar con el dolor de la nostalgia y de todo lo demás que tengo que retirarme con rapidez; sin embargo, ella me agarra por el cuello de la camiseta (ha vuelto a mí) y me guía a su boca de nuevo, convirtiendo el *tic* del pincel en un beso de verdad. Su lengua se encuentra con la mía, electrocutándome, y el Titanic, hecho papilla en el fondo del océano. No sé cómo, consigo separarme de Álex poco después.

—Buenas noches, Revolución. Intenta descansar.

Me levanto de la cama, sus ojos abiertos de par en par, y me dirijo a la puerta. Es hora de irme a casa, antes de que haga algo de lo que no sé si voy a arrepentirme más tarde. No estoy

preparado. Estoy acojonado. Doce años de esfuerzo tirados a la basura. Bravo, Adri, bravo.

Pese a encontrarme a tres metros de mi casa, literales, me encamino al único lugar en el que puedo estar ahora mismo. Me encamino a Pris.

—Pasa —dice Alex en cuanto me ve, cabizbajo, en el umbral de su puerta.

—He besado a Álex en la boca.

—¡Pon un plato más para cenar, Reina del Desierto!

—¡¿Adri?!

—*¡Sip!* —respondemos al unísono.

—Ha besado a Álex en la boca —añade Alex.

Priscila sale de la cocina al instante:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—No entiendo para qué le haces tantas preguntas si luego no dejas que te responda a ninguna.

Tanto Pris como yo miramos ceñudos a Alex. Él nos hace un gesto con la mano que equivale a: «A vuestro rollo, como siempre», y se larga. A mi sobrino no lo veo por ninguna parte.

—¡Está durmiendo! —grita su padre desde la cocina.

—Siéntate ahora mismo y cuéntamelo todo —me ordena Pris.

Me tiro en el sofá, un tanto melodramático para lo que yo suelo ser, y me tapo los ojos con el brazo. Noto la presencia de Pris a mi lado. Y después, la de Alex a mi otro lado. Abro los ojos. Se lo cuento todo a mi hermana mientras Alex ve un partido en el televisor con una cerveza en la mano. Le relato los acontecimientos de hoy. Le hablo de mis emociones y del terror que he sentido por Álex. Remato con un «estoy muy confundido, Pris».

Alex me ofrece su cerveza sin dejar de mirar el televisor. ¿Me está escuchando o no me está escuchando?

Priscila sonríe.

—¿Y tú por qué sonríes? —le pregunto.

—Me he dado cuenta de algo importante.

—¿De qué?

—¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos a propósito de tu pelirroja del Inframundo?

Pongo los ojos en blanco.

—No es «mi pelirroja del Inframundo».

Alex se descojona de risa. Y yo por dentro me alegro, porque significa que tanto él como Pris han superado con creces aquel capítulo de su vida. Están sanos. Ambos.

—¿Tú no estás viendo el partido?

—Puedo hacer más de una cosa a la vez. ¿A que sí, Reina del Desierto?

—No respondas, Pris. Demasiada información.

—El caso es que recuerdo algo de aquella conversación. Recuerdo que te dije que me hubiera gustado poder compartir un momento así contigo. Reírme de ti por ello, porque te conquistara una chica, y entrometerme en vuestra vida para conocerla mejor.

—Sí, lo recuerdo.

—Y solo ahora me doy cuenta de que todo eso ya lo habíamos vivido, pero éramos tan críos que no nos dimos cuenta de que era *esa* conversación. O *esa* situación.

—Pris…

—Lo vivimos con Álex. Y de verdad que yo nunca pensé que Álex iba a volver a nuestras vidas, ni siquiera con lo de Boston, y mira que es absurdo porque estaba más claro que el agua, pero yo no lo vi porque mi vida era un desastre en ese momento, y aquí estamos hablando de ella

de nuevo. Aquí estamos, yo riéndome de ti por una chica. Por *esa* chica. Tiene que ser *esa* chica, Adri. Y yo quiero pedirte perdón por no haberlo visto a tiempo.

—Yo lo veo bastante claro —interviene Alex.

—Ya ves.

—El que no lo ve eres tú.

—Estoy confundido.

—Qué cabezota es el pequeño de tus hermanos, Pris. A ver, empecemos por el principio.

—¿No me estabas escuchando la primera vez o qué?

—¿Y qué sucedió en Boston exactamente? Siempre has sido muy vago al respecto.

—¡Tío Adi, tío Adi, tío Adi!

Me despierto desorientado y lo primero que veo es la carita de mi sobrino muy cerca de la mía. Es de día. ¿Me he quedado dormido en el sofá?

—Buenos días, cuñado intenso —me saluda Alex por detrás de su hijo.

—No te preocupes por mamá y papá, Adri —dice entonces Pris, desde un poco más atrás—. Ayer les mandé un mensaje para avisarlos de que te quedabas a dormir aquí.

—¡Tío Adi, tío Adi, tío Adi!

—Marchando desayuno especial para el tío Adri —le dice Pris a su hijo, cogiéndolo en brazos—, ¿me acompañas y me ayudas?

Álvaro asiente entusiasmado y yo me quito la colcha de encima. ¿Quién me ha tapado?

—Fue Alex —responde Priscila.

En esta casa te leen el puto pensamiento.

—Yo no me acuerdo —tercia el aludido.

Genial todo.

> “ Dame un beso que sabe a queso. Uy, a queso, no. Muy orgullosa de ti, mi pequeña Álex.

Pristy, la ardilla, cada vez más poética y queriendo más a esta chica.



Capítulo 22

El otoño en el que tenían dieciocho años y el verano en el que tenían diecinueve años

Diez días después de la partida de Álex

Adrián:
Supongo que habrás llegado. Supongo que habrás llegado hace días. Quizá me avisaste por los *walkies*. Ah, no. Que están aquí.

Adrián:
No sé cuánto cuesta mandar un mensaje internacional por el móvil, pero aquí va otro.

Adrián:
Tranquila, puedo permitírmelo. ¿Tú?

Álex:
Sí. Perdona por no avisar. Han sido unos días de locura.

Adrián:
Creo que cobran por mensaje. No por palabras.

Álex:
Pero muchas palabras ocupan más de un mensaje. ¿Un mal día, vecinito?

Adrián:
Algo así.

Álex:
Aún estamos instalándonos. Siento no haberte escrito antes.

Adrián:
Despreocúpate.

Álex:
¿Me estás parafraseando?

Adrián la llamó por teléfono. No pudo evitarlo.

—Hola, Revolución.

—Hola, Cocoliso. Esta llamada te va a costar un ojo de la cara.

—Puedo permitírmelo. Háblame de cómo lo llevas.

Y así lo hizo Álex. Estuvieron al teléfono un buen rato, hasta que el móvil de Adri comenzó a pitar…

—Álex, ¿te acuerdas de cuando te dije que podía permitirme los mensajes internacionales? Pues creo que me estoy quedando sin saldo…

—Y aún estamos a primeros de julio… ¡Bravo, Cocolís!

—Tengo que dejarte. Escríbeme algún día, ¿vale?

—Cuenta con ello.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Adiós, Álex.

—Adiós, Adri.

Álex no escribió. Pero, un mes más tarde, Adri fue a casa de Isabel a dejarle una cazuela llena de salsa bechamel que su madre había preparado para ella. María era una experta en salsa bechamel y solía hacérsela de vez en cuando para las croquetas. La madre de Álex no acababa de cogerle el punto, por más que lo intentara.

Como hacía calor, la puerta de la casa se encontraba entreabierta. Aun así, Adri llamó al timbre.

—¿Sí? —gritaron desde el salón.

—¡Adrián!

—¡Pasa, hijo! ¡Estoy al teléfono!

Adri entró y, en efecto, la encontró sentada en el sofá, hablando por teléfono.

—Oh, tengo que dejarte, cariño —dijo Isabel—. Ha llegado mi bechamel. Pero no cuelgues; hay alguien aquí con el que seguro que quieres hablar.

Y a continuación se levantó para arrebatarle la cazuela a Adri. También le ofreció el teléfono. Adrián se lo llevó a la oreja.

—¿Hola?

—Adri.

—Álex.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—¿Qué tal estás? —preguntó Álex por fin.

—Bien.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—Ya ha engañado mi madre a la tuya otra vez para que le haga la bechamel, por lo que veo.

—Ya ves.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí. Sin novedades. ¿Tú qué tal?

—No te vas a creer lo que he descubierto, Cocolís.

Adrián se sentó en el sofá y estuvo media hora hablando con Álex. Puede decirse que se pusieron al día. Llevaban tiempo sin hablar, porque Álex había prometido escribir y no lo cumplió, así que Adri se negó a ser el que insistiera e insistiera. Por eso al inicio de la conversación parecían dos desconocidos. Pero después, en cuanto cruzaron dos frases y se dieron cuenta de que seguían siendo ellos…, Adrián se sentó en el sofá y estuvo media hora hablando con Álex.

Porque Álex Portabella y Adrián Cabana eran inevitables.

Septiembre de 2007

Álex:

¿Qué tal la facultad? ¿Ya te han nombrado el rey del pincel?

Adrián:

Bien. No.

Álex:

Supongo que seréis muchos en clase. ¿Sabías que aquí no hay carreras universitarias como allí? No estoy estudiando Derecho. Estoy cursando asignaturas generales, por decirlo de alguna manera, y después tendré que apuntarme a la escuela de leyes. Esto ya no es el colegio. Hay gente en todas partes. ¿Cómo llevas los dolores de cabeza?

Adrián:

Bien.

Álex:

Creo que cobran por mensaje. No por palabras.

Adrián:

¿Un mal día, vecinita?

Álex:

Una mala semana. Echo de menos el pueblo.

Adrián:

Supongo que ya se te ha pasado el subidón del cambio. Y ahora, ¿qué?

Álex:

Te odio un poco.

Adrián:
Yo te quiero.

Tres días después

Adrián:
¿Qué tal el comienzo de semana? ¿Mejor?

Dos días después

Adrián:
¿Se te ha acabado el saldo?

Un día después

Adrián:
He sido yo el que te ha llamado por teléfono. Puedes llamarme a cobro revertido. Si quieres.
Adrián:
¿Silencio negativo?

Diciembre de 2007

Adrián:
Tu madre te echa en falta. Entiendo que pases de mí, una trepidante vida nueva y tal, pero a ella llámala más a menudo.

Álex:
Hablo con ella cada noche. Me echaría de menos incluso si habláramos veinticuatro horas al día. Los consejitos moralistas te los puedes guardar, *by the way*.

Adrián:
¿Consejitos moralistas? Guau, Álex. Guau.

24 de diciembre

Adrián:
Feliz Navidad.

Álex:
Feliz Navidad. Y feliz cumpleaños. Diecinueve ya, ¿eh?

Adrián:

Mi cumpleaños no es hasta la semana que viene. Continúo teniendo dieciocho.

Álex:
Por si no hablamos la semana que viene.

Adrián:
Ah, claro. Pues feliz Semana Santa (no sé si allí tenéis Semana Santa, pero en todo caso, que sea muy feliz para ti y todos tus compañeros), feliz verano y feliz cumpleaños. Era en marzo, ¿no?

Marzo de 2008

Adrián:
Feliz cumpleaños. No soy tan capullo.

Álex:
Gracias. ¿Qué tal todo?

Adrián:
Bien. ¿Tú?

Álex:
Muy bien.

Adrián:
Me alegro mucho, Álex.

Mayo de 2008

Adrián:
¿Vendrás en verano? Te esperaremos con los brazos abiertos. Lo sabes, ¿verdad?

Julio de 2008

Adrián:
Supongo que no.

Capítulo 23

Surf Cabana

ADRIÁN

Ha pasado una semana. No sabría mezclar en la paleta su color. Un color extraño. Una amalgama desconocida de varios tonos. Siento tantas emociones alrededor de Álex, y he dibujado tantas capas cada vez que la he ayudado con las curas o con el velero, que ya no sé ni por dónde me da el aire. En el beso no pienso en absoluto, pero no me lo quito de la cabeza. Me siento perdido. Y supongo que eso se nota.

River Phoenix:

Adri, ¿qué te pasa?

Adrián:

Nada.

Marco Polo:

El que nada no se ahoga.

River Phoenix:

Pero corre peligro.

Marco Polo

Cierto.

Grande, Riv.

Vamos, pollito, ¿qué te pasa?

Adrián:

He dicho que no me pasa nada.

Marco Polo

Pues tu selección de Spotify no dice lo mismo.

Hugoeslaestrella:

Flipo con vosotros.

Pris:

Y yo.

Hugoeslaestrella:

Desconecto, que estoy a tope en el curro.

Marco Polo

Menuda novedad.

Te voy a llamar «el desconector».

Hugoeslaestrella:

Y dejadlo en paz.

Adrián:

¿Qué sabréis vosotros de mi lista de Spotify?

River Phoenix:

Un huevo.

Adrián:

¿Me estáis espiando?

River Phoenix:

Los signos de interrogación ofenden.

Marco Polo:

Ya te digo.

Adrián:

Paso.

River Phoenix:

Adri, que tu lista da más miedo que la de Marc.

Marco Polo:

¡Oye!

Pris:

Ja, ja, ja, ja, ja.

Hugoeslaestrella:

Me parto.

Marco Polo:

¿Tú no estabas currando, Hug?

Hugoeslaestrella:

Me he tomado un descanso.

«El tiburón, el tiburón se la llevó».

«No pares, sigue sigue».

Enlace Youtube: Proyecto Uno-El Tiburón

River Phoenix:

Esa jamás la olvidaré.

Hugoeslaestrella:

Correcto.

Y tampoco lo de aquella vez que fue a casa de Mencía en pijama y botas de monte.

Pris:

Ji, ji, ji. Hasta Alex se ríe de aquello.

Adrián:

Grande.

Marco Polo:

Capullos.

Pris:

Chicos, ¿os apetece una noche de hermanos?

Marco Polo:

Sí.

River Phoenix:

Sí.

Hugoeslaestrella:

Sí.

Adrián:

Sí.

Hugoeslaestrella:

¿Surf?

Hace mucho que no practicamos surf los cinco juntos.

Marco Polo:

Hace mucho que no estamos los cinco juntos.

Solos.

Me parece una idea cojonuda.

River Phoenix:

Me apunto.

Pris:

Y yo.

Adrián:

OK.

Hugoeslaestrella:

Quedamos al atardecer donde siempre.



Dylan:

Pollito, me he enterado de que no soy lo más escuchado en tu Spotify.

Aún lo estoy digiriendo.

No sé yo si voy a ser capaz de superarlo.

Tenía que decírtelo.

Y que paséis una noche cojonuda los cinco juntos.

La necesitáis.

Os quiero, Cabanas.

Te quiero, pollito.

Ya hablaremos de lo de Spotify.

Adrián:

Yo también te quiero, bobo.



Nos desnudamos y nos ponemos los trajes de neopreno en la playa; son más de las diez de la noche y se encuentra prácticamente desierta. Estamos casi a mediados de julio y el turismo no es tan cuantioso como en agosto. Tampoco es la primera vez que veo el culo de mis hermanos. Marcos se deja el mono a la altura de la cintura, a medio poner, porque tiene calor; Marcos siempre tiene calor. Y no hay traje de neopreno que pueda abrocharse Pris con sus veinticinco semanas de embarazo. Yo creo que tiene más barriga esta vez que con Álvaro.

Entramos en el agua hasta que nos cubre el pecho, y nos sentamos en las tablas de surf a horcajadas, equilibrándonos con nuestros cuerpos y dejándonos mecer por el suave balanceo del agua. Pris se sienta en mi tabla, delante de mí, totalmente segura; jamás la dejaría caer. No hay ni una ola, y hoy tampoco sopla el viento. Es el peor día del mundo para hacer surf, por eso hemos venido. Es perfecto.

—A ver, pollito, ¿qué está pasando? —me pregunta Marcos. Él siempre sin anestesia.

—Está pasando Álex —responde Hugo.

—¿La vecinita?

—¿Quién más?

—Yo qué sé. Adri me confunde y me despista desde que me levanto y hasta que me acuesto.

—¿Y qué está pasando con Álex? —ataja River.

—Nos hemos acostado —suelto sin filtro. No sabía por dónde empezar.

—¿Ahora? —pregunta Hugo, alarmado.

—No. Antes.

—Antes, ¿cuándo? —River.

—Antes de que se marchara a Nueva York.

—Vayamos por partes, que me va a explotar la cabeza —apunta Marc—. ¿Te acostabas con la vecinita?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde los quince.

A Marcos lo sacude una especie de espasmo; pensaría que es un escalofrío porque va desnudo de cintura para arriba, pero hace un calor de pelotas hoy.

—Joder… —River se lleva los dedos a los lagrimales.

—A ver, no follamos desde los quince, pero sí comenzamos a tener sexo a los quince.

—Marc se merece un premio por lo buen cuidador que era —indica Hugo—. ¿Verdad, Pris?

—Verdad. Todos los martes se enrollaban mientras estaban *bajo tu supervisión*.

—No me toquéis los huevos. ¡Se supone que estaban estudiando los números primos y esas movidas!

—Tú sí que eres primo.

—En serio —dice Pris—, me parece increíble que precisamente a ti te la colaran de esa manera.

—Estaba ocupado con sus asuntos para prestarnos atención.

Véase: enrollándose con mil y una tías.

—Nos estamos desviando del tema —se defiende él.

—Pues enderézate.

—¿Sabes? —me pregunta entonces Marcos—. Yo pensaba que estabas cabreado con ella porque *se había largado a Nueva York*. Pensé que habías vetado su nombre porque *se había largado a Nueva York*.

—¿Qué sentido tiene eso? Veté su nombre dos años después de que se fuera.

—Tú siempre has ido a tu ritmo, Adri.

—No me cabreé con ella porque se marchara. ¿Cómo iba a enfadarme por eso? Sus padres acababan de divorciarse y ella decidió vivir con su padre. Fue una decisión muy dura y yo la apoyé en todo momento.

—¿Y entonces?

—Me cabreé porque nuestra relación comenzó a enfriarse. Cada vez hablábamos menos.

—Eso me parece un poco inmaduro por tu parte.

—¿Perdona?

—No es inmaduro para nada. Adri tiene razón.

—Deja de sacar la cara por él, Pris.

—¿Dejáis que me explique? —pregunto.

—Vamos, Adri, teníais dieciocho años. Erais unos putos críos. Y eran otros tiempos. No resultaba tan fácil la comunicación, y menos aún con la diferencia horaria. Es normal que perdierais el contacto.

—No perdimos el contacto. Ella se alejó de mí a propósito.

—¿Por qué haría algo así? Ella te adoraba.

—Dice que porque se estaba «pillando por mí» y era mejor poner distancia.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Tú te estabas pillando por ella?

—¿Qué tiene eso que ver? No hablamos de mí.

—Claro que hablamos de ti.

—De que tu Spotify apesta. ¿Recuerdas?

—Y de que el otro día gritaste «polla» en medio de la calle.

Bufo.

—Nosotros te desgranamos a ti, y luego tú ya arreglas con ella lo que tengas que arreglar.

—Ya sabía yo que esto era una encerrona —digo, a todos en general.

Hugo se encoge de hombros y Pris me da unos golpecitos en la pierna.

—¿Erais novios? —pregunta Marcos.

—No.

—Pero os acostabais.

—Sí.

—¿Por qué? —interviene River.

—Porque estábamos experimentando.

—Hummm, no te lo compro. Vamos, Adri. Puedes hacerlo mucho mejor.

—No soy uno de tus sospechosos, River.

—Contesta —requiere Marcos—. ¿Por qué os acostabais?

Suspiro. Joder.

—Porque nos sentíamos bien. Nos hacíamos sentir bien el uno al otro.

—¿Tres años manteniendo sexo con asiduidad porque os sentíais bien? Flojo, Adri.

—¿Por qué estamos discutiendo esto? —me quejo, una vez más.

—Porque a ti hay que sacártelo todo con sacacorchos, macho.

—Venga, Adri. Suéltalo.

Suspiro otra vez. Joder. Joder.

—Porque nos gustábamos.

—Mejor.

—¿Mejor?

—Sí, pero insuficiente. Y no quiero que me hables de ella. Quiero que me hables de ti. De lo que sentías tú aquí. —Marcos se acerca a mí y me toca el corazón con la mano—. De tus motivos para darle todas tus primeras veces a la vecinita de al lado.

Cierro los ojos. Y la veo. La veo en mis brazos hace doce años. Recuerdo lo que me hacía sentir. Recuerdo el ansia con la que quería que me protegiera, y yo protegerla a ella. Abro los ojos.

—Porque la quería —confieso.

—Exacto. Porque la querías. ¿Tanto te costaba admitirlo?

—¿Y tú cómo te has dado cuenta tan rápido? —ataco.

—Puede que no estuviera tan ciego aquellos maravillosos martes… Ahí lo dejo.

—¿Lo sabías?

—¿Que estabas colado por la vecina? No me ofendas, Adri. Se os veía a leguas desde los doce. Y lo del sexo… ¿Os acordáis del día en que os di vuestros primeros preservativos?

—Como para olvidarlo —responde Hugo—. Y para tu información: no eran mis primeros preservativos.

—¿Fue por Adri? —pregunta Pris.

—Pues claro que fue por Adri. Los vi a los dos enrollándose en el colegio y actué.

Fenomenal.

—¿Y tú? ¿Tú también lo sabías? —le pregunto a River. Y River solo sonríe.

Fenomenal.

—¿A qué ha venido entonces todo este interrogatorio?

—Queríamos que reconocieras, ahora que eres un adulto hecho y derecho, que estabas enamorado de Álex.

—No es malo, Adri —comenta River con una sonrisa—. Ocurre todos los días, y hasta en las mejores familias. Como dice mi suegro: la gente se enamora.

—Mi Adri, enamorado. Aunque no se me olvida que no nos dijiste nada. Qué cabrón.

—Supéralo —dice Hugo.

—¿Y a él sí se lo contaste? —Marc señala a Hugo y finge estar muy ofendido.

—Si te hace sentir mejor —responde Hugo—, fue fortuito. Me lo contó porque estuve en el lugar adecuado y en el momento adecuado.

—Mentira. Y lo sabes, Hug. Adri no cuenta nada que no quiera contar.

Hugo sonríe y me guiña un ojo.

—Entonces —apunta River—, ¿qué fue lo que provocó que te cabrearas con ella y nos vetaras su nombre?

—Un arranque de mala hostia. Casi siempre era yo el que propiciaba que habláramos, hasta que me cansé. Dejé que fuera ella quien tomara la iniciativa y, en consecuencia, estuvimos casi un año sin apenas hablar. Yo también reviento.

—Cierto.

—¿Sabéis? —interviene Pris—, siempre me he preguntado el motivo por el que Álex nunca regresó a casa.

—Tú controlas bien eso de no regresar a casa, ¿eh, pequeñaja?

En respuesta, todos metemos las manos dentro del agua y salpicamos a Marcos en la cara.

—Que no llegue la sangre al río, familia —ríe él.

—Dice que empezaba a colarse por mí —explico yo, volviendo al tema—. Y que no quería una relación a distancia.

—¿Y tú te lo crees? —tantea Hugo.

—No.

—Bien, porque hay algo más, estoy seguro —afirma Marcos—. ¿Y qué está pasando ahora?

—Poco. O nada. O mucho, no sé.

—Hostias, no puedes ser más críptico, ¿no?

—Llevo cabreado con ella demasiados años y ni siquiera me había dado cuenta. Quiero decir: ya me había hecho a la idea de que no iba a volver a verla ni a saber nada de su vida, y de repente regresa y trepa por mi ventana y pretende que salgamos por ahí y que nos llevemos bien. Que recuperemos la amistad que teníamos a los dieciocho. Pero ya no tenemos dieciocho. Y a mí me arrolla todo nuestro pasado; no hay capa de pintura que cubra eso, y me acuerdo de que, joder, estoy cabreado. Aunque a veces quiera convencerme a mí mismo de que ya no lo estoy. Pero sí lo estoy. Y dolido. Y no lo entiendo y me siento confundido y asustado, porque ¿cómo puedo estar dolido después de doce putos años? ¿Cómo puede traspasar mis capas en un solo segundo y con un solo chasquido de dedos? Yo lo intento, de verdad que lo intento. Intento ser su vecino y amigo, como el puto Spiderman, pero me jode la vida que no me diga la verdad sobre lo que pasó y que sea capaz de salir conmigo por ahí, emborracharnos y hablar de nuestras cosas sin…

Mierda. Me callo la boca. Hablando de capas… Malditas capas. Con mis hermanos siempre se me va de las manos.

—¿Sin qué?

—Vamos, Adri.

Me froto los ojos.

—Da igual —resuelvo.

—No da igual. Suéltalo.

—Ya lo digo yo —me sigue Marc—: sin que muestre ni un ápice de sentimientos hacia ti.

—No, joder, no es eso. —¿No?—. Hace una semana nos dimos dos besos en la boca casi seguidos. Primero ella y luego, yo. Estoy confundido. Solo es eso.

Capa.

—¿Con lengua?

—En el primero, yo no.

—Mal. Ya no tienes quince, Adri. Puedes hacerlo mucho mejor.

—No quiero hacerlo mejor.

—¿Y qué quieres?

—No lo sé.

—¿Cuándo te dio ella el beso? ¿En qué contexto? —pregunta River.

—Estábamos discutiendo y de repente me besó. Fue el día en que cancelé la cena con Dawn —le explico a Hugo—. No tenía cuerpo.

—Interesante —responde River—. ¿Y cuándo le diste tú el beso a ella? ¿En qué contexto?

—El día del accidente en el barco, para que se sintiera mejor. Fue muy valiente y… no sé. Solo me salió. Ella me lo devolvió. Me lo devolvió *bastante*.

—Bien. Por cierto, ¿qué pasa con su cara? —Marcos.

—Su cara está perfecta. ¿Qué pasa con la tuya?

—¡Guau! —grita Marcos. Con voz impostada y todo, como diría Dy—. Me refería a la herida, machote.

Hugo y River me miran con una ceja arqueada, y Pris se gira y todo en la tabla. Joder.

—Ha pasado una semana desde el accidente y no se ha saltado una sola cura. Todo va «viento en popa».

—Ay, pollito…

—¿Qué? —pregunto a la defensiva.

—Nada. Solo mantennos informados de vuestros avances.

—No hay avances. Tengo la sensación de dar un paso hacia delante y dos hacia atrás, pero no puedo evitarlo. No quiero dejarme llevar. Me acojona dejarme llevar, pero, por otra parte, Álex me tira. Me tira en su dirección, como si nuestros vientres estuvieran unidos.

—Estás jodido.

—Gracias, hermano.

—Hablando de dejarse llevar —nos dice Hugo—, casi hemos llegado a la orilla.

Levanto la cabeza y, en efecto, casi estamos de regreso en la orilla.

—No hemos cogido ni una sola ola.

Ni lo hemos intentado. Así es el surf Cabana: quedar para hacer surf, pero no hacer surf en absoluto. Por eso hemos venido con Pris embarazada de veinticinco semanas y la hemos metido en el agua. Y porque el mar hoy es una balsa, como suele decirse: más plana que un charco de agua. Remamos un poco hasta tocar la arena con los pies y nos bajamos de las tablas.

—Tampoco ese tipo de ahí ha hecho surf.

Miramos todos al chico hacia el que apunta Hugo con el brazo mientras lo saluda. Él nos devuelve el saludo (cosas de surfistas). También se encoge de hombros: hoy no está el mar para

coger olas. Con la tabla en la mano, sale del agua, al igual que nosotros, y va directo hacia una chica que lo espera sentada en la arena. Se inclina y se dan un beso en la boca. Ella lo agarra del cuello y… Y es mejor que nos vayamos ya.

—Que les jodan a las olas —espeto yo—. Os quiero.

Las tablas caen a la arena. Pris es la primera en darme un abrazo y un beso fuerte en la mejilla. Después la siguen Hugo, River y Marcos.

—Ven aquí, chipirón —me dice este último.

—¿«Chipirón»?

—Temazo.

Niego con la cabeza. Y no sé cuánto tiempo permanecemos abrazados con los ojos cerrados. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba este momento con ellos. Mis hermanos son lo mejor de mi vida. Los quiero con toda mi alma.

—Tengo hambre —dice entonces Marc—. Os invito a cenar en mi casa.

—¿No has cenado ya?

—Sí, pero el deporte me da hambre.

Cogemos las tablas y vamos así, tal cual, con los trajes de neopreno, hacia la salida. Antes de llegar al paseo marítimo, Marcos coge su móvil, que lleva colgado al cuello en una bolsa impermeable (por cuestiones de trabajo, debe llevar siempre el móvil encima). La música comienza a sonar casi de inmediato.

Subiendo pa' abajo, bajando pa' arriba.
Perdiendo imperdibles que tu no querías.

—¿Qué coño es esto?

—Escucha.

Ey, chipirón.
Todos los días sale el sol, chipirón.

—¡Chipirón! —grita sin dejar de bailar. Dios, qué puto caso aparte.

—Nos mira todo el mundo —afirma Hugo.

—Que miren.

—¿Entonces nosotros estamos bien con la vecinita? —me pregunta a mí, al ritmo del «chipirón».

—Claro que nosotros estamos bien con la vecinita. —River—. Dejad que ellos arreglen sus asuntos y no os metáis.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Qué refranero estás hoy, Marc.

—Le he birlado el libro de refranes a Dylan. Me estoy echando unas risas.

—Idiota.

—Por cierto —le comento a Hugo—, tú puedes darle la hora a Álex cuando te la pida.

—¿Le negaste la hora? ¡Serás puto borde! —Marcos le da tal empujón a Hugo que casi lo tira a la arena—. Que solo tenían dieciocho años. Relájate, *Cabenger*.

—Casi me tiras, idiota.

—Dale la hora a la vecina, Hug.

—Vaaale.

—Y tú… —comienzo a decirle a Pris, pero no es necesario continuar.

—Lo sé. Lo sé.

Salimos de la playa bailando la canción del «chipirón», pero si yo tuviera que elegir una melodía para pintar este momento sería *Still falling for you*; me siento de color rosa, y me gusta sentirme de color rosa. Y que les jodan a todos con que mi lista de Spotify apesta.

“ Ey, chipirón. Todos los días sale el sol, chipirón… Yo también os quiero, mis Cabanas.

Pristy, la ardilla. Una noche de no surf en la playa.



Capítulo 24

El verano en el que tenían veinte años

> Adrián:
>
> Después de un año hablando yo solo por aquí, no sé si has tenido que cambiar de número de móvil porque has presenciado un delito y formas parte del programa de protección de testigos o si solo pasas de mí como de la mierda. En cualquier caso, me rindo.
>
> No voy a insistirte más, sé cuándo sobro. Ya ni siquiera me importa el motivo. Le he dado muchas vueltas a la idea de que quizá te avergüenzas de mí o de lo que sucedió entre nosotros. Y, sí, estoy hablando del sexo. No te avergüences, no hicimos nada malo.
>
> Éramos muy jóvenes, sí, pero no hicimos nada malo. Que te vaya bien la vida, Álex. Lo deseo de verdad. Te quiero. Beso.

En un arranque de mala leche, frustración e inseguridad, y a pesar de las protestas de su corazón, Adrián movió los muebles del dormitorio de tal manera que su escritorio quedara de espaldas a la ventana. No quería verla cada vez que levantara la mirada. Aun así, el enfado no se desdibujó. Ni lo más mínimo. Y su corazón continuaba protestando.

Salió cabreado de su cuarto y fue directo al salón, donde sus hermanos esperaban frente al televisor para ver nadar a Alex (sin tilde) en un campeonato. Los señaló con el dedo:

—A partir de este momento, el nombre de Álex queda prohibido en esta casa.

No tuvieron que preguntar si se refería a Álex con tilde o a Alex sin tilde: estaba más claro que el agua donde nadaba este último.

Se sentó junto a Priscila sin dar más explicaciones (por mucho que un maremoto recorriera sus venas, no la dejaría sola, tanto si su Alex perdía como si ganaba la medalla de oro). Se la sudaba todo ya. Se la sudaba la vida más que nunca. Era eso o sufrir.

Lo que ninguno de ellos sabía era que aquel veto al nombre de Álex sentaría un precedente en los Cabana en lo que a vetar a los Alex se refería. Con tilde o sin tilde.

Capítulo 25

Michael Fassbender. Ciberseguridad

ÁLEX

«La vida es como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar». Siempre me he cuestionado el significado de esta frase. No sabes lo que te va a tocar, pero… bombones, ¿no?

Por descontado que la última persona a la que espero ver cuando abro la puerta de mi casa a las ocho de la mañana es al bombón de Michael Fassbender con una maleta a su lado. Al actor, no. A mi mejor amigo. Trabaja en el despacho de mi padre y se llama y apellida igual que el actor. Yo lo entiendo. Si me casara con un Fassbender y tuviéramos un hijo, también lo llamaría Michael. Michaela, si fuera chica. Totalmente.

—Dios, Álex, ¿qué te ha pasado en la cara?

Oh, se me había olvidado.

—Un percance en el velero, no es nada. Pero… pero… —durante unos segundos, logra dejarme sin palabras. Sin palabras *a mí*— ¿qué haces tú aquí?

—¿Así es como me das la bienvenida, Portabella? —me pregunta, juguetón, mirándome de arriba abajo—. Qué poco alarde de esa educación tan exquisita que tanto se esforzaron por impartirte en Harvard contra viento y marea.

Sonrío y cruzo el umbral para darle la bienvenida, una bienvenida sin otra pretensión que cuatro palmadas en la espalda, pero él me cobija entre sus brazos y lo convierte en algo mucho más intenso. Cierro los ojos.

—Te he echado de menos —me susurra al oído—. Todos te echamos de menos, pero yo, más que cualquiera. En cuanto he tenido unos días libres, he venido a verte.

Suspiro. Suspiro por demasiados motivos. En todo el tiempo que llevo en el pueblo, apenas he tenido contacto con nadie de Nueva York; un primer mensaje de «me he tomado unas vacaciones con urgencia; las necesitaba», seguido de un par de mensajes aquí y allá y poco más. Michael es la persona más cercana a mí con diferencia, pero lo he tratado de la misma forma.

—Lo lamento —le digo de corazón—. Dejé Nueva York con tanta prisa que no me dio tiempo a despedirme en condiciones de nadie .

—No me vale, Álex. Yo no soy «nadie». Tienes que darme muchas explicaciones.

Me río en su cuello. ¿Yo, dar explicaciones de lo que hago?

—Me temo que te equivocas de Álex.

—Calla, déjame creerlo por un momento y cuéntame qué maldito percance has sufrido con un velero que te ha dejado la cara así.

—No es para tanto.

Primero me acaricia la herida con sumo cuidado y luego me abraza de nuevo, con más fuerza. Escucho un carraspeo.

ADRIÁN

Salir de tu casa a la luz del nuevo día y encontrarte la estampa de Álex con pantalones cortos, camiseta de tirantes y en brazos de otro tío no hay capa de pintura que la cubra.

¿Quién demonios es ese pavo y qué coño hace?

ÁLEX

Me desembarazo de los brazos de Michael y me encuentro con el ceño fruncido de Adri. Adrián Cabana no es muy de fruncir el ceño, así que a mí el pecho se me colapsa de un sentimiento extraño. ¿Calor? No sé. De hecho, hace calor. Michael me coge la mano y la aprieta en señal de apoyo. Siempre ha sido muy de toquetear, es su manera de expresarse.

—Hola, vecino —saludo.

Adrián entrecierra los párpados y Michael gira la cabeza para ver a quién me he dirigido. Levanta la mano (la que no envuelve la mía) para saludarlo también. Toda la educación que a mí me falta a él le sobra. Nos complementamos. Totalmente.

—Adri, te presento a Michael, de Nueva York —le explico en inglés—. Michael, él es Adrián, uno de los hijos de mis vecinos de toda la vida.

—¿«Uno de los hijos de mis vecinos de toda la vida»? —repite Adrián en castellano, alternando la mirada entre mi cara y nuestras manos unidas—. ¿En serio, Álex? Nunca dejarás de sorprenderme. ¿Y quién coño es este tío?

Tócate los pies.

Adrián ha sido un muro de apatía desde el beso que me dio en los labios la semana pasada, y que yo le devolví. Ha actuado conmigo como si solo fuera «uno de los hijos de mis vecinos de toda la vida», que me ayuda con el barco cada tarde para hacerme un favor. Otro educadito. Niñato tocapelotas, eso es lo que es. Ha actuado como si la brisa entre nosotros no vibrara en mil colores diferentes cada vez que nos mirábamos de reojo. Me ha ayudado con las curas, con la delicadeza propia de sus dedos únicos. Únicos y minuciosos. Serviciales. Dispuestos. Y fríos. Fríos, joder. Me ha ayudado a extender la crema hidratante por mi piel como si ninguno de los dos hubiéramos vuelto a temblar como solíamos hacerlo. ¿Y el beso? ¿Ese beso que permaneció en mis labios horas después de que el responsable hubiera abandonado mi habitación sin mayores ceremonias? Mis besos con Adrián siempre permanecen. Y sé que no puedo reprocharle nada, pero también puedo reprochárselo todo. ¿Y ahora me viene con estas? A mí siempre me ha gustado cerrarle la boca a Adrián. Con lo que fuera, pero, sobre todo, con mi propia boca.

—¿Prefieres que le diga: te presento a Adrián Cabana, el tío con el que aprendí a follar cuando tenía dieciséis años?

—Diecisiete —me corrige sin apenas inmutarse. Maldito—. Y estoy seguro de que encontrarás un término medio entre lo uno y lo otro. ¿Y quién coño es este tío?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Cómo que a mí qué me importa, Álex?

—¿Y qué te pasa esta mañana?

Adrián coloca las manos en la cintura, inquieto, mosqueado, mientras medita la respuesta, y Michael carraspea. Michael, que continúa aquí y al que hemos ignorado por completo, hablando en un idioma que él no entiende.

—Un placer —le dice a Adri con una sonrisa, ofreciéndole la mano. Michael pocas veces pierde la sonrisa. Es una persona feliz—. Michael Fassbender. Ciberseguridad.

Adri le estrecha la mano con un claro gesto de «no me queda más remedio» y arruga la frente de nuevo.

—¿«Ciberseguridad»? —pregunta en inglés. Adrián tiene un acento en inglés que… Mierda. Lo había olvidado. Es uno de esos acentos que podrían dejarte embarazada al momento. Fiuuum.

—Michael trabaja en el departamento de informática del bufete de papá —le explico yo, en inglés también—. Se ocupa de que los piratas informáticos no se infiltren en nuestro sistema y

nos roben información relevante.

—Soy como un poli —añade él. Suelta mi mano y apoya el codo en mis hombros en un postura de colegas muy nuestra—. Un poli informático.

—No tienes pinta de poli informático.

Ahora es Michael el que arruga la frente ante el comentario de «uno de los hijos de mis vecinos de toda la vida».

—¿Conoces a muchos polis informáticos?

—Sí.

Y se queda tan ancho, el vecinito. Suspiro y pongo fin a esta situación:

—Hoy me salto el velero —le comunico a Adrián—. Voy a sacar a Michael por ahí. Así nos ponemos al día.

—Oye, que no soy un perro —me responde él, divertido.

—Pues bien que meas en plena calle —añade Adrián, de nuevo, en castellano.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Nada —concluyo yo, después de fulminar a Adrián con los ojos—. Que lo pasemos bien.

—¡Y que no se olvide de enseñarte el oceanográfico! —le grita Adri con su acento *mojatodo* mientras se dirige a su coche. Hace sonar el bip bip que abre el cierre centralizado.

—¿Tenéis un oceanográfico? —me pregunta Michael, ajeno a lo que acaba de pasar.

Niego con la cabeza. ¿Y qué acaba de pasar?

ADRIÁN

A las siete de la tarde, entro sin remedio en el chat que tengo con Pris y con Hugo.

Adrián:

He visto a Álex con un tío esta mañana.

Hugoeslaestrella:

¿Haciendo qué?

Adrián:

Reencontrarse. Creo. Me suena que me habló de él la noche de los tequilas.

Hugoeslaestrella:

¿En serio recuerdas algo de esa noche?

Pris:

¿Un chico del pueblo?

Adrián:

No, de Nueva York.

Se ha presentado como «Michael Fassbender. Ciberseguridad».

¿Quién coño se presenta así?

Hugoeslaestrella:

¿¿Michael Fassbender??

Pris:

¿¿¿Michael Fassbender???

Adrián:

Sí, joder. Ciberseguridad.

Pris:

¿Quedamos para cenar esta noche?

Adrián:

Por favor.

Hugoeslaestrella:

A las ocho en el casco antiguo. Reservo donde siempre.

Pris:

Genial. Os veo allí.

Adrián:

Ciberseguridad.

Tócate los huevos.

ÁLEX

Después de patearnos el pueblo de arriba abajo un par de veces, acabamos en el casco antiguo: nuestro último destino. Voy a reventar de cansancio, pero antes tengo que darle de cenar a Michael. La hospitalidad, ante todo. Llevo más de doce horas parloteando sin parar y no he contado nada. Una vez más, deformación profesional. Al final parece que sí me enseñaron algo en Harvard.

En cuanto pongo un pie en el suelo empedrado de la parte más solariega del pueblo y veo la exposición de cuadros que me rodea, me acerco al primero de ellos. Y lo toco con las yemas de los dedos. Porque *él* ha pintado esto. Lo ha pintado totalmente. Reconozco sus trazos, y yo, sus trazos, siempre tengo que tocarlos. No puedo evitarlo. Es una necesidad superior a mí. Desde siempre. Me lo imagino sentado en el suelo, sin camiseta y con los brazos manchados de pintura. Sonrío.

¿Sin camiseta?

Sí. Sin camiseta. ¿OK?

OK.

O con la camiseta de ColaCao. Oh, la camiseta de ColaCao…

—Vaya, son buenos —opina Michael, a mi lado.

—¿Por qué no me ha hablado de esto? —me pregunto.

—¿Qué?

—Nada. Pensaba en voz alta.

—Como siempre.

—Son de Adri. Estos cuadros son de Adri.

—¿Del vecino?

—Sí.

Michael echa un vistazo por el lienzo hasta que descubre la firma en una esquina inferior.

—Adrián Cabana —lee en voz alta, en su pronunciación imposible del castellano—, efectivamente. Qué casualidad.

Asiento con la cabeza y camino distraída de cuadro en cuadro. No me importa alejarme del restaurante donde he reservado mesa para cenar; quiero verlos todos. El casco antiguo de mi pueblo es de color amarillo: un laberinto de calles, escaleras y establecimientos espectaculares para cenar, de color amarillo; o al menos así es como yo lo he visualizado siempre. No sé si será por la roca caliza de la muralla que recorre todo el perímetro, por la cálida luz que emiten las farolas y las decenas de bombillas que flotan sobre nuestras cabezas a modo de techo o por la pintura de los edificios en tonos pastel. Pero lo cierto es que lo veo amarillo. Y Adri también, a juzgar por sus cuadros, en sintonía con el tono cálido de la luz.

Una melodía me saca de mi ensimismamiento; hemos dado la vuelta y llegado al restaurante. Siempre me ha gustado venir aquí: la comida italiana está de muerte y el ambiente es inmejorable. Dos grandes altavoces, colgados de la fachada, deleitan a los comensales que ocupan la terraza con una música suave y…

Y no me lo puedo creer.

Adrián Cabana está sentado a una de las mesas, con Hugo y Priscila. Se encuentra de espaldas a nosotros, pero esa espalda y esa melena rubia las reconozco hasta en penumbra y con los ojos cerrados.

ADRIÁN

El teléfono de Hugo no para de sonar. Sin embargo, no me preocupa. Estoy seguro de que es Dylan tocándole los huevos. Dejando eso de lado, sé que a mi hermano le ocurre algo. Es que lo sé. Lo miro y lo miro y sé que me oculta algo importante. Pero no parece algo malo, al contrario. Está… más excitado de lo normal. Si yo sospechara de que se trata de algo malo, le preguntaría directamente. Hace años intuí que a Marcos le pasaba algo feo y esperé a que él me lo contara. Siempre espero a que ellos me lo cuenten primero. Al igual que me gusta que ellos me den mi espacio, yo también les doy el suyo. Pero Marcos, meses después, dejó a su novia plantada en el altar. No quiero cometer el mismo error.

—Álex y el *hombre ciberseguridad* —exclama Hugo sin que venga a cuento. Bufo.

—Paso, Hugo.

—Pasa todo lo que quieras, pero están justo enfrente. —Clava la mirada en algún punto detrás de mí.

—¿Qué?

—Ostras —exclama Priscila.

—No giréis la cabeza, ninguno de los dos —nos ordena Hugo, antes de que Pris y yo iniciemos el movimiento.

—Pero…

—Vienen hacia aquí, vienen hacia aquí, vienen hacia… ¡Las diez y diez son! —grita entonces. Yo le doy una patada por debajo de la mesa, más fuerte de lo que pretendía—. Ouch, joder. ¿Le doy la hora a la vecinita o no le doy la hora a la vecinita?

—Vaya, vaya, mira a quiénes tenemos por aquí.

Escucho la voz de la *vecinita*, alta y clara, antes de que su cuerpo aparezca en mi radar con el *hombre ciberseguridad* a su lado; tengo tanta suerte en la vida que el camarero pretende acomodarlos justo en la mesa libre junto a la nuestra. Álex lleva su atuendo habitual (vestido, botas Dr. Martens), pero de alguna manera luce diferente. Quizá sea el peinado. O esa sonrisa gigante suya, con la que hacía días que no me complacía.

—Hola, Álex —saluda Pris en inglés con su vocecita de niña buena. Después me guiña un ojo en complicidad (por haberla saludado como Dios manda) que *claramente* ven todos. Me los voy a cargar a los dos.

—Tú eres el vecino rubio de antes. Por cierto, enhorabuena por esos cuadros; son buenos —me dice Ciberseguridad, su palma en la espalda desnuda de Álex. Le hago un repaso de arriba abajo: pantalones vaqueros ajustados, camiseta verde de manga corta también ajustada, pelo oscuro reluciente, ojos negros, sonrisa de hoyuelos permanente… podría decirse que el tío es guapo. Soy capaz de reconocer a un tío guapo cuando lo tengo delante. Siento el tic en mi ojo. En serio, no es el momento. Capa. Me la suda todo.

—Eres una máquina de reconocimiento facial —le respondo. Del comentario sobre mis cuadros, paso. ¿Buenos? Son brutales. Por eso están expuestos por todo el jodido casco antiguo del pueblo.

Él abre la boca para contestar, pero Álex lo intercepta:

—Y ellos son Hugo y Priscila. Vecinitos, también.

Capa. ¿Capa? Primero me cago en todo lo que se menea por el tono indiferente de «vecinitos, también», que me toca mucho los huevos, y después mis hermanos y yo cruzamos una mirada; les he contado lo de «uno de los hijos de mis vecinos de toda la vida», por supuesto.

—Michael Fassbender. Ciberseguridad —se presenta el tipo por segunda vez.

—Hugo Cabana. Veterinario.

—Priscila Cabana. Periodista.

Tengo que morderme el labio con tanta fuerza para no reír que creo que me hago sangre. Álex carraspea.

—¿Y cómo vosotros tres por aquí?

—Quedada de hermanos.

—Quedada de hermanos dos noches seguidas, ¿eh? Ayer, surf y hoy, cena. ¿No podéis vivir los unos sin los otros o qué, vecinos?

—¿«Ayer, surf»? —repite Hugo—. Sí que nos controlas tú para ser solo tus *vecinitos*.

—Sí que los controlas tú para ser solo tus vecinos —le dice Ciberseguridad.

Álex hace un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—Lo del surf me lo contó Dylan.

—¿Dylan, mi Dylan?

—Sí, Dylan, tu Dylan. Resulta que estamos en algo.

—¿En qué?

—En algo.

—Os puedo sentar juntos si queréis —comenta el camarero al reparar en ellos dos de pie, sin intención de moverse.

Ehh, ni de coña. Pero aquí nadie dice nada, así que los sientan con nosotros: a Álex junto a Hugo y al *hombre ciberseguridad* presidiendo la mesa. Yo miro mi Coca-Cola y ondeo la mano para hacerle una seña al camarero:

—¿Me traes un poco de ron, por favor?

ÁLEX

La cena es un desastre. Y eso que los platos y la música de Julia Michaels son inmejorables. Todo comienza con el queso. Cuando de los Cabana se trata, muchos problemas comienzan con el queso. O con el Monopoly.

—¿Compartimos un plato de *provolone*? —propone Michael con la carta en la mano.

—Eso es queso.

—Sí.

A Priscila, el mero pensamiento le provoca arcadas.

—¿Te importa? —le afea Adri a Michael—. Está embarazada.

—No comemos queso —explica Hugo. Mira de reojo su móvil, que no deja de sonar.

—¿Por qué?

—Porque no nos gusta.

—Obviando que me parece un delito que no comáis queso, esto es un restaurante italiano.

—¿Y?

—Que todo lleva queso.

El móvil de Hugo no descansa: alguien lo está acribillando a mensajes.

—¿Nos estás diciendo en nuestra cara que no podemos venir a cenar a un restaurante italiano porque no comemos queso?

—Básicamente, sí —admite Michael con naturalidad.

—Es Dylan —aclara Hugo en castellano—. Ya se volvió loco antes con lo de Michael Fassbender, pero ahora más, desde que le he dicho que está aquí. Quiere venir a comprobar por sí mismo que no es el verdadero. La culpa es mía, por decírselo. No aprendo.

—Pues no —responde Adri.

—Lo voy a silenciar.

Yo carraspeo por decimocuarta vez y cambio de tema antes de que se líe:

—Hace una noche perfecta, ¿verdad?

—Va a llover —afirma Michael.

—No va a llover —lo rebate Adri.

—Lo he consultado en el móvil y mi móvil nunca se equivoca.

—Quizá no se equivoque en Nueva York, pero aquí el tiempo funciona diferente. Y no va a llover esta noche. Ahora que, si lo que quieres es lluvia, podemos buscarte un hotelito encantador por el norte del país para que te largues.

Adri saca su teléfono del bolsillo y Hugo y Priscila le dan una patada por debajo de la mesa. Lo veo. Michael entrecierra los párpados. Observa a Adri. Lo analiza. Tantea. Comienza a percatarse de que aquí ocurre algo. No tiene ni idea de quién *es* Adrián, pero creo que ya sospecha quién *fue* Adrián.

Michael pide el plato de queso *provolone* y a Adri le traen el ron.

—Tranquilo, Michael, no tiene pinta de que vaya a llover —lo apoya Priscila. Mucha patada por debajo de la mesa, pero al mismo tiempo: «Uno para todos y todos para uno»—. Nosotros lo sabríamos. Y a todo esto, ¿cómo funciona lo de la ciberseguridad?

—Sí —añade Adri—, cuéntanos. La verdad, a mí me preocupa un poco el asunto. No me fío de nadie que se esconda detrás de una pantalla. Llámame desconfiado. Hasta donde sabemos, podrías ser un asesino en serie que va detrás de nuestra dulce vecinita de toda la vida. Los asesinos en serie controlan mucho de ordenadores y de movidas del ciberespacio y eso.

—¿Conoces a muchos asesinos en serie? —le pregunta Michael. Adri se inclina sobre la

mesa.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Conozco a asesinos en serie?

—¿Podemos hablar un momento, Adrián? —siseo.

—Habla.

—¿Me acompañas al servicio?

—No, estoy muy bien aquí sentado.

—Adrián…

—*Oh*, vamos —se excusa, al ver mi cara y la de Michael—, solo era una broma.

—Asesinos en serie aparte, ¿en qué consiste tu trabajo? —pregunta Hugo.

—El bufete del padre de Álex ha crecido mucho en la última década, alcanzando una cifra neta de beneficios por encima de los cien millones de dólares. Llevan casos tan importantes que colarse en sus tripas y acceder a toda esa información se ha convertido en un objetivo jugoso para los piratas informáticos. Desde el departamento de seguridad informática nos encargamos de neutralizar posibles intromisiones. Tenemos dos equipos: los buenos y los malos. El equipo azul y el equipo rojo. El equipo rojo ataca, intenta infiltrarse en nuestro sistema, y el equipo azul protege, evita que lo logren. Nos enfrentamos constantemente, y así verificamos que todo está en orden y que el nivel de seguridad es bueno. Yo pertenezco al equipo azul. Prevengo. Evito ataques y lucho contra la corrupción en la red. Soy un jáquer de sombrero blanco. O un jáquer ético, que es como nos llaman.

—¿Soy el único que opina que lo realmente interesante sería pertenecer al equipo rojo? —dice Adri.

—¿Y desde cuándo os conocéis vosotros dos? —pregunta Hugo. Hugo suele ser conciliador, no esperaba menos de él.

—Desde el día en que Al llegó al despacho —comienza a explicar Michael, a la vez que coloca su brazo en el respaldo de mi silla; no retira la mirada de puma del rostro de Adri. Ha perdido hasta la sonrisa. Hecho histórico—. ¿Te acuerdas? Tuvimos un encontronazo en el ascensor.

—La pillarías en un mal día —responde Hugo—. Álex no es muy de encontronazos.

—¿Al? —pregunta Adrián con sorna; por supuesto, se ha quedado con esa parte—. ¿En Nueva York eres Al?

—En realidad solo es Al para mí —replica Michael. Definitivamente, intuye que pasa algo. Es cierto que solo él me llama Al, pero jamás ha hecho alarde de ello. Pincha el *provolone* con el tenedor y engancha una buena porción, que se lleva a la boca con gusto—. Mmm, tienes que probar esto, nena.

¿Nena? Ahora soy yo quien lo mira con los ojos entrecerrados.

—¿«Nena»? —repite Hugo—. Qué cutre. Nunca me ha gustado esa expresión.

Lo aniquilo con mi mirada de mala leche, ¿estamos conciliadores o no estamos conciliadores? Pone cara de bueno y vuelve a decirme la hora. Pero ¿qué…?

—La visita al pueblo, ¿bien? —pregunta casi de inmediato Priscila.

—Muy bien.

—¿Y os habéis puesto al día?

De hecho, no. No en lo importante. No le he contado a Michael el motivo de mi marcha repentina, al menos, con detalle. Solo le he dicho que allí no podía respirar. No me ha presionado.

—No del todo —responde él—. Pero aún me quedan dos semanas aquí, así que tenemos tiempo.

—Dos semanas —farfulla Adri—. Qué estupendo, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí. Por cierto, Al, ¿cuándo vas a volver?

—Eso, *Al* —parafrasea Adrián con tonito—, ¿cuándo vas a volver?

—Eh, aún no lo sé —miento. No voy a confesarle a Michael en mitad de la cena y rodeados de gente que no tengo intención de regresar a Nueva York. Nunca.

—Privilegios de ser la hija del jefe —contesta él jovial. Ha colado.

Adrián ríe sin ganas.

—No tienes ni idea de nada, machote.

—Adrián… —advierto—. Vale ya.

Pero la guerra no ha hecho más que empezar.

—¿Y tú sí tienes idea?

—Eso parece.

—Mucho sabes tú para ser un simple *vecinito*.

—*Whatever*.

Me reiría por lo rápido que Adrián ha encontrado equivalente en inglés a sus «ya ves» si no fuera porque la situación se está descontrolando. Y puede que «me reiría» sea un eufemismo para «de repente me he enamorado por completo de esa palabra y ahora siempre la asociaré a él».

Whatever.

—O crees que lo sabes, pero quizá en realidad no sabes nada.

Adrián ríe en respuesta.

—Lo que tú digas.

—No creas que conoces a mi novia más que yo, porque no tienes ni idea.

El silencio se instala en la mesa. La voz de Whitney Houston sobre nuestras cabezas. Michael mira desafiante a Adrián. Adrián cierra los ojos con dolor. Hugo y Priscila entablan con la mirada una conversación de hermanos que es de todo menos silenciosa. No me da tiempo a reaccionar cuando el chirrido de la silla de Adri pone fin a la cena y él se levanta, dejando caer la servilleta sobre la mesa con muy mala baba.

—¿Novia?

—Adri…

—De puta madre, Álex.

Se marcha sin darme la oportunidad de explicarme.

—¡Adri! —Priscila hace amago de levantarse también, pero yo se lo impido.

—Déjame a mí —le pido. Entonces me dirijo a Michael con un cabreo de aquí a Perú. O más allá—. Tú y yo ya hablaremos. ¿Mi novio? ¿De qué vas?

—Álex…

—Te has pasado.

—¿No sois novios? —indaga Hugo.

—¡Claro que no! ¡Solo he tenido un maldito novio en toda mi vida, y es tu hermano pequeño! —grito mientras salgo corriendo en su busca.

Capítulo 26

El invierno en el que tenían veintidós años

Noviembre

Marcos creó el grupo «Hermanos Cabana»
Marcos añadió a River Phoenix
Marcos añadió a Hugo
Marcos añadió a Adrián
Marcos añadió a Pris

Marcos:

Hola, familia.

Bienvenidos al grupo familiar de los Cabana.

Mola, ¿verdad?

Adri:

Pero ¿qué nombre es ese?

Qué poco original.

No me lo esperaba de ti.

Marcos:

Anda, el otro.

River Phoenix:

Flojo, Marc.

Hugo:

Muy flojo.

Marcos:

Ey, ey, ey, tranquilos, titis.

¿Se os ocurre algo mejor?

Hugo:

Hugo, la estrella, y sus súbditos.

Marcos:

Flipado.

River Phoenix:

ADN Cabana.

Marcos:

Hummm, no.

Adri:

Cabengers.

Marcos:

Cerca, pero no.

Hugo:

Cabanas skate.

Marcos:

Aquí, cada uno a lo suyo, como siempre.

Adri:

Solo Cabanas, prohibido extraños.

Marcos:

No. Eso se da por hecho.

Y el que no lo cumpla a la puta calle que va. Sin contemplaciones, ¿eh?

Me pregunto quién será el primero en incumplir…

Hugo:

Yo, seguro que no.

Pris:

Holaaa.

Que estaba liada con una cosa…

¿«Hermanos Cabana»?

Qué nombre más cutre, Marc.

Con lo que tú eres.

Marcos:

Joder.

Éramos pocos y llegó la niña.

Adri:

Ostras.

Qué bueno.

Marcos:

No, no.

Hugo:

Me gusta.

Marcos:

Que no me refería a eso.

River Phoenix:

Muy bien hecho, hermano.

Marcos:

Chicos.

Pris:

Muero de amor, Maaarc.

Marcos:

Soy un crack. ;)

¿Metemos a mamá y a papá?

River Phoenix:

Negativo.

Hugo:

Yo creo que no.

Adri:

Nooo.

Pris:

Si eso, ya en otro.

Marcos:

Cómo sois.

Marcos cambió el nombre del grupo a «Éramos pocos y llegó la niña»

Marcos:

Esperad.

Hugo y Pris, decidme algo.

Hugoeslaestrella:

Algo.

La niña:

¿Qué?

Marcos:

Ahora, sí.

Perfecto.



25 de diciembre de las famosas Navidades…

Adrián:

Hola, Álex. Soy yo. Adrián Cabana.

Te lo digo por si acaso ya no tienes mi número. Han pasado años. Aunque continúa siendo el mismo.

Bienvenida al mundo moderno y a WhatsApp. Supongo. Me ha dicho tu madre que usas la aplicación para hablar con ella.

Priscila se casa con Alexander St. Claire.

River se casa con vete a saber quién. No sabemos quién es.

Hugo es gay.

Te necesito, Álex.

Necesito soltar lo que llevo dentro sin hacer daño a mis hermanos.

Me parece un error tremendo lo de Pris y lo de River. Sobre todo, lo de Pris.

Solo tiene veintiún años.

¿Soy el peor hermano del mundo por no apoyarla? ¿Soy el peor hermano del mundo por no creer que Alexander sea maravilloso y que la va a hacer muy feliz? No me cae bien. Lo siento, pero no puedo evitarlo.

Y River hace como cinco minutos que ha conocido a la chica con la que va a casarse.

Hugo nunca confió en mí lo suficiente como para hablarme de sus cosas.

Pero ¿qué les pasa?

No entiendo nada.

Álex, por favor…

Háblame.

Por favor.

Capítulo 27

Creo que quería que me lo impidieras

ÁLEX

Hay muchísima gente en la calle esta noche, y se encuentra toda en el casco antiguo. Tengo que bucear entre la marea de personas para alcanzar a Adrián y, sobre todo, para no perderlo de vista. La brisa cálida que envuelve el pueblo en una especie de burbuja me golpea el rostro al caminar y me agobia. Tengo calor. Llamo a Adrián en repetidas ocasiones, pero me ignora, y su cabeza pronto se pierde entre la multitud. Me cabreo.

Salgo de la zona amurallada y miro hacia todos lados. Izquierda. Derecha. Miro hacia el cielo y todo. ¿Y esos nubarrones? ¿Y dónde demonios se ha metido Adri? Echo a correr sin rumbo fijo. Y no dejo de gritar su nombre.

—¡Adrián! ¡Adrián!

Por fin lo veo; se dirige hacia los acantilados que llevan a la playa.

—¡Espera! ¿A dónde vas?

—Déjame, Álex —responde sin mirarme—. Ahora no es un buen momento.

—¿Puedes dejar que me explique?

—No.

—¿No? ¿¿No?? —repito, alucinada—. ¿Y ya está? ¡No sé ni para qué me molesto en seguirte!

—Yo tampoco, la verdad.

Me exaspero. Me exaspero, lo alcanzo y lo freno con el brazo. Lo obligo a que enfoque la mirada en mí. Está sufriendo, lo veo en sus ojos verdes, apagados a pesar de la agitación. Se me revuelve el estómago.

—Michael no es mi novio.

—Me da igual.

—Sí, claro. Y a mí también me da igual que la tal Dawn estuviera contigo en la galería. Por cierto, gracias por sacarme de dudas acerca de lo que hacíais ahí dentro.

—Nada. —¿Me lo como?—. Me refiero a que no hacíamos nada. Nos enrollamos en el pasado, quedamos como amigos y pasó a saludarme, ya que estaba en el pueblo. Me puso al día mientras yo trabajaba.

—Oh. Eso… eso me parece muy bien. Y Michael no te da igual, Adri. Te conozco

demasiado. No te habrías levantado de la mesa y marchado de esa manera si te diera igual. ¿Qué ha pasado en el restaurante y qué pasa contigo? —le pregunto, en un tono intermedio entre el disgusto que tengo y la empatía que siento al verlo sufrir.

—Si de verdad no lo sabes, es mejor que te marches y me dejes en paz. —Se zafa de mí en un gesto brusco.

—¡No quiero dejarte en paz! —grito, cabreada de nuevo.

—¿Por qué? —Levanta los brazos por la frustración. O incomprensión. No sé.

—Si de verdad no lo sabes —repito con detenimiento—, es mejor que *tú* te marches y que *tú* me dejes en paz.

—¿Y qué pasa si sí lo sé? ¿Estás segura de querer poner las cartas sobre la mesa? ¿O vas a seguir acobardándote?

—Yo no me acobardo.

—Demuéstralo.

—Yo sobrevivo. Y voy apagando fuegos. Empiezo por los más altos.

—Ya, los más altos. Pues nuestro *fuego* va camino de la luna ya. ¡Basta, Álex! No te reconozco.

De nuevo alzo la cabeza hacia el cielo y gruño. No me importaría soltar unos cuantos juramentos, pero me contengo. No puedo seguir dando vueltas sin sentido en el laberinto en el que se esconde mi alma desde hace más de doce años. Por muy pocas ganas que tenga ahora mismo de lidiar con mi maldito pasado.

—Tú ganas —acepto—. Hablemos de lo que está pasando.

—No. Lo que está pasando, no sé tú, pero yo ya lo sé. Hablemos de lo que pasó.

—¡Muy bien! Hablemos de lo que pasó.

Nos quedamos uno frente al otro, como en los duelos con pistola al amanecer, solo que ninguno tenemos intención de desenfundar el arma, mucho menos de disparar.

Nos miramos con intensidad durante, no sé, una eternidad; nos miramos cautelosos y tensos, sin rehuir la mirada ni un instante. Sus ojos centellean; los míos no sé cómo se comportan. Sé que están más vivos que nunca, aunque solo lo contemplen a él. Todo lo demás… está desenfocado.

—Estoy esperando, Álex. Fuiste tú la que se alejó de mí, así que tienes el privilegio de empezar a explicarte. Soy todo oídos. Enterito para ti.

Ni siquiera me molesto en negar que fue culpa mía. ¿Qué sentido tendría? Es cierto. Me rindo. En mi ridícula imaginación, alcanzo el arma imaginaria en mi bolsillo y la lanzo al suelo. Extiendo los brazos. Me rompo en pedazos. En mi presente real, recuerdo. Y mis ojos pretenden sumergirme en lágrimas. Porque duele. Las decisiones y sus consecuencias duelen. Duelen totalmente.

—No sé por dónde empezar, porque no sé cuándo comenzó todo, pero llevo años dándole vueltas al mismo tema. Y lo último que quería era darle vueltas, pero me resultaba inevitable. Era como una maldición. *Es* una maldición. Y una locura tan grande que incluso me da vergüenza pronunciarla en voz alta, de hecho.

—¿Vergüenza conmigo? ¿Desde cuándo?

—Vergüenza en general, diría yo. ¿Desde cuándo?

—Dilo.

—Creo que quería que me lo impidieras. En el fondo de mi alma, quería que me lo impidieras, pero no lo supe ver —digo, simple y llanamente.

Adrián estrecha la mirada. Adrián… no entiende.

—¿Impedirte, qué?

—Impedir que me fuera a Nueva York.

—¿Cómo iba a impedir yo que te fueras a Nueva York?

—¿Verdad? Ya te he dicho que era una locura. Aunque… ¿en serio no se te pasó ni una vez por la cabeza?

—No. Tus padres se divorciaban. Tu padre se mudaba de país. Tuviste que elegir y elegiste. Y no fue fácil. Sufriste por esa decisión, Álex. Intentabas ocultármelo, pero yo te vi sufrir. ¿Cómo…? ¿Cómo iba yo a…? ¿A ti sí se te pasó por la cabeza?

—No. No en un primer momento. No hasta mucho más tarde. Estaba obcecada con la idea de salvar el mundo y no veía nada más. Era una obsesión.

—No, no lo era. Era una meta en tu vida. Una meta muy importante. Por eso te dejé marchar. Por eso jamás se me habría pasado por la cabeza impedirte que persiguieras tu sueño. Tú querías irte y seguir los pasos de tu padre. Trabajar con él mano a mano y que te lo enseñara todo. Era una gran oportunidad para ti. La mejor.

—Eso pensaba yo. Y tomé la decisión convencida de ello. Y me *marché* convencida de ello. Me despedí de mi madre, de ti, de mi casa y de mi vida convencida de ello. De que todo merecía la pena por perseguir mi sueño. Pero, entonces…

Tengo que detenerme. Las emociones se apoderan de mi cuerpo y yo necesito coger aire y continuar.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces te vi correr detrás del coche de mi padre.

—¿Me viste? —pregunta con dolor.

—Sí. Y ojalá no lo hubiera hecho. Sueño con esa imagen, Adrián.

—¿Y por qué no paraste? Solo quería despedirme. Despedirme bien.

—Porque ahí comenzó todo. Surgió una pregunta en mi pecho que me desequilibró por completo. ¿Y si estaba cometiendo el mayor error de mi vida al marcharme? No pude dejar de pensar en ello en el avión, y llegué destrozada a Nueva York. Destrozada emocionalmente. Por eso no fui capaz ni de escribirte para avisar de que había llegado. Necesitaba pensar. Tenía demasiadas dudas. Dudas sobre ti. Sobre lo que significabas para mí.

—¿Y qué significaba yo para ti?

Sonrío.

—Todo. Tú lo eras todo para mí. Tú eras Adrián. Mi Adrián. Mi vecino de toda la vida. Mi mejor amigo. Mi compañero. Mi alma gemela. El amor de mi vida. Cuando tomé la decisión de marcharme, pensaba que podríamos seguir siendo almas gemelas en la distancia. Seguiríamos siendo tú y yo, sin nuestros *walkies*, pero tú y yo. Y pensé que sería más fácil dejarte atrás. Más… llevadero. No me di cuenta, Adrián. No me di cuenta de que no iba a poder sobrellevarnos hasta que nos separamos. Pero entonces se me rompió el corazón al verte correr detrás del coche y mi mundo entero se desmoronó. Yo te quería. Te quería con toda mi alma.

Adrián tuerce el rostro de puro dolor. Odio infligirle dolor. Odio que vaya a dolerle la cabeza por mi culpa, pero esta conversación nos perseguía desde hace demasiado tiempo. Un trueno retumba sobre nuestras cabezas. Un relámpago surca el cielo. Dos. Y comienza a llover. Es una lluvia suave. De gotas gruesas que comienzan a teñir el suelo de color mojado.

—Lo sospechaba. Pero el impacto de escucharlo de tu boca es mucho mayor que el de planteármelo en mi cabeza.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que me dijiste que te habías olvidado de mi voz. Lo… intuí. ¿Por qué no me lo

dijiste? Podríamos haberlo sobrellevado juntos. ¿Por qué nos alejaste?

—Porque ya era tarde. Ya no había marcha atrás. Íbamos a estar demasiado lejos. Pero, sobre todo, porque aquellas dudas hacían tambalear los cimientos de mi sueño. Me hacían querer regresar al pueblo y mandar mi carrera a la mierda. Y eso no lo podía permitir. ¿Ves como sí era una obsesión? Lo tenía entre ceja y ceja y no salía de allí. No veía nada más. Salvar el mundo. Salvar el mundo. Salvar el mundo. Por eso decidí seguir adelante. Borrarte de mi cabeza y continuar con mi vida tal y como la había planificado. No estaba dispuesta a batallar en aquel momento con mis sentimientos por ti, por fuertes que fueran, porque ¿a dónde nos llevaría? ¿A una relación a distancia a los dieciocho años? Era una locura. Y la maldita diferencia horaria. ¿Cuánto tiempo coincidíamos despiertos? Muy poco. No lo vi claro. ¿Y qué podía saber yo del amor?

—Lo mismo que yo, supongo —responde de inmediato.

—Ni siquiera sabía lo que sentías tú por mí.

—¿Quieres saberlo ahora?

Ahora la lluvia es ruidosa y potente. Ahora no tiñe el suelo, que ya está empapado por completo. Ahora apenas tiñe la ropa de Adrián. Las gotas le golpean el rostro, le cubren los labios y salen disparadas de su boca cuando habla.

—No lo sé. ¡No lo sé, Adrián! ¿Y si he perdido doce años de mi vida? ¿Doce años de mi vida *contigo*?

La sucesión de truenos nos enmudece durante unos segundos. A nuestro alrededor solo se escucha el golpeteo de la tormenta contra el suelo. Y lo necesitábamos. Quizá haya un dios en el cielo que lo sepa, y por eso nos ha brindado un poco de tregua.

—¿Por ese motivo no volviste nunca al pueblo? ¿Por no enfrentarte a mí y a lo que sentías?

—Creo que los planetas se desalinearon en sus galaxias y provocaron una horrible reacción en cadena. ¿Te acuerdas de cuando me llamaste por teléfono?

—Sí. ¿Cómo no voy a acordarme? Me prometiste que me escribirías y no lo hiciste.

—Fue tan fácil hablar contigo. Tan natural. Y tan duro. Tardé días en superar aquella llamada. Te echaba de menos. Te echaba tanto de menos que dolía. Por eso dejé que nuestra relación se enfriara. Lo siento. Lo siento ,mucho. Pero si quería continuar con mi vida, tenía que desvincularme emocionalmente de ti. Eras una barrera demasiado sólida. Y hablar contigo a diario era… inversamente proporcional a ese objetivo.

—¿Inversamente proporcional?

Los ojos de Adri brillan. Brillan y sonríen en medio de toda esta mierda.

—Tus clases de Matemáticas han sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Aunque sigo odiando las fracciones.

Los dos reímos sin ganas. Y supongo que también nos perdemos en los recuerdos.

—Tuve que poner un poco de distancia, Adri.

—¿Un poco? Creaste un abismo entre nosotros. Un abismo innecesario. Dime una cosa —continúa—: ¿pensabas volver algún día? ¿Habrías vuelto si no te hubiera pasado lo que te ha pasado? ¿O decidiste hace mucho que no regresarías jamás?

—No fue fácil.

—Para mí tampoco fue fácil. Te habías marchado lejos en el plano físico. Y entonces comenzaste a emborronarte también en el emocional. En todos los putos planos posibles, en realidad.

—Solo pretendía protegerme.

—¿Protegerte de mí? ¡¿De mí, Álex?!

—Sí, de ti. Y luego tú me dijiste que me querías por un mensaje de móvil. Por un puto mensaje de móvil. O por dos. Porque fueron dos. Y yo no sabía cómo me querías. ¿Era amor romántico? ¡No sabía una mierda! ¿Por qué tuviste que decirme que me querías cuando estábamos a miles de kilómetros de distancia? ¿A un maldito océano de distancia?

Adrián coge su teléfono a la velocidad de la luz y comienza a teclear, a tirar de mensajes. A buscar aquel «te quiero». La pantalla se cubre de gotas. Estamos a la intemperie.

—Septiembre de 2007 y agosto de 2009 —le digo. Me lo sé de memoria.

Saco mi teléfono y encuentro antes que él aquel «yo te quiero». Es cierto que el tono era de broma, pero no era una broma en absoluto. Se lo estampo en el pecho para que no siga buscando. Se lo estampo, como el primer día me estampó él el suyo.

—No… no lo hice a propósito —dice con un hilo de voz—. Me salió solo. Di por hecho que ya lo sabías. Que sabías que yo te quería.

—Ni te imaginas lo mucho que me cabreé contigo. Y ahí empezó nuestra debacle.

—¿Por esto me ignoraste cuando te pedí ayuda? —pregunta, enfadado ahora, devolviéndome el móvil—. ¿Fue por esto?

—No. Claro que no. Me enfadé y me asusté. Mucho. Decidí tomar distancia. Mucha más distancia. Nuestros mensajes se espaciaron en el tiempo. Y tú reaccionaste, por fin, mandándome a la mierda y matándome del todo con aquel «te quiero» el verano de 2009. Lo memoricé, ¿sabes? Han pasado diez años. Y aún no ha salido de mi cabeza: «Después de un año hablando yo solo por aquí —comienzo a recitar— no sé si has tenido que cambiar de número de móvil porque has presenciado un delito y formas parte del programa de protección de testigos o si directamente pasas de mí como de la mierda. En cualquier caso, me rindo. No voy a insistirte más, sé cuándo sobro. Ya ni siquiera me importa el motivo. Le he dado muchas vueltas a la idea de que quizá te avergüenzas de mí o de lo que sucedió entre nosotros. Y, sí, estoy hablando del sexo. No te avergüences, no hicimos nada malo. Éramos muy jóvenes, sí, pero no hicimos nada malo. Que te vaya bien la vida, Álex. Lo deseo de verdad. Te quiero. Beso».

Los dos guardamos silencio unos segundos.

—Jamás me he avergonzado de nosotros —le confieso—. Jamás. Eras lo más bonito de mi vida. Aquella solo fue una salida *fácil* para mí. Me la pusiste en bandeja, y yo la tomé. Dejé de hablarte totalmente. Pasaron dos años y medio. Creí haberte superado, de verdad que lo creí. Entonces me llegó tu primer wasap. Lo leí muchas horas más tarde; no es una aplicación que use a menudo, de hecho, por aquel entonces solo la utilizaba para hablar con mi madre. Allí… allí funciona todo de otra manera. Escribí no una respuesta, sino cientos de ellas, pero ninguna se veía a la altura, se sentían vacías. No se sentían Álex y Adri. Llevábamos demasiado tiempo sin hablar. Pensé en llamarte, marqué tu número otras cien veces más, pero siempre me echaba atrás en el último momento. Pasaron los días y empecé a agobiarme; debía contestarte ya. Pero se me fue de las manos y, para cuando quise darme cuenta, habían pasado semanas. ¿Cómo iba a contestarte semanas después, de todas formas?

—Así que no me contestaste en absoluto —concluye él. Yo asiento con la cabeza—. ¿Quieres que te diga cuáles hubieran sido las palabras perfectas?

—¿Cuáles?

—Hola, Cocoliso. *Hola, Cocoliso* —repite, enfatizando cada palabra. Cierro los ojos y me obligo a contener las lágrimas que están a punto de desbordarme—. Fácil, ¿eh?

—Lo siento. Perdóname —suplico. Abro los ojos—. No hay nada en el mundo de lo que me arrepienta más. Si pudiera echar el tiempo atrás y cambiar cualquier momento, pero solo uno, sin ninguna duda elegiría ese. Te contestaría. ¿Y sabes qué es lo más curioso? Que una vez que

decidí que no iba a contestarte, me vinieron millones de respuestas a la cabeza, a cuál más perfecta. «Te quiero» era mi favorita. Por eso acepté quedar contigo en Boston cuando me lo propusiste. Quería pedirte perdón. Quería responderte cara a cara y explicarte por qué no había sido capaz de contestar. Quería explicártelo todo. Pero sobre todo quería verte. Me moría por verte. Por tenerte enfrente y por tocarte, aunque solo fuera de pasada. Y me daba igual si era como amigo o como el gran amor de mi vida; solo te quería. Solo necesitaba verte. Pero tú no apareciste.

Recuerdo aquel día de un modo cristalino. Recuerdo estar de los nervios y mensajearme con mi padre para decirle que estaba de los nervios. Porque iba a ver a Adrián. Él, que sabía de primera mano todo lo que sentía por Adri, se rio de mí. Incluso yo me reí de mí.

La lluvia sobre nuestras cabezas se torna imposible. Tenemos el pelo, el rostro, la ropa, todo empapado. Adrián agarra mi mano y echamos a correr juntos. No sé a dónde pretende llevarme, porque estamos en medio de la nada. Hasta que comenzamos a bajar unas escaleras y me sitúo. Ya sé a dónde vamos: a un antiguo recinto recreativo construido en los años setenta, totalmente abandonado y en deterioro. Pero servirá para guarecernos.

Bajamos corriendo, pero con precaución para no caernos. Dejo de sentir al instante el golpeteo de la lluvia sobre mi cuerpo. Un golpeteo del que ni siquiera había sido consciente hasta ahora. Y también dejo de sentir la mano de Adrián sobre la mía. Me ha soltado. Nos sacudimos la ropa, pero no tiene arreglo: chorreamos de arriba abajo. Aquí dentro no se ve nada, nos encontramos a oscuras. Ni siquiera asoma la luz de la luna; estará oculta por las nubes. Lo que sí se intuye es el mar, a poca distancia de nosotros. Está justo ahí. Nos habla. Nos susurra. El suelo es de piedra y bastante estable. Todo huele a piedra mojada. Se escucha el cras cras cras de la gravilla que pisan mis botas Dr. Martens. Quedamos uno frente al otro. A menos de veinte centímetros. Eso es muy cerca, a pesar de que el espacio que nos rodea es amplio. Puedo oler la lluvia en él, pero, sobre todo, puedo olerlo a él. Su jabón. Su esencia. La piedra mojada ha desaparecido.

—No. Yo no aparecí —dice entonces.

Tengo que cerrar los ojos y evocar nuestra conversación. Boston. Oh, Boston.

—Exacto. No apareciste. Aquel día, ¿estabas siquiera en Boston?

Adrián parece derrotado, además de calado. Yo estoy derrotada, además de calada. Nunca hemos querido hacernos daño, pero parece que nos volvimos expertos en ello.

Capítulo 28

El verano en el que tenían veintitrés años

Boston

Adrián:

Estoy en Boston. Sé que tú también. Nos ha contado tu madre que estudias en Harvard. Nadie sabe que estoy aquí, así que no digas nada. ¿Quieres quedar?

Desde ya te aviso de que no voy a quedarme en la ciudad eternamente, por si decides contestar el año que viene y tal.

Álex:

Sí.

Adrián:

Vaya, has sido realmente rápida.

Dime hora y lugar. Tú conoces esto mejor que yo.

Álex:

A las 16:00 en el Hard Rock Café.

Adrián:

OK.

Álex:

¿Aún es tradición en tu familia visitar todos los Hard Rock de las ciudades que visitáis?

Adrián:

Claro.

Adrián llegó a las cuatro en punto. No entendía qué impulso lo había llevado a escribir a Álex y pedirle una cita, pero ahí estaba, en la acera de enfrente. Suspiró antes de mirar hacia ambos lados y cruzar la carretera. Empujó la pesada puerta de madera y entró al local, donde lo recibió una bocanada de recuerdos de otros locales de la misma cadena. La música de Texas

disolvió todos sus pensamientos.

Echó un vistazo rápido y entonces la vio. A Álex. Lo conmocionó. Habían pasado más de cinco años desde la última vez. Se le subió el corazón a la garganta y dejó de escuchar la música. Estaba igual. Ella estaba igual. El pelo un poco más corto, quizá, pero igual. Sonrió sin poder evitarlo y la observó durante unos minutos. Álex escribía a toda velocidad en el teclado de su teléfono y sonreía a la vez. Y… y Adrián fue incapaz de acercarse. Fue incapaz de moverse. Se le habían anclado los pies al suelo. Deseaba que Álex levantara la cabeza y lo viera, o que no la levantara en absoluto. ¿Qué pintaba él ahí? Ellos dos ya no existían y él estaba a punto de regresar a España. No tenía sentido. Nada tenía sentido. Despegó los pies del suelo, dio media vuelta y salió del local.

Solo… no pudo hacerlo.

Adrián:

Lo siento.

No he podido.

Álex:

Despreocúpate.

Adrián:

Adiós, Álex.

Capítulo 29

En carne viva

ADRIÁN

—Aquel día, ¿estabas siquiera en Boston?

Cierro los ojos y recuerdo aquel día como si fuera hoy. El mero hecho de que ella dude de mí es más doloroso que estrellarme contra un árbol con el maldito coche.

Mis capas no están. Mis capas se han derretido por completo. Y además llueve. Mi corazón está inundado.

Parece una broma del destino. Siempre me he preguntado si mis capas eran realmente efectivas o si simplemente yo creía que lo eran. ¿Placebo o realidad? Acabo de descubrirlo. Aunque en el fondo creo que siempre lo he sabido.

Y ella me quería. Ahora tengo la confirmación.

Ella me quería.

—Sí estaba en Boston aquel día —confieso. No sé en qué momento nos hemos acercado tanto—. Llevabas puesta una camiseta de rayas azules y blancas que yo no conocía. Te encantaba ponerte camisetas de rayas. Las tenías de todos los colores. Y unas veinte eran de rayas azules y blancas. Pero aquella era nueva. Escribías en tu teléfono a toda velocidad y reías. Había una botella de Coca-Cola vacía en la mesa. No era tuya. Tú no bebes Coca-Cola. Y tampoco habrías pedido nada antes de que yo llegara. Siempre me esperabas.

El reconocimiento llega al segundo. Me pone la mano en el pecho, sobre mi corazón expuesto e inundado. Jamás permito que nadie se acerque tanto.

—Sí estabas allí —susurra. Sus ojos, anegados en lágrimas.

—Claro que estaba allí.

—Hablaba con mi padre. Le decía que estaba histérica porque iba a verte por fin. Él se reía de mí.

Quiero cerrar los ojos, pero no puedo hacerlo porque están demasiado ocupados observando los suyos.

Yo he construido un muro muy muy alto a mi alrededor. Es un muro con una ventana y una puerta. Mis hermanos siempre pasan por la puerta, aunque suelen llamar antes. Álex ha entrado siempre por la ventana, sin llamar. Como ahora. O como ayer. Como antes de ayer. Como la semana pasada.

Y yo me repito una y otra vez: «¿No cerraste la ventana?, ¿ha vuelto a entrar sin permiso? No

me jodas».

Pero ahora sé que no ha sido eso. Ahora… reformulo mi frase.

Yo *había construido* un muro muy muy alto a mi alrededor. *Era* un muro con una ventana y una puerta. Mis hermanos siempre *pasaban* por la puerta, aunque *solían* llamar antes. Álex ha entrado siempre por la ventana, sin llamar.

Y ahora sé que ese muro cayó derrumbado, reducido a escombros, en el instante en que la luz de su dormitorio se encendió por primera vez en doce años.

—Álex…

—¿Por qué no pudiste entrar en el Hard Rock Café, Adri?

—No lo sé. Pero tengo una teoría. Creo que las emociones me sobrepasaron, y me asusté.

—¿Por qué te asustaste?

—¿No te lo imaginas?

—Porque viste a otra Álex que no era la tuya. A una Álex con una camiseta que no conocías.

—Frío, frío.

—«Como el agua del río» —responde ella. Ambos reímos. Me gusta reír con Álex. Me flipa reír con Álex.

—Prueba otra vez.

—Porque viste a tu Álex.

—Caliente, caliente.

—«Como el agua de la fuente».

—Prueba otra vez.

Álex se acerca aún más y coloca su palma empapada en mi mejilla. Es tan cálida que el resto de mi cuerpo se enfría de inmediato. Cientos de gotas le recorren el rostro. Los labios. Y yo no puedo dejar de mirar ninguna de ellas.

—Porque me querías —resuelve, alto y claro.

Cierro los ojos. Nos respiro. Los abro.

—Porque te quería.

—Dios —exclama ella, hundiendo la cabeza en mi pecho. Mis brazos permanecen flojos en mis costados. Soy incapaz de moverme—. Dios mío. Estábamos enamorados. Y no lo vimos a tiempo.

—No pluralices. Yo sí lo vi. Yo sí sabía que te quería, y habría estado dispuesto a mantener una relación a distancia. Me importaban una mierda los kilómetros y la diferencia horaria. Quiero que lo sepas. Pero también respeto la decisión de que tú no la quisieras.

Álex levanta la cabeza y vuelve a mirarme.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—No lo sé. No me desperté un día y pensé: «Estoy enamorado de Álex». Pero me despertaba todas las mañanas sabiéndolo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo dije. Cada día.

Álex vuelve a cerrar los ojos, contraída de dolor.

—Perdóname. Perdóname por no vernos.

—Te perdono.

Se aleja de mí y me ofrece una mano. La tomo, y la chispa que estalla de pronto nos sorprende a los dos. Un gran hito en nuestras vidas, sin ninguna duda.

—¿Por qué entraste por mi ventana la noche en que llegaste? —pregunto.

—Porque fue inevitable. Tu ventana es inevitable para mí. O tú eres inevitable para mí, no lo

tengo claro. Fue como… como si estos doce años de separación nunca hubieran existido. Y te aseguro que tu ventana era lo último en lo que pensaba en el avión. ¿Yo soy…? ¿Yo soy inevitable para ti, Adrián?

—Tú me tienes en carne viva desde que llegaste.

Envuelvo su rostro con mis manos y la beso.

Y descubro que el color verde no es solo un color. No para ella. No para mí. El color verde es una emoción. Y en color verde nos besamos en la boca, mientras el tiempo y el espacio se congelan y los sonidos dejan de existir.

“ Los colores jamás han sido solo colores.

Pristy, la ardilla, de color verde.



Capítulo 30

Los botones volando por todas partes. ¿Y el despertar? Oh, el despertar

ÁLEX

Primero, noto a Adrián en mi boca. Primero, mi pecho siente que caemos por un precipicio. Primero, mi cuerpo entero se estremece y tiembla. Y no es por el frío que levanta la lluvia a su paso. Después, pienso.

No llego a ser consciente de que nuestros labios bailan juntos, en el calor más dulce que he probado en mucho tiempo, hasta que me pellizco para convencerme de que esto no es un sueño.

—Au —escucho de pronto, sin dejar de comerme su boca—. ¿Me has pellizcado?

Y una risa detrás. Un aliento cálido que irrumpe en mi boca. ¿Acabo de pellizcar la cintura de Adrián en lugar de la mía? Vía de escape rápida, Álex:

—No he sido yo —susurro—, a saber qué clase de bichos hay en este sitio siniestro al que me has traído.

Adrián suelta una carcajada y yo estallo con él. Estallo de risa de puros nervios. Y lo beso más fuerte. Feliz. Oh, estoy feliz. Inclino la cabeza y aprovecho la carcajada de Adri para meterle la lengua, que impacta contra la suya de manera brutal. Introduzco los dedos entre los mechones empapados de su cabello, los agarro como si se me fuera la vida en ello y aproximo todavía más su rostro al mío. Quiero comérmelo entero. A él. Solo a él.

¿Cómo un beso puede encender chispas por todo mi cuerpo de esta manera? Son chispas tan potentes… Y no me doy cuenta de que nos movemos, mientras nuestras lenguas se reconocen y se preguntan por qué no se habían tocado en tanto tiempo, hasta que la espalda de Adrián colisiona con la pared de piedra que tiene detrás y quedo totalmente encima de él. Ni de que anhelaba este contacto desde hace doce años. Sus piernas, sus caderas, su pecho, sus brazos. Todo. Hasta su ropa. Echaba de menos sentir su ropa en mi piel. Quizá sea ese el motivo por el que no dejo de presionar: mi cuerpo sobre el suyo, duro; mis labios sobre los suyos. Necesito recuperar demasiado. Y quiero tocarlo. Palpar su silueta. Eso hago, y de pronto ambos formamos un lío de manos que se tocan por todas partes. La lluvia resuena a nuestro alrededor y los relámpagos iluminan por segundos nuestro refugio de ladrillos rotos y piedras, pero por mí como si se desploma el cielo sobre nuestras cabezas: dudo mucho de que me inmute. Este es el cuerpo de Adri. Y estos son los labios de Adri. ¡Dios! Son los labios de Adri, y se muestran desesperados y hambrientos contra mi boca. Atrapo el inferior entre mis dientes y lo saboreo. Lo muerdo. Gimo fuerte y alto.

No me había percatado de que él me ha agarrado el trasero y unido nuestras caderas hasta que el empuje de su cuerpo envía tal escalofrío a través de mi espina dorsal que me lleva casi al orgasmo.

Abro los muslos para que hunda su erección justo donde lo necesito. Estoy tan inmersa en mi excitación que se me escapa el momento en que le arranco la camisa, de finas rayas blancas y azules, haciendo volar los botones por todas partes, hasta que escucho unos gimoteos. Son muy suaves, pero son gimoteos. Y proceden de la boca de Adrián. Arrastro mis labios por su mandíbula, para que sus gemidos fluyan libres del todo; continúo por su cuello y llego al pecho. Está mojado, la lluvia lo ha calado hasta la piel, y el corazón le late con fuerza. A mí me palpita todo, así que creo que estamos empatados. Beso su torso, inhalando su esencia, que el aguacero no ha sido capaz de enmascarar. Llego a su tatuaje y me acuerdo de lo mucho que me gustaba abrirle la camisa y besarlo cuando no éramos más que unos críos. Su cuerpo ha cambiado, ahora es adulto, pero de alguna manera continúa siendo el mismo.

Perfecto. Precioso. Placentero.

Alegra la vista a cualquiera, de hecho. El pecho me arde cuando comienzo a bajar por su abdomen y mi boca alcanza la cinturilla de sus pantalones. El fino vello rubio alrededor del ombligo. Y sigue hacia abajo, perdiéndose en los vaqueros. Necesito continuar. Necesito más de él. Mi cuerpo, mi boca y todo mi ser vibran con doce años de necesidad acumulada. Me arrodillo y me estremezco; olas de calor mediterráneo me recorren mientras le bajo la cremallera y suelto el botón del pantalón sin retirar mis labios de su piel. Dejo libre su erección y acerco mi boca sin dudarlo; mis manos aprietan con fuerza su trasero.

Sus ojos brillan de excitación, de puro calor que lo atraviesa. No puedo dejar de contemplarlo. Ni él a mí. Nos sostenemos la mirada mientras yo me recreo en su sabor a piel limpia y a Adrián; entonces gime muy fuerte y se golpea la cabeza con la pared detrás de él. Casi me corro solo con ese gesto. Coloca una mano alrededor de mi nuca y usa la otra para guiar su erección dentro de mi boca. Comienza a empujar. Oh, sí. Dame todo lo que necesites. Fuerte. Esto no trata de hacer el amor. Esto es follar como desesperados, con doce años de necesidad a nuestras espaldas. Su respiración, fuera de combate, y mi corazón a punto de explotar. Mi cerebro se desenfoca y dejo que decidan mi boca y mis manos hasta que…

Adrián se detiene y las palabras salen atropelladas de su garganta:

—Para. Para. Para. Para. Para. Para. Álex, para.

Otra vez, casi me corro del gusto. Se retira de mis labios, me incorpora y me besa, trasladando de mi lengua a la suya toda su esencia. Si se hubiera corrido en mi boca, me lo hubiera tragado con gusto. No hay nada que no me guste de Adrián, y estoy muy a punto. Oh, Dios…

Duramos como diez segundos más de pie. Nos deslizamos por la pared y caemos al suelo, que está seco, aunque poco nos hubiera importado lo contrario. Él se sienta con las piernas abiertas, su erección roja y palpitante y húmeda por mi saliva, totalmente expuesta entre su ropa suelta y desordenada, y yo me siento en sus caderas. La cojo con una mano y la muevo arriba y abajo. Adrián cuela las suyas por debajo de mi vestido y me acaricia por todas partes, arrancándome gemidos de placer. Me sube la tela hasta el cuello, me baja el sujetador hasta que mis pechos quedan libres y hunde la cabeza en ellos. Yo cierro los ojos; me reclino hacia atrás con las palmas apoyadas en el suelo y me dejo llevar por las emociones. Escalofríos que me ponen la carne de gallina. Zonas de mi piel que jamás pensé que pudieran estremecerse así. Deseo. No veo nada más. No siento nada más, salvo la necesidad física de tenerlo dentro. Creo que podría correrme solo con el movimiento de su lengua y de su boca sobre mis pezones. Creo

que lo digo en voz alta.

—Me lo tomaré como un reto —presume entre gemido y gemido.

Sí, lo he dicho en voz alta. Ráfagas de fuego me abrasan mientras movemos juntos las caderas y su polla queda en el punto exacto de mi excitación. Solo tendría que apartar la ropa interior y… Mi pulso late más vivo que nunca. Late por todo mi cuerpo. Se me corta el aliento y pierdo la noción de la realidad. No puedo más.

—Adrián…, fóllame. Fóllame como tú sabes hacerlo.

Nos detenemos. Silencio. Miradas. Nuestros pechos suben y bajan. Mis pezones, húmedos y brillantes de su saliva. Sus labios, tan mojados e hinchados que el hecho de que no estén en mi boca duele.

—No tengo preservativo. Esto no lo tenía previsto.

—Confío en ti. Te confiaría mi vida.

—Y yo a ti la mía —confiesa segundos después—. Colócate.

—Voy.

Me quito la ropa interior con rapidez y me sitúo sobre él. Mis piernas apresan las suyas y mis rodillas se clavan en el suelo; gruño de placer. Su erección, más cerca que nunca, a punto de penetrarme. Le rodeo el cuello y él entra. Entra sin esfuerzo al mismo tiempo que yo me dejo caer. Envuelvo su cuello con mis brazos y tiro de él, más cerca de mí. Tan cerca que lo siento completamente contra mí. Sus vaqueros desabrochados en mis muslos. Estoy follando con Adrián.

Comenzamos a movernos…

Un ritmo sincronizado…

Mi respiración…

La suya.…

Mi cuerpo…

El suyo…

Gemimos…

Él, en mi oído…

Yo, en su cuello…

Acaricio el sudor de su frente con mis labios en un beso muy suave…

Acaricia el sudor de mi cuello con sus labios en un beso muy suave…

Reparto besos delicados por toda su mejilla…

Reparte besos delicados por la herida de mi rostro…

¿Cuándo hemos dejado de follar?

Continuamos moviéndonos, empapados en sudor, pero no es rápido. Es lento y profundo. Adrián sale de mi interior y vuelve a entrar. Una y otra vez. Quema. Su polla quema. Sus besos queman. No puedo aguantarlo más. Ojalá. Porque podría estar así horas. Días. Semanas. Hasta desfallecer. Pero el placer es demasiado potente.

—No puedo más. Voy ya —gimoteo.

—Ve —clama él—. Rápido. No puedo más.

Adri me folla fulminante y profundo mientras el orgasmo más alucinante de mi vida me desgarra.

—¡¡¡Diosss!!!

—Salgo. Salgo. Salgo. Salgo —exclama él poco después.

Lo cumple. Sale y se masturba delante de mis ojos, mordiéndose el labio inferior; se corre y su semen sale disparado hacia mi vientre y mi vestido, arremolinado en torno a mi cintura. Siento

que me corro de nuevo. Quizá solo sea el eco del orgasmo anterior, pero no… Conozco mi cuerpo y me estoy corriendo de nuevo sobre el muslo de Adrián, sin perder de vista su eyaculación sobre mi piel. Grito.

—¿Y eso? —pregunta Adri con una sonrisa cuando termino. Me besa en la boca.

—Creo que he vuelto a correrme. Tendrías que haberte visto. Tengo material de sobra para masturbarme pensando en ti durante el resto de mi vida.

Entonces se derrumba, muerto de risa, y cae de espaldas en el suelo. Satisfecho. Sudado. Recién follado. Precioso. Los brazos cruzados bajo la cabeza y el pecho al descubierto. Yo caigo feliz sobre él, con la cabeza en su abdomen, mis piernas entre las suyas y los párpados, pesados de repente. Comienzan a cerrarse. Creo que introduce una mano entre los dos y limpia el semen con una esquina de su camisa. Creo que ha dejado de llover. Solo escucho el sonido del mar, que golpea la piedra a menos de tres metros de distancia. Creo que me acaricia. Sí, ha dejado de llover.

ADRIÁN

Álex se ha dormido encima de mí. Yo estoy a punto. La acaricio. No puedo evitarlo. Acariciar, besar y penetrar el cuerpo de Álex después de tantos años es como…

Como caminar por mi dormitorio cuando en la noche no se filtra ni un solo rayo de luz. Me hallo a oscuras, pero no tropiezo. Nunca. Sé dónde se encuentra todo sin necesidad de verlo: la mesita junto a la cama. La ventana. El escritorio. Incluso los pinceles esparcidos por el suelo. No los piso. Los veo.

Su cuerpo es como mi dormitorio.

Su respiración, mi cama.

Me duermo.

ÁLEX

Huele a Adri. Y a sexo. Mi boca sabe a Adri. Y a sexo. Está por todas partes. Totalmente. Arrugo la nariz. Me pica. «Ay». La muevo para todos lados. Izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha. La arrugo de nuevo. Me doy un golpe con la mano de fuerza involuntaria. E inusitada, por cierto. «Au». Me despierto. Me despierto porque ahora me duele la nariz y porque alguien se ríe a carcajadas justo debajo de mí. Abro los ojos, pero solo veo un pecho sin apenas vello, de sobra conocido para mí, que se agita arriba y abajo por la diversión. Hummm… de ahí venía el olor. También hay mucha luz.

Levanto la vista y descubro al artífice de mi despertar soplándose el flequillo rubio para apartarlo de sus ojos: Adrián Cabana. Estoy tumbada encima de él, mi cabeza en su pecho y mis piernas entrelazadas con las suyas. Ni en un millón de dimensiones paralelas podría haberme imaginado esto. «No te hagas ilusiones, Álex. No flipes y viajes a la Luna sin billete de retorno. Adrián Cabana y tú no sois los que erais». Claro. Por supuesto. Mi lema predilecto siempre ha sido el *carpe diem*. Así que… *carpe diem*. Impulsos. ¿Quién dijo «impulsos»?

—Buenos días —me saluda él, todavía con la carcajada en los labios.

—¿Me he despertado porque estabas jugueteando con mi nariz y has hecho que me diera un manotazo, Cabana?

—Lo siento. —Continúa sonriendo. Qué mono es—. No he calculado esa reacción por tu parte, Revolución. Me esperaba más un estornudo matutino y ruidoso de los tuyos. Ya es de día, por cierto.

Eso ya lo veo.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana.

—¿Quéééé? ¿Estás loco? Hoy es mi día libre. —Escondo la cabeza de nuevo en su pecho calentito, con la firme intención de volver a dormir. ¿Las siete de la mañana? ¡¿De qué va?, hombre!

—No vuelvas a dormirte. Tengo mil cosas que hacer hoy.

—No te escucho. Ayer tus gemidos me dejaron sorda.

—Álex, no te duermas.

—Intenta impedírmelo.

Palabras equivocadas. Adri me abraza por la cintura y nos da la vuelta, tumbándome a mí de espaldas sobre el frío suelo y él, encima de mí. Está duro. El suelo, me refiero. ¿Ha dormido Adri así toda la noche? Voy a decirle algo, pero entonces pierdo el tren de mis pensamientos por culpa de la sensación de sus manos sobre mí, de la firmeza de sus dedos en mis caderas. Y sus pulgares, que acarician mi vientre desnudo. Qué calor, ¿no? Me estiro, extiendo los brazos en cruz, abro las piernas para encajar a Adrián entre ellas, giro la cabeza hacia la derecha y…

—¡Guau!

No me puedo creer que se me hubieran olvidado estas vistas. Ayer fue imposible apreciar nada en la oscuridad de la noche, pero ahora… Ahora flipo en colores, como Adri. El mar ha socavado la construcción: el imponente club de piedra que se alzaba aquí hace años, integrado en el acantilado, ya no existe y en su lugar solo queda una estructura agrietada llena de grafitis; sin embargo, los grandes ojos de buey, unos ventanales enormes abiertos al mar, aún persisten. Y al fondo…: el Peñón. Oh. Qué mágico. Cierro los ojos para inmortalizar esta imagen en mi cabeza. El mar y el cielo azul de primera hora de la mañana con el Peñón al final. Yo, en el suelo. Y Adrián, entre mis piernas.

—Gracias —responde Adri, complacido por mi entusiasmo.

—Qué vistas. Qué increíble.

—Espera, ¿«guau, qué vistas»? —me pregunta, arrodillado frente a mí y superofendido—. ¿No «guau, qué lengua, Adri»?

—Guau, qué lengua, Adri —repito, entre carcajadas. Me incorporo sobre mis codos; quiero verlo todo—. Pero no me negarás que las vistas son estupendas.

—¿Las del Peñón a tu derecha o las de mí mismo entre tus piernas?

—La duda ofende. Las del Peñón, por supuesto.

—Ahora verás —es su respuesta.

Y, de pronto, siento su lengua sobre mí, en mi muslo. En mi entrepierna. Me succiona con fuerza y…

—Eso va a dejarme marca —advierto entre jadeos.

—Sí —respira sobre mi piel—, pero no se te verá. Solo tú sabrás que está ahí. Y yo. Puedes tocarte todo lo que quieras pensando en ello.

La carcajada se me corta y se convierte en jadeo cuando su boca roza mi parte más húmeda.

—Yo no me toco pensando en ti.

—Ayer no decías eso.

—Mierda. Me has pillado. Tengo que dominar mi subconsciente, que aflora por mi boca cuando me encuentro bajo el influjo de tu lengua y de tu pene.

—Qué poético, Álex.

—Yo, siempre. Ya lo sabes.

Mis manos van directas a su pelo rubio, estirando y sintiendo cada hebra. Estamos tirados en el suelo, pero yo siento que vuelo mientras mi subconsciente aflora por mi boca. La lengua de Adri me penetra con suavidad, y yo solo puedo abrir más las piernas y ofrecérselo todo. Otra vez estoy en el borde. Dios, y aún llevo las botas puestas. Y su saliva, que siento resbalar por mi pantorrilla. Bendita saliva. Me tambaleo hacia atrás, y tengo que colocar las palmas en el suelo para sujetarme. Grito de placer. Grito libre.

—No te corras todavía —me dice.

—No te corras tú.

Ríe a mandíbula abierta, y yo con él. Enredamos nuestras miradas y nos perdemos el uno en el otro; estoy segura de que ambos vemos el mismo color. Hasta que no aguanto más y me dejo ir en su boca entre gritos. Adrián se come mi orgasmo con la lengua y con los labios. Hoy también queman.

Continúo con los espasmos cuando siento su cuerpo sobre el mío y su erección sobre mi pelvis. Comienza a frotarse arriba y abajo con fuerza, al tiempo que acerca su rostro al mío y nos besamos hasta quedar sin aliento. Poco después, aleja su boca de la mía y sus ojos, locos de deseo, impactan con los míos. Se corre a lo bestia sobre mi vientre, sin dejar de mirarme y sin dejar de gemir.

Hay belleza en la vida. Mucha belleza de la que disfrutar. Como las gaviotas, que en este momento sobrevuelan la orilla y nos dan los buenos días con sus trinos. Como la arena a primera hora de la mañana, virgen, sin pisar. Como el arcoíris que surca los cielos después de una tormenta igual a la que nos empapó ayer. Como el color verde. Pero no hay belleza que supere a ver a Adrián Cabana correrse a lo bestia frente a mis ojos, masturbándose con mi cuerpo y la punta de mi dedo en su trasero. ¿Poético? No. Para nada. ¿Real? Tan real como el latido de mi corazón desde antes de nacer. ¿Precioso? Hasta quedarme ciega. Y que Adri se corra encima de mí… puede convertirse en una costumbre muy placentera.

Froto su nariz con la mía. Otra vez estamos sudados y cubiertos de semen. Somos un desastre. Pero nada podría importarme menos. Suspiramos ambos, hondo y satisfechos. Qué buenos despertares me ha dado siempre Adrián. Desde que tengo uso de razón.

—Guau, qué vistas —digo, retirándole el cabello que le cae sobre los ojos para despejarle la frente, cubierta de sudor.

Me da un beso rápido en los labios y se tumba a mi lado, a mi derecha, con una mano bajo la cabeza y la otra sobre el vientre. Observo su piel, que también tiene restos de su liberación; sus pantalones desabrochados; la camisa a rayas, abierta… La adrenalina me inunda las venas.

—Joder, qué bueno estás —no puedo evitar exclamar.

—Palabrota blasfemia —responde al instante.

Adrián ríe y se levanta en un movimiento tan rápido como inesperado, que no pega nada con el letargo posorgásmico en el que estábamos sumidos. Comienza a desvestirse.

Gracias, universo. Se desprende de las deportivas (oh, sí, supongo que hemos follado dos veces sin descalzarnos). Los pantalones. La ropa interior. La camisa. Se queda tal y como su bendita madre lo trajo al mundo. Mi mirada pasea lentamente por su cuerpo, y un cosquilleo vibra en mi estómago. Su silueta queda encuadrada con el Peñón de fondo y…

… y otra vez tengo ante mí la vista más perfecta del mundo. Este chico es un imán para las panorámicas de mi vida.

—Quítate la ropa —ordena.

—¿Otra ronda? Eres insaciable.

—Tú quítatela —repite riendo—. Toda.

Y eso hago. Entonces me doy cuenta de que apenas estoy vestida. Y de que tampoco llevo ropa interior. Busco con la mirada mis braguitas y las encuentro tiradas en una esquina, junto con mi bolso. Vale, luego las recogeré. Me quito las botas, los calcetines, el vestido y el sujetador. Podría decir que realizo un baile fascinante, sensual y sugerente, pero la verdad es que me despojo de las prendas con rapidez y sin demasiada ceremonia.

Quedamos ambos desnudos, uno enfrente del otro. Estoy a punto de preguntarle por el siguiente paso cuando me estrecha la mano y me saca a todo correr de nuestro refugio: me conduce a la parte exterior por el ojo de buey gigante. Si hay alguien asomado a la ventana en los edificios traseros es posible que alucine al ver a dos personas desnudas saliendo de las ruinas, tal cual Adán y Eva en el paraíso. Es posible. Aunque tampoco es para tanto. Brincamos, subimos escalón, bajamos muro y llegamos al final de la construcción: al mar. Descubro qué se propone Adri un segundo después:

Saltar al agua.

Oh, sí.

Nos precipitamos juntos en el único espacio libre de rocas. Yo, entre gritos de júbilo, por supuesto. Nos hundimos en el agua fría y se me corta la respiración durante unos segundos. Cierro los ojos; nos visualizo a nosotros en el pasado, en más de mil ocasiones, y emergemos juntos, todavía de la mano.

Simplemente… perfecto.

Nadamos y jugamos en el agua como hemos hecho siempre. Nos besamos. Nos tocamos. Buceamos. Reímos. Y salimos. Nos ponemos la ropa antes de que esto comience a llenarse de turistas. Y me pregunto si no será un sueño.

En cualquier caso, no quiero despertar jamás.

Capítulo 31

¿Qué preferirías...?

ADRIÁN

Después de correrme encima de Álex no una vez, sino dos en las últimas horas, el baño era necesario. Me entretengo leyendo en diagonal los cuatrocientos treinta y cuatro mensajes de mi familia (cifra real), por si acaso ha ocurrido algo (no es así), y cuando termino de vestirme, voy hacia Álex.

Se encuentra sentada en la piedra, al borde del acantilado, contemplando el mar. El pelo mojado le cae sobre la espalda y el vestido arrugado. Es una imagen tan… turquesa. Y no tiene nada que ver con el color del agua. Es porque Álex está preciosa. Me acerco por detrás sin hacer ruido y me pongo en cuclillas, tapo sus ojos con las manos y…

—Hola —susurro.

—Señor agente —responde ella, con esa voz de niña buena que a mí no me ha engañado en su vida—, le juro que no he sido yo la que ha mantenido relaciones sexuales con el menor de los Cabana en este santuario de piedra y grafitis. Ninguna de las dos veces.

Contengo la risa.

—Se está equivocando, señorita. No soy poli.

—¿Y quién eres?

—Adrián Cabana. Pintor.

La risa se me escapa a borbotones. Ella se gira y me da un golpe cariñoso en el brazo. Lo siento, no he podido evitarlo.

—¡Dejad en paz al pobre Michael!

—Le gustas.

—Lo sé. Pero nunca ha pasado nada entre nosotros porque yo no siento lo mismo. Es mi mejor amigo. Ni de lejos mi mejor amigo como tú lo eras. Lo conocí en mi primer día en el bufete y congeniamos. Pasamos de saludarnos por los pasillos a compartir la pausa para el café a media mañana, y solemos quedar para tomar algo los pocos fines de semana que yo no estoy trabajando. Apenas he tenido contacto con él, ni con nadie, desde que volví al pueblo. Y la verdad es que en el fondo no me sorprende que se haya presentado aquí, preocupado por mí. Michael es ese tipo de persona. Piensa mucho en los demás. Es un buen tipo.

—Verás cuando se enteren River y Marc de lo de «ciberseguridad» —digo mientras me siento detrás de ella y le rodeo la cintura con mis piernas.

Apoyo las manos en el suelo y me inclino hacia atrás; Álex se recuesta en mi pecho y acabamos tumbados boca arriba, con la mirada perdida en el cielo. Le acaricio el vientre. Ella me acaricia el brazo. Son actos reflejos. Creo que mi espalda no va a recuperarse de tantas horas en el suelo, pero me la suda.

—No creo que les llegue —apunta Álex. No entiendo a qué se refiere. Pero aprovecho que su rostro está cerca del mío para besar la herida de su mejilla. Ha evolucionado bastante bien, pero aún tiene que sanar del todo. Puede que mis besos la ayuden.

—¿No crees que les llegue?

—A River y Marc. Hugo y Pris tienen la misma picaresca para extender cotilleos por la familia que un gatito recién nacido. Los conozco bien.

Estira el cuello para proporcionarme un mejor acceso a su rostro.

—Pero yo los conozco mejor. Tu *amigo* fue a buscarme las cosquillas cuando mintió con lo de que eras su novia. Y cuando alguien le busca las cosquillas a un Cabana, se las encuentra.

—Te controlas, Adrián, te controlas —me advierte con seriedad, girando la cabeza—. Te controlas tú y me controlas esa lengua tuya, condescendiente y beligerante. Michael va a estar aquí dos semanas y tú te controlas, ¿OK?

—OK —acepto como un angelito, volviendo a colocarla en la misma posición y posando de nuevo mis labios en su herida—. Pero Hugo se lo va a contar a Dylan, y Dylan, a Marcos. Pris se lo va a contar a Alex, y Alex, a Marcos; con toda probabilidad, en el mismo momento que Dylan, en uno de sus desayunos. Hugo se lo va a contar a Cata en el trabajo, y Cata, a River un segundo después por teléfono. River y Marcos van a contárselo mutuamente, y ya está liada. De River Cabana, informático, y de Marcos Cabana, poli, no se libra Michel cuando se lo crucen por el pueblo. Tu hombre no tiene escapatoria alguna.

—Mierda, me he perdido demasiadas cosas.

—Unos cuatro libros.

—Cierto. Pero enseguida me pongo al día.

—A no ser —repongo, juguetón, bajando mis labios por su cuello. La verdad es que Michael Fassbender me importa más bien poco; vamos, que me chupa un cojón, pero me encanta tocarle la moral a Álex— que se ponga de rodillas y me pida perdón por el agravio. Entonces lo perdono.

—Qué magnánimo —bromea. Me ha pillado—. ¿De rodillas?

—De rodillas —confirmo—. Y que me haga una mamada, de paso. Cerraré los ojos y fantasearé con que eres tú. Explícale bien el movimiento ese que haces con la lengua.

Álex ríe y me da otro golpe en el muslo.

—Ya te vale.

—Eh, que hablo en serio —continúo.

—No lo intentes más. Puede que me haya perdido doce años de vida de los Cabana, pero a ti sigo conociéndote como a la palma de mi mano. Más que tú a mí, para tu información. Has sido totalmente transparente a mis ojos desde los siete años, y ni siquiera te has dado cuenta. Uno-cero. Ventaja para mí.

—¿A qué te refieres?

—Te conozco, Adrián Cabana. Y no ha sido fácil, pero he usado un truco infalible.

—¿Qué truco?

—¿Tú qué preferirías, que te lo contara yo o adivinarlo tú solo?

Guardo silencio, confundido. Álex gira, coloca la barbilla encima de sus manos, sobre mi pecho, y quedamos frente a frente. Los rayos del sol se proyectan sobre nuestros contornos.

—Contesta, Adrián —insiste—. ¿Qué preferirías?

—Que me lo contaras tú.

—Las preguntas, Adri. Las preguntas de «¿tú qué preferirías?» eran mi método; lo diseñé hace muchos años y lo bauticé: «Conociendo al vecino guapo de la casa de al lado». Las he utilizado para sonsacarte a lo largo de los años sin que lo sospecharas. En el pasado lo usaba para conocerte, y en el presente lo he utilizado para calibrar tu enfado conmigo. ¿Quieres saber todo lo que he aprendido de ti?

Recuerdo las preguntas de «¿tú qué preferirías…?» que Álex me ha formulado durante toda nuestra vida. Eran preguntas de lo más absurdo, ninguna personal, y ninguna tenía una respuesta demasiado lógica. Yo las contestaba al azar. O eso creo. Es imposible que le haya proporcionado información a través de ellas.

—Eso es imposible.

—«Es imposible estar seguro, pero tal vez sea Dios todo el silencio que queda de los hombres». He aprendido que estás más a gusto dentro del agua que fuera de ella; creo que es por el silencio. Porque el silencio te relaja. Te ayuda a descansar esa cabeza tuya tan poco común. He aprendido que no necesitas las pinturas para pintar porque tú eres pintura. No suena tan bonito como decir que eres música o arte, pero es lo que hay: tú eres pintura, Adrián Cabana. Y eres pura sensibilidad, por mucho que pretendas ir de tipo duro. He aprendido que preferirías morir tú antes de que tu familia sufriera el más mínimo daño. Tus hermanos, tus padres. Sientes adoración por cada uno de ellos, y los cuidas a todos como si fueras el mayor y no uno de los pequeños. He aprendido que no te gusta desnudarte. Y no me refiero a quitarte la ropa, sino a desnudarte emocionalmente. No lo haces ante casi nadie, y aun así vas de extravertido por la vida. Haces creer que te desnudas, pero en realidad no lo haces. En realidad, no das una mierda de ti. He aprendido que preferirías vivir en la época de los neandertales con tal de que hubiera colores; no te importaría deshacerte de lo que tenemos hoy en día: teléfonos, ordenadores, sufragio universal…, siempre y cuando existan los colores. He aprendido que serías mil veces más feliz debajo de un puente de color turquesa que en una mansión de color blanco, el cual ni siquiera es un color. Es la ausencia de todos. Y he aprendido que ninguna tragedia puede contra la de perder al Monopoly, excepto si el queso entra en la ecuación.

Álex enmudece y yo no sé qué decir. No sé qué decir durante varios segundos. Ella no me presiona. Y todo es cierto. Todo.

—Me has dejado sin palabras —confieso.

Ojalá pudiera recordar con exactitud sus preguntas. ¿Cómo es posible que haya llegado a todas esas conclusiones? Estoy… alucinado. Y a mí pocas cosas me alucinan.

—Mientras no te haya dejado sin colores, estarás bien.

La quiero. Esa es la verdad. La quiero con toda mi alma. Estoy tan enamorado de ella que me ha dolido como nada. Desde siempre. Creo que nunca conseguí desenamorarme, y no será porque no lo haya intentado una y mil veces con todas mis fuerzas. Me he enrollado con un montón de chicas. He follado con más. Ninguna rubia. He intentado mantener una relación con una de ellas, con Carmen, porque parecía la adecuada. Resultó no serlo. Y ahora sé que lo nuestro jamás hubiera funcionado a medio o largo plazo porque ella jamás llegaría a imaginar que yo prefiero vivir debajo de un puente de color turquesa que en una mansión de color blanco. Yo creía que esta incapacidad mía para las relaciones era una maldición y me daba cabezazos contra las paredes. Las paredes que pinté cuando Álex se marchó a perseguir su sueño. Álex. Álex. Era un callejón sin salida. Ahora me doy cuenta de que era un regalo. Porque quizá el resto del mundo tenga más de una oportunidad en el amor, más de una persona especial de la que

enamorarse y con la que ser feliz. No lo sé. Pero sí sé, por la manera en que mi extraño cerebro y yo funcionamos, que en mi caso no cuento con tantas oportunidades. Yo soy solo para Álex. Y me lo acaba de demostrar. Si me hubiera desenamorado de la única persona de la que podía enamorarme, ¿qué habría sido de mí?

Le doy un beso en los labios que concentra todo lo que siento y juego un poco con ella.

—Tampoco es para tanto, de todas formas.

Álex arruga la frente. Mucho. Yo río. Mucho.

—¿Qué demonios significa eso?

—Te estoy parafraseando.

—¿Perdona? Yo no digo eso.

—*Oh*, lo dices. *Totalmente*. Y lo piensas. Estoy seguro. Y me descojono de risa porque *eso* no es castellano.

—¿Cómo que no es castellano?

—Lo mejor de todo es que ni siquiera eres consciente de ello. Has vivido doce años en Estados Unidos. Doce años pensando y hablando en inglés. Una lengua que ya controlabas desde el colegio. Incluso cuando hablabas por teléfono con tu madre lo hacías en inglés, por costumbre. Y de pronto vienes aquí y tienes que cambiar de idioma de golpe. Creo que has continuado pensando en inglés y traduciéndolo de manera automática en tu cabeza antes de hablar, sin darte cuenta. Y de ahí han salido esos dejes tuyos de «tampoco es para tanto», los «de todas formas» al final de las frases, los «oh» y los «totalmente»… Ya ves por dónde voy, ¿no? *Not a big deal, by the way, totally* —canturreo en inglés—. Y el orden de algunas de tus frases es raro. Son construcciones americanas, mi querida Watson.

—*No way!*[*]

—Ya lo creo que sí. ¿Vamos a casa y te lo explico mejor de camino?

—Vamos a casa, Cocolís. Y tú lo que quieres es recrearte. Pero yo no hablo así. Totalmente no hablo así. Oh, mierda. Bueno, tampoco es para tanto.

Me desternillo de risa.

—Ya ves.

—Explícamelo en inglés, de todas formas. Me pone un montón tu acento.

—¿En serio?

—*Sure*[*]. Y también me pone mucho tus «chúpame un cojón», pero a mí nunca me lo dices.

—Chúpame un cojón.

—Y tú a mí un pezón.

Rompo a reír más fuerte que nunca.



De camino a la urbanización, nos estrechamos la mano a veces. Nos soltamos otras. Pero las volvemos a juntar. También elegimos el camino más largo y tardamos como mil horas en llegar. Quiero pintarnos.

Cuando llegamos, vemos y olemos el humo que sale de la terraza de Álex; alguien ha encendido la barbacoa. Nos acercamos y nos ponemos de puntillas para asomar la cabeza sobre el muro que rodea la terraza. La madre de Álex y el *hombre ciberseguridad* charlan animados mientras intentan encender el fuego. Él es el primero en divisarnos.

—Hombre, por fin aparecéis —nos dice en inglés.

—Hola, Michael —saluda Álex, pizpireta.

—Hola, Michael —saludo yo, pizpireto.

Álex me da una patada que no entiendo. Pero ¡si he sido supersimpático!

—¿Ves? —le dice Isabel a Michael con una sonrisa, dejando de lado la barbacoa—. Ya te he dicho que si estaba con Adrián, se encontraba perfectamente. No es ni la primera vez que desaparecen de la faz de la Tierra ni será la última. Por cierto —me dice a mí—, ¿te quedas a comer con nosotros?

—Claro. Y si quieres te ayudo a avivar ese fuego.

—Por favor —me ruega en inglés. Siempre en inglés, por deferencia a Michael. Que no se queje.

Álex y yo abandonamos nuestra posición como espías y damos la vuelta para entrar en la casa.

—Si ese chico hubiera sido del equipo rojo —le susurro a Álex al oído—, habría podido encender el fuego.

—¡Cállate! —responde entre risas. Y otro golpetazo que me gano.

Entramos en la casa y vamos directos a la terraza. Joder, la que están liando entre los dos. No han incendiado el jardín porque no han sido capaces de encender el fuego… Mando un mensaje a mi madre y a mis hermanos, para que sepan que estamos bien y que me quedo a comer en casa de las vecinas, y me pongo al lío. Pero me siento observado. Muy observado.

—Vaya pintas traéis. ¿Dónde habéis estado? —pregunta Michael.

—En la playa —responde Álex.

Me miro de arriba abajo. Tengo la camisa desabrochada (no quedó casi ningún botón vivo) y una mancha en una de las esquinas. Es semen seco. La utilicé para limpiar a Álex. La cara y el pelo no me los veo; casi que mejor. Sí veo a Álex, de arriba abajo también, y tengo que aguantarme la risa. Vaya pintas, sí. Y me acuerdo de que lleva mis bóxer debajo del vestido. Era mejor eso que sus bragas, después de que pasaran toda la noche tiradas en el suelo.

—Id ahora mismo a asearos los dos —ordena su madre—. No pretenderéis comer así en mi mesa.

—Si no me pongo con ese fuego, no comeremos ninguno —replico yo.

—Te doy cinco minutos, Adrián. Y luego, a cambiarte.

—Hecho.

—Ahora vengo —nos dice Álex. Pasa por mi lado; estamos a punto de darnos un beso rápido en los labios, pero nos percatamos en el último momento de que no estamos solos y nos echamos para atrás. Pero entonces nos damos cuenta, otra vez al mismo tiempo, de que no tenemos quince años y no hay necesidad de esconderse. Nos damos ese beso rápido. Cuando se va, miro hacia la barbacoa: están los dos tan enfrascados en el fuego que ni se han enterado.

Me quito la camisa, me la ato a la cintura y me acerco a ellos.

—Dejadme espacio.

Tardo menos de cinco minutos en tener la parrilla bajo control. De reloj.

—¡Seguro que encuentras algo tuyo en el armario de Álex! ¡No hace falta que vayas hasta tu casa! —me grita su madre mientras me dirijo adentro, a ducharme.

Me cruzo con Álex en las escaleras. Nos enrollamos un rato contra la pared, tropezamos y causamos un gran estrépito; hacemos un poco el idiota en el suelo y por fin logro llegar al baño y darme una ducha. Entro en la habitación con una toalla en la cintura y abro el armario. No sé yo si voy a encontrar algo aquí que me sirva… ¡Ostras! Mi camiseta de ColaCao. O la camiseta de ColaCao de River, que pasó a ser de Marc, después de Hugo y, por último, mía. Ya no me acordaba de ella. Me queda muy ajustada, pero me la suda. De la ropa interior, paso. Me pongo

solo los vaqueros.

Regreso al jardín y ayudo a poner la mesa mientras los *anfitriones* acaban el trabajo con la barbacoa. Después de comer y de una sobremesa de más de dos horas, deduzco varias cosas:

Que el *hombre ciberseguridad* es un tío bastante majo a pesar de todo.

Que tengo ganas de que se largue a su país de una vez.

Que yo tenía un hambre voraz.

Que Álex me ha follado con los ojos unas cuatro veces. Es por la camiseta. La vuelve loca desde los catorce.

Que no se me ha quitado el hambre.

Que no he hecho ninguna de las mil tareas que tenía previstas hoy.

Que me la suda.

Que ha sido un día jodidamente perfecto.

> La barbacoa… La barbacoa… Qué bien me vendría ahora Dylan para ponerme a tono.

Pristy. Ardilla.



---

* ¡Ni de coña!

* Claro, por supuesto…

Capítulo 32

Verano

ÁLEX

El verano avanza y yo tacho en el calendario los días que restan para la regata de vela… Cuarenta y dos, y bajando. Aún me queda tiempo para entrenar. Eso no significa que vaya a reducir el ritmo, de todas formas.



He quedado con Dylan para hacer nuestras cosas.



—River Cabana. Informático —se presenta River en cuanto ve a Michael por primera vez.

—Marcos Cabana. Policía. —El otro.

Son las ocho de la tarde. No hace demasiado que hemos llegado a Cala Medusa la tribu Cabana, Michael y yo, y esto ya está descontrolado.

Ignición. El fuego está encendido y crepita con intensidad a pesar de las protestas de Hugo. Yo me he puesto de su parte y he *avivado* las llamas de la discusión, por eso de acercar posiciones con él. Ha funcionado totalmente. Me mira de otra manera. La verdad es que me mira de otra manera desde la cena en el restaurante italiano.

En el plano musical, ha habido ya tres discusiones, y no tengo ni idea de quién ha ganado, pero las t.A.T.u. suenan a todo volumen por los altavoces de River: *All the things she said.* Casi todos se quejan tal que: «No pienso escuchar esto en bucle ni hasta arriba de tequila», pero las t.A.T.u. continúan sonando. Priscila baila, y yo he dado algún que otro meneo a su alrededor, por eso de acercar posiciones. Ha funcionado. Me mira de otra manera. La verdad es que me mira de otra manera desde la cena en el restaurante italiano.

Napoleón. Siempre es un buen momento para sacar a Napoleón a colación. Y napoleónico es lo que han hecho los perros. Se han bañado y, después, mientras el resto nos zambullíamos en el agua, han decidido que tenían hambre, así que han arrasado con una de las tortillas de patata y con la empanada de atún. En un momentito. En su defensa diré que mis queridos vecinos habían

dejado la comida a la vista, todo bien organizado encima de unos amplios manteles de cuadros amarillos y blancos, sobre la arena. Máquinas.

En algún momento Marcos ha sugerido que podíamos jugar a Marco Polo, y a todos (menos a su novia) nos ha parecido que la idea llegaba como diez años tarde; ya somos adultos y tal, pero hemos acabado jugando porque era la primera vez de Dylan. El que se la quedaba, correteaba por el agua con los ojos cerrados, al grito de «¡Marco!», y el resto debía huir de él como si no hubiera un mañana al grito de «¡Polo!». Ahí ha sido cuando lo de los perros. Qué listos, joder.

Oh, y el bebé de River y Cata en su cochecito, sin decir ni esta boca es mía. Un santo. Y los padres quejándose de que es muy inquieto y duerme fatal. Qué morro. Alucino, vecino.

Lapsus importante: no me he acordado de traer ropa interior de recambio y mi bañador está empapado, así que ahora voy en plan «comando» debajo de mis pantalones cortos y de mi camiseta de tirantes. Bueno, no es para tanto. Al menos llevo pantalones y camiseta de tirantes. Podía haber sido peor. Siempre.

Palidezco solo de pensarlo. No, qué va. Yo nunca palidezco. ¿Y otro que no palidece? Marcos. Ahora baila las t.A.T.u. a su estilo (discotequero; hay cosas que nunca cambian): con un brazo parece martillar una pared y con el otro sujeta una cerveza.

Espumoso en mano también, Mencía le sigue el ritmo. Muy pegaditos los veo yo, todo hay que decirlo.

Leal a su forma de vida, Dylan ha sacado la guitarra y les canta una canción a Hugo y a Cata. A lo suyo.

Observo con más detenimiento a Jaime, que también tiene su propia botella y que salta por encima de uno de los laterales de la hoguera (ante todo, seguridad). Dice que es para pedir un deseo porque en San Juan (que fue hace casi un mes) no le dio tiempo. Lleva veinte ya. Julen no le quita ojo de encima. Comento.

Mi vecino favorito (que es Adri, por si había alguna duda) ríe con Alex sin tilde por algo que ha dicho este. Con Alex o *de* Alex, no lo tengo claro. Esos dos son dignos de estudio.

Ocho minutos después, nos sentamos y formamos un círculo alrededor de la hoguera.

Jaime y Julen se han sentado juntos. ¿Casualidad? Claro. Han caído así.

A su lado, Cata se recuesta en el regazo de River y este la abraza por la cintura. El bebé continúa tan tranquilo en su cochecito. Sus padres dicen que eso solo significa que les va a dar la noche, que ya nada los pilla desprevenidos.

Michael se ha sentado junto a River. Se llevan bien; Michael se ha adaptado bien al grupo. Debe de ser porque los dos son informáticos, aunque a ninguno de ellos les gusta que los llamen informáticos. Cualquiera los entiende. Son informáticos, ¿no? Y…

Despistado debe de andar Marcos, que hace un buen rato que no se mete con nadie. Mencía y él se han tendido en la arena mientras comparten una cerveza y secretitos al oído. Son muy monos. Vestidos de deporte o no.

Oh, qué bonito. Priscila se ha tumbado boca arriba, con la cabeza apoyada en el regazo de Alex. Se acaricia el vientre y sonríe soñadora. Me mira. Creo que ha sentido mi escrutinio. Le guiño un ojo. Se le escapa otra sonrisa. La tengo en el bote. Totalmente.

Dylan sigue con la guitarra y Hugo lo mira embobado. Y eso que solo está haciendo el gilipollas. No quiero ni imaginarme lo que pasará cuando toque en serio…

Indecentemente relajados están los perros en la arena. Normal: se han puesto ciegos a tortilla y a atún. Angelitos.

Y Adri está a mi lado. Nuestras rodillas se rozan y las chispas salen disparadas en todas

direcciones. Y tiene el cabello mojado. Digo.

—Diego —pronuncio para mí.

—¿Qué?

—¿Quién es Diego?

—¿Diego?

—Nadie. Cosas mías —les respondo a todos. Pues menudo oído tienen. Y es cierto que los «pueses» vascos se pegan.

—Es un nombre bonito —opina Priscila—. Por cierto, creo que ya tenemos nombre para la niña.

—¡¿Cuál?!

—¡Yo lo sé! —exclama Dylan—. Me lo ha contado el nadador. El que lo adivine se lleva un osito piloto.

—Se dice perrito piloto.

—¿En serio?

—En serio.

—Buala.

—Yo voto por Alexa.

—No.

—¿Nadadora?

—¡No!

—Marcas.

—¿Qué?

—¿Qué es eso?

—Marcos en femenino.

—¡Es Aitana!

—Ohhh…

Y de ese «ohhh» pasamos a «beso, verdad o consecuencia». No tengo ni idea de cómo. Con esta gente a veces me pierdo. El caso es que han protestado casi todos, pero acabamos jugando. Creo que no es la primera vez. Y yo soy capaz de responder a casi todas las preguntas. No tengo rival.

—Adri, ¿de qué es de lo que más te arrepientes en la vida?

—De raparme el pelo en el 99 —respondo yo, sin ninguna duda—. Estaba horrible.

—Hostias, es verdad. ¿Os acordáis?

—He visto las fotos, pollito.

—No me rapé el pelo por voluntad propia —se defiende él—. Pris me pegó un chicle y no había manera de quitarlo.

—No me extraña, con esas melenas…

—No te pegué un chicle, se me cayó de la boca encima de tu cabeza.

—Me acuerdo. Menudas pintas, cuñado.

—Chúpame un cojón.

—Cualquier día alguien va a agacharse y chupártelo.

—Lo estoy esperando.

—Jaime, ¿con cuántas personas de la familia Cabana te has enrollado?

—Con Pris, con Hugo, y no estoy seguro de si con Adri hace unos años en el baño del barco —responde Marcos por él.

—Con Adri se enrolló en San Juan —afirma Julen. Oh, me acuerdo.

—¿¿¿Perdona??? —exclaman Marcos y River a la vez. Ja. Conque no lo saben.
—Yo no me enrollé con Adrián…
—Claro, ahora niégame. ¿No era yo tu rubio favorito?
—… Adrián se enrolló conmigo.
—Julen, ¿cómo te sentirías si pillaras a tu pareja masturbándose?
—¡Subidón!
—Dylan y Marcos, la pregunta no era para vosotros.
—Álex con tilde, ¿cómo fue tu primera experiencia sexual?
—Rápida —contesta Adri por mí. ¡Qué fuerte!
—Depende —digo yo—. ¿A qué te refieres con «primera experiencia sexual»?
—Da igual —insiste Adri—. La respuesta continúa siendo la misma: rápida.
—¿En serio me hablas tú de rápido? —le pregunto.
—Sí. Jamás nadie superará tus tres segundos.
—Hostias…
—¡Demasiada información!
—¿Tres segundos? Puedo mejorarlo.
—¡Ni se te ocurra contar aquello, Dy!
—Y se dice: «Puedo superarlo».
—Qué tocapelotas sois todos.
Una velada maravillosa.



Álex:

En lo de que estás esperando que alguien se agache y te chupe un cojón cuando dices eso de «chúpame un cojón», ¿cuánto de verdad hay?

Adrián:

Compruébalo tú misma.



Adrián:

Buenas noches.

Por cierto, lo de antes fue realmente increíble. Permanecerá en mi memoria por el resto de mis días.

Venir a mi trabajo, agacharte a chuparme un cojón y correrte tú antes que yo.

Épico.

Álex:

Exijo la revancha.

Y ponte ropa interior debajo de los pantalones del curro.

No se puede ir así por la vida.

Y yo allí, rodeada de tus pinturas y del olor.

Adrián:

Ahora échale la culpa a que yo no llevara calzoncillos y a mis pinturas.

Álex:

Exijo la revancha.

—¡Exijo una revancha! —grito por mi *walkie-talkie*, aprovechando que mamá y Michael ya se han ido a la cama y que estoy sola en mi dormitorio. Me gusta mil veces más hablar con Adri desde la ventana que por teléfono.

Él aparece en su propia ventana unos segundos después, con el *walkie* en la mano y cara de sobrado. Bufo.

—*¿Revancha de qué?*

—De lo que ha pasado en tu trabajo hace unas horas.

—*Pero si has salido ganando. Me has visto la polla y todo.*

He hecho mucho más que vérsela.

—Qué bruto eres.

Se encoge de hombros.

—*Ya ves.*

—Te reto a no abrir los ojos mientras me levanto la camiseta. No llevo sujetador.

Adrián se desternilla de risa y sacude la cabeza. Me lo tomo como un sí.

—Allá voy, entonces. A la de tres, ¿OK? Uno, dos, ¡tres!

Me levanto la camiseta hasta el cuello, para descubrir que Adrián ni siquiera ha cerrado los ojos. Pero ¿de qué va?

—¡No has cerrado los ojos! —grito fuera del *walkie*. Mis manos continúan sujetando la camiseta.

Adrián se lleva su terminal a los labios.

—*No tengo quince años.*

¡Será mamón! Y me lo dice desde un *walkie-talkie*. Voy a soltarle cuatro cosas, pero al mirar hacia abajo, hacia mi cuerpo desnudo, mis ojos detectan movimiento. UN VECINO HA DECIDIDO SACAR A SU PERRO A PASEAR POR LA MINÚSCULA CALLE QUE HAY ENTRE LA CASA DE ADRI Y LA MÍA.

—¡Dios!

Doy media vuelta y me escondo a todo correr tras la pared. Me recuesto en el cemento y respiro. Escucho las carcajadas de Adrián. Cabronazo.

—¡Buenas noches!

Y encima tiene el valor de saludar al vecinito de turno. Flipo. Por cierto, creo que es el mismo que nos vio tirados en el suelo la mañana después de San Juan; lo he reconocido por el perro.

—Feliz noche, Adrián —le desea el otro con cachondeo. Me juego una mano a que hasta le ha guiñado un ojo. Me juego una mano y no la pierdo.

He quedado con Dylan para hacer nuestras cosas. Después, Hugo ha llegado a casa antes de tiempo y hemos fingido que hacíamos *otra cosa*. Me he quedado a cenar. En la cena ha salido el tema de que últimamente paso demasiado tiempo aquí y Hugo ha vuelto a interesarse por el motivo. Se ha hecho el silencio y yo he nombrado a Bécquer, por supuesto, «volverán las oscuras golondrinas». Le he guiñado un ojo a Hugo. Y luego otro a Dylan.



Me tumbo en la cama y rememoro los acontecimientos del día con una sonrisa. Los Cabana llevan años celebrando el cumpleaños de su padre a bordo de un barco. Este año no ha podido ser. No cabíamos todos, así que nos hemos dividido en dos barcos. Y ha sido un gran día.

Hemos nadado.

Hemos jugado al juego de cartas del asesino y Adri y yo casi ganamos cuando fuimos asesino y cómplice. Apenas nos quedaban rivales por matar. Y qué melodramáticos son los Cabana y compañía, de todas formas. Marcos incluso se ha dejado caer al agua con la mano en el pecho cuando lo hemos *matado*.

Después hemos comido todos juntos en uno de los barcos, a duras penas. La madre de Alex ha traído un gazpacho que estaba de muerte y María ha preparado arroz. O paella, como dice Dylan.

—Aquí no lo llamamos «paella», Dy, lo llamamos «arroz» —le aclara Cata.

—Perdóname la vida.

Luego nos hemos reído de Marcos cuando hemos acabado de comer y pretendíamos bañarnos de nuevo.

—Haced la digestión —nos ha ordenado su madre a todos.

—Mamá, por Dios —se ha quejado él—, que soy geo.

—Haz la digestión, Marcos. Tú, el primero. No es una sugerencia.

Al final, hemos hecho todos la digestión mientras tomábamos el sol y contábamos batallitas Cabana. O batallitas de Marcos Cabana, para ser más exactos. Y de regreso a casa, hemos echado una carrera con los dos barcos y ha ganado mi equipo, por supuesto. Ha ganado totalmente.



Papá:

Hola, cariño.

Álex:

Hola, papá. ¿Qué tal estás?

Papá:

Bien. Aunque te echo de menos. ¿Tú?

Álex:

Yo también te echo mucho de menos.

Papá:

Te preguntaba que qué tal estabas.

Álex:

Ya lo sé, pero yo quería decirte que te echo de menos.



En las fiestas del pueblo, Adri y yo nos perdemos por ahí durante toda la mañana y seguimos desde la distancia la carrera de motos de agua. Gana Alex. Adri dice que siempre gana Alex.

En las fiestas del pueblo, Adri y yo nos perdemos por ahí durante toda la tarde y bailoteamos en la playa al ritmo de la música del chiringuito.

En las fiestas del pueblo, Adri y yo nos perdemos por ahí durante toda la noche y nos acariciamos y besamos.

—Me encanta tocarte —confieso—, aunque solo sean los lunares de la cara.

—Y a mí, que me toques.

—Quería tocarte desde que llegué.

—Me tocaste casi desde que llegaste. Me tocaste sin darte cuenta.

—¿Cuándo?

—Cuando te metiste en mi cama. Me tocaste mientras dormías.

Oh.



Michael regresa a Nueva York, y la noche anterior me desahogo con él mientras devoramos unas magdalenas y un chocolate recién hecho por mi madre. Michael me gusta mucho como amigo. Y soy consciente de que en nuestra relación él ha dado más que yo. Desde el principio. En Nueva York, cuando me insistía para salir a tomar algo. Cuando me llamaba por teléfono algunas noches solo por hablar. Y venir hasta aquí solo porque le preocupaba mi silencio ha sido todo un detalle. Nunca me cansaré de decir que Michael Fassbender, ciberseguridad, es un buen hombre.

Cuando le confieso que no voy a regresar a Nueva York, él me revela que ya lo sabía. Y pregunta:

—Es él, ¿verdad?

—¿Quién?

—Adrián. Es él.

Al principio no entiendo a qué se refiere, porque yo jamás he hablado de Adri con nadie que no fuera mi padre, pero lo cierto es que no importa que no haya pronunciado su nombre en voz alta. Todo el mundo allí sabía que había un *él* en mi vida. Así que mi respuesta es:

—Sí. Es él.

—Es un buen chico. Y tendríais que veros juntos, Álex. Proyectáis.

—¿El qué proyectamos?

—Todo. Adrián y tú lo proyectáis todo. Jamás había visto nada igual.

—Te aprecio mucho, Michael.

—Prométeme que escribirás de vez en cuando —pide, acariciándome la herida del pómulo, ya casi invisible. Ha curado de maravilla.

—Te lo prometo.

Adiós, Michael.



Una vez que Michael se ha marchado, no hay motivo para no colarme en el dormitorio de Adri cada dos por tres.

Su cuerpo se curva alrededor del mío cuando me meto en su cama. Su rostro se acurruca contra mi cuello, enviando olas de calor que irradian en mis extremidades.

Yo podría vivir aquí. Y recito poesía:

—«Una a una alrededor de la luna. Dos a dos alrededor del Sol. Y tres a tres para que los marfiles se duerman bien».



Es muy temprano, pero ya me he duchado y estoy a punto de vestirme. Hoy quiero ir pronto al puerto para trabajar en mi velero, y así tengo toda la tarde libre para practicar vela. Le estoy cogiendo el truco de nuevo. ¡Estoy feliz! Y quedan veintisiete días, y bajando, para la regata.

Paso frente a la ventana abierta de mi dormitorio y veo a Adri con mi misma indumentaria: una toalla. Está a punto de quitársela, pero entonces me vislumbra y se queda parado en la ventana.

—Vamos —apremia—, di lo que tengas que decir. Lo tienes en la punta de la lengua.

Cómo me conoce.

—«Te desnudas igual que si estuvieras solo y de pronto descubres que estás conmigo».

En respuesta, se desprende de la toalla y se queda en pelotas sin ningún pudor. ¿Sexo ventanal? Me caliento al momento. Y dejo caer mi toalla al suelo.

—¡Buenos días! —nos saludan desde abajo, desde la calle.

¡Oh, por Dios!

Cojo la toalla, me la enrosco de nuevo y me escondo a toda leche, otra vez, tras la pared de mi dormitorio. No me lo puedo creer. Es el mismo tío de siempre con el mismo perro de siempre. ¿No hay más callejuelas en la urba? Escucho las carcajadas de Adrián.

—¡A ti también te ha visto desnudo! —grito.

—¡Me la suda!

Entonces se hace el silencio. Yo permanezco escondida, suplicándoles a todos los dioses que conozco no encontrarme al tipo ese a la luz del día. Adri ha dejado de reír. Estoy a punto de preguntarle qué está haciendo cuando escucho el sonido inequívoco de que alguien se ha aupado a los contenedores de basura bajo mi ventana. Después vienen las pisadas en la fachada. Está trepando por los salientes. Está subiendo. Cuento hasta veinte. Uno. Dos. Tres. Cuatro…

Veinte.

Giro la cabeza justo cuando Adri entra por la ventana, vestido con una camiseta vieja y unos pantalones de chándal. Y lo primero que hace en cuanto brinca dentro y me ve es descojonarse aún más de risa. Tanto que hasta se dobla sobre sí mismo y tiene que tumbarse en mi cama. Me dirijo hacia allí con los brazos en las caderas.

—¡Deja de reír!

—Eso tienes que repetirlo otro día. —Se incorpora para quedar sentado.

—Eres superidiota. Me ha visto ya desnuda por completo y ni siquiera sé quién es.

—Me ha pedido que te dé la bienvenida de su parte de una vez por todas.

—Te odio. —Le saco la lengua.

—Mentira.

Sí, mentira. Es que… es tan mono. Me siento a su lado y lo aproximo a mí. Cierro los ojos mientras lo acaricio con suavidad. Me apetece acariciarlo con suavidad. Nuestros cuerpos entran en contacto. Nuestros costados. Nuestras piernas. Mi rostro, un poco por encima del suyo. El aroma de su champú colándose en mi sistema. Su rostro describiendo círculos y buscando mi barbilla, como si de un gatito que no puede dejar de ronronear se tratara. Nuestros pechos subiendo y bajando con rapidez, y nuestros corazones latiendo desenfrenados pero al unísono.

La necesidad de besarlo es más apremiante que la de respirar. Mis labios se encuentran con la piel de su frente igual que el verano se topa con el otoño. Es la fuerza de la naturaleza. Lo beso con suavidad, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces, hasta que sus cabeceos acortan la distancia entre nuestros labios. Abro los ojos, y los suyos, verdes, se me clavan más verdes que nunca.

Y su piel caliente alineada sobre la mía. Abro las piernas y le rodeo la cintura con ellas; coloco las manos en su trasero y lo empujo más hacia mí. Ambos nos tragamos el gemido del otro. Le bajo los pantalones de chándal y descubro que no lleva ropa interior. Otra vez. Oh, qué malote es. Me quito la toalla y comenzamos a movernos y a frotarnos. Rápido. Potente. En pocos minutos, el orgasmo avanza a toda velocidad por mi organismo, y siento el momento exacto en que Adrián está a punto de explotar. Lo sé por su manera de moverse y de jadear en mi oreja. Me gime al oído y…

—*¡Álex!*

¡Mi madre! Y Adrián se está corriendo en mi vientre. Otra vez.

—¡Estoy desnuda! —grito para que no entre.

Adrián ahoga una risa. Claro, él ya ha acabado.

—*Vaaale* —responde mi madre, dubitativa—. *¿Todo bien?*

—¡Sí!

—*Me ha llamado tu padre. Está feliz de recibir noticias tuyas a diario por fin. Aunque sea por mensaje. ¿Quieres hablar de ello?*

Adri se incorpora y clava la mirada en la mía. En ella hay una implicación que no entiendo. «Me voy», articula con los labios, sin emitir sonido alguno. «¿Puedo ir luego para hablarte de lo de mi padre?», le pregunto. «Sí».

—Buenas noches —pronuncia a través del *walkie,* destrozando la burbuja de silencio que habíamos creado entre nosotros y para con mi madre. Le doy un golpe suave en el brazo antes de que se aleje del todo.

ADRIÁN

Adrián:

Esta noche voy a colarme en tu dormitorio y voy a masturbarme delante de tus narices. Y tú vas a correrte antes que yo.

Alex:

¿¿¿Se te va la olla o qué???

¡Hostias, Adrián!

Compruebo el destinatario del mensaje. ¡Me cago en la puta! Se lo he mandado a mi cuñado. Puto lío de nombres.

Adrián:

Me he equivocado de chat.

Alex:

No me digas, Sherlock.

Adrián:

Borra el mensaje y corramos un tupido velo.

Alex:

¿«Corramos»? ¿En serio no has encontrado otra palabra?

Adrián:

Y no se lo cuentes a Marc.

Alex:

OK.

Voy a escribirle a Álex de inmediato, a *mi* Álex, pero alguien me interrumpe en la galería. Es el cartero. Lo despacho rápido y vuelvo a lo mío.

Adrián:

Joder. Me he equivocado de Alex al mandarte un mensaje guarro.

Mejor no te cuento lo que le he dicho al intenso de mi cuñado.

Aunque, gracias a Dios, no le he dibujado con detalle el reto que nos traemos entre manos de a ver quién se corre en menos tiempo.

Por cierto, mi mensaje original, a todo esto, era que:

Hoy voy a colarme en tu dormitorio y voy a masturbarme delante de tus narices. Y tú vas a correrte antes que yo.

;)

Alex:

¡Sigo siendo yo, joder!

¡Mierda! Pero ¿qué me pasa?

Adrián creó un grupo
Adrián añadió a River Phoenix
Adrián añadió a Marcos
Adrián añadió a Hugoeslaestrella
Adrián añadió a Alex

Alex:

Dios, qué miedo me entra en el cuerpo últimamente cada vez que recibo un mensaje tuyo.

Adrián:

¡Chitón!

Marcos:

¿Qué nos estamos perdiendo?

Adrián:

Nada.

Alex:

Nada.

Marcos:

El que nada no se ahoga.

River Phoenix:

Pero corre peligro.

Pero qué puta paciencia tengo.

Hugoeslaestrella:

Dios, qué paciencia.

Paso palabra.

Adrián:

Justo.

Y antes de que se nos vaya de las manos este grupo paralelo os informo de que lo he creado para acordar entre todos el regalo que vamos a hacerle a Pris por el nacimiento de Aitana.

Marcos:

Aún faltan meses.

River Phoenix:

Es un hombre previsor.

Alex:

¿Y yo qué hago aquí?

Adrián:

¿Darnos ideas? Eres el marido y el padre, ¿no?

Alex:

No se me ocurre nada.

Pris tiene de todo.

Hugoeslaestrella:

¡Una guitarra!

Marcos:

Vale, DEFCON definitivo para Hugo.

Abro grupo paralelo para deliberar.

Hugoeslaestrella:

¡Una guitarra, idiotas!

No hay huevos de echar a Hugo. Y Dylan lo sabe. Lo sabe hasta mi madre.

ÁLEX

—Deja de tocarte —suplico a través del *walkie* y de nuestras ventanas.

—Jamás.

—Me estoy poniendo muy tonta.

—Ese es el plan.

La mano de Adrián envuelve la base de su erección, expuesta, mientras se masturba con movimientos lentos pero certeros. Elegantes. Sensuales. Confiados. Los labios, mojados, y la roja punta de su lengua deslizándose por el inferior antes de que sus dientes lo atrapen. Mi corazón se desboca. Escucho a través del *walkie* el frufrú de su puño cada vez que llega a la base y choca con el bañador. Extiende las piernas y las separa; un gemido sale de mi boca. La adrenalina me zumba en las venas y mi cuerpo palpita de necesidad. Necesidad de que me toque él o de tocarme yo. Cuelo la mano dentro de mis pantalones y me acaricio. Tiemblo. El placer instantáneo viaja por cada célula de mi cuerpo. Y nunca dejamos de mirarnos a los ojos. Ambos nos acariciamos a nosotros mismos, uno frente al otro. Se siente bien. Se siente tan bien. Adrián gime y yo dejo de sofocar gemidos. Me corro cuando pasa el dedo índice por la hendidura de su erección y yo imagino que recoge el líquido preseminal.

He vuelto a perder.



He quedado con Dylan para hacer nuestras cosas.



—¿Y por qué no nos facilitamos la vida y que Alex sin tilde se llame oficialmente «el nadador»? —propone Dylan en un desayuno Marcalex en el *pub*.

—Por favor —suplica Adri a mi lado.

—Sometámoslo a votación.

—¿Me estáis vacilando? —pregunta el afectado—. De ninguna manera vais a llamarme «el nadador» de forma oficial.

No, no le están vacilando. Y, sí, de alguna manera van (vamos) a llamarlo «el nadador», porque la votación se lleva a cabo y sale elegido el nuevo nombre casi por unanimidad. A Priscila le entra un ataque de risa, junto con Adri y Jaime. Esos tres han votado a favor. Su propia mujer. Qué vergüenza. A ver, que yo también he votado a favor, pero pienso que mi voto está totalmente justificado.



Álex:

Hola, papá. Las cosas por aquí van muy bien. ¿Qué tal por allí?

Papá:

¿Puedo llamarte? ¿Vas a cogerme el teléfono?

Álex:

Claro que sí.

Ring. Ring. Ring.

—Hola, papá.

—*Hola, hija.*

Es escuchar el sonido de su voz rotunda por primera vez en más de dos meses y venirme abajo.

—*Shh, no llores, cariño.*

—Lo siento mucho, papá.

—*¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha pasado?*

—Soy un fraude.

Y se lo cuento todo. Todo.



Adri y yo dormimos juntos esta noche. Me siento muy bien después de haberme desahogado con mi padre. Me siento liberada.

—Lo ha entendido, Adri. Me ha entendido, y no cree que sea un fraude —le cuento, feliz, tumbados ambos en el suelo de su dormitorio. Adri quería pintar un poco antes de dormir. Deslizo un brazo debajo de él y lo empujo encima de mí. Me encanta sentirlo encima de mí.

—Claro que lo ha entendido —responde, dándome un beso en la nariz—. ¿Le has dicho que no quieres volver a Nueva York?

—Sí.

—¿Y?

Enredo mis dedos entre su cabello.

—Me ha prometido que vendrá a visitarme varias veces al año y me ha hecho prometer que yo también iré a Nueva York de vez en cuando. Además, tenemos que tramitar un montón de papeleo para desvincularme legalmente del despacho.

—Poco a poco, Álex.

Me abraza y vuelve a girarnos. Nos quedamos dormidos.



Caigo desmadejada, no me importa dónde. Quien diga que no se puede tener sexo cómodo en un barquito de vela de cuatro metros de eslora es porque no le ha puesto ganas.

—Eso han sido cuarenta segundos, Álex. Voy ganando por goleada, que lo sepas.

Y dieciocho días, y bajando, para la regata.



—Por cierto, antes te has corrido en menos de dos minutos.

—¿Lo has cronometrado o qué?

—Por supuesto. Y ya no me ganas por tanta goleada, que lo sepas.

Roca Plana.

Una roca gigante en medio del agua, en el centro del paseo que rodea el Peñón.

Una roca gigante desde la que cientos de bañistas se lanzan al mar todos los años.

Una roca gigante desde la que hoy voy a saltar yo después de doce años.

Cogemos nuestras bicicletas y pedaleamos hasta allí. Esto es como regresar a los noventa, con la diferencia de que ahora somos un montón. Solo falta Pris. Han venido incluso Cata y River, después de dejar al pequeño Hugo a cargo de los abuelos.

Llegamos al lugar y tiramos las bicis en el suelo de cualquier manera. Es la primera hora de la mañana, así que, salvo algún corredor muy madrugador, estamos solos. Bajamos por las piedras que nos llevan hasta Roca Plana con cuidado de no rompernos la crisma y, una vez allí, trepamos hasta la cima. Respiro el aire que me rodea. Me encanta este lugar. Los Cabana y yo veníamos a menudo cuando éramos pequeños.

Mientras discutimos si vamos a lanzarnos en plan competición o no, un cuerpo pasa como una exhalación junto a mí. Y un grito:

—Me cago en la puta, Hugo —chilla Dylan con la cabeza asomada al precipicio—. Es que sabía que ibas a ser tú el primero, pero ¿tenías que hacerlo de cabeza? ¡De puta cabeza!

—¡Anda, tírate! —lo anima el otro.

—¡Ni de coña!

—¡Venga!

—No insistas. No hay nada en el mundo que pueda convencerme de que me lance al agua desde aquí.

Entonces Hugo se quita el bañador y lo arroja por ahí.

—Mierda, cómo me conoce.

Dylan se tira, pero entre que se lo piensa y no, Hugo ya se ha puesto el bañador de nuevo.

Todos desfilan uno a uno hasta que solo quedo yo. Me asomo y, oh, no lo recordaba tan alto. Y el problema de saltar desde aquí no es la altura, es que hay tantas rocas debajo que tienes que saltar lejos. Vamos, con mucho impulso. Que no es que a mí me falte impulso… Acojona un poco, sin embargo.

—¡Vamos, Revolución! —grita Marcos desde abajo—. ¡Que no se diga!

—¡Ya voy, coño!

—¡Palabrota blasfemia!

Qué chispa tienen todos. Entonces Adri sale del agua y sube a la roca de nuevo. Se acuclilla cerca del borde; entiendo al momento lo que se propone. Cuando éramos pequeños, siempre saltábamos de esa forma para salir disparados bien lejos. Usábamos nuestros cuerpos a modo de trampolín.

Sonrío.

Camino hacia atrás y cojo carrerilla.

Corro.

Me subo a la espalda de Adri y salto.

Vuelo.

Y me zambullo en el agua con las venas llenas de adrenalina de la buena.

Me ha encantado. ¡Me ha encantado! Ha sido como regresar al pasado.

—¡Otra vez! —grito en cuanto emerjo.

Y reímos todos.



Estamos en la terraza del *pub* tomando unas cervezas. Y, en serio, jamás he visto un coche quemando rueda como el deportivo rojo que acaba de pasar por delante de nuestras narices a toda velocidad. ¡Guau!

—¿Ese era mi coche? —pregunta Marcos de pronto, blanco como el papel.

Ostras.

—¿Y la rubia que lo conducía no era tu vasca? —dice Dylan.

Ostras.

Entonces Marcos se levanta a toda leche y enfila calle abajo.

—¡¿A dónde vas?!

—¡A matar a River!

¿A River? ¿Qué tiene que ver River? No entiendo nada.



Una de las cosas que más me gustan de que Adri me esté enseñando a conducir su coche con marchas es cuando yo conduzco y él mete las marchas.



La primera semana del mes de agosto conocemos a una camarera nueva en el *pub*. Pedro lleva semanas a tope, sin apenas descansar, desde que la última lo dejó plantado de la noche a la mañana. Adri me ha contado que eran muy buenos amigos y que estaban liados. Hasta que dejaron de estarlo. Y ya tampoco son amigos.

—No daba abasto el pobre —comenta Marcos de pasada—. Desde que se lio con Mónica y la cosa acabó mal, el trabajo con ella ha ido de mal en peor. Que ya lo sabía yo, por cierto.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Vaya, parece que lo sabían todos.

—Peter —lo llama Dylan cuando pasa por nuestra mesa—, ojito con esta. No te líes con ella. Ya sabes lo que dicen de las pollas y las ollas.

—¿Y una polla como una olla?

—No, ese es otro.



—Ahhh —grita Priscila dentro del agua.

Alex acude en su ayuda como un loco. Hemos extendido las toallas justo debajo de su torreta de socorrista.

—¿Qué te pasa?

—Falsa alarma. Pensé que los lazos de mi bañador eran medusas.

Se desternilla. Ella y Adrián.

—Joder, Pris —se queja Alex—, controla esos lazos.

Me muero de risa.



Aparezco temprano en la galería y me despojo del vestidito que llevo puesto, quedándome tal y como mi madre me trajo al mundo.

—Píntame desnuda, Adri. Como a tus chicas francesas.

A Adri se le cae el pincel de la mano.

Empezamos bien.



—Aquel de allí es Hugo —exclama de pronto Adri.

—*¿Babe?*

Tanto Dylan como Pris y yo nos incorporamos en nuestras toallas de playa y dirigimos la mirada al punto que señala Adri. Hay un corrillo de gente y un par de socorristas. Y, en efecto, Hugo camina a paso acelerado hacia el lugar junto con otro socorrista, con el que mantiene una conversación.

—¿Qué habrá pasado?

Nos ponemos en pie y nos acercamos corriendo. Hay una gaviota tirada en la arena; Hugo la toquetea con cuidado. Parece enferma. Es difícil distinguir algo con tanta gente.

—¿Os podéis apartar? No hay nada que ver —exige Hugo a la gente en general, en un tono muy borde.

—¿Está muerta? —pregunta una chica.

—¿Embarazada? —Otra chica.

—¿Qué le pasa? —Un buen hombre.

—¿Tú no eres el mediano de los Cabana? —Una buena señora.

—¿O el pequeño?

—No, el pequeño es el pintor. Este es el mediano, el veterinario. ¿Qué tal están tus padres? A ver si me paso un día por la tienda para saludarlos.

—¿Y qué es ese ruido que hace la gaviota?

Hugo no dice nada, solo levanta la vista y fulmina a todos con la mirada. Su poder de destrucción masiva es mayor que el de la Estrella de la Muerte de *Star Wars*. Entonces sujeta a la gaviota por las patas y se marcha sin decir una palabra. Ahí lo vemos subirse a su coche sin más ceremonias. A nosotros ni nos ha mirado. «Volverán las oscuras golondrinas».

—A mí este hombre me tiene enamorado —nos dice Dylan—. ¡Me lo como!



He quedado con Dylan para hacer nuestras cosas. Y falta un día para la regata de vela.

Oh.

Capítulo 33

Antes de la regata, la regata y... después de la regata

ÁLEX

—¿Voy a por el piano, entonces?

Yo sé que ahora mismo estoy viviendo un acontecimiento histórico, y me gustaría que el resto de ellos, de los Cabana, también lo vivieran conmigo, pero supongo que las cosas suceden cuando tienen que suceder y jamás se me ocurriría frenar este momento.

Llevo semanas quedando con Dylan para hacer nuestras cosas, y *nuestras cosas* no es más que interpretar juntos mi canción favorita: *In the dark of the night.* Él ha intentado enseñarme a cantar y yo he intentado día tras día, con la misma pregunta recurrente («¿vas a por el piano, entonces?»), que se sentara ante el instrumento aunque solo fuera un segundo para tocar los primeros acordes, que en versión original son a piano. Ninguno de los dos habíamos conseguido nuestros propósitos.

Hoy, el único día que no le he dicho lo de «¿vas a por el piano, entonces?». Porque se me ha olvidado, porque últimamente no sé dónde tengo la cabeza y porque estoy más cansada de lo normal; creo que me he metido demasiada caña con el entrenamiento para la regata de mañana. Y de pronto la pregunta la ha formulado él, y aquí estoy yo, enmudecida por la sorpresa, pero con una sonrisa de oreja a oreja porque va a ir a por el piano. Asiento con la cabeza y lo acompaño.

El instrumento en cuestión continúa al filo del abismo, en las escaleras. Es íncreíble que esta gente conviva con semejante armatoste, que les entorpece el paso cada vez que suben o bajan. Lo agarramos entre los dos, cada uno por un lado, y lo empujamos por el pasillo hasta la sala de música sin dejar de mirarnos a los ojos. Sus pupilas, tan dilatadas que apenas se distingue el impresionante iris verde azulado. El piano pesa lo suyo. Menos mal que las ruedas resbalan con facilidad en el suelo. Y los perros, que nos siguen, por supuesto.

Lo introducimos con mucho cuidado en la sala y lo colocamos en medio. Nos quedamos mirándolo embobados los dos. No hablamos. Casi ni respiramos.

La realidad es que Dylan necesita su tiempo, su espacio, y yo se lo voy a dar. Segundos, minutos u horas. Días, semanas o meses. Pero de repente coge un taburete de por ahí y se sienta frente al piano.

Levanta la tapa.

Yo doy un paso para verlo bien.

Estira los dedos.

Jadea.

Y aguardamos. Los perros y nosotros. Mi frecuencia cardiaca, por las nubes. La suya, a saber.

«Oh, Dylan. No sé dónde estás ahora mismo, pero no es en esta sala. Vete a donde necesites el tiempo que necesites». Ojalá le llegaran mis pensamientos.

Decidido, por fin, me hace un gesto con la mano para que coja el micrófono. Y allá vamos. Me guiña un ojo antes de empezar y yo sonrío. Dylan, sin titubear, desliza los dedos por las teclas; yo entro tarde con mi primera línea, «*In the dark of the night I was tossing and turning*», porque me pierdo en ese movimiento que es pura fantasía. A pesar de la lentitud, derrocha algo que… que no te deja mirar nada más. Y entonces empieza lo fuerte: «*Then I opened my eyes. And the nightmare was… me*». Y suena espectacular. Impresionante. Estoy a punto de dejar de cantar para poder escucharlo solo a él, pero no quiero hacerlo por si lo freno de alguna manera.

Nos venimos arriba y lo damos todo a lo grande en las siguientes interpretaciones. La adrenalina se adueña de nosotros. Es… extraordinario. Totalmente extraordinario.

ADRIÁN

En cuanto entramos por la puerta de la casa de mi hermano, lo oímos: el piano.

Yo escuché durante toda mi vida suficiente música de piano como para darme cuenta de que esto es real. No procede de ningún reproductor. Alguien lo está tocando.

Y mi hermano conoce lo suficiente al amor de su vida como para darse cuenta de que es Dylan.

Nos miramos. Hugo se lleva el dedo índice a los labios para que me mantenga en silencio. Los perros no han venido a recibirnos, qué raro. Subimos los tramos de escaleras con sigilo; el piano no está en su lugar: en el borde. El golpeteo del corazón de mi hermano lo escucho hasta yo. Bum. Bum. Bum. Creo que incluso lo siento. ¿O es mi corazón?

Recorremos el largo pasillo hasta la sala insonorizada de Dylan y nos asomamos con cuidado: se ha dejado la puerta entreabierta. O se *han* dejado la puerta entreabierta. Porque no está solo. Álex está con él. Los perros están con él.

Y el espectáculo que nos ofrecen es impagable. E inolvidable.

Las manos de Dylan vuelan por el piano y su cuerpo las acompaña en un balanceo al ritmo de la música. Álex, a su lado, canta y baila como una loca. Los perros saltan y agitan las colas como tres lunáticos. Álex y Dylan han debido de grabar la pista de guitarra y de batería que suenan de fondo. A Hugo se le escapa una carcajada. Lo miro. Está feliz. Brilla. Henchido como hacía tiempo que no lo veía. Le resplandecen los ojos, como si estuviera reprimiendo las ganas de llorar. Y entonces el que se emociona a lo grande y tiene ganas de llorar soy yo. Siento como nunca y *quiero* sentir como nunca. Por eso, en esta ocasión, mando a la mierda mis capas y me dejo llevar. No quiero atenuar ni una sola emoción. Abrimos la puerta del todo y ambos nos apoyamos en la pared con los brazos cruzados, a disfrutar de la actuación.

Dylan está pletórico.

Álex está pletórica.

Qué puta felicidad.

Hugo y yo rompemos a reír cuando ellos exageran sus movimientos, y entonces…

—¡Os estoy oyendo, *babes*! —nos grita Dylan.

Los perros dejan de saltar y se abalanzan sobre nosotros. Álex deja de cantar. Nos ve. Dylan también deja de tocar. Se levanta y nos mira con inocencia y vergüenza, más propias de un niño de diez años que de un adulto de treinta. Es lo más conmovedor y tierno que he visto nunca. ¿Cómo puedo querer tanto a este hombre si apenas acaba de llegar a nuestras vidas? Traspasó mis capas desde el momento en que se sentó a mi lado en casa de los padres de Alex, el día en que llegó al pueblo en busca y captura de mi hermano.

Hugo y yo echamos a correr a la vez y lo abrazamos. Lloramos. Creo que lloramos los tres.

—Ven aquí —le digo a Álex, estirando un brazo para que se sume.

Lo hace sin dudar y nos fundimos los cuatro. Los perros saltan y ladran alrededor.

—Gracias —le dice Hugo a Álex.

—No he sido yo. Ha sido él solo.

—No cuela, golondrinas.

—¿Qué me has llamado?

—Estoy muy orgulloso de ti, Dy —le dice a Dylan a continuación, con la voz empañada—. Eres lo más maravilloso que tengo.

—Y yo también estoy orgulloso —añado—. Vales mucho, Dylan.

—Oh, dejadme en paz —protesta él, haciéndose el duro.

Pero Hugo, en respuesta, lo alza en volandas; tropieza y acabamos los cuatro desmadejados en el suelo, con los perros en torno a nosotros. Felices. Adoptamos una postura cómoda y juntamos las cabezas formando un círculo. La música de guitarra y de batería continúa de fondo.

—Eso sonaba bien, cuñado —le digo.

—¿Bien? Sonaba de puta madre.

—Adri y yo veníamos a comer algo rápido contigo, en casa —explica Hugo—. Pero ahora me apetece comer por ahí. ¿Os apuntáis?

Por supuesto.

Y la comida se nos va de las manos. Se nos hace de noche y empalmamos con la cena. Y podríamos continuar así hasta mañana, pero Álex tiene la competición y necesita descansar, así que nosotros nos retiramos.

Álex va a hacerlo bien. Más que bien. Es la mejor. La dejo en su cama, para no distraerla, y le doy un beso de buenas noches en la nariz.

El veintitrés de agosto es un día que jamás olvidaremos ninguno de los cuatro.

Tampoco el veinticuatro.

ÁLEX

Me despierto con la sensación de no haber dormido ni cinco minutos, pero más despejada que nunca.

Hoy es la regata.

Apenas me lo puedo creer. ¿Llevo ya casi tres meses en el pueblo?

Miro hacia la ventana y apenas está amaneciendo: no serán más de las siete. Me levanto de la cama de un salto, excitada, y me dirijo al calendario que he colgado en la pared, por si acaso me he equivocado. No lo he hecho. El día veinticuatro está rodeado con un grueso círculo azul. Y hoy es día veinticuatro.

Voy a comenzar a prepararme, aunque la competición no comience hasta dentro de cinco horas, pero entonces veo otra fecha rodeada por un círculo rojo, en la que no había reparado hasta ahora. Arrugo la frente. Y salgo pitando de casa con la primera ropa que he pillado y sin desayunar: no me entra nada. Me paso un segundo por casa de los Cabana y, sin apenas saludar a María, que, gracias al universo, está despierta a estas horas un sábado y me ha abierto la puerta, cojo las llaves del coche de Adri, que guarda en el recibidor. No tengo tiempo de subir a su dormitorio, despertarlo y pedirle permiso. No creo que le importe. Es el único vehículo con marchas que sé conducir bien.

Media hora más tarde, aparco frente a mi casa y entro disparada con una bolsa en la mano. Su contenido apenas ocupa espacio, pero pesa un mundo entero.

—¡Álex! —me llaman mi madre y María a la vez, asomándose desde la cocina.

—Ahora no —les digo. Y subo corriendo al baño del segundo piso.

Estoy tan nerviosa que ni poesía me brota de la mente. Por suerte, el pis sí me sale.

Utilizo los cinco test que he comprado en la farmacia. Positivos los cinco.

Estoy embarazada. Embarazada totalmente.

Oh.

Supongo que las emociones expresan cómo nos sentimos antes que el cerebro. Porque mi cerebro aún no ha asimilado la noticia, ni siquiera sabe si es una *buena* o una *mala* noticia, pero yo ya estoy llorando frente al espejo. Llorando de nervios, excitación y… felicidad.

Estoy embarazada de Adrián. Yo ya pronostiqué que Adrián podría dejarme embarazada solo por hablar en inglés, y ayer, de casualidad, se comunicó en inglés con unos turistas para explicarles dónde podían comer marisco. «Deja de delirar, Álex». No quiero. Esto es muy fuerte. Rememoro todos nuestros polvos del último mes (que han sido como cuatrocientos) en busca de la respuesta. Y la encuentro. Joder.

Salgo del baño y bajo las escaleras a todo correr, con los cinco palitos en la mano y llamando a mi madre a gritos.

—Pero ¿qué te pasa? —me pregunta, con el rostro lleno de preocupación, al pie de las escaleras. Me estaban esperando.

María está a su lado. Les muestro los palitos.

Mi madre se lleva las manos a la boca.

María emite una especie de chillido.

—¡Oh, Dios mío! ¿Mi hijo Adrián? —me pregunta.

Bueno, Adri y yo llevamos más de un mes *enrollándonos* sin escondernos demasiado, pero también sin admitirlo en voz alta. Y no me suena que nadie nos haya visto besarnos, salvo alguno de sus hermanos en alguna ocasión. Dormimos juntos muchas noches, pero es algo que llevamos haciendo desde que éramos unos críos. Nadie se sorprende por ello. Así que nadie sabe

que estamos juntos. No de manera oficial. Ni siquiera nosotros. Porque no estamos juntos de manera oficial. Ni no oficial, de todas formas. No lo hemos hablado. Solo… nos hemos liado. Quizá deberíamos hablarlo, ahora que lo pienso, y que la gente se entere de una vez. O quizá la gente sí lo sabe y nosotros no nos habíamos enterado. Que lo del *carpe diem* está fenomenal, pero yo estoy enamorada de él hasta las trancas desde los trece años, calculo. Y quiero *carpe diem* con él y solo con él durante el resto de mi vida.

—Menuda intuición —le digo a la futura abuela—. En efecto, Adrián.

Antes de darme cuenta, estoy envuelta en abrazos, felicitaciones, apoyo, y llorando otra vez. ¿Ya ando a tope de hormonas?

—Pero, pero ¿qué habéis hecho? —pregunta mi madre. Está loca de felicidad, pero también alucinada.

—Mamá, ¿en serio te lo tengo que explicar?

—Me refiero a… ¿lo estabais buscando?

Tengo la suficiente confianza con estas dos mujeres como para hablar sin tapujos. Mi madre es mi madre, y con María es como si no hubieran pasado los años.

—No. Una puntería realmente increíble la de tu hijo pequeño —le explico—. Fue una marcha atrás una noche.

Aquella primera noche en el club en ruinas. Las cuatrocientas veces restantes en que hemos llegado a la penetración, lo hemos hecho siempre con preservativo. Aunque al parecer ya no era necesario, sin embargo.

—¡Álex! —grita mi madre.

—Mamá, no te vuelvas paranoica, ¿OK?

—No me lo puedo creer, con toda la educación sexual que te hemos inculcado. La marcha atrás te puede dejar embarazada, Álex.

—Sí. Eso ha quedado muy claro. —Le muestro los palitos.

—¿Y si no llega a ser Adrián?

—Si no llega a ser Adrián, mamá, no le hubiera dejado acercarse sin preservativo.

—Oh, hija… —solloza mi madre. Y volvemos a abrazarnos y a llorar las tres.

Poco después, conseguimos llegar a la cocina. Desayunamos juntas, ellas por segunda vez, y yo les hago prometer que no van a decirle nada a Adrián. Mañana. Hoy es la regata y no necesito más distracciones.

—Va a alucinar —opina María.

—Sí, va a flipar en colores.

ADRIÁN

Están a punto de dar las doce; el puerto está a reventar de gente, no cabe ni una sola persona más, y Álex se encuentra ya en posición de salida en su barco de vela rosa y azul. El día ha amanecido perfecto para navegar. El viento. El mar. El sol.

Marcos ha conseguido los mejores sitios para ver la regata: estamos tan cerca del agua que soy capaz de distinguir los pantalones cortos de color blanco de Álex, y su camiseta a rayas blancas y azul marino. El pelo recogido en una cola de caballo y un brillo especial en el rostro.

Estamos todos aquí; no falta nadie.

—Mierda, me duele la cabeza —comenta Hugo a mi lado. Lo escucho de milagro; es tal el barullo que nos rodea que se hace casi imposible hablar entre nosotros.

—¿No estarás incubando algo? —le pregunta Cata.

Se acerca a él y le masajea las sienes. Se adoran. Y se cuidan. Me encanta ver a mi familia así. Pero Hugo no está incubando nada, es que tiene una resaca de las buenas por la celebración de ayer. Me consta que Dylan y él continuaron festejando después de que nosotros nos marcháramos a casa. Aún no hemos contado a la familia que Dylan ha empezado a tocar el piano de nuevo, preferimos esperar a que acabe la regata de Álex. Y hablando de Álex… ya empieza.

Me meto dos dedos en la boca y lanzo un silbido muy potente. Hugo gira la cabeza; aunque no puedo verle los ojos tras las gafas de sol, sé que me mira con ganas de estrangularme. Me descojono.

Marcos me agarra por los hombros y silba conmigo. Y grita. River, Pris, Dylan, Jaime y mi padre se unen.

—¡Vamos, Revolución!

La regata da comienzo.

Más silbidos, vítores, música de fondo (*That thing you do!*), risas de júbilo, gritos infantiles… Sin embargo, yo apenas percibo nada de ello. Solo el viento, el agua de mar y el sol impactándome en el rostro, todo a la vez; el olor a salitre en mis fosas nasales y la excitación de Álex como si estuviera allí con ella. Va en segunda posición. En segunda puta posición. Y son un montón de competidores. «Vamos, Álex».

—¡Vamos, Álex! —grito—. ¡Ya casi los tienes! ¡Eres la mejor y lo sabes!

Y te quiero con locura. Y entonces… entonces es como si ella me hubiera escuchado, palabra por palabra. No sé qué coño hace al virar el barco, pero consigue ponerse en cabeza. El viento es suyo y de nadie más. El mar es suyo y de nadie más. ¡Dios! ¡Sí! Mi familia se vuelve loca: me empujan para ver mejor y los gritos se intensifican. Mi corazón va a mil por hora. «Vamos, vamos, vamos, vamos».

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos! —repito en voz alta.

Y con mi último grito, Álex se hace con la victoria. Ha ganado. ¡Ha ganado! Abrazo a Hugo y Pris y después al resto de mi familia. ¡Álex ha ganado! Siento tanto orgullo ahora mismo que no me cabe en el cuerpo. Los aplausos de los cientos de personas que estamos aquí se adueñan del lugar. La adrenalina me zumba en los tímpanos; estoy seguro de que no podré borrarme la sonrisa de la cara en meses. Mi pequeña revolución ha ganado. Mi vida.

La voz de Freddie Mercury atrona por los altavoces. *We are the champions*. Todos levantamos los brazos en señal de victoria. Los aplausos continúan. ¡Sí! ¡Sí!

Enseguida me hago consciente de que no voy a poder abrazar a Álex hasta dentro de un buen rato, entre la ceremonia de clausura de la regata y la entrega de la copa. Quiero comprarle algo. Una flor. Sé que es una chorrada, pero quiero entregarle una flor cuando la vea. Por haber

ganado. Y después la besaré hasta el infinito.

—Ahora vengo —grito a mi familia, para que me escuchen a pesar de la música que no cesa, los gritos y los aplausos.

—¿A dónde vas? —pregunta Hugo.

—Fuera. A comprar una flor para regalarle a Álex.

—Te acompaño.

Me descojono otra vez. Este hace cualquier cosa con tal de salir del barullo. Quedamos con el resto en un punto de encuentro en quince minutos y logramos salir del puerto apartando en el camino como a mil personas. La cacofonía disminuye de manera aplastante. Qué jaleo hay ahí dentro. Al que le va a doler mañana la cabeza va a ser a mí. Y a lo grande. Pero me la suda.

—Dios, qué tranquilidad aquí fuera —exclama mi hermano—. No hay ni gente.

«Están todos dentro», estoy a punto de responder, pero no me da tiempo. De pronto, un coche oscuro derrapa a nuestro lado. Quiero gritar un «¿de qué coño vais, gilipollas?» por conducir de una manera tan temeraria, pero tampoco me da tiempo. Varias personas salen del interior y lo próximo que sé es… nada.

Un dolor muy fuerte en la cabeza y…

Nada.

Lo veo todo de color negro.

Nunca me ha gustado el color negro.

Capítulo 34

¿Dónde están Hugo y Adrián?

RIVER

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Saco el teléfono del bolsillo del pantalón y me cago en el CNI, en mi jefe y en todos sus antepasados. En los de mi jefe y en los del CNI. Que hoy es sábado, joder. Qué puta fijación con los sábados. ¿Por qué la seguridad nacional siempre se tambalea en fin de semana?

Cata tuerce el morro cuando me ve sacar el móvil y yo me encojo de hombros. Es lo que hay. Antes de contestar, reviso el número en la pantalla. Frunzo el ceño. Qué extraño. Es un número oculto, y a mí el CNI nunca me llama desde número oculto. Y nadie más tiene mi teléfono, aparte de mi familia. Es un número protegido.

—¿Sí? —respondo con cautela.

—Hola, River.

El mayor escalofrío de toda mi puta vida recorre cada centímetro de mi piel desde el tobillo hasta el cuello. Parece mentira que me rodeen cientos de personas. Todas se difuminan en cuanto escucho esa voz pastosa y susurrante que tan bien conozco. El alboroto. Las risas. Los aplausos. La música de Queen. Todo se evapora como por arte de magia. También el latido de mi corazón.

—Bosco.

Me estremezco de nuevo al pronunciar su nombre.

—Oh, River. Ni te imaginas las veces que he recreado este momento en mi cabeza. He soñado con ello día tras día, noche tras noche. Y tengo que confesarte que mis fantasías no le hacían justicia. La realidad es mucho mejor. Siempre lo es, ¿verdad? Es lo más gratificante que he hecho en mucho tiempo. Mucho más gratificante que follarme a veinte condesas a la vez. Podría correrme ahora mismo sin tocarme.

Escucho sus delirios mientras mis ojos rastrean entre la multitud. Comienzo a contar.

Cata, con nuestro hijo en brazos, junto a Dylan, Pris y Álvaro. Cinco.

Mamá y papá hablando con Isabel. Ocho.

—¿Te has corrido alguna vez sin tocarte? ¿Sin que te tocara mi preciosísima sobrina?

Vuelvo a enfocar la mirada en mi mujer. «Está ahí, River. Cata está justo ahí. No entres en su juego».

Marcos, Alex y Mencía riendo y mirando algo en el móvil de Alex. Once.

—Yo he estado mucho tiempo sin poder disfrutar de las manos de una mujer. Y todo gracias

a ti, hijo.

—No me llames «hijo». No soy tu hijo —escupo con rabia.

Jaime y Julen hablándose al oído. Trece.

Veo a Álex a lo lejos, bajando del velero. Catorce.

—Pero yo te apreciaba, River. Te apreciaba mucho. Desde el primer momento me caíste bien. Me gustaste. Esa determinación tuya. Esa mala hostia. Esa capacidad de liderazgo. Tú eras de los míos, River.

Yo. Quince.

Me faltan dos.

ME FALTAN DOS.

—Pero me la jugaste.

Pulso el botón de «silencio» para que no pueda escucharme. Me acerco a Marcos y le agarro con fuerza el cuello de la camiseta. Tiro hacia mí.

—¿Hugo y Adrián? —le pregunto enajenado; mi mano tiembla en su camiseta—. ¿Dónde están Hugo y Adrián?

La risa de Marcos se esfuma. Me lo ve en la cara. Sucede algo. Y, por instinto, se lleva la mano izquierda a la parte trasera del vaquero, a la hebilla enganchada al cinturón. A su arma. «No», pronuncio solo con los labios. Estamos rodeados de cientos de personas.

Sin quererlo, atraemos la atención de Alex y de Mencía, que se pone en alerta en cuanto me ve. Le hago una seña con la mano para que vigile a toda la familia.

—River… —susurra.

—¿Te encuentras bien, Riv? —pregunta Alex—. Parece que has visto un fantasma, tío. Estás más blanco que el papel.

—Son doce —le digo a Mencía. Doce personas que voy a dejar a su cargo, entre ellas, mi mujer y mi hijo—. Trece, contándote a ti. Protégelos con tu vida.

Asiente con la cabeza. Sin preguntar.

—No ha sido nada fácil, River. No ha sido nada fácil llegar hasta ti. Hubo momentos en que pensé que jamás lo conseguiría. Pero aquí estamos. He sido más listo que tú.

Desactivo el botón de «silencio». Me muevo entre la multitud buscando a mis hermanos con desesperación. Marcos se dirige hacia el otro lado. ¡Hay cientos de putas cabezas! Es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Buscas a tus hermanos? Frío, frío —susurra Bosco.

Hijo de puta. Me está vigilando. Miro en derredor, pero hay tanta gente aquí que es imposible distinguir nada. Podrían pegarme un tiro ahora mismo, a quemarropa, y no sería capaz de impedirlo. Podrían pegar un tiro a mis hermanos ahora mismo, a quemarropa, y no sería capaz de impedirlo. Con la angustia dominando cada poro de mi piel, me acerco a los barcos, a…

—Frío, River.

Doy media vuelta. Me encamino a la salida.

—Caliente…

Echo a correr. Las náuseas suben por mi garganta y mi corazón se desboca. Tengo que empujar y gritar de malas maneras a un montón de personas que se atraviesan en medio para que me dejen pasar. Alcanzo la pequeña cuesta detrás del club náutico y, de ahí, voy directo a la salida.

—Muy caliente, River…

—Como les hayas hecho algo, hijo de puta…

—¿Ahora me amenazas, Riv? ¿Dónde están tus modales de señoritingo de la Inteligencia

española? Mal, hijo, mal.

Salgo a la carretera y me quedo en medio de la nada. Apenas hay viandantes. Todo el mundo está en el puerto, festejando la regata. ¡No hay una puta alma! Respiro. Por un momento, la imagen de mis hermanos, muertos en la carretera, se ha cruzado por mi cabeza, pero aquí no hay nadie. «No están muertos, River. No están muertos». Marcos aparece junto a mí. Tiene el rostro descompuesto.

Estoy a punto de vomitar el desayuno de esta mañana. Activo el altavoz y dejo el móvil en el suelo; apoyo las manos en las rodillas y respiro. O lo intento. Entonces la veo. En la carretera. La marca de unos neumáticos que han derrapado. Me agacho y la rozo con las yemas de mis dedos. Es reciente.

—*Te quemaste, River.*

—¿Dónde están? ¡¿¿DÓNDE ESTÁN??!

Mi hermano coge el teléfono del suelo; ya sabe que es Bosco.

—¡Hijo de puta! —grita—. Como les toques un puto pelo de la cabeza, juro que te mato.

Bosco ríe a mandíbula abierta.

—*Hola, Marquitos. Relájate un poco, chico. Te doy un ratito. Adiós, River.*

Y cuelga.

MARCOS

—¿Cómo ha pasado esto? ¡¿Cómo coño ha pasado esto?! —le grito a River. Estoy perdiendo el control, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—No lo sé.

—¿Dónde están Hugo y Adri? —insisto.

—¡No lo sé, Marcos! ¡No lo sé! Bosco me ha traído hasta aquí con el juego de «caliente, frío» para que encontrara las marcas del coche. Nos vigilan.

—River… —sollozo.

River se levanta del suelo y me arrebata el teléfono. Realiza una marcación rápida y se lo pone en la oreja. Yo me llevo la mano al pantalón vaquero y la dejo ahí, preparada, mientras miro alrededor y protejo a mi hermano. Hugo y Adri están bien. Hugo y Adri están bien. Cierro los ojos un solo segundo. Están bien. Están bien. Están bien. Bosco solo quiere dinero y una escapatoria. Se lo daremos. Todo lo que pida. Mis hermanos están bien. Y están juntos. Se protegerán el uno al otro. Lo sé.

—Bosco está aquí. ¡EN MI PUTO PUEBLO, JODER! Tiene a mis hermanos. Hugo y Adrián. Joder. —La voz de River sale estrangulada. Se frota los ojos con ahínco. Se recompone—. Tiene a Hugo y a Adrián. Hay que encontrarlo. Acaba de llamarme por teléfono desde un número oculto, haced el seguimiento. Activad también los localizadores de los móviles de mis hermanos. Se los han llevado en coche hace unos minutos. Controlad las cámaras de todo el maldito pueblo, y cada salida. Voy a poner a salvo a mi familia y os llamo de nuevo. Espera, una cosa más. Si Bosco Manrique se atreve a hacer el más mínimo daño a cualquiera de mis hermanos, me lo cargo. Quedáis avisados.

River cuelga y nos dirigimos de nuevo al puerto. Me tiembla la mano. Me tiembla la puta mano. Hay que conducir a todos a un refugio seguro. Pero me tiembla la mano. Me detengo.

—River —lo llamo, y le enseño la mano izquierda. Es mi mano dominante. Mi mano buena.

Mi hermano viene hacia mí y me la cierra en un puño. Lo cubre con la suya.

—Controla, ¿OK? Te necesito entero, Marc. Te necesito geo.

—Tengo ganas de vomitar.

—Yo también. Vamos.

Llegamos al puerto y enseguida localizamos a nuestra familia; esto continúa hasta la bandera, pero ellos no se han movido de su sitio. Mens los mantiene a todos juntos en un círculo sin que se den cuenta. Álex ya está entre ellos, levantando su copa dorada bien alto y riendo con Dylan. Ambos pletóricos, ajenos a lo que sucede a su alrededor. Dios, voy a vomitar. Alex, *mi* Alex, se aleja del grupo, y Mencía lo deja ir porque justo nos ve a Riv y a mí.

—¿Qué está pasando, Marcos? —me pregunta él, preocupado—. Tienes la cara desencajada. Marcos…

Lo agarro del brazo y lo acerco a mí.

—Escúchame: coge a Pris, a Álvaro, a Jaime y a Julen y sácalos de aquí. Ya. Yo os escolto con mi coche.

—Marc…

River le arrebata a Alex la botella de agua que lleva en la mano y se aleja de nosotros. No sé a dónde coño va. Me concentro en mi cuñado.

—Cierra todas las puertas y ventanas. Baja las persianas. No enciendas la radio. El televisor, sí, pero poned películas o series de alguna plataforma digital. No pongas la televisión normal. Cero noticias, Alex. ¿Me estás entendiendo?

—Me estás acojonando mucho, Marcos. ¿Qué ocurre?

—Bosco está en el pueblo. —Alex abre los ojos desmesuradamente y pierde todo el color de la cara—. Y tiene a Hugo y a Adri.

—¡No! —exclama horrorizado.

—Shh. —Miro alrededor para asegurarme de que nadie lo ha escuchado. Por suerte, todos andan entretenidos con la copa de Álex—. Tienes que llevarte a Pris, Alex, por favor. Tienes que llevarte a mi hermana y protegerla. Y no puede enterarse de nada de esto. No puede tener la más mínima sospecha. Un disgusto así podría destrozarla, y está embarazada, Alex…

—Tú ya estás destrozado. Marc, estás temblando y… Hugo y Adri…

—Yo voy a estar bien. Y ellos también. Confía en mí. Tú piensa en vuestro bebé. Tienes que proteger a la familia, hermano.

—Te lo juro —afirma sin dudar.

—Gracias.

—Pero ¿cómo voy a llevármelos de aquí? ¿Qué excusa voy a poner? Se supone que ahora nos vamos todos a casa de tus padres a celebrar el triunfo de Á… Oh, Dios. —Alex mira hacia nuestra familia, que sigue formando un corro—. Álex y Dylan. Ellos no saben nada.

—Ni lo van a saber —asegura River, que ha aparecido de pronto—. Toma, bébete esto. Ahora.

Le ofrece la misma botella de agua que le ha arrebatado hace unos minutos, pero llena de *algo* hasta los topes. Alex la coge y la mira con sospecha.

—¿Qué es?

—Bébetela. Entera.

Alex obedece porque se trata de River. Se bebe todo el contenido de la botella en un par de tragos. El rostro se le descompone y tose. River le agarra la camiseta por la nuca y lo obliga a agachar la cabeza. Unos segundos después, Alex convulsiona y empieza a vomitar. Cruzo una mirada con River. No parece River. Lo he visto varias veces en modo CNI, pero nunca como hoy. Hoy no es él. Está histérico, aunque intente disimularlo. Igual que yo.

—Y, ahora —me dice a mí mientras Alex no para de vomitar—, escóltalos hasta su casa. Entra tú primero y asegúrate de que no hay nadie dentro. Después, vienes a casa de papá y mamá. Nos encontraremos allí.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué le has dado a Alex?

—Una excusa para irse a casa. Estará bien en un par de horas.

—¿Alex? —Priscila camina hacia nosotros, preocupada—. ¿Qué le ha pasado?

—Algo que… le ha sentado mal —titubeo. No puedo evitarlo. Le estoy mintiendo a mi hermana a la cara. Hugo y Adri… Dios. «Contrólate, Marcos».

Nos dividimos en dos grupos. Nos preguntan por Adri y por Hugo y les explicamos que han ido a comprar lo necesario para la fiesta sorpresa de Álex. Todos ríen por mi metedura de pata. Bien. Nos dirigimos a los coches y, mientras van se acomodan, Mencía me detiene.

—Marcos…

—Estoy bien —le aseguro. Ambos sabemos que es mentira. Ambos sabemos que no tengo el control. Mencía me cubre la mejilla con una mano y el corazón con la otra. Me da un beso en los labios.

—Titi… —sollozo de nuevo. Estoy a punto de derrumbarme. Ella une nuestras frentes y me ayuda a estabilizar mi respiración.

—Respira, Marc. Respira.

Lo intento. Nos despedimos y escolto a mi grupo hasta su casa sin que se den cuenta de nada mientras River lleva al resto a casa de mis padres.

RIVER

Dejo a mi familia a salvo en casa y salgo a la calle a esperar a Marc. Necesito moverme. Necesito ir a buscarlos ya.

—River —me llama Mencía.

—Que no salga nadie de aquí —le ordeno. Asiente con la cabeza, y justo…

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Tanto Mencía como yo observamos de reojo la pantalla del teléfono, en mi mano. Es mi jefe. Intercambiamos una mirada y entorno la puerta de casa para que no nos escuchen.

—Sí.

—*Lo tenemos.*

Contengo el aire.

—¿Dónde?

—*En el jodido spa de tu suegra.*

Tiene sentido: está cerrado desde el enfrentamiento que tuvimos allí. La madre de Cata quiso eliminarlo de su vida de alguna manera. Aunque, por otra parte…

—¿Cómo lo habéis localizado?

—*Por los teléfonos móviles de Hugo y Adrián.*

El deportivo rojo de mi hermano entra en la urbanización a toda hostia y frena en seco justo frente a mí. Marcos se apea y viene corriendo; Mencía va a su encuentro. Se funden en un abrazo y él levanta el dedo pulgar para que yo sepa que todo está OK en casa de Pris y Alex.

—Demasiado fácil —le digo a mi jefe—. Están en el *spa* —informo a Marcos y Mencía.

—¿En el *spa* de la madre de Cata? —pregunta mi hermano. Asiento con la cabeza. Mencía coge su móvil al instante y se aleja de nosotros.

—*Quiere que sepas dónde está* —responde mi jefe.

—¿Por qué?

—*Porque no los quiere a ellos, River. Te quiere a ti. Ellos solo estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.*

—Me tendrá. Voy para allí.

—*Nosotros vamos de camino. Diez minutos.*

—Bien. Ahora nos vemos. No hagáis nada sin mi autorización. Son mis hermanos, Leo —le digo con un puto hilo de voz, que no he sido capaz de disimular. Y lo llamo Leo, que es como lo llama Mencía. No sé por qué lo he hecho. No sé por qué he buscado esa cercanía en él.

Voy a colgar, pero me frena en el último momento.

—*River.*

No respondo.

—*Vamos a atrapar a ese hijo de puta y, antes de que te des cuenta, estarás comiendo con toda tu familia en domingo, bajo el maldito sol abrasador de tu pueblo, y yo te llamaré para tocarte los huevos con temas de trabajo. Puede que incluso me presente allí y me beba tu café. Tú te cagarás en el CNI, pero harás el trabajo, y todos contentos. ¿River? ¿Hijo? ¿Me estás escuchando?*

La bilis asciende a mi garganta. Y otro vuelco al corazón.

—Sí.

Cuelgo.

—Nos vamos —anuncio en un carraspeo—. El CNI va de camino.

—Y el GEO —añade Mencía.

—¿Los has avisado tú? —le pregunto a mi hermano.

—No —indica ella—. Los he avisado yo en cuanto Hugo y Adrián han desaparecido en el puerto. Necesitáis todos los refuerzos posibles. Ya han llegado al pueblo y acabo de avisarlos de que Bosco está en el *spa*. Tu equipo está aquí, Marc. *Tu* unidad. Contigo. Cada segundo. No te han llamado para no distraerte ni ocupar la línea, pero están aquí y no van a dejarte solo.

—Gracias —le dice mi hermano, completamente alterado. Marcos está muy pasado. Demasiado pasado. Jamás lo había visto así. Solo espero que…

—¿Qué ocurre aquí?

Mierda. ¡Joder! Me cago en la puta.

Es Cata.

—Cata…

—No me mientas, por favor —suplica—. Sé que ocurre algo. Lo sé desde hace veinte minutos, desde que has empezado a romperte en pedazos.

—Bosco está en el pueblo —le suelto a bocajarro. Porque necesito que entienda la gravedad del asunto y que obedezca. Sobre todo, que obedezca.

—No. No. No. No —exclama, aterrada—. ¿Dónde están Hugo y Adrián? ¡River! ¡¿Dónde están Hugo y Adrián?!

—Cata —me acerco a ella y le rodeo el rostro con las manos—, tienes que quedarte en casa y cuidar de los nuestros. De nuestro hijo. De mis padres. De Álex y de Dy. Mencía va a quedarse con vosotros para protegeros. No puedes hacer lo mismo que la otra vez, Cat Cat. No puedes venir detrás de mí a salvarme. Te lo ruego. Por favor. Quédate aquí. Prométeme que vas a quedarte aquí.

Asiente con la cabeza. Rompe a llorar, pero asiente con la cabeza.

—Te lo prometo, River.

Me da un beso en la boca y nos abrazamos muy fuerte. Cuando nos separamos, me siento vacío.

—Vamos ya al puto *spa*, joder —exclama Marcos, impaciente.

Entonces, Álex y Dylan aparecen de la nada.

ÁLEX

—¿«Al puto *spa*», a qué? —pregunta Dylan desde el umbral de la puerta.

No entiendo nada, pero sé que aquí pasa algo. Algo grave. Lo siento en las tripas. Un nudo incómodo se ha asentado en mi estómago hace rato, como un mal presentimiento, y se ha agrandado en cuanto a Dylan le ha cambiado el semblante y ha salido corriendo de casa sin previo aviso. Charlábamos junto a la ventana y de repente… ha salido corriendo.

—Meteos en el salón —nos ordena River. ¿Perdona?—. Ahora venimos.

—¿Dónde coño está Hugo? —arremete Dylan—. ¡¡¿DÓNDE COÑO ESTÁ HUGO?!! ¡Y Adrián!

Se hace el silencio. Y yo me fijo en las actitudes de los demás.

En Cata, que se abraza a sí misma, como si la acosara un frío polar, a pesar de que estamos a más de treinta grados. Tiene los ojos rojos y acuosos.

En Mencía, que permanece tiesa como un palo, y que no mostraría absolutamente nada si no fuera por el miedo en sus ojos.

En Marcos, que lo muestra absolutamente todo. Está aterrorizado. Nunca he visto a Marcos Cabana aterrorizado. Se me pone la piel de gallina. Yo también tengo frío.

Y lo peor de todo: la pregunta. Esa maldita pregunta. ¿Dónde están Hugo y Adrián?

El nudo de mi estómago se convierte en una enorme bola de nieve.

—De camino —responde River.

—Mentira. —Dylan sale de casa y agarra a River por la camiseta. Le da la vuelta y lo estampa contra la pared, a mi lado. Pum. Me sobresalto. River se deja hacer—. Me estás mintiendo a la puta cara. He escuchado que Bosco está aquí. Lo he escuchado a través de la ventana. Y antes de que intentes colármela de nuevo, te recuerdo que poseo un oído prodigioso y que no me ha fallado en mi puta vida. Y ahora te pregunto de nuevo: ¿dónde coño están Hugo y Adrián? ¡¡¿DÓNDE ESTÁN?!!

¿Bosco? ¿Quién es Bosco? ¿Y dónde están Hugo y Adrián? La respiración se me acelera y la bola de nieve está a punto de salir por mi boca.

Ellos no me miran. Nadie me mira. Puede que ese sea el motivo por el que yo puedo apreciar de forma nítida todo lo que sucede a continuación:

River cruza una mirada con Marcos, primero, y con Mencía, después. ¿Se han comunicado por telepatía o qué está pasando aquí?

Mencía coge a Cata de la mano y la guía al interior de la casa. En un acto reflejo, yo doy un paso atrás en el recibidor y las dejo pasar; justo en ese momento Mencía toma mi mano también y me echa más atrás todavía. No se lo impido. Estoy paralizada. Adrián. ¿Dónde está Adrián?

Marcos está a punto de decir algo, lo veo desde aquí, pero cierra de nuevo la boca, gira sobre sus talones y se dirige a su coche.

Vuelvo a sobresaltarme cuando de pronto es River quien agarra a Dylan de la camiseta y lo empuja hasta meterlo en casa. Los músculos de sus brazos, muy marcados. Jamás me había fijado en que River tuviera los músculos tan definidos. Junta su frente con la de Dylan y le susurra:

—Perdóname.

Entonces lo empuja con tanta fuerza que lo derriba al suelo. A Dylan no le da tiempo a reaccionar. River sale corriendo y cierra la puerta con fuerza. Todos escuchamos el sonido de la cerradura. Dos vueltas completas. Clanc. Clanc. Nos ha encerrado dentro. Yo estoy a punto de reírme a carcajadas y preguntar dónde coño está la cámara oculta, pero…

Adrián. ¿Dónde está Adrián?

Dylan por fin reacciona y se levanta del suelo. Corre hacia la puerta e intenta abrirla sin éxito. La aporrea con los puños. Con los pies. Con las palmas de las manos. No consigue absolutamente nada, del mismo modo que yo no consigo que mi cuerpo reaccione. ¿Qué está pasando?

—Dylan, escúchame… —Mencía se acerca a él y lo aleja de la puerta.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? —María sale de la cocina con el pequeño Hugo en brazos y nos mira enfadada—. ¿Os habéis vuelto locos? Me habéis despertado al niño.

—Lo siento —se disculpa Mencía.

Nos quedamos todos en silencio con cara de circunstancias, sin saber qué hacer. Hugo llora como un loco. María nos observa con el ceño fruncido. Adrián. ¿Dónde está Adrián?

—¿Os estáis peleando? —nos pregunta—. ¿Qué pasa?

—Nada. Dylan ha perdido una apuesta y se ha llevado una pataleta —responde Cata. Coge en brazos a su hijo y regresa a la cocina con María. Lanza una última mirada a Dylan y le dice algo con los labios, pero no alcanzo a descifrarlo.

—¡Mencía! —la llama María—. Ven a ayudarme con esto, por favor.

—¡Voy! Ahora vuelvo —nos dice a nosotros—. No os mováis de aquí, tengo que hablar con vosotros.

—Tenemos que salir de aquí —me dice Dylan en cuanto desaparecen.

Intento responderle, pero la bola de nieve me lo impide. No puedo hablar. Trago saliva.

—¿Qué está pasando, Dylan? —consigo preguntar a media voz—. ¿Dónde está Adrián?

—Hay que salir de aquí —repite sin descanso—. Hay que salir de aquí. Hay que salir de aquí. Ya.

Eso sí sé hacerlo.

—Yo sé cómo.

—¿Cómo? —pregunta desesperado.

—Arriba. —Señalo con la mano.

—Espera. —Dylan revuelve nervioso los objetos que hay encima del mueble del recibidor hasta dar con las llaves del coche de Adrián—. Ya está. Vamos.

Subimos las escaleras y entramos en la habitación de Adrián. Abro la ventana. Dylan, sin pensárselo, levanta la pierna, dispuesto a saltar. Lo detengo con el brazo y lo obligo a volver atrás.

—Yo primero. Hay unos salientes de ladrillo en la pared. Solo tienes que seguir mis pasos. ¿Ibas a saltar por la ventana sin más?

—Sí —reconoce sin inmutarse.

—Sigue mis pasos, ¿de acuerdo?

Asiente con la cabeza y comenzamos a bajar. Una vez en la calle, corremos hacia el coche de Adrián.

—¡¡Dylan!! ¡Álex!

Miramos hacia atrás, hacia la ventana de Adrián. Es Mencía. Tarde. Totalmente tarde. Nos montamos en el coche y arrancamos a toda pastilla.

—¿Sabes a dónde tenemos que ir? —le pregunto a Dylan.

—Sí. Al *spa* de la madre de Cata. Suelo ir hasta allí en bici, con Hugo. Conozco el camino de memoria.

—¿Qué está pasando, Dylan?

—No lo sé.

—¿Quién es Bosco?

—Eso sí lo sé.

RIVER

Ciento noventa kilómetros por hora, y subiendo. La mirada de Marcos permanece enfocada en la carretera, aunque su cabeza no sé dónde está. No importa. Confío en él y en sus reflejos; no vamos a morir en este coche. Tampoco hemos cruzado una sola palabra desde que nos hemos abrochado el cinturón.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

El teléfono vibra en mi mano. Llevo una hora con él en mi mano, apretándolo con tanta fuerza que se me ha tatuado su contorno en la piel.

Es Mencía.

—Mencía —respondo—, te pongo en altavoz.

—*Dylan y Álex se han escapado. Lo siento.*

—No me jodas.

—¿Cómo? —pregunta Marcos.

—*Por la ventana del dormitorio de Adrián. No entiendo cómo no se han matado.*

Golpeo el salpicadero del coche. La puta ventana de Adrián. ¡Mierda!

—Álex lleva subiendo y bajando por esa ventana desde los diez años por lo menos —le explica Marcos—. Hay unos salientes en la pared.

—*No lo sabía.*

—Es culpa mía —reconozco—. No he pensado en la ventana, joder.

¿Dónde tengo la cabeza?

—Tampoco yo me he dado cuenta —añade Marc.

—Mierda —exclamo—, esto no debería estar pasando.

—*Van directos hacia allí. Estoy segura.*

—Bien. Los esperaremos y protegeremos.

—*Lo siento.*

—No podías haberlo impedido. —Distingo una barricada montada en la carretera, varios metros antes de llegar al *spa*—. Mencía, hemos llegado.

—*Tened mucho cuidado, por favor.*

Colgamos a la vez.

—Baja la velocidad, Marc. Ya.

Nos acercamos a la barrera que corta el tráfico. Los cuatro geos (dos en motocicleta y otros dos, a pie) que la vigilan por ambos extremos la alzan para permitirnos el paso. No titubean: han reconocido el coche de Marcos. A pesar de la velocidad, mi hermano frena en un movimiento limpio. Bajamos los dos a la vez. Joder, esto está lleno de gente. La zona está acordonada y ya han instalado el campamento: dos mesas amplias juntas, con toda la parafernalia de telecomunicación, armas y planos, y geos y agentes del CNI alrededor, discutiendo entre sí.

—¡Es competencia del GEO!

—Es un caso del CNI.

—Es un puto secuestro. No nos vamos a ir de aquí.

—Son los hermanos de un agente del CNI, y el sospechoso es un convicto del CNI. El CNI se queda.

—También son los hermanos de…

Todos callan en cuanto nos ven aparecer. Y de repente las diferencias se evaporan. Nos quedamos todos.

—River. —Mi gente viene en mi dirección.

—Marcos. —Su gente va en su dirección.

—¿Qué sabemos? —pregunto yo.

—Hay dos francotiradores en el tejado y cuatro hombres más armados en el aparcamiento —explica mi jefe—. Ni rastro de Bosco ni de tus hermanos.

—No han dado señales de vida —nos explica un geo—; las negociaciones…

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Levanto la mano para silenciarlo. Número oculto. Es él. Chasqueo los dedos para llamar la atención de uno de mis chicos. Le señalo el móvil. Lo entiende a la perfección. Cuando descuelgo la llamada, todos nos escuchan por el equipo de reproducción situado en una de las mesas.

—River —respondo.

—Hola, hijo. Veo que ya habéis llegado. La caballería. Solo faltabais vosotros dos.

—¿Dónde están mis hermanos?

—Dentro. Les he dejado una habitación para ellos solos. Una de las grandes. No pueden tener ninguna queja. Aunque también es cierto que a uno de ellos sí le he tocado un pelo de la cabeza. Bueno, en realidad, he hecho mucho más que eso. —Dejo de respirar—. *Tranquilo, está vivito y coleando.* —Suelto el aire que estaba reteniendo. Pero la rabia comienza a consumirme —. *Un chico muy valiente. Apenas se ha quejado. Eso sí, un poco bocazas, para mi gusto. Se ha buscado todo lo que le ha pasado.*

Cierro los ojos. Hugo. Hugo protegiendo a Adri para que no lo dañara a él. Solo… lo sé.

Marcos aparece detrás de mí.

—¡Hijo de puta! —grita, dominado por la rabia.

—Tranquilo, Marquitos. Ya te he dicho que estaba bien.

—¿Qué quieres? —pregunto yo.

—A ti, River. A ti. Siempre a ti. Y te quiero solo. Tienes media hora, como mucho, para presentarte en este aparcamiento. Haremos un intercambio. Tú, por tus hermanos.

Cuelga.

Capítulo 35

No pienso permitir que te ocurra nada malo

ADRIÁN

Presión. Tensión. Palpitaciones en el cuello y los hombros. Me duele tanto la cabeza que el dolor me despierta. Me froto los párpados con ímpetu y los abro de sopetón en cuanto siento en cada fibra de mi ser que no estoy ni en mi cama ni en mi casa. Sin mover un músculo, débil, muevo los ojos, desorientado. Paredes de color arena. Halógenos en el techo, abovedado. Un escritorio de color caoba con un butacón rojo y estrafalario junto a la cama de matrimonio. Es una habitación que me resulta desconocida. ¿Dónde estoy?

Los pinchazos en mi cabeza me obligan a llevarme las manos a las sienes y apretar con fuerza. Me siento como si estuviera dentro de una cámara anecoica, donde solo existe el silencio absoluto, sin ningún tipo de interferencia. Ahí dentro, sentiría cualquier sonido amplificado por mil. Un simple chasquido de dedos, brutal.

O como si estuviera en el espacio exterior, flotando en la oscuridad, rodeado del infinito más infinito. Demasiado consciente de mí mismo. El mínimo movimiento de mi cuerpo, como un pestañeo, bestial. Abrumador. Intimidante hasta la demencia.

Este soy yo sin mis capas.

Este soy yo aquí y ahora.

Las imágenes de un coche que se detiene frente a mí acuden a mi cabeza. La escasez de aire. El estado de semiinconsciencia. Una conversación a lo lejos… entre risas…

El geo ha amenazado al jefe con que no les toquemos un solo pelo de la cabeza.

Marcos.

Ahora el jefe quiere tocarles algún pelo de la cabeza. Y yo también.

¿Elegimos a uno?

¿A quién?

Después, una voz de sobra conocida para mí, incitándolos. Jugando con ellos. Jugando con fuego. Protegiéndome. Quemándose.

Te va a tocar a ti, rubiales. Por bocazas.

Hugo.

Me falta el aire. Me falta el aliento. No puedo respirar. Hiperventilo. Mi corazón enloquecido. Me ahogo. Me levanto de la cama y camino hacia la ventana. Está cerrada. No puedo respirar. No puedo respirar. Me tumbo en el suelo y siento el calor del verano en la

madera. Cierro los ojos; me traslado al calor que desprende la madera en los tablones que delimitan la piscina de mi urbanización. Mi casa. Mi familia allí, conmigo. «Cálmate. Cálmate». Vacío mis pulmones por completo y ralentizo el ritmo de mis inhalaciones. Mi corazón se estabiliza. Respiro.

Me levanto a toda hostia y voy hacia la puerta esta vez, sabiendo de antemano que no se abrirá, pero tengo que intentarlo. Le doy patadas, empujones. Solo consigo que me lo devuelva todo multiplicado por un millón. Grito. Me desgañito. Fuerzo mi voz todo lo que da de sí.

—¡Hugooo! ¡HUGOOO!

No hay respuesta. No hay sonidos. Y ese mutismo me desquicia.

Un chasquido de dedos, brutal.



No sé el tiempo que peleo con la puerta hasta que, derrotado, caigo al suelo. Quizá solo hayan pasado cinco minutos; yo me derrumbo con facilidad. Me palpita la garganta. Me palpita todo el maldito cuerpo. Necesito agua.

Y entonces se abre la puerta y un cuerpo es arrojado con brusquedad junto a mí.

—Haceos mimitos el uno al otro —escupe el tipo que lo trae. No me da tiempo a verle la cara. Solo tengo ojos para el cuerpo que ha sido arrojado junto a mí.

Hugo.

—¡Hugo! —Me arrastro en su dirección y lo toco con cuidado. Está en posición fetal, tosiendo con fuerza—. Hugo. Hugo. Hugo.

Consigo girarlo y me desespero al verlo.

—Hugo… —susurro—. ¿Qué te han hecho? ¡¿¿Qué te han hecho??!

Me he quedado sin voz. Y de nuevo, sin aliento. Lo han destrozado. Tiene la cara llena de sangre y de magulladuras. Cortes. En la ceja. En la boca. La camiseta blanca, coloreada por la sangre que emana de su nariz.

—Estoy bien —susurra a su vez, con la voz débil, casi inaudible. Nunca he escuchado a Hugo tan débil. Me asusto—. Estoy bien, Adri.

Intenta levantarse, pero apenas consigue moverse; empujo con suavidad su espalda y lo ayudo a incorporarse. Me sitúo detrás de él para servirle de apoyo, o por si se tambalea. Lo sujeto por la cintura y lo pongo de pie. Lo desplazo hasta la cama; apenas puede sostenerse por sí mismo. Se sienta con la espalda en el cabecero y las piernas estiradas. También tiene sangre en los pantalones. Se estruja el abdomen con una mano; le duele. Le alzo la camiseta y tengo que cerrar los ojos.

Es entonces cuando lo veo todo de color rojo. Rojo de rabia. De ira. De desesperación. Quiero gritar. A pesar de que nunca he querido hacer daño a nadie a propósito, quiero aniquilar al que le ha hecho esto a mi hermano.

Busco en mi memoria el color opuesto al escarlata, para que lo contrarreste. Lo encuentro en el turquesa. Tiño mi mente de turquesa mientras me levanto y voy al baño a por algo para limpiarle las heridas. No hay toallas. No hay papel higiénico. No hay una puta mierda. Regreso a la cama y saco la funda de una de las almohadas. Servirá. Vuelvo al baño y rezo para que al menos salga un poco de agua del grifo. Brota lo justo para empapar la tela.

Me siento en la cama junto a Hugo y escurro la funda en su boca abierta.

—Bebe —le digo.

Son cuatro gotas. Cuatro putas gotas. Y él no deja de toser.

Me levanto y vuelvo a la puerta. Doy varios puñetazos y grito:

—¡Agua, joder!

Regreso a donde mi hermano y le limpio el rostro con la humedad que queda; la tela blanca enseguida se tiñe también del puto color rojo. Me preocupan la herida de la ceja y la nariz, que no dejan de sangrar.

—Inclínate hacia delante y respira por la boca.

Le tapono las fosas nasales con la tela y presiono. Su respiración es irregular, pero necesito detener la hemorragia. Le rodeo el cuello con el otro brazo y lo empujo con cuidado para que se apoye contra mí. Le acaricio el cabello con cariño. Rompo a llorar. Ya no puedo más.

—Estoy bien, Adri.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué los has cabreado así, Hugo?

—Deformación profesional. —Tose—. No puedo evitarlo. Yo soy el borde de la familia Cabana, ¿recuerdas?

—Sé que lo has hecho para protegerme. No tenías que hacerlo, Hugo. No tienes que protegerme siempre. No *tenéis* que protegerme siempre.

Mis hermanos siempre han cuidado de mí. Han cuidado de mí más de lo normal. Hasta mis dieciocho años, no supe de mi alta sensibilidad, pero todos sabíamos que había algo diferente en mí, y mis hermanos siempre han evitado que yo sufriera. Si perdía las gafas de sol, me daban las suyas para que no me doliera la cabeza. Si nos caíamos todos de la bici en efecto dominó, me preguntaban a mí primero cómo estaba. Si alguien se metía conmigo en el colegio, salían en mi defensa como si fuéramos *Los Intocables de Eliot Ness*. Me lo han permitido todo. Y nunca han hecho que me sienta débil por ello. Todo lo contrario: me sentía fuerte, me sentía… protegido. Y se lo he agradecido toda mi vida, cuidando de ellos lo mejor que he podido. Pero no tienen que protegerme siempre. No por encima de su propia seguridad.

—Claro que debo protegerte —apunta sin titubear—. Eres mi hermano pequeño.

Aprieto los párpados y le beso la cabeza.

—Vamos a salir de aquí, Hug. Vamos a salir de aquí.

—Es Bosco. El que está detrás de todo esto es Bosco.

¿Qué?

—¿Bosco? ¿El tío de Cata?

—Sí.

No puede ser.

—Pero… ¿cómo?

—No lo sé. Pero no tiene buena pinta. Ese tío no quiere dinero, busca venganza. Se lo he visto en la cara. Quiere hacer daño a River. Y te aseguro que pegarme a mí es solo un pasatiempo. Quiere quitarle algo suyo.

—Vamos a salir de aquí —repito, convencido.

—Necesito hablarte de algo, Adri.

—No me digas que me quieres, Hugo. Vamos a salir de esta.

Hugo ríe, pero solo se hace más daño. Mierda.

—Os lo íbamos a anunciar a todos en un par de días, pero ahora necesito que lo sepas ya.

—¿Qué ocurre?

—Dylan y yo hemos adoptado una niña.

—¿Qué? ¿C… cuándo?

—Hace casi un año empezamos con los trámites. No sé si recuerdas que Dylan visitó un hospital infantil el otoño pasado.

—Sí. Salió en la televisión.

—Allí la conoció. Los niños sin problemas de movilidad se congregaron en una sala que habían habilitado para que estuvieran con él y cantaran juntos. Todos participaron felices menos una niña. Ella permanecía sentada en el suelo, en un rincón. Entonces tenía tres años. No hablaba. No *habla*. La abandonaron con un año y medio en la puerta de un hospital, o al menos esa es la edad que creen que tenía. No sabemos por qué lo hicieron, pero nos han comentado que, teniendo en cuenta la desnutrición que presentaba, lo más seguro es que lo hicieran porque no podían mantenerla. Tiene problemas respiratorios y ha estado de hospital en hospital prácticamente desde entonces. Dylan enseguida la vio. Se acercó a ella después de la actuación y…

A Hugo se le quiebra la voz. Yo lo estrecho con más fuerza. Le retiro la tela de la nariz. Ha dejado de sangrar.

—¿Y…? —lo animo.

—Me dijo: «Esa niña tiene que ser nuestra, *babe*. Es igual de rubia que tú. Y está tan vacía por dentro como lo estaba yo antes de ser tuyo».

—Hug…

—Dylan ha hecho todo lo que ha estado en su mano para que nos concedieran la adopción. Hemos acudido a cientos de entrevistas y alguna más. Han visitado nuestra casa, mi trabajo, su trabajo; han supervisado nuestros hábitos de convivencia. Hace unos días, firmamos todos los papeles. Estamos esperando un último trámite y… —La voz de Hugo se pierde en un sollozo—. No quiero que Dylan críe solo a nuestra hija. Quiero estar con ellos.

Las lágrimas escapan de mis ojos de nuevo, sin que pueda, ni quiera, hacer nada para evitarlo.

—Eso no va a pasar —le aseguro—. No voy a permitir que te ocurra nada malo. Vamos a salir de aquí y vas a criar a tu hija junto a Dylan. Y yo voy a malcriarla y a llevarte la contraria en todo. Voy a ser el tío guay. Tengo madera de tío guay. ¿Cómo se llama?

—París. París Cabana Carbonell.

—Hugo… —reímos y lloramos los dos—, Dylan y tú vais a ser papás.

—Tú vas a ser tío otra vez.

—Oh, Dios. ¿Cuándo crecimos, Hug? ¿Cuándo ha pasado todo esto? Porque yo todavía nos veo a todos en casa, en el baño de arriba, con Marcos metido en la bañera con el Monopoly en las manos.

—No lo sé.

—Sabía que ocultabas algo. Lo sabía desde hace tiempo, pero intuía que era algo bueno, por eso no te he preguntado. Y era esto.

Nos quedamos los dos en silencio, digiriendo lo que… somos, supongo. Digiriendo nuestra vida.

—Y tú, ¿qué? —me pregunta entonces.

—¿Yo qué de qué?

—¿Sabes quién está también en ese baño con nosotros?

Sí, lo sé. Claro que lo sé.

—Álex —susurro.

—Álex —repite.

—Estoy muy liado con ella, Hug —confieso.

—Lo sé. Desde los catorce. En realidad, lo sabemos todos. Hay pocas personas que puedan estar a tu altura, pero ella lo está. Siempre lo he sabido. A mí me ganó aquel día en el colegio,

con los gatos —reímos de nuevo los dos—. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Y esta vez no vamos a permitir que se vaya. No lo vamos a permitir, Adri.

Agarro la cabeza de mi hermano y lo beso con fuerza.

—Te quiero.

—Yo te quiero más, mi niño pequeño.

—Soy tan alto como tú.

—Ni de coña.

—Lo soy. Y lo sabes.

—Los cojones.

La puerta se abre de pronto con estrépito y un tipo armado, vestido de negro, aparece en el quicio.

—Vosotros dos, levantaos. Ha llegado la hora.

“ No estáis solos. No os vamos a abandonar.

Pristy, la ardilla, con el corazón en un puño.



Capítulo 36

Tengo miedo

PRISCILA

Alex ya se encuentra mejor del estómago y Álvaro se ha quedado dormido nada más llegar a casa. Muchas emociones para él en pocas horas. Estamos los cuatro sentados en el sofá: Julen, Jaime, yo y Alex, en ese orden, con la vista clavada en la película de acción que se desarrolla en la pantalla, pero yo no presto atención. No dejo de pensar en que…

«¿O acaso las bolas de demolición se convierten en granos de arena con el paso del tiempo?». Jamás pensé que las bolas de demolición regresarían a mi vida. Jamás pensé que podría pasarme algo igual de malo o peor que el error que cometí con Alex en el pasado como para provocar su vuelta. Pero miro a mi marido y… y sé que tenemos esa bola justo sobre nuestras cabezas.

Y entonces me doy cuenta de que esa bola posee un nombre propio. O varios.

Incertidumbre.

Miedo.

Alarma.

Mal presentimiento.

—Alex —lo llamo, sin retirar el rostro del televisor, al tiempo que una lágrima rueda por mi mejilla.

—¿Qué?

—Por favor —le suplico con voz quebradiza.

—¿Pris? ¿Estás llorando? —me pregunta Jaime, a mi lado.

—Priscila. —Alex se levanta del sofá y apoya los brazos en mis rodillas—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No. Sé que me estás ocultando algo. Sé que ocurre algo. No soy idiota. Dime qué es, por favor. En lo único en lo que puedo pensar es en que ni Adri ni Hugo estaban en el puerto cuando nos hemos marchado. Y en que Marcos mentía. Conozco a Marcos. Y a River. Estaba nervioso. Y River pocas veces está *así* de nervioso.

—Pris…

—Dime que no son mis hermanos. Dime que no es Adri. Por favor.

Los ojos de Alex se humedecen.

—Lo siento…

Cierro los míos.
Tengo miedo.

RIVER

—A ti, River. A ti. Siempre a ti. Y te quiero solo. Tienes media hora, como mucho, para presentarte en este aparcamiento. Haremos un intercambio. Tú, por tus hermanos.

—¡Joder! —gritamos Marcos y yo al unísono en cuanto finaliza la llamada. Yo necesito canalizar la rabia que siento, y Marcos echa fuego por los ojos.

—Como le haya hecho algo a Hugo… —Me señala con el dedo.

—Hugo está bien —le aseguro—. Sé leer a las personas y sé que Bosco no mentía. Hugo está bien, Marc.

—No me gusta —añade él al momento—. No me gusta una mierda. Tengo un mal presagio, Riv.

Comparto su mismo sentimiento. Algo va mal. Algo que nos estamos perdiendo. Vamos a ciegas por una puta carretera llena de curvas, a doscientos kilómetros por hora, y Bosco es nuestra única luz. Nos estrellaría sin dudarlo a la primera oportunidad. Quizá a la segunda, para hacernos sufrir.

«Hacernos sufrir». O hacerme sufrir a mí, en concreto. Ese es su objetivo. Una sospecha cruza mis pensamientos, una sospecha de que nada es lo que parece, y la bilis sube de nuevo a mi garganta.

—A mí tampoco me gusta —declaro—, pero tengo que ir.

—No. No vas a ir.

—Tengo que ir, Marcos.

—¡No! Necesitamos tiempo. Me siento desnudo, joder. No sabemos cuántos son. No sabemos nada de los que están dentro, si van armados hasta los dientes o no, y a los que están fuera haciendo guardia apenas se los distingue desde aquí. No hemos visto ni a Hugo ni a Adri y tú quieres meterte en ese aparcamiento a pecho descubierto. ¡Ni de coña! Necesitamos un plan.

—¿Qué plan? —grito, alzando las manos—. ¿Qué puto plan?

—Necesito pensar. —Mi hermano se frota los ojos y dobla los brazos detrás de la cabeza. Comienza a girar sobre sí mismo—. Necesito pensar. Esto no va bien.

—No hay tiempo, Marc.

—Quizá sí dispongamos de un poco de tiempo —indica uno de los compañeros de mi hermano. Todos escuchamos. CNI y geos entremezclados, vestidos de negro—. Marcos tiene razón: no puedes ir a ese aparcamiento a pecho descubierto. Tendrás que cubrirte de pies a cabeza, por seguridad. Lo que significa que podrías ser cualquiera. Al menos, hasta que te obligue a quitarte el casco.

—¿Y qué ganamos con eso?

—Tiempo. Tiempo para dar otra vuelta alrededor y buscar la manera de entrar sin ser vistos, o de vislumbrar algo del interior. Aquí estamos en un punto ciego.

Un pensamiento me viene a la cabeza de pronto.

—Conozco un lugar.

—¿Qué lugar? —pregunta Marcos.

—Estoy familiarizado con esta zona. Hay una subida ahí detrás —apunto hacia el barranco detrás de mí—, que nos ofrece una panorámica completa si nos camuflamos entre los árboles y los arbustos.

—¿En la parte superior del barranco?

—Sí.

—El camino está cortado —comenta alguien de la unidad de Marc—. Ya lo hemos intentado.

Y ascender por el desnivel de tierra solo atraería aún más su atención.

—*Parece* —recalco— que está cortado. Pero en realidad no lo está. Solo hay que saber escabullirse por el matorral indicado y arrastrarse hacia arriba.

Marcos sonríe en medio de toda esta puta tragedia.

—No voy a preguntar cómo sabes eso.

Le devuelvo la sonrisa.

—Mejor.

—Voy contigo.

—Podemos mandar a un equipo con vosotros —apunta alguien.

—No —respondo de inmediato—. Destacaríamos demasiado si de pronto desapareciéramos tantos a la vez. Bosco nos vigila. Y la acción está aquí abajo. Necesitamos el mayor número de efectivos aquí, por si deciden… atacar.

—Bien, id solos —acepta Pablo, uno de los instructores de Marcos—. Yo me haré pasar por ti.

—Es muy arriesgado.

—Es mi trabajo.

—No lo es.

Pablo no es un agente de campo. Lo sé por mi hermano.

—Tú y yo tenemos una complexión similar, y el mismo corte de pelo. Soy la mejor opción y lo sabes.

—Te quiero cubierto hasta el último poro de la cabeza —exige Marcos.

Enmudecemos todos durante unos instantes, mirándonos entre nosotros, asimilando lo que estamos a punto de emprender. Es una locura y me asaltan las dudas. Muchas dudas. Pero no nos quedan alternativas.

—Necesitamos un plan rápido para confundirlos y que vosotros dos podáis escabulliros —indica Mateo, otro de los instructores de Marcos.

—Tenemos que intercambiarnos la ropa sin que se den cuenta —sugiere Pablo.

—Tiraos al suelo. Nosotros os cubrimos. Nos mezclaremos como si estuviéramos poniéndonos en movimiento. Desde arriba no lo verán, y desde la entrada del hotel, mucho menos, por más que nos vigilen. Con que os cambiéis la parte de arriba será suficiente.

Y eso hacemos. De pronto, hay barullo y conversaciones entre todos los hombres, y Pablo y yo aprovechamos para tirarnos al suelo e intercambiarnos la ropa a toda hostia. Él se pone mi camiseta verde de manga corta y yo, la suya blanca y el chaleco antibalas por encima.

—Venga, vamos, vamos, ¡en marcha! —grita mi jefe, continuando la pantomima, para que nos escuchen desde el aparcamiento—. Quiero audio de todo. Tenemos que estar comunicados en todo momento. Preparad a River y a Marcos; una misma frecuencia para geos y CNI.

Nos mezclamos bien entre todos, y Pablo, escoltado y camuflado por cuatro geos, se dirige al interior de una de las furgonetas para que lo preparen. Yo me escondo entre los matorrales. Marcos se reúne conmigo un par de minutos después, provisto de chaleco antibalas, todo el dispositivo de comunicación colocado, otro en la mano para mí y varias armas para cada uno. Nos arrastramos por el suelo, entre la maleza, hasta que salimos por el otro lado, frente a la pequeña cuesta que conduce a lo alto del barranco, y una vez ahí… vía libre.

Con rapidez, subimos la cuesta y llegamos al mirador al que he traído a Cata varias veces para disfrutar de las vistas. Nos asomamos con cuidado, aunque es difícil que nos vean, puesto que estamos más altos. Tendrían que mirar hacia arriba, y aun así solo verían árboles y matorrales.

Nuestra gente identificó a dos francotiradores. Son tres. Tenían uno más en la retaguardia, escondido.

Lo sabía.

—Son tres francotiradores —informo a través del intercomunicador ubicado en mi oído.

—*¿Dónde?*

—En la parte posterior del edificio —precisa Marcos—. Oculto detrás de una pared. Es imposible verlo desde vuestra posición.

—*Hijos de puta. ¿Algo más?*

—No.

Estamos en punto muerto y todos lo sabemos. No podemos atacar porque no sabemos dónde están Hugo y Adrián. Reviso el cronómetro en mi muñeca: nos quedan quince minutos para que Pablo entre en el aparcamiento. Miro alrededor a ver si se me ocurre algo, pero… no hay nada. «Piensa, River. Piensa».

—*¡Joder!* —masculla alguien por los intercomunicadores.

—¿Qué ocurre?

—*Se acerca un coche a gran velocidad.*

—*Detenedlo y que dé media vuelta. No podemos permitir que haya civiles en un radio de varios kilómetros.*

—*No se detiene.*

—*¿Cómo que no se detiene?*

Marcos y yo, que escuchamos la conversación de nuestros compañeros en silencio, cruzamos una mirada.

—*¡No se detiene! ¡Va a impactar contra la barrera!*

—*¡Neutralizadlo!*

—¿Qué coche es? —pregunta Marcos.

—*Un Peugeot negro descapotable.*

—¿Matrícula?

Nos la dicen. Es el coche de Adrián.

Son Dylan y Álex.

ÁLEX

La barricada a lo lejos, inversamente proporcional a la determinación en la mirada de Dylan.

—Dylan… —lo llamo. No me escucha.

—Abre —masculla a la nada, en su lugar.

No va a detenerse. Al contrario, aumenta la velocidad. Coloco una mano en el salpicadero y la otra en mi asiento, como si así fuera a evitar el golpe. El corazón en la garganta. Bum. Bum. Bum. Bum. Bum. Bum. Bum. Estamos muy cerca. Vamos a chocar.

—Abre, abre, abre —repite sin cesar—. ¡ABRE, RIVER, JODER!

¿River?

Cierro los ojos y me preparo para el impacto.

—Es el coche de mi hermano. ¡Abrid, joder!

—*¡Abrid!*

El estruendo de la frenada lo escuchamos desde aquí, pero no hay impacto.

—¿Todo bien? —pregunta Marcos.

—*Sí. Son dos civiles. Están bien los dos.*

—Son mis cuñados —aclaro yo.

—*No me jodas.*

Sí, justo.

—Retenedlos ahí e intentad…

—*River, Dylan está muy nervioso.*

Suspiro. Estoy a punto de interceder para que, por una puta vez en su vida, me obedezca y se quede tranquilo, pero entonces recibo una llamada. Una llamada de él.

—Me llama Bosco.

—*Contesta. Os escuchamos.*

—Sí —respondo.

—*¿Cómo vas, River?*

—¿Cómo crees que voy? —escupo con rabia.

—*¿Te vas a entregar a mí?*

—Sí —respondo sin dudar.

—*Buena elección, hijo. Muy buena elección. Tú tienes que estar en este aparcamiento. Todo es por ti. Todo por ti. Ya lo entenderás.*

—Estaré.

—*¿Te falta mucho? Estoy impaciente por verte. Por ver tus ojos azules fijos en la escena frente a tus ojos. Ha pasado mucho tiempo desde nuestra última vez.*

—Me estoy protegiendo —le digo, para ganar tiempo—. ¿O pretendes que me presente en el puto aparcamiento a pecho descubierto, para que me dispares a quemarropa?

Bosco ríe.

—*Claro, River, prepárate todo lo que necesites. Nosotros ya estamos listos, y para que veas que soy un hombre de palabra, estás a punto de ver a tus hermanos. Se han portado muy bien. Son buenos chicos, pero si no apareces, les pegaré un tiro. No juegues conmigo. Te quedan diez minutos.*

Cuelga de nuevo. Me tenso y miro a Marcos, que se ha quedado tan rígido como yo. Después, dirijo la mirada de inmediato al aparcamiento.

—¿Dónde están? —pregunta Marcos con los prismáticos en los ojos—. No los veo. ¿Veis algo ahí abajo?

—*Detectamos movimiento.*

—*Ahí vienen.*

—*Joder.*

—Joder, ¿qué?

Mi corazón, a cien mil revoluciones por minuto.

—*Hugo parece herido* —nos informa mi jefe—. *Tiene dificultad para caminar.*

Mi corazón, el de las cien mil revoluciones por minuto, se detiene en seco. Marcos deja salir un lamento desesperado cuando Hugo y Adrián entran en nuestro campo de visión. Adrián está en perfecto estado. Hugo, no. Cuando lo veo, lo primero que hago es sujetar con fuerza a Marcos

para que no eche a correr hacia allí sin pensar, buscando venganza y consiguiendo tan solo que lo maten. Y por primera vez desearía no ser el mayor. Porque aquí estoy, tratando de apaciguar a uno de mis hermanos porque han maltratado a otro, cuando lo único que quiero es gritar y que alguien me abrace a mí y me diga que todo va a salir bien. Pero eso no va a pasar.

Lo abrazo con fuerza. Marcos se mete el puño en la boca para no gritar y sus ojos de fuego atraviesan los míos.

—Está vivo, Marcos.

Se lo recuerdo a él y me lo recuerdo a mí mismo.

—Voy a matarlo —susurra.

De pronto, escuchamos alboroto a través de los intercomunicadores y… la voz de Dylan. Ha visto a Hugo. Nunca he odiado tanto ser quien soy como en este momento.

—Sacad a Dylan de ahí —ordeno—. Metedlo en una de las furgonetas y que no salga. Haced lo que tengáis que hacer para que se tranquilice y mantenedlo a salvo. Y a Álex también.

—Estamos en ello.

—River, nos quedan ocho minutos.

—¿Pablo?

—Estoy listo para salir.

—Informen de la situación.

—Los rehenes están en el centro del aparcamiento. Bosco y seis hombres más permanecen a una distancia de cuatro metros, cobijados en la entrada del edificio. No están a tiro.

—¿No hay nadie con los rehenes?

—Negativo.

Y mi cabeza hace clic. Hace CLIC. El mal presagio. La sospecha. Miro a los tres francotiradores. Todo encaja de repente. He solucionado el rompecabezas, como los últimos movimientos del cubo de Rubik. Lo tienes todo fuera de lugar y, de pronto, con cuatro movimientos más, todo queda donde debe quedar. Cada cara, de un solo color.

Bosco no me quiere a mí. Me lo ha gritado alto y claro desde el primer momento, pero yo no lo escuchaba. Le importa una mierda que aparezca en ese aparcamiento forrado y armado. Incluso me atrevo a decir que le importa una mierda que quien acuda sea yo o no. No soy su objetivo. Nunca lo he sido. Solo quiere tenerme ahí. Quiere hacerme sufrir.

«Estoy impaciente por verte. Por ver tus ojos azules fijos en la escena frente a tus ojos».

—Quiere matar a mis hermanos delante de mí —anuncio por el intercomunicador.

—¿Qué?

—¿River?

—¿Qué dices, Riv?

—Bosco va a matar a Hugo y Adrián —le explico a Marcos—. Lo va a hacer en cuanto Pablo entre en el aparcamiento y se acerque a ellos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido. No ha pedido dinero. No ha solicitado una ruta de escape. No me ha ordenado que vaya desarmado. Ni siquiera con el rostro descubierto. Le da igual. Solo quiere tenerme ahí. O, en su defecto, que lo vea desde donde estoy. Los tres francotiradores apuntan a las cabezas de mis hermanos. ¡Los tres! —Marcos enfoca la mirada en los tejados y dibuja la trayectoria con sus ojos desorbitados e inyectados en sangre—. Solo busca revancha. Lo ha perdido todo y ya no puede recuperar su vida. El poco dinero que le quedaría escondido por ahí lo ha utilizado para huir de su encierro y contratar a los sicarios que ha traído aquí hoy, con promesas que no tiene intención de cumplir. Es todo mentira. Ha venido a morir, pero antes va a

quitármelos a ellos. Quitarme a mí la vida no le serviría de nada; demasiado rápido e indoloro. Pero matar a mi familia será un triunfo para él. Un dolor inconmensurable para mí. Va a morir feliz. Hay una cosa en la que tenías razón, Leo —le digo a mi jefe—. Hugo y Adrián solo estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—*Joder.*

—*Tenemos que actuar ya.*

Sí. Y cuando he dicho que he resuelto el rompecabezas es porque tengo las respuestas y la solución. Es una locura. La mayor locura que voy a cometer en mi vida, pero no nos queda ninguna otra posibilidad.

—Tengo un plan —informo a todos.

—*Habla.*

—Vas a tener que hacerlo tú, Marc.

Marcos me mira confundido; todavía está asimilando mis palabras.

—¿Qué quieres que haga?

—Tienes que disparar a Hugo.

MARCOS

No estoy en mi mejor momento. No lo estoy desde que he sabido que Bosco había regresado y se había llevado a mis hermanos, y mucho menos lo estoy desde que he visto a Hugo salir herido de ese puto edificio. Desde hace dos horas floto en una especie de nebulosa. En una jodida pesadilla.

—¿Qué has dicho? —pregunto con voz de ultratumba.

—Tienes que disparar a Hugo —repite River sin titubear—. Y tienes que hacerlo tú. Ojalá pudiera hacerlo yo por ti, pero desde esta distancia lo más probable es que lo mate sin querer. Por eso debes hacerlo tú.

—*¿Disparar a Hugo?*

—*River.*

River y yo guardamos silencio, sin apartar la mirada del otro. Los nervios en mi estómago, la incredulidad y todo lo que tengo dentro explota en forma de risa histérica. Parezco un desquiciado. Estoy desquiciado.

—Marcos…

—*River, es una locura.*

—Es nuestra única posibilidad —continúa él, mientras yo enloquezco del todo. Soy un puto cero a la izquierda, llevo siéndolo desde el principio de todo esto, pero ahora, además, soy un puto cero a la izquierda desquiciado—. En cuanto Pablo cruce el aparcamiento, van a disparar a Hugo y a Adrián. Si hacemos ahora algún movimiento, si abrimos fuego, van a disparar a Hugo y a Adrián. Hagamos lo que hagamos, van a disparar a Hugo y a Adrián. A Bosco le importa una mierda que matemos a sus sicarios, solo le interesan mis hermanos, y por eso está fuera de tiro. Para asegurarse de poder disparar él mismo. Por eso tenemos que disparar nosotros primero, pero con inteligencia. Algo que no se esperen. Cuatro disparos a la vez, a los francotiradores y a Hugo. Los va a sorprender tanto que van a perder segundos en reagruparse, y esos segundos son los que necesitamos nosotros para ir a por todas. Con Hugo en el suelo, solo tendríamos que proteger a Adrián. Y Adrián va a agacharse en cuanto vea caer a Hugo para sujetarl…

Exploto.

—¡¿¿Solo??! ¿Solo tendríamos que proteger a Adrián? —grito—. ¡Hay siete hombres armados, dispuestos a matarlo, a cuatro metros de él! ¡Siete, joder! Y eso sin contar con que pretendes que yo le pegue un tiro a mi hermano. ¡A mi puto hermano! ¿Te has vuelto loco?

—Tienes que dispararle al hombro o a la pierna. Algo superficial.

—¡De puta madre! Solo tengo que disparar a mi hermano al hombro o a la pierna desde una distancia de más de veinte metros. ¡Lo hago todos los putos días de mi vida!

—También tenemos que disparar a la vez a los francotiradores. Y tenemos que hacerlo nosotros. Tú y yo. Si los chicos de abajo desvían sus armas hacia arriba, matarán a Hugo y Adri.

—De puta madre. Cuatro disparos a la vez. Pan comido.

—Tú puedes hacerlo, Marc. Eres el mejor francotirador de tu unidad. Puedes disparar a Hugo y a uno de ellos, y mostrarme a mí cómo tengo que disparar a los otros dos. Si hay alguien aquí que puede hacerlo, eres tú.

—¡No, joder! No puedo disparar a Hugo.

—¡Dime entonces qué hacemos! ¡Dímelo, Marc!

—No lo sé. ¡¡No lo sé!!

—*River. Marcos.*

—*Nos quedan cinco minutos.*

Cierro los ojos y me los vuelvo a frotar. Pero ¿están todos locos? La rabia que hierve en mi interior, la incomprensión, la impotencia y la frustración se convierten en… lamento.

—No puedo disparar a Hugo, Riv. No puedo. Por favor —le suplico, al borde de las lágrimas —. No me pidas eso. Podría matarlo. Matar a mi hermano. Tiene que haber otra salida.

—No la hay, Marc. —River me aferra la cara y me mira a los ojos—. Confío en ti. Sé que puedes hacerlo. Les vas a salvar la vida. A los dos.

—River…

—Los van a matar, Marc. —Los ojos de River se cuajan de lágrimas y yo siento el sabor salado de las mías en la boca—. Van a matar a nuestros hermanos pequeños. Van a matar a Hugo y a Adri si no hacemos algo ya.

—No. —Rompo a llorar como hacía tiempo que no lloraba—. No. No sé si puedo hacerlo. Me tiembla la mano. Lo voy a matar. Voy a matar a Hugo. Está demasiado lejos.

—*Marcos, hay alguien aquí que quiere hablar contigo.*

Me sobresalta el mensaje en mi oído. Había olvidado los intercomunicadores y que todo el puto mundo nos escucha. Antes de que me dé tiempo a mandarlos a la mierda, oigo su voz.

DYLAN

—Marc. Marcos, escúchame.

—Dylan…

—Hugo y Adrián ya están muertos. Ya están muertos, Marc. River tiene razón. Así que quiero que sepas que tienes mi permiso para hacerlo. Tienes mi permiso para disparar a Hugo. Y el de él también. Lo sé. Haría cualquier cosa con tal de salvar a Adrián. Daría la vida por su hermano. Me he dado cuenta de que es muy probable que Adrián y Álex, al nacer, fueran una nota diferente, algo cercano al Sol pero sin ser Sol, y entre ellos se fusionaron y se convirtieron en un sonido único. Creo que Adrián conectó conmigo el día que os conocí porque tengo una mente igual de desordenada que la de Álex, cada uno a nuestra manera. Yo, caótico; ella, creativa. Ella, libre y poética, pero los dos iguales. Adri lo percibió y, de forma inconsciente, le caí bien. Le recordaba a Álex. Tengo que contárselo, Marc. Tengo que contárselo porque no sé si él se ha dado cuenta. Tengo que contárselo. Solo te pido que… te pido que no le dispares a Hugo a las piernas; él no podría vivir sin sus deportes. Tampoco a los brazos. Sin los brazos no podría curar a sus animales. Dios, nos quedamos sin opciones. Mejor a las piernas. Sus animales están por encima de todo. Yo confío en ti. Los dos confiamos en ti. Sé que no me lo vas a matar. No me lo mates, por favor, Marc.

—Dy…

—Nos quedamos sin tiempo.

Me arranco el intercomunicador y tomo consciencia de dos cosas a la vez.

La primera: no sé si Marcos habrá conseguido entender algo de lo que he dicho, porque estoy llorando sin consuelo.

La segunda: mis pensamientos. Han vuelto. Habían desaparecido. Llevaba media hora con la mente en blanco por primera vez en mi vida. Llevaba media hora sin escuchar notas musicales a mi alrededor.

MARCOS

Carraspeo y me seco las lágrimas. Notar a Dylan tan resignado me ha dado una nueva perspectiva. Perspectiva de lo que sería de nosotros si no salvamos a Hugo y a Adrián. El problema es que no sé si voy a ser capaz de hacer lo que me pide River.

Por si no tuviéramos suficientes problemas, mi posición no podría ser peor: los francotiradores se hallan a mi izquierda, y mis hermanos están a mi derecha, lo cual significa que tengo que disparar a Hugo con la mano derecha. Si ahora mismo mi mano buena es un puto circo de tres pistas, no quiero pensar en la otra. Y eso sin contar con que tenemos que disparar con los silenciadores. Y los putos silenciadores desvían el tiro. Muy poco, pero lo desvían.

Dios, no puedo hacerlo.

—*Hola, titi.*

Su voz me devuelve al mundo, aunque no sé si es un mundo real o si estoy soñando. ¿Cuándo ha llegado Mencía? Quizá ya hemos muerto todos y estoy alucinando.

—¿Mens? —dudo.

—*Hola, mi amor.* —Sí, es ella. Me echo a llorar de nuevo sin poder evitarlo. Muy fuerte—. *Shhh, escúchame, cariño. Te voy a hablar desde la profesionalidad, ¿de acuerdo? Eres el mejor, Marcos. Lo supe en cuanto te vi por primera vez en una práctica de tiro. Sí, todo esto es una locura, y una putada muy grande porque se trata de tu hermano, pero si existe alguien que puede hacerlo, ese eres tú. Todos confiamos en ti. Yo confío en ti. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo con los ojos cerrados.*

—Tengo que disparar a Hugo con la mano derecha.

—*Marcos, respóndeme a una cosa: ¿dejarías que cualquier otro disparara a Hugo? Porque aquí tienes a un montón de geos que pueden hacerlo en tu lugar. ¿Se lo permitirías?*

—No —respondo sin dudar. Y cierro los ojos. La decisión ya está tomada.

—*Te quiero* —me dice ella.

—Te quiero.

—*Estaré aquí apoyándote en todo momento, titi. Estoy aquí.*

—*Os quedan tres minutos.*

—Que vaya saliendo Pablo. Voy a prepararnos —informo.

Miro a River. Estoy seguro de que él no me ha quitado la vista de encima en ningún momento. Tiene los ojos rojos.

—Muéstrame cómo tengo que hacerlo —me pide.

—Dame tus armas.

Nos levantamos y apunto con sus armas, una en cada mano, a dos de ellos. No estoy seguro de a cuáles elegir, por lo que tanteo hasta que encuentro la posición más cómoda. Vale, lo tengo. Me quedo quieto unos segundos, totalmente congelado, memorizando la postura. Me tiemblan ambas manos. «Ya basta». Sujeto las armas con fuerza y lucho contra el puto temblor. La vida de mis hermanos depende de ello. Me gusta meterme presión a mí mismo. Es como mejor funciono.

—River.

—Sí.

—Ponte detrás de mí y grábate mi postura. Coloca tus brazos encima de los míos. Tienes que apuntar a esos dos.

—Sí.

River hace lo que le digo.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo.

—No muevas ni un solo músculo. Solo tienes que apretar el gatillo.

—*Un minuto.*

—River…

—Lo tengo, Marcos. Lo tenemos.

River y yo cruzamos una última mirada. La última mirada antes de que nuestras vidas cambien para siempre. Y yo no entiendo cómo hemos llegado a esta situación cuando hace dos horas estábamos festejando el triunfo de uno de los nuestros. Pero aquí estamos. Y sé lo que tengo que hacer. No voy a fallar. Yo nunca fallo.

—Estamos listos —informo—, que entre Pablo.

—*¿Cuentas tú, Marcos?*

—Cuento yo.

—*Pablo, camina hacia el aparcamiento.*

—*Voy.*

—*Resto, preparaos para entrar en cuanto veáis caer a Hugo Cabana. Y cubrid a Adrián Cabana en todo momento.*

—*Afirmativo.*

—*Estamos preparados.*

Yo también. Hago crujir mi espalda y miro con determinación al francotirador que me toca a mí; lo tengo relativamente cerca. Ese no es problema. El problema es mi hermano. Extiendo la mano derecha, con el arma preparada, y apunto hacia Hugo. Primero, a las piernas. Luego, al hombro. Tiene que ser al hombro. Sé que tiene que ser al hombro, aunque parezca más complicado.

—Diez —cuento.

No te encorves, Hugo, no te encorves más y me desplaces el objetivo. Aguanta, hermano.

—Siete.

Dios. Voy a disparar a mi hermano.

—Cinco.

Pablo ya ha entrado en el aparcamiento y se dirige a mis hermanos. Bosco sale en ese momento a su encuentro, pensando que es River. Parece River.

—Tres.

Pánico. Siento pánico.

—Dos.

«Perdóname, Hugo».

—Uno.

Las cuatro balas salen disparadas al unísono, en silencio. Hugo se lanza hacia atrás al momento, por el impacto en su hombro, y no me hace falta mirar a los tres francotiradores para saber que han caído. Mi tiro era certero, y sé que los de River también.

Los siguientes segundos transcurren a cámara lenta.

River y yo abandonamos nuestro escondite entre los árboles y saltamos por el pequeño barranco para llegar al aparcamiento lo antes posible; resbalamos en la tierra, sin llegar a caer, mis manos listas para volver a disparar. Mis ojos no se despegan en ningún momento de mis hermanos.

Hugo cae al suelo y Adrián se gira para comprobar qué ha pasado. «Tírate, Adrián. Tírate al puto suelo y ponte a salvo».

Pablo levanta el brazo y dispara, a la vez que corre para superar la poca distancia que le

queda hasta llegar a ellos.

Nuestros hombres entran en el aparcamiento y abren fuego. Se oyen disparos por todas partes. Bosco cae. Bosco cae de pronto; sé que ha sido River. Lo sé. Bosco está muerto.

River y yo continuamos bajando por el barranquillo. Pisamos suelo firme por fin y entonces me pregunto por qué Adrián no se ha agachado para ayudar a Hugo.

Escucho el grito de River detrás de mí. Giro la cabeza y aprecio el terror en su mirada. Sigo su dirección. Bosco está en el suelo, pero tiene el arma alzada. Vuelvo a mirar a Adrián.

Adrián cae.

Adrián.

Cae.

Cae de espaldas al suelo.

ADRIÁN

Jamás me había preguntado cómo sonaría un disparo silencioso. O si acaso sonaría. Ahora lo sé. El disparo no se oye, pero se produce un zumbido del que soy más consciente que de mi propia vida: pasa por mi lado e impacta en Hugo.

El caos se desata en pocos segundos. Disparos por todas partes, esta vez de los que hacen ruido, y gente de negro entrando en el aparcamiento. Alguien viene corriendo hacia nosotros.

—¡Hugo! —grito.

Se lleva la mano al hombro y su mano se cubre de sangre. Hugo se tambalea y cae al suelo. Quiero agacharme a ayudarlo, pero no puedo moverme. Al principio no me doy cuenta de lo que sucede. Después, sí. Primero veo la cara aterrorizada de mi hermano. Se centra en mi pecho. Después, miro hacia abajo, hacia mi pecho también. Hay un agujero en mi camiseta. Tengo un agujero en el pecho.

Dicen que cuando estás a punto de morir ves tu vida pasar por delante de tus ojos. Yo veo a mis hermanos como en una película de color verde azulado.

Estamos los cinco en la piscina de la urbanización, dentro del agua, jugando a ver quién aguanta más tiempo sin respirar. No logro averiguar quién gana.

La imagen cambia. Ya solo veo a Pris, que se ha colocado la toalla como si fuera una capa y juega a ser una superheroína. Yo soy el villano. Ella me persigue. Yo huyo. Me lanzo al agua. Ella se lanza detrás de mí con toalla y todo. Salgo a la superficie ahogándome en risas.

Hugo y Marcos ayudan a Pris a superar su miedo a patinar. Le ponen los patines, la cogen de la mano, cada uno de una, y se lanzan los tres por la cuesta de la urba a toda velocidad.

Ahora corremos todos juntos de camino a la parte trasera del Peñón. Nos subimos a la acera y caminamos por la minúscula franja amarilla del borde, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Vamos en orden. De mayor a menor. River. Marcos. Hugo. Yo. Y Pris. El primero en caer pierde. Pero no estamos solos. Somos seis.

Álex. Álex corre y juega con nosotros. Va detrás de Priscila.

Álex. Oh, Álex.

Ahora estamos los dos solos. Hacemos tonterías debajo del agua. Jugamos a tocar el fondo de la piscina en su parte más profunda con la nariz, con la oreja. Con la boca. No somos más que unos críos.

La imagen cambia nuevamente: Álex y yo ya somos mayores, pero continuamos debajo del agua, jugando a ver quién aguanta más sin respirar. Es la misma imagen que antes, con mis hermanos, solo que… solo que ahora sé quién gana. Gana Álex porque se ha sumergido más tarde. Se ha zambullido en su bikini rosa favorito. Se agarra con las piernas al borde de la piscina, el resto del cuerpo bajo el agua, apoyado contra la pared. Boca abajo. Buceo hasta el fondo, me siento en el suelo y nuestros rostros quedan enfrentados, el mío del derecho y el de ella, del revés. Le doy un beso en los labios. Un beso que siento como si ella estuviera ahora aquí, conmigo. Un beso que había olvidado. Entre tantos que compartimos a lo largo de nuestra infancia y adolescencia, había olvidado ese. Y acaba de convertirse en la última imagen de mi existencia.

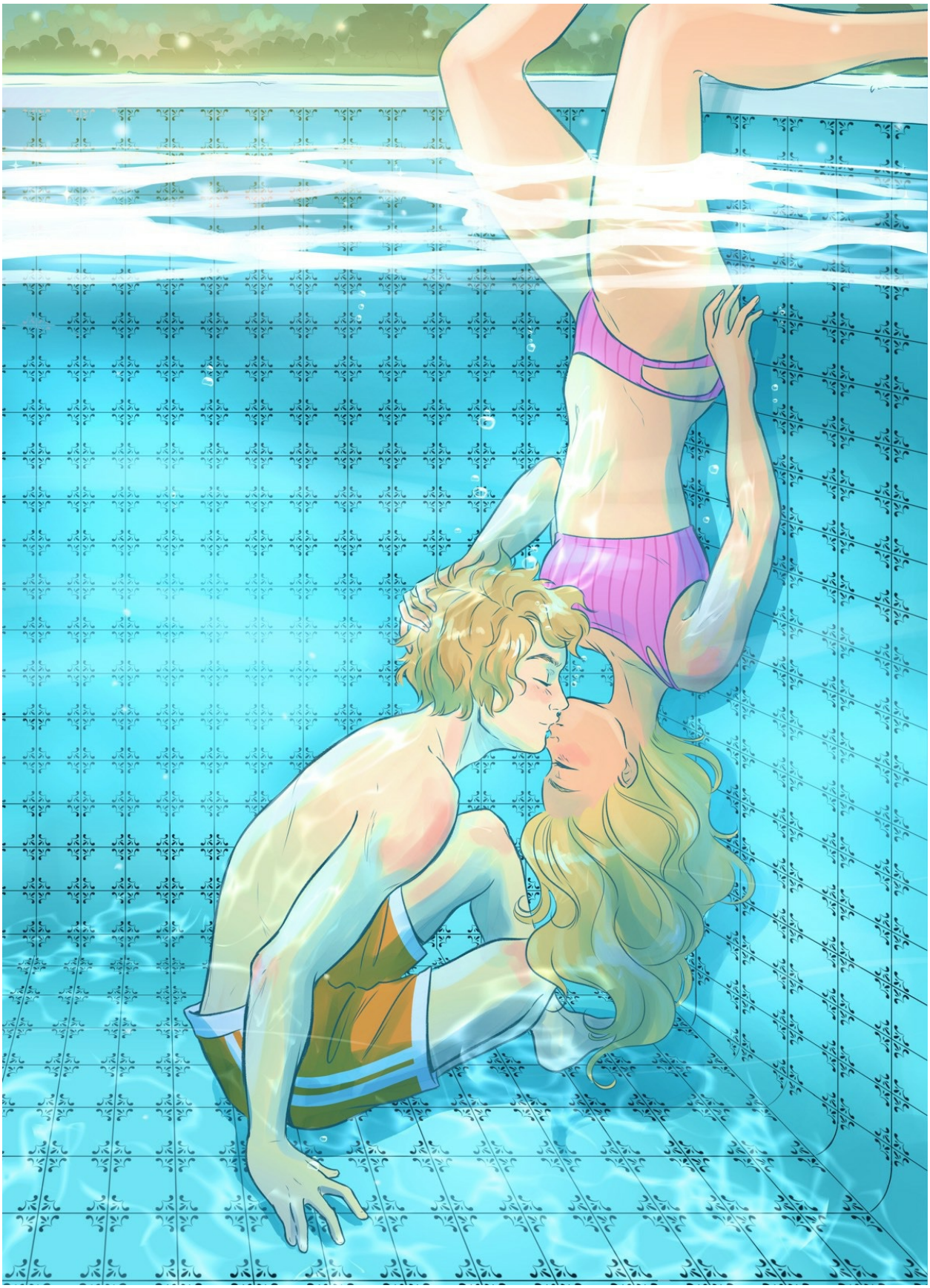
Estoy a punto de morir.

Estoy a punto de morir y jamás he tenido más ganas de vivir.

Siempre llego tarde a todos los sitios. Y esto va más rápido de lo que puedo controlar.

Siento que me precipito sin remedio hacia atrás. Es una sensación extraña, como dejarse caer de espaldas desde un trampolín.

Me sumerjo en el agua. Qué película más bonita.
Me gusta el color verde azulado.
El azul y el verde son mis favoritos.
Tengo miedo.



Capítulo 37

Tengo mucho miedo

ÁLEX

Todo es tan extraño. Contemplo mi entorno y es como si no me estuviera sucediendo a mí. Como si se tratara de la vida de otra persona.

No sé cómo consigo salir de la furgoneta y ubicarme en medio del caos. No sé si es porque he luchado con uñas y dientes para liberarme o porque, simplemente, han dejado de retenerme contra mi voluntad. Todos se encuentran en medio del fuego cruzado. Un fuego cruzado que, de repente, se extingue.

El estremecimiento que trepa por mi espina dorsal es espeluznante y viene acompañado del silencio más aterrador que he escuchado nunca. Lo peor de los silencios es no saber por qué se originan.

Corro detrás de Dylan hacia el aparcamiento. Está atestado de gente que viene y va. De policías. O de geos. O de agentes del CNI, ya no lo sé. Atestado de gritos, en cualquier caso. O creo que gritan, porque mueven la boca de manera frenética, del mismo modo en que se mueven ellos, pero yo no los escucho. El silencio me envuelve. Paso junto a Marcos, el geo, con su chaleco antibalas y un arma en cada mano, y tengo la sensación de no saber quién es, de no conocerlo en absoluto. Está paralizado en medio de la nada. Pero no. No. No es el geo. Es mi vecino de toda la vida. A este sí lo conozco. River corre delante de él. River, del CNI. Me cuesta asociarlo al River que he escuchado a través de los intercomunicadores de la furgoneta, pero sin duda es el River de mi infancia, corriendo con desesperación a solucionar los problemas de los demás.

Dylan es el que primero llega hasta Hugo. Hugo está vivo. Está vivo. Dylan cae a su lado y lo abraza con fuerza. Pero Hugo no le devuelve el abrazo. Hugo llora sin consuelo, agachado junto a un cuerpo. Y no lleva camiseta.

Lo contemplo todo y es como si no me estuviera sucediendo a mí. Como si se tratara de la vida de otra persona.

No puedo dejar de correr, sin embargo.

El cuerpo que yace en el suelo es el de Adrián. El de mi Adrián.

No sé cómo llego a él. Mi cerebro no procesa los movimientos de mi cuerpo; la comunicación entre ellos no fluye de manera normal, porque de repente estoy tirada en el pavimento junto al amor de mi vida y ni siquiera soy consciente de haber caído. Ni de haberlo

tocado, y tengo las manos llenas de sangre, sin embargo. De su sangre. Y en lo único en lo que puedo pensar es en que esta sangre tan roja no debería estar en mis manos, sino dentro de su cuerpo, de sus venas y de su corazón. Esto no debería estar pasando. Adrián odia el color rojo.

También tiene el rostro manchado de sangre; creo que he sido yo. Lo he salpicado al zarandearlo con mis manos estremecidas y temblorosas. Al intentar que reaccione. O quizá haya sido Hugo. Él también tiene mucha sangre, y presiona la herida de Adrián con una camiseta y con sus manos. Claro, por eso lleva el torso desnudo. Él tampoco quiere que toda esa sangre salga del cuerpo de Adrián. Me siento más segura de pronto: Hugo es veterinario y sabe lo que hay que hacer.

No soy consciente de estar llorando. Ni gritando. Ni de que me duele incluso respirar. Pero algo en mi cerebro me dice que lo estoy haciendo. Todo a la vez.

—Abre los ojos. ¡ABRE LOS OJOS!

Por favor. Por favor. Por favor. Por favor. Por favor. Abre los ojos. ¡ABRE LOS OJOS!

Adrián abre los ojos. Sus preciosos ojos verdes, llenos de palabras. El alivio en mi corazón no es comparable con nada.

—Adrián. Adrián. Oh, Dios mío, Adrián.

Me deshago en lágrimas y le toco la cara por todas partes.

—Álex —pronuncia muy muy bajito.

Le cojo la mano.

—Estoy aquí. Estoy aquí. Vas a estar bien. Vas a estar bien.

—Te quiero.

—No. No. No te despidas, por favor. Porque eres el amor de mi vida y tienes que saberlo. Necesito contártelo. Contarte que no me acuerdo de cuándo me enamoré de ti, pero que creo que lo he estado siempre y que no he dejado de estarlo nunca. Te quiero. Te quiero y vas a estar bien.

—Álex…

—Estoy embarazada, Adri. Vamos a tener un bebé. Tú y yo. —Adrián agranda los ojos. Y sonríe—. Por favor. Por favor, no puedes dejarnos. Vas a estar bien. Por favor, no te mueras.

Intenta decirme algo, pero le cuesta hablar.

—No hables. No hables. Vas a estar bien. Vas a estar bien.

—«Si me voy, te quiero más» —susurra de manera casi imperceptible—. «Si no me quedo, igual te quiero».

No. No. No. Entonces la sangre mana de su boca y comienza a toser compulsivamente. Intento recoger toda su sangre con mis manos mientras lloro desconsolada; no puedo desperdiciarla. La necesita para vivir. La necesita. La necesita. La necesita.

Para cuando me quiero dar cuenta, me han apartado de su lado y estoy de pie. Varios sanitarios trabajan frenéticamente a su alrededor al grito de: «Está en estado de *shock*». Le rompen la camiseta, le inyectan de todo, lo intuban y le bombean aire con una mano. Después despliegan una camilla bajo su cuerpo, extienden una sábana térmica por encima y lo levantan mientras uno de ellos le implora: «Aguanta. Aguanta. Aguanta. Aguanta». Él no responde, tampoco se mueve. Lo conducen hacia una ambulancia que no he visto llegar.

Lo contemplo todo y es como si no me estuviera sucediendo a mí. Como si se tratara de la vida de otra persona.

A Adrián lo meten en la ambulancia. Luces de color naranja me deslumbran. Y creo escuchar una sirena a lo lejos.

River llora en el suelo.

Marcos está quieto a nuestro lado, petrificado. Continúa sin reaccionar.

A Hugo lo atienden en plena calle mientras lo llevan hacia otra ambulancia. Dylan va con él. Varios agentes vestidos de negro, ignoro si son geos o del CNI, se cruzan con ellos. Remolcan a un par de hombres esposados. Uno de ellos le dice algo a Hugo, y entonces Dylan se vuelve loco y comienza a golpearlo, enajenado. Patadas. Puñetazos. Tira de todo lo que tiene y puede. Los policías se esfuerzan en detenerlo, pero Marcos por fin reacciona y se lo impide. Impide a los policías que detengan a Dylan. Todos contemplamos cómo Dylan, que no ha hecho daño en su vida ni a una mosca, se ensaña con el tipo mientras no deja de llorar hasta que le sangran los nudillos. Tengo el presentimiento de que es el hombre que ha golpeado a Hugo. Dylan consigue tumbarlo y se sienta a horcajadas sobre él. El tipo se estabiliza de pronto y da la vuelta a la situación, dejando a Dylan debajo de él. Marcos actúa, sacándoselo de encima. Tanto los policías vestidos de negro como los sicarios prosiguen su camino.

Yo sigo sin entender nada. ¿Qué está sucediendo? Siento un dolor muy fuerte, pero no sé de dónde viene. No sé ni siquiera si es mío. Todo es tan extraño.

—Álex. Álex.

Alguien me llama. Enfoco la mirada. Es Mencía. No la he visto acceder al aparcamiento. No sé cuándo ha llegado a mi lado.

—Álex —se acerca a mí. También llora. Estamos todos destrozados. ¿Qué está pasando?—, estás sangrando.

Me mira. Agacho la cabeza y sigo su mirada. Mis pantalones cortos blancos, los mismo que me puse para la regata, tienen una mancha roja donde no debería haber nada. Y entiendo al instante lo que sucede. Lo siento en las tripas. En lo más profundo de mí.

Estoy a punto de perder a los dos seres más importantes de mi vida.

No, a punto no.

A uno ya lo he perdido. Al bebé. Al hijo de Adrián.

Y al otro…

Al otro…

La ambulancia sale del aparcamiento, y su sonido y sus luces pronto se pierden en la distancia.

Otra vez, sin yo ser consciente de ello, me meten en un coche y me llevan a algún sitio. A un hospital. El mismo hospital en el que se encuentra Adrián. O eso espero. Creo que pierdo los papeles en algún momento. Creo que tienen que tranquilizarme.

Termino tumbada en una cama desconocida con los ojos cerrados.

Tengo mucho miedo.

Capítulo 38

Pi. Pi. Pi

ÁLEX

Abro los ojos. A mi cerebro le lleva cuatro segundos recordar lo ocurrido. O lo que está ocurriendo aquí y ahora. Cuatro segundos es muy poco tiempo. Aunque supongo que depende del prisma a través del que lo mires. Cuatro segundos, para alguien a quien le están infligiendo un dolor lacerante, pueden ser horriblemente largos. Pero para mí son cuatro segundos en los que todo va bien. En los que nuestras vidas no han cambiado para siempre. Nada grave ha sucedido. Cuatro segundos de ignorante serenidad.

Después… después me siento como si me hubieran perforado el corazón por cuarenta lugares diferentes. Sin compasión.

—Hola —me saluda una enfermera de sonrisa amable que aparece en mi campo de visión—. Perdona, te he despertado al pasar junto a ti. Solo venía a revisar si estaba todo bien. ¿Cómo te encuentras?

No le respondo. Solo la miro. Inerte.

—Estás sufriendo un aborto espontáneo —me comunica con delicadeza—. Lo siento mucho.

Eso ya lo sabía. Continúo sin responder.

—Mancharás durante unos días; no te preocupes, es normal. Si sientes molestias, dímelo, ¿de acuerdo? Y lo solucionamos. ¿Te duele algo ahora?

El corazón. Pero eso tampoco se lo digo. La enfermera me mira con lástima, me da un suave apretón en el hombro y se marcha.

—Álex.

Catalina y Mencía se acercan a la cama. Ni siquiera me había percatado de que estaban aquí. Mencía me retira el pelo de la cara y me acaricia; Cata me coge la mano.

—Tu madre viene ahora, ha ido un momento al servicio. No se ha separado de ti ni un segundo desde que ha llegado.

Asiento con la cabeza y observo sus rostros. ¿Cuántas horas he dormido? ¿Cuánto tiempo ha pasado? Están exhaustos, como si llevaran muchas horas sin descansar. Hinchados, como si llevaran horas llorando sin cesar. Tristes, como si… Formulo la pregunta que estoy deseando hacer desde que he abierto los ojos y quedaron atrás esos cuatro segundos de dulce ignorancia. Y lo hago muerta de miedo.

—¿Adrián?

—Vivo —responde Mencía de inmediato.

—Oh, Dios…

La presión en mi cuerpo cede; apenas me dejaba respirar. Cierro los ojos y rompo a llorar sin consuelo. Lloro de alivio porque está vivo. Lloro de preocupación porque no sé en qué estado se encuentra ni si está sufriendo. Si le duele. Lloro de pena porque hemos perdido a nuestro bebé. Lloro de pura tristeza y porque tengo el corazón perforado en cuarenta lugares diferentes.

Catalina me abraza y yo me agarro a ella con fuerza, como si estuviera a punto de precipitarme por un abismo oscuro e infinito y su cuerpo fuera lo único que me impidiera caer. Me lamento contra su pecho mientras me balanceo adelante y atrás en un intento de calmar el dolor. No sé por qué las personas necesitamos movernos cuando sufrimos, será puro instinto.

—Shh, suéltalo. Déjalo salir todo.

Lloro más fuerte todavía. Lloro como no he llorado en toda mi vida. Y ellas lloran conmigo. De pronto, siento que alguien más me abraza, me acaricia y me besa con ternura; reconozco su fragancia al instante: mi madre.

—Hija mía…

Sollozo muchísimo más; las lágrimas no terminan. Siempre pensé que terminaban. Supongo que nunca me había enfrentado a un dolor de verdad.

—Quiero verlo —susurro.

—No puedes. Lo están operando, Álex. Nos han explicado que la cirugía de reconstrucción es muy larga. Intenta descansar.

—Pero ¿va a estar bien? —Me zafo de todos los brazos que me rodean y miro a mi madre a los ojos—. ¿Adrián va a estar bien?

Yo solía preguntarle muchísimas cosas cuando era pequeña. Se lo preguntaba todo, y ella siempre me daba una respuesta. Mi madre siempre lo sabía todo. Con los años, aprendí que lo que no sabía se lo inventaba. «Mamá, ¿el abuelo está en el cielo». «Sí, hija. Es esa estrella de allí, ¿la ves?». Quiero volver a ser una niña y que ella tenga todas las respuestas. Pero no quiero que Adrián se convierta en una estrella dibujada en el cielo. Quiero que se quede aquí, conmigo. Para siempre. Y si hay que convertirse en estrellas, que lo hagamos dentro de muchos años, los dos juntos, mientras dormimos abrazados. Las estrellas pueden ser amarillas o blancas. No me importa.

—No lo sé, hija —me responde al borde del llanto—. No lo sé.

—No puede morirse. Adri no puede morirse.

No responden. Solo me miran con la mayor pena que yo jamás haya visto.



Tratar de descansar mientras el amor de tu vida se debate entre la vida y la muerte es una tarea condenada al fracaso desde antes siquiera de intentarlo. Diría que es hasta inhumano.

Abandono la cama y me dirijo a la sala de espera con Cata, Mencía y mi madre. Cuando la imagen de lo que me aguarda allí cobra forma ante mis ojos, sé que permanecerá en mis retinas para siempre. Igual que una litografía.

River está sentado en una de las sillas, con la cabeza oculta entre las manos y estas, en las rodillas. No nos siente llegar.

Marcos, en el suelo, con la espalda recostada en la pared y la mirada perdida en el tabique de enfrente. No reacciona ni cuando Mencía se acerca a él a acariciarlo.

Dylan, sentado junto a River, acaricia la cabeza de Hugo, que está tumbado en su regazo en

posición fetal, con las piernas recogidas en otra silla. Le han curado los cortes de la cara, lleva puesta una camiseta limpia y tiene el hombro vendado. Está dormido. Demasiado dormido. Tiene toda la pinta de estar sedado.

María apoya una mano en la pierna de su hijo mediano y asimismo lo acaricia arriba y abajo. También tiene el rostro desencajado. Francisco observa impotente a su familia con la mente muy lejos de aquí. Está con Adri en la mesa de operaciones.

Priscila, sentada en la última silla, está muerta en vida. Supongo que respira porque, de lo contrario, se habría desplomado al suelo. Alex, a su lado, le agarra la mano, pero estoy segura de que ella ni siquiera lo percibe.

Es la imagen de la desolación más absoluta. Como cuando un tsunami arrasa una aldea entera, dejando tras de sí solo muerte y destrucción.

Y esta es mi litografía.

Me quedo de pie sin saber qué hacer. La primera en reparar en mí es María. Se levanta veloz.

—No. No te levantes, por favor —le suplico.

—Ven aquí —responde.

Muevo los pies por inercia y de pronto siento que alguien me presiona la rodilla y me frena. Miro hacia abajo. Es Marcos. Cruzamos una mirada que dice tantas cosas. Él me las dice. Yo se las digo a él. Y es que con Marcos Cabana siempre he tenido una conexión especial, desde la primera vez que me llamó «Revolución». No había sido consciente de ella hasta ahora. Continúo mi camino y llego hasta María.

—Lo siento. —Me toca el vientre con ternura—. Lo siento mucho. Siéntate, hija.

Mi madre sale al encuentro de María y se mantienen juntas, apoyadas en una pared. No me derrumbo porque… no sé por qué.

Y esperamos. Y me acuerdo del sanitario que ha atendido a Adrián en el aparcamiento, que le susurraba al oído: «Aguanta, aguanta, aguanta, aguanta». Cierro los ojos y me transporto a la sala de operaciones.

«Aguanta. Por favor».



No llevar reloj es una verdadera putada. En cuanto salgamos de este horrible hospital, lo primero que haré será comprarme uno.

Estoy pensando en ello cuando el médico aparece en la sala de espera. Parece agotado. Realmente agotado. Nos levantamos todos de golpe. Temblando, y con el corazón bombeando a toda velocidad. Excepto Hugo, que sigue dormido. Y Dylan, que todavía lo sostiene en su regazo para no despertarlo.

—Adrián ha superado la cirugía.

Priscila se tapa el rostro con las manos y se echa a llorar mientras no deja de repetir: «Gracias, gracias, gracias, gracias, Dios mío» una y otra vez. Creo que nos representa a todos. Entonces comenzamos a hablar al mismo tiempo y el médico tiene que mandarnos callar.

—La bala le ha perforado un pulmón y ha sufrido hemorragias graves. Llegó al hospital inconsciente debido a la pérdida de sangre. Si hubiera tardado unos minutos más, no habríamos podido hacer nada. La labor de los sanitarios en la ambulancia ha sido crucial. Le han salvado la vida. Pero no quiero engañaros. Los próximos dos días van a ser críticos. Y decisivos. Todavía existe un riesgo muy alto de resangrado y de que no lo supere. Lo trasladamos a la UCI de inmediato, donde lo mantendremos en coma inducido. Lo desintubaremos poco a poco, para ver

si es capaz de respirar por sí solo. Cada día, un ratito. Y veremos.

—¿Podemos verlo? —pregunta alguien.

—Las visitas se realizarán dos veces al día, y nunca más de dos personas juntas.



Día uno en la UCI

Coincido en mi primera visita con María y Francisco. Creo que hacen una excepción a eso de «no más de dos personas» por ser el primer día. Mantener la compostura delante de sus padres y no venirme abajo cuando lo veo con los ojos cerrados, ese horrible tubo metido por la boca (que le está salvando la vida, sin embargo) y máquinas y cables y más tubos por todas partes es difícil, pero lo consigo. Y ese sonido. Pi. Pi. Pi. El terror a que cambie su frecuencia, que se acelere o ralentice, es delirante. No puedo dejar de repetirlo en mi cabeza. Pi. Pi. Pi. Y cada minuto es un paso hacia delante. Una mejora. Es el corazón de Adrián. Su corazón latiendo. La última vez que lo escuché en mi oído fue la noche anterior a la regata, cuando me tumbé encima de él y nos besamos, exultantes de felicidad, antes de que se fuera a su casa.

Francisco dice algo en lo que lleva razón y que me hace pensar mucho: está vivo, y tenemos que ser positivos y transmitirle positividad. Quizá nos esté escuchando.

María le habla como si fuera un día cualquiera por la mañana. «Hola, cariño».

Francisco le lee la columna de Priscila en el periódico de hoy. Adrián no se pierde ni una.

Yo le tomo la mano y se la beso mientras su padre lee, y doy gracias al cielo por poder sujetarlo y tocarlo. Tocarlo es todo lo que tengo ahora, y es terriblemente alentador. Me gustaría decirle tantas cosas, pero no sé por dónde empezar. «Hola, Cocoliso» es lo primero que me sale.



Día dos en la UCI

El segundo día coincido con Priscila. Tiene los ojos hinchados y rojos. Unas ojeras azules enormes debajo. Su rostro parece una caricatura de sí misma. No se ha movido del hospital desde que llegó. Ni tiene intención de moverse. Jaime y Alex le traen a Álvaro a ratitos.

Ella solo se tumba en la cama de Adri, a su lado, con cuidado de no hacerle daño, con el vientre hacia arriba y medio cuerpo fuera de la cama, la pierna derecha apoyada en una silla. Me alienta a mí para que haga lo mismo en el otro lado.

«Tiene que sentirnos, Álex», me dice.

Y tiene toda la razón del mundo. Por eso lo hago.

«Del uno al diez, Adri, a Álex le doy un millón», dice entonces. Yo no hablo, solo lloro un poco más.

«Siento mucho lo de vuestro bebé».

Asiento con la cabeza y nos estrechamos la mano por encima del cuerpo de Adri. Permanecemos así todo el tiempo que dura nuestra visita, hablando de todo y de nada. Respirando junto a él.

Pi. Pi. Pi.

Todo va bien.

«Te quiero, Adri», le dice Priscila antes de salir.

«Quiero verte los ojos una y mil veces más», susurro yo.



Día tres en la UCI

El tercer día coincido con River.

Es un gran día: el periodo más crítico ya ha pasado y Adri continúa con nosotros, luchando. Pi. Pi. Pi. Los médicos son muy optimistas.

Yo me siento a su lado y abro mi libro favorito de Gloria Fuertes. Comienzo a leer mientras River le habla sin parar y le da las buenas noticias en un tono un tanto decaído. Otro que tampoco ha dormido. Dejo de leer cuando River enmudece de repente. Levanto la vista del libro justo para verlo romper a llorar.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Perdóname —suplica sin consuelo.

—River…

—No me dio tiempo —me dice a mí—. No fui lo suficientemente rápido. Recreo lo sucedido en mi cabeza una y otra vez y encuentro mil maneras diferentes de salvarle la vida, pero en ninguna soy lo suficientemente rápido. Vi a Bosco levantar el brazo y apuntar a mi hermano. Le disparé, pero… él se me adelantó. Yo sabía que iba a hacerlo. Lo sabía. Debí haberlo matado mucho antes. No debí esperar a que levantara el brazo. Lo tenía a tiro.

—No eres un asesino, River. Por eso no lo hiciste. Por eso disparaste después de que él lo hiciera.

—Y mira dónde estamos ahora.

Me levanto de la silla y rodeo la cama de Adri para aproximarme a él. Me agacho y poso mis manos en sus rodillas.

—Los has salvado. A los dos. A Hugo y a Adrián. No lo olvides nunca.

—Yo los puse en esa situación de peligro.

—No. Fue Bosco. Y ahora está muerto. Se acabó.

Pi. Pi. Pi.

—Siento mucho lo de vuestro bebé, Álex.

Nos abrazamos y lloramos juntos.



Día cuatro en la UCI

El cuarto día coincido con Marcos. Viene cargado con lienzos, pinceles y pinturas.

—Ha perdido mucha masa muscular —me dice, tocando a su hermano—. Luego les voy a preguntar a los enfermeros si lo están cambiando de postura y si realizan con él ejercicios pasivos.

Yo sonrío.

—¿Qué? —me pregunta.

Pi. Pi. Pi.

—Nada. —«Que, poco a poco, vuelves a ser tú»—. ¿Qué pretendes hacer con esos lienzos y

esas pinturas?

—Se los he birlado a Adri del estudio. Voy a pintar. Quiero que la habitación huela a pintura, para que se sienta como en casa. En su dormitorio siempre huele a pintura. ¿Crees… —me mira dubitativo— crees que es una tontería?

Cojo un pincel y abro uno de los botes. Me pongo manos a la obra.

—Creo que es una idea sensacional.



Día cinco en la UCI

El quinto día coincido con Hugo.

Es duro. El día más duro. Más duro incluso que con River.

Hugo está destrozado emocionalmente. Es otro nivel. Y en lo físico tampoco está para echar cohetes, de todas formas.

—¿Cómo va ese hombro?

—Bien. La bala entró y salió. Apenas me rozó.

Menuda puntería la de Marcos. Realmente admirable.

Lo obligo a que se siente conmigo en el pequeño sofá y leemos juntos a Gustavo Adolfo Bécquer para Adri. Cuando llegamos a las «oscuras golondrinas», casi consigo sacarle una sonrisa. Casi.

Lo seguiré intentando. Día tras día.



Día seis en la UCI

El sexto día coincido con mi tocayo. Con Alex.

Y ellos, fingiendo llevarse mal. Solo me hace falta un minuto dentro de la habitación para darme cuenta de lo mucho que Alex quiere a su cuñado. Y estoy segura de que es recíproco.

—Díselo —lo animo—. Nos está escuchando.

—¿Qué quieres que le diga?

Pi. Pi. Pi.

—Lo que estás pensando. Díselo.

Me levanto y me siento en la cama, cerca del torso de Adri. Le retiro el flequillo de la frente y le susurro al oído: «Escucha, Cocoliso. Escúchalo bien».

—Te quiero —le dice Alex.



Día siete en la UCI

El séptimo día coincido con Dylan.

Es otro gran día. Los médicos siguen siendo optimistas. La desintubación va «viento en popa

a toda vela» y nos han comunicado que en tres días más le retirarán el respirador por completo, junto con la sedación. Adri va a despertar.

Pi. Pi. Pi.

—Vamos a ponerle un poco de música —propone Dylan.

—¿Qué le vas a poner? —pregunto mientras veo cómo le coloca unos voluminosos cascos de color azul en las orejas.

—Mi último disco, por supuesto. Se lo he grabado en exclusiva para él.

—Le va a encantar.

—¿Te he dicho alguna vez que tú suenas como la nota Sol? Igual que Adrián. Tengo una teoría, pero voy a esperar a que abra los ojos para contárosla a los dos juntos.



Día ocho en la UCI

El octavo día coincido con Jaime. Jaime, que ha estado echando millones de horas extras con los hijos de Pris y de River. Se lo ve cansado. Nos apoyamos los dos en la ventana, codo con codo. Adri es la mitad de lo que era. La mitad. Asusta verlo así.

Pi. Pi. Pi.

—¿Dónde has dejado al morenazo? —le pregunto, intentando distraerme.

—¿A qué morenazo?

Sonrío.

—Al vasco. Ese al que llamas Juls y miras con ojos de cordero degollado la mayor parte del tiempo. Cuéntame vuestra historia.

—¿Tienes un par de minutos?

—Claro.

—¿Sabes cuál fue nuestro problema principal?

—No. ¿Cuál?

—Los dos estábamos muy cerrados. Yo arrastro un pasado de mierda y él acababa de salir de un engaño muy jodido. Un tío casado. A mí, él me llamó la atención desde el primer momento. Fue un flechazo. Yo a él, no. —Ambos reímos—. Fue un rechazo. Nos liamos de pura casualidad. O porque el destino lo quiso, no sé. Chateamos en una de esas aplicaciones para follar, sin saber que éramos nosotros. Supongo que la cercanía física ayudó a la causa. Y la foto de mis increíbles abdominales, por supuesto. No supimos quién era el otro hasta que llamó a mi puerta y yo abrí. Dio media vuelta, no sin soltar por la boca cuatro «hostias» y sus derivados, muy vasco todo, pero yo lo seguí. «¿Me escuchas un segundo?», le pregunté. «Solo es sexo. Puedes cerrar los ojos e imaginar que soy quien quieras que sea. Yo haré lo mismo». Fue sexo sin compromiso. Nunca un sexo sin compromiso ha sido tan sin compromiso como el nuestro. Lo fue durante meses. Y entonces…

Jaime suspira.

—¿Entonces qué? —lo azuzo.

Pi. Pi. Pi.

—Bajamos la guardia. Dejamos de follar con nuestros respectivos fantasmas y lo hicimos el uno con el otro. Supongo que los dos nos vimos a salvo. No lo estábamos. Y esta es la versión corta.

—¿Ahora viene la parte en que le besaste el hombro durante una de esas noches de sexo sin

compromiso?

Jaime vuelve a reír.

—En realidad fue por la mañana, después de quedarnos dormidos en mi cama. Tendrías que verlo con el pelo alborotado y la piel caliente por el contacto con la mía. Tú también le habrías besado el hombro.

—Cuéntame la versión larga a partir de ahí.

—¿Tienes un par de horas?

—Claro, pero no llevo reloj.

—Bah, ya nos echarán de aquí. Siéntate, y de paso se lo cuento también a Adri. Al fin y al cabo, le debo el punto de inflexión que significó el morreo que me dio la noche de San Juan. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Y también recuerdo que esa noche Julen y tú os besasteis en la playa y que ya no habéis dejado de besaros. Adri os quiere. Adri es una de las mejores personas que conozco. Siempre está pendiente de todo el mundo, intentando solucionar sus problemas. Lo hace a escondidas, sin la pretensión de que lo aplaudan por ello, pero aquí todos lo sabemos. No engaña a nadie. Adri sabe besar, ¿verdad?

—Psss. Nada del otro mundo… sin ofender.

—Oye, que fui yo quien lo enseñó.

—No te esmeraste mucho, vecinita.

—Alucino.

—Le he dicho a Julen que lo quiero.

—¿Y qué te ha respondido?

—Me ha regalado su canica favorita.

—¿Y eso qué significa?

Y nos lo cuenta. A Adri y a mí. Después se queda dormido en la silla y Julen entra en la habitación poco después a escondidas del personal sanitario. Me hace un gesto con el dedo índice para que guarde silencio y no despertar a Jaime. Se sienta a su lado y le da un beso despreocupado en el hombro.

Sonrío.

Mucho.

Y sé que Adri también sonreiría de haberlo visto.



Día nueve en la UCI

El noveno día coincido con Mencía. Contempla los cuadros que hemos pintado: la habitación está llena de ellos, y añade uno más. Uno antiguo. Uno pintado por Adrián. Son los cinco hermanos de adolescentes. Corren por la playa. Hugo va en primer lugar, seguido de cerca por Marcos y por River. Detrás, Priscila y Adri a lo suyo, como siempre. Es como una fotografía. De hecho, *es* una fotografía. La tomé yo. Estábamos los seis jugando en la playa y Marcos propuso una carrera. No recuerdo el motivo. Yo decidí inmortalizarla. Adri debió de pintarla después de que yo me marchara a Nueva York.

Pi. Pi. Pi.

Nueve días ya en la UCI y Adri, a punto de despertar. Emoción y terror al mismo tiempo. Reflexiono mientras Mencía charla con Adrián acerca del inmenso amor que esta gente siente

por él. Lo adoran todos y cada uno de ellos.

Sonrío. Sonrío totalmente.



Día diez en la UCI

El décimo día coincido a primera hora con Cata.

Yo estoy histérica. Ella le cuenta a Adri un montón de chistes de rubios y le da un beso en la mejilla antes de irse.

—Álex —me llama—, tenemos que salir ya.

Hoy es el gran día. Hoy van a retirarle la intubación y la sedación.

Pi. Pi. Pi.



—Ey —alguien me agita—, Álex. Ya han despertado a Adri.

Me despejo de sopetón y me pongo en pie. Miro a mi alrededor, desorientada; caí inconsciente encima de dos sillas de la sala de espera. Y Marcos me observa con diversión.

—¿Por qué no me habéis despertado antes?

—Porque llevas más de diez días sin dormir. Queríamos que llegaras viva a ver a Adri. Él nos lo agradecería. Cuando uno de nosotros no está, el resto se ocupa de cuidar de lo suyo. Una manía Cabana.

—¿Adri está bien? ¿Está despierto?

La sonrisa de Marcos podría iluminar todo el planeta, incluso la mitad a la que ahora mismo no llega la luz del Sol. Asiente con la cabeza.

—Vamos, te está esperando. Lo primero que ha hecho al despertar ha sido preguntar por ti. Después, por Bosco. Ahora ya sabe que jamás podrá volver a hacernos daño.

No me da tiempo a sentir nervios. No me da tiempo a sentir nada, ni siquiera mi propio cuerpo. Llego a la puerta en segundos, esa puerta que llevo diez días cruzando con el pi, pi, pi intermitente de fondo. Y ahí está él, sin el tubo horrible metido en la boca. Tiene un aspecto muy demacrado, pero brilla. Sus ojos verdes, abiertos por fin, me miran. Me miran como siempre me han mirado. River, Hugo y Priscila están subidos a la cama con él. Lo rodean. Sus padres y Mencía, junto al monitor, y al fondo, en el sofá, Dylan dormido encima de Cata y de Alex. Me consta que tampoco ha dormido en estos días. El pobre ha caído. Han sido unos días horribles para todos.

Me quedo petrificada. ¿Esto es real?

—Hola, Revolución —me dice entonces él.

Echo a correr y caigo de rodillas en cuanto alcanzo la cama porque las piernas dejan de responderme; no me importa, no las necesito, solo los brazos para estrecharlo. Y eso hago. Sentir los suyos sobre mi cabello, acariciándolo, es brutal. Lo abrazo con más fuerza y me juro a mí misma no volver a soltarlo jamás. Todos ríen. Creo que lo he dicho en voz alta. Levanto la vista y veo todo borroso. No quiero ver todo borroso.

—¿Por qué estás borroso? —le pregunto.

—¡Porque estás llorando! —grita Marcos.

Todos vuelven a reír y yo río y lloro a la vez. Y qué maravilloso es llorar y reír al mismo tiempo.

Hugo da unas palmaditas en el colchón, invitándome a subir con ellos, sonriendo por fin. Me hacen un hueco. Por supuesto que subo. Hablamos, reímos, lloramos, y entonces el tiempo comienza a discurrir a toda velocidad y de pronto entra una enfermera y nos dice que tenemos que irnos porque Adrián necesita descansar y, además, tienen que hacerle no sé cuántas pruebas. Las quejas no se hacen esperar; a Dylan nos cuesta un mundo despertarlo (está totalmente fuera de combate), pero acabamos saliendo. Yo me quedo rezagada, tumbada en la cama junto a él, nuestras manos entrelazadas y…

—Tienes que salir ya, Álex —me repite la enfermera. Sí, sabe mi nombre.

—Dos minutos, por favor —le ruega Adrián. Apenas le sale la voz. Pero la recuperará. Porque está vivo. Y está bien.

—Dos minutos.

—¿Querías quedarte a solas conmigo, Cocoliso? —le pregunto en tono jocoso. Ay, ¡me lo como!

—Sí —reconoce de inmediato.

—Te quiero, Adrián. —Le acaricio la mejilla—. Te quiero más que a mi propia vida. Pero como vuelvas a asustarme así, te mato.

Él sonríe a duras penas durante unos pocos segundos y después adopta un semblante serio.

—¿Estamos embarazados, Álex? ¿O lo he soñado?

No dejo de acariciarle la mejilla en ningún momento.

—Estábamos embarazados. Ya no.

Adrián cierra los ojos, dolido, y posa su mano sobre la mía.

—Lo siento.

—Las cosas ocurren por una razón.

—Tendremos más —me asegura—. Muchos más.

—¿Sí? ¿Cuántos?

—Veinte.

—¿Veinte?

—Sí, ni uno menos.

—Trato hecho, Cocolís.

—Álex, te quiero.

Le doy un suave beso en los labios y me levanto de la cama. Pero antes de salir me acerco a su oído y le susurro algo más:

—Por cierto, ¿sabías que tu hermano mayor es un agente del CNI disfrazado de informático?

—Técnicamente, es informático.

—Técnicamente, su abuela, como le gusta decir a él. Ya hablaremos largo y tendido de todo esto tú y yo. No me puedo creer que no hayas encontrado ni un solo momento para contármelo. Voy a ser la madre de tus futuros veinte hijos.

—Era secreto de Estado.

—Ya. Estaré ahí fuera esperándote.

Le guiño un ojo y me marcho.

Feliz.

Cuatro meses después

Capítulo 39

Revolución

ADRIÁN

7 de diciembre

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

El zumbido del móvil me despierta por primera vez en meses. Ayer olvidé activar el «modo avión» antes de acostarme.

Permanezco con los ojos cerrados unos segundos, como todas las mañanas, intentando adaptarme al entorno a mi ritmo. Ayer también olvidé bajar los estores, y la luz de la mañana se filtra con intensidad en mi habitación.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Siento el color amarillo de los rayos del sol a pesar de tener los párpados cerrados. Lo siento como si los tuviera delante. No delante en algún lugar de mi pueblo. Delante como si yo fuera un astronauta dentro de una nave y estuviera acercándome a nuestra estrella más importante.

También escucho su respiración sosegada y regular, como si estuviera respirando en mi oído, o incluso dentro de mi sistema. Y no me refiero al sol, cuyo sonido sin duda también podría ver de algún color. Aunque no hoy. Porque hoy su sonido eclipsa cualquier otro. El sonido de Álex en mi cama, junto a mí.

Abro los ojos. Y sonrío.

Está tumbada de costado, de espaldas a mí, profundamente dormida. A Álex jamás la ha despertado la luz de la mañana; cuando no éramos más que unos críos, solía tener que soplarle el flequillo y hacerle cosquillas para espabilarla. Retiro la ropa de cama y paso por encima de su cuerpo con cuidado. A continuación me meto de nuevo bajo los cobertores y me tumbo frente a ella: soplo el cabello que le cae sobre los ojos. No surte el mínimo efecto. Diría que incluso ha comenzado a roncar; está muy a gusto en mi cama. Nada nuevo. Me acerco a besarla en los labios, pero lo único que consigo es que se gire y quede boca arriba, con los brazos extendidos sobre la almohada.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Arqueo una ceja. Hummm… mejor me lo pones. Afino el oído y escucho música de fondo por toda la casa: Mikel Erentxun, *Mañana*.

Mi madre ya está en la cocina con la radio a tope. Vía libre. Retiro las mantas del todo y doy

un repaso a su figura de arriba abajo. Preciosa hasta decir basta.

Me pongo encima y cuelo mis manos por debajo de su camiseta de franela, que me ha hecho sudar durante toda la maldita noche; la alzo hasta que queda por encima de su pecho y llevo mis labios a sus pezones. Se endurecen en mi boca. Y un gruñido escapa de la suya. ¿O ha sido un gemido? Muerdo con más fuerza: definitivamente, gemido. Ahora empezamos a entendernos. Clavo mis dientes de nuevo en su piel.

—Ahhh… —grita de nuevo. Oh, sí.

Me rodea la cintura con sus piernas, me agarra el trasero con las manos y me empuja hacia ella. Mi erección es evidente contra su entrepierna.

—Quítate la ropa —gimotea.

—A sus órdenes, vecinita, pero no hagas ruido.

Me quito los pantalones de pijama y los bóxer, solo me dejo puesta la camiseta de manga corta, y ella se desprende de su ropa interior. Abre las piernas y me coloco en su entrada para juguetear un rato y ponerla a cien, pero antes de que quiera darme cuenta… entro. Entro con una facilidad pasmosa.

—Guau —le digo en voz baja—, eso ha sido más rápido de lo que pensaba. Dormías como un tronco hace treinta segundos.

—Oh, cállate —replica.

Me descojono de risa y comienzo a moverme en su interior. Ella también se mueve arriba y abajo. Se me corta la risa. Dios.

—Me voy a correr ya como sigas moviéndote así —susurro.

—Eso es, córrete tú antes y dame el placer añadido de ganarte. —Me río otra vez, al tiempo que salgo de su interior y entro de nuevo. Quiero llevarla al límite, pero lo único que consigo es ponerme *yo* al límite—. Ohh, sí, ahí. Ahí. Dios, Adrián.

«Dios» y «Adrián» no suenan nada mal en la misma frase. Mierda. Se me va de las manos, se me va de las manos, se me va de las manos… Me incorporo, me pongo de rodillas en el colchón, le abro las piernas todavía más y entro a matar. Me corro con fuerza unos segundos después.

La escucho reír en silencio porque ha ganado, pero mi último empujón la lleva al orgasmo a ella. Eso es casi un empate técnico.

—*¡Adrián!* —El fuerte golpe en la puerta de mi dormitorio y la voz de mi madre me paralizan. Giro la cabeza y medio cuerpo hacia allí. «No entres. No entres. No entres»—. *Levántate, que has quedado con tus hermanos. ¡Y el desayuno ya está listo! Tienes sorpresa.*

—¡Voy!

De repente, siento que tiran de mi camiseta y me devuelven a mi posición original. Es Álex.

—¡No pares, joder!

Mierda. Comienzo a moverme de nuevo, pero me temo que ya es tarde. Su cara de frustración lo dice todo. Me descojono otra vez. Salgo de su interior y me desplomo boca arriba sobre el colchón, exhausto.

—Mierda, joder —exclamo entre risas.

—Tenemos que mudarnos ya. Al final, me van a quedar secuelas por culpa de nuestras madres llamando a las malditas puertas mientras hacemos el amor.

Y tanto. Pero nuestra casa todavía no está lista. La compramos hace apenas un par de semanas y le falta muchísimo trabajo. Todos mis hermanos están ayudando, pero aun así… Hay que rehacerla de arriba abajo por dentro, y yo apenas comienzo a estar al cien por cien. La rehabilitación ha sido dura. Me pegaron un tiro y me perforaron el pulmón izquierdo. No me gusta pensar en ello, por eso le pongo mil capas encima, pero, al mismo tiempo, cuando pienso

en ello siento la necesidad de hablar con mi familia.

Una noche en la playa, nos juntamos los cinco hermanos y hablamos con libertad de lo que sucedió aquel día. Nos llevó más de diez horas. Necesitábamos sacarlo de nuestra mente. Cada uno dio su versión, su punto de vista. De lo que vivimos y de cómo lo vivimos. A Marcos es al que más le cuesta hablar de ello. Dice que le da miedo pensar en las millones de posibilidades de que algo hubiera salido mal. Que Hugo justo se hubiera movido y lo hubiera matado, por ejemplo. O que yo me hubiera movido y me hubiera matado. River todavía se siente culpable, aunque no lo exprese en voz alta. No ha sido fácil para ninguno de nosotros, pero la cicatriz que va a lucir Hugo en su hombro durante el resto de su vida y la que voy a lucir yo en mi pecho durante el resto de la mía son un recordatorio constante de que estamos vivos. Estamos vivos, joder. Y eso es lo único que importa.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Mis hermanos insisten; sé que son ellos, pero estoy tan a gusto que voy a hacerlos esperar un poco más. Álex me besa el pecho con suavidad, resigue la cicatriz con los labios y se acurruca junto a mí. Yo estoy en la gloria. Jamás pensé, en los últimos doce años, que en algún momento recuperaría esto. Me siento completo, por fin. Siempre he sabido que Álex era lo que me faltaba, pero no quería admitirlo. Dolía demasiado. Ahora solo quiero… disfrutar. Porque solo se vive una vez. Una frase de lo más manida; sin embargo, no la interiorizamos. No de verdad, al menos. Hasta que un día lo haces.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Es Álex la que finalmente estira el brazo y alcanza mi móvil.

Marco Polo:

¿Dónde coño estáis?

Habíamos quedado a las 8 en el puerto.

He llegado aquí a las 8:28 y no hay ni Dios.

Hugoeslaestrella:

Eso es porque hemos quedado a las 9:30.

Marco Polo:

¿Qué coño…?

Acabo de revisar nuestra conversación de ayer y habíamos quedado a las 8.

Hugoeslaestrella:

Ups…

Marco Polo:

¿Qué coño significa eso, Hug?

River Phoenix:

Nosotros vamos de camino. Llegamos en una hora.

Pris:

¡Y nosotros!

Marco Polo:

¿En una hora? ¡Eso es a las 9:30!

¿A qué hora habíamos quedado, Riv?

¿Pris?

River Phoenix:

Ups…

Pris:

Ups…

Marco Polo:

Pero qué cabrones sois. Me la habéis jugado para que no llegara tarde.

Mierda. Por eso Mencía me ha dicho que tenía cosas que hacer y que nos alcanzaba más tarde.

Mi propia novia.

En mi cara.

River Phoenix:

¿Alcanzarnos en medio del mar?

Te veo muy flojo, Marc.

Marco Polo:

Es vasca.

—¿Tú lo sabías? —me pregunta Álex.

—Claro. Marcos siempre llega tarde. Queríamos asegurarnos de que por una vez salíamos a la hora.

—Sois lo peor.

Marco Polo:

Esta me la pagáis.

Andaos con ojo.

Hugoeslaestrella:

¿Qué vas a hacerme? ¿Dispararme con tu arma?

Ah, no, que eso ya lo hiciste.

Marco Polo:

Pues la próxima vez, lo mismo apunto a tus huevos. Son enormes y seguro que no fallo.

Hugoeslaestrella:

Gracias, hermano.

Marco Polo:

No me refería a eso.

Álex me arrebata el móvil y comienza a teclear.

—Déjame contestar a mí.

—Marcos puede volverse loco, literalmente. Creo que la única persona que no se infiltra en el grupo es Mencía. Alex lleva años cotilleando, y Cata le ha cogido el gusto también. De Dylan mejor no hablo.

—Lo sé. Me encanta.

Adrián:

Me alegro de que ya podáis bromear sobre eso. Puntito para Hugo por romper el hielo.

Marco Polo:

¿Ein? ¿Adri?

River Phoenix:

Esa frase no es de Adri.

Pris:

Ups…

Hugoeslaestrella:

¿Álex?

—¡Tendrá morro tu hermano! Qué acusica, con las que lía él… Alucino. Espera, que lo arreglo.

Adrián:

¡Y chupadme un cojón!

Pris:

Dos.

Hugoeslaestrella:

Ja, ja, ja, ja, ja.

River Phoenix:

Yo llevo queso, avisados quedáis.

Hugoeslaestrella:

Por fin. Con dos cojones.

Bueno, os dejo, que tenemos lío aquí. Os vemos dentro de un rato, Cabanas.

Digo, hermanos.

;)

Marco Polo:

A tomar por culo todo ya.

—¿Esos eran Alex, Cata y Dylan?

—Sí —afirmo sin atisbo de duda. Y me descojono.

Después de horas y horas (vale, exagero) de organización, disputas y «chúpame un cojón» a diestro y siniestro, conseguimos estar todos en el barco camino de… ninguna parte. Solo queremos navegar. Hoy salimos con el velero de Álex por primera vez. Por fin lo hemos restaurado por completo. Ha quedado espectacular, y eso que yo no daba un euro por él. Aunque, todo hay que decirlo, la guinda se la pusimos los Cabana cuando, entre los cinco, dibujamos en el casco, una noche, el nombre del barco a escondidas: «Revolución». El cabreo de Álex llegó hasta Nueva York… Todavía escucho sus gritos en mi cabeza de vez en cuando; nadie se ha cagado en los Cabana ni los ha maldecido tanto, y eso que superar a Cata era complicado.

A pesar de ser diciembre, el tiempo nos acompaña y el sol brilla con fuerza en el cielo; es una mañana limpia y despejada. Navegamos un rato y enseguida fondeamos cerca del Peñón. Las vistas son impresionantes. En total, somos doce adultos y cuatro niños. Cabemos por los pelos en el velero. En serio, ¿cuándo nos hemos multiplicado de esta forma? Ayer éramos cinco hermanos y hoy formamos una tribu.

Priscila ha dejado a la pequeña Aitana dormida en el camarote; apenas tiene un mes y medio de vida, pero esta experiencia no podía perdérsela. Su primer viaje en el barco de su tía Álex. Es un niña preciosa, igual que Priscila. Todos se ríen de mí y me dicen que es un bebé y que no se parece a nadie, pero me la suda: yo recuerdo a mi hermana de pequeña y su hija es igual que ella. De un azul cálido las dos. Azul mediterráneo salpicado por el amarillo del sol.

Álvaro, que ya ha cumplido los dos años, pasea con su padre por proa mientras este le explica cómo funciona todo. Qué miedo me da.

—¡Que alguien vigile lo que Alex le dice a mi sobrino, por favor! —grito yo desde popa, en el timón, al lado de Álex—. Puede que sea Poseidón, pero no tiene ni pajolera idea de barcos.

—¿Qué ha dicho el pinturitas?

Escucho una risita a mi lado. Me giro para ver de dónde procede (lo sé de antemano) y, cuando encuentro a la culpable, que justo se tapa la boca para reprimir la carcajada que se le ha escapado, la miro con cara de pillo y le guiño un ojo. Ella se esconde detrás de la pierna de su padre. O de mi hermano Hugo.

Ella es París. Tiene cuatro años y es extraordinaria. Por dentro y por fuera. Tiene los ojos claros más expresivos que he visto en mi vida, el pelo rubio y amor para dar a raudales. Lleva poco tiempo con nosotros y todavía no se ha soltado, ni muchísimo menos, pero ella y yo ya hemos hecho buenas migas. Todo indica que va a ser el comienzo de una bonita amistad. El día que Hugo y Dylan la trajeron a casa se la veía abrumada con tanta gente alrededor, y eso que nos dividimos para conocerla poco a poco. No se despegaba de las piernas de Hugo o de Dylan. No hablaba. No contestaba. No sonreía. No participaba en nada. Entonces se me ocurrió subir a mi habitación y coger varios botes de pintura y un montón de pinceles. Priscila me acompañó y entre los dos trazamos un plan. Como no quedaban demasiados espacios en blanco en las paredes de casa, se nos ocurrió pintar…

—Oye —señalé las contrahuellas de las escaleras—, vamos a pintar estas partes de aquí de muchos colores, como un arcoíris, pero no creo que podamos hacerlo solos. Además, Pris no pinta demasiado bien. Necesitamos ayuda. ¿Te apetece?

Le ofrecí un pincel, pero no lo aceptó. Continuaba agarrada a las piernas de Dylan, escondida.

—Vamos a hacer una cosa —insistió Pris—: nosotros comenzamos a trabajar, pero dejamos estos botes de pintura aquí, en el suelo, y algunos pinceles por si te animas, ¿vale? Nos salvarías

la vida, la verdad.

No habíamos terminado de pintar la primera contrahuella en color azul cielo cuando ella ya había hundido el pincel en el bote amarillo y comenzaba a pintar la segunda. Las coloreamos todas. Acabamos llenos de salpicaduras y manchamos media casa, pero mereció la pena porque al final París sonrió. Sonrió con la boca y con los ojos.

—Gracias —nos dijo Dylan al tiempo que nos daba un beso en la mejilla a Pris y a mí.

No está resultando fácil para ellos, y están preocupados y agobiados porque desean con todo su corazón que París sea feliz, pero también se lo están tomando con muchísima calma y se enorgullecen de cada pequeño avance de la niña. Y lo hacen radiantes de felicidad. Son unos padrazos. Hugo me ha contado que por las noches París pasa horas al piano junto a Dylan. Después se meten los tres en la cama de matrimonio y duermen juntos. O los seis, contando a los perros. París adora a los perros. Y los perros ya adoran a París. Hugo suele pasarse las noches en vela contemplándolos. Contemplando a su familia. La prensa se ha vuelto un poco loca con el tema; ellos lo gestionan de la mejor manera posible.

Y hablando de contemplar a la familia: Jaime no deja de contemplar a Julen. Está superpillado. Yo me parto de risa. Lo están intentando muy fuerte, y yo les deseo lo mejor; ninguno de ellos ha tenido un pasado fácil. Julen me gusta mucho para Jaime. Ellos dos pegan. A pesar de chocar tantísimo, pegan. Como la mantequilla y los polvos del ColaCao entre pan y pan.

—Voy al baño —anuncia Jaime.

—¿Quieres que te acompañe? —bromeo.

Álex me da un golpecito en la cadera, por vacilar, y Jaime me muestra el dedo corazón.

—Pues igual aprendes algo, rubio.

—¿A mear?

—Justo.

Y *justo* Cata sube por las escaleras del camarote.

—¡Se ha dormido! —grita, refiriéndose al pequeño Hugo, de siete meses—. ¡Fiestaaa! ¡Que alguien me pase una Coca-Cola!

¿Coca-Cola? Nos quedamos todos quietos y en silencio. Cruzo una mirada con Pris, Alex, Hugo, Dylan y Marcos. En ese orden. Cata no bebe Coca-Cola a no ser que…

—¡¿Estáis embarazados?! —pregunta Hugo.

River y Cata se miran y sonríen.

—Qué rápido eres, cuñado.

—¿Eso es un sí?

—Síií. Me he hecho el test esta mañana. Todavía es muy pronto, pero ya sabéis que no me aguanto.

Oh, joder.

—Por eso hemos llegado a las nueve y media, Marc.

—Ja, ja. Que te jodan, River. Y ¡felicidades!

El barco se llena de abrazos, vítores y felicitaciones. Pues ya somos uno más.

—¿He oído «embarazo»? —Jaime reaparece y da un abrazo a Cata y River—. Pero ¡si acabas de parir!

—Yo solo os advierto una cosa —les dice ella a Mencía y a Álex—: cuidado con los Cabana, porque les faltarán un montón de virtudes, pero la puntería no es una de ellas. De eso van sobrados.

—¿Algún embarazo más? —pregunta Dylan, dirigiéndose a Marcos y Mencía—. Para aprovechar el abrazo, digo.

—¡No! —Marcos levanta las palmas para declararse inocente de todos los cargos—. Yo pensaba hacer otra cosa antes.

—¿El qué? —pregunta River.

—¿Y si nos casamos? —le suelta a Mencía, así, sin anestesia.

—¿Quéééé? —pronunciamos todos al unísono, incluida ella.

—Soy incapaz de meterme en una iglesia de nuevo, lo siento por eso, titi, pero quiero comprometerme contigo para el resto de mi vida. Quiero casarme contigo. Adri puede hacerlo. Hoy. Ahora. Hizo un curso para casar a Hugo y Dylan.

—No sería un matrimonio legal —avisa River.

—¿Y a quién le importa? Es legal para nosotros.

—Pero yo iba a pedirle matrimonio a Álex hoy —intervengo, fingiendo indignación—. Me lo has chafado, Marc. Siempre igual contigo.

—Hostias —exclama él.

—¿Quéééé? —pronuncia el resto al unísono, incluida Álex.

—Ey, era broma. Solo quería tocarle la moral a Marc.

—¿Acabas de pedirme matrimonio en broma?

Humm, vale. Ahora es Álex la indignada. Era una broma, joder.

—Menuda cagada, cuñado.

—Cállate tú.

—Buah.

—Grande, Adri.

—Yo lo mandaba un mes entero al sofá en esa casa nueva vuestra.

—Pero este ¿qué se ha tomado?

—Menuda cagada, cuñado.

—Que te calles tú.

Y otra risita de fondo. Me giro hacia París de nuevo.

—Oye, ¿tú de parte de quién estás?

Apunta con el dedo a Álex.

—Es culpa de Marc —me defiendo.

—¿¿Mía??

—Escuchad: os puedo casar a los cuatro —propone entonces River—. Aquí y ahora. Marcos no puede huir a ninguna parte, y Adri enmienda su cagada. Y todos contentos.

—¿Tú?

—Claro. Soy el mayor, y un agente del CNI. Ya buscaré la manera de validarlo.

—Y si no, te la inventas.

—Eso. ¿Qué me decís?

—No iba a huir, mamonazo —le responde Marcos—. Ha sido idea mía.

—Gracias, hermano —respondo yo con sarcasmo.

—Nada, hombre. Para eso estamos. Tú la cagas a lo grande; yo lo soluciono. Pero vayamos por partes. Mencía, ¿qué dices?

—Esperad —interrumpe Marcos antes de que ella conteste. Y se arrodilla. Oh, Dios—. ¿Quieres casarte conmigo, titi?

Mencía sonríe a mandíbula abierta y se le empañan los ojos.

—Acepto.

Una vez más, todos vitoreamos. Menos mal que nos hallamos en medio del mar y nadie nos oye. Después, todos se giran hacia mí con las cejas arqueadas. Paso de ellos. Me giro para

encarar a Álex. Tiene los brazos cruzados y un mohín muy gracioso en el rostro. No está enfadada. Me guiña un ojo para después recuperar su falsa expresión de disgusto. Yo la miro, la miro y… Dios, cuánto la quiero. Cojo el móvil, subo el volumen a tope y lo conecto al Bluetooth del barco, como tantas veces he hecho mientras lo reparaba. Selecciono una canción. Mientras tanto, nadie media palabra; solo aguardan expectantes. Los acordes iniciales de *Heat wave*, de Martha Reeves & The Vandellas, resuenan por todo el velero. Me pongo de rodillas y no escucho más que gritos sofocados. Pris se lleva las manos a la boca.

Miro a Álex a los ojos; está seria. Ella sabe que yo jamás hago nada porque alguien me lo diga. Lo hago porque quiero. Porque me sale del alma.

—Hola, Portabella.

—Hola, Cabana.

Reímos. Mierda, estoy nervioso. «Vamos, Adri, solo es Álex». Suelto el aire y decido ser yo mismo. O ser nosotros. O ser Gloria Fuertes, pero estoy seguro de que ella me perdona por robar sus palabras de alguna manera.

—¿Tú, poeta, quieres casarte conmigo, poeto, y que tengamos un soneto? ¿O veinte?

Por supuesto, mi familia es la primera en responder. Aunque los escucho de fondo, solo tengo ojos para Álex. Está temblando. Y a punto de llorar.

—Oh, Dios, qué bonito.

—¿Qué ha dicho?

—Pero este ¿qué se ha tomado hoy?

—Es poesía, idiotas.

—El cuñado intenso, más intenso que nunca.

—Grande, Adri.

—Qué bonito, joder.

—¿Saco la guitarra ya?

—¿Os podéis callar todos? —les grito, retirando unos segundos la mirada de ella—. Hostias ya.

Vuelvo a centrarme en la chica de mi vida. En mi vecina de la casa de al lado, que siempre ha estado ahí. En mi gran amor. En mi revolución. Está llorando a moco tendido.

—Acepto —me dice.

Me levanto del suelo y la alzo en volandas para besarla. Besarla hasta el amanecer.

—Eh, eso después, chicos.

Y al ritmo de *Imposible*, de Nothing But Thieves (la lista de reproducción ha seguido avanzando), nos casamos los cuatro. River oficia la ceremonia desde el timón y nosotros nos situamos justo delante. Juntos. En pantalones de chándal y jerséis. El resto de la familia se coloca detrás, como puede.

Bailamos como locos una vez que River nos declara *maridos* y *mujeres*, de nuevo al ritmo de *Heat wave*. Álex y yo, agarrados de la mano y haciendo el gilipollas, imitamos los típicos pasos de baile de los años setenta y ochenta. Bailamos y celebramos hasta que el cielo comienza a teñirse del naranja más bonito del mundo.

—Hola, esposa —le susurro al oído en un momento en que se queda absorta, apoyada en la barandilla mirando hacia el infinito.

—Hola, esposo.

—¿En qué piensas?

—En que no sé qué voy a hacer con mi futuro laboral y que ni siquiera me importa. Ahora mismo soy la persona más feliz del mundo, Adri.

—Yo sí sé lo que vas a hacer con tu futuro laboral.

Gira la cabeza hacia atrás, con sorpresa.

—¿Tú sabes?

—Yo sé. ¿Sabes por qué?

Le aparto el pelo de la cara y guardo un mechón detrás de la oreja.

—¿Por qué?

—Porque yo te sé.

«Yo te sé». Tres palabras que lo significan todo para nosotros. Y una de las grandes verdades de mi vida. Yo, a Álex, la sé. Y ella, a mí, también.

—¿Y qué sabes? —me pregunta, con la voz tomada por la emoción.

—Sé que no quieres volver a trabajar como abogada, más que para hacerle favores a Dylan —reímos—, y puede que se me haya ocurrido una idea.

—¿Qué idea?

—Podrías montar una escuela de vela e impartir clases. Cursos de verano a niños, por ejemplo. Como cuando nosotros íbamos de pequeños. Y puedes seguir salvando el mundo cada día, como hacías entonces.

—Adri…

La he descolocado, lo sé. Pero para bien. La excitación es palpable en su rostro y, sobre todo, en la manera en que me hablan sus ojos.

—¿A que te gusta la idea?

—Me encanta.

Nos abrazamos y le doy un sonoro beso en la mejilla.

—Tendrás que empezar de cero, pero te voy a apoyar en todo. Y a mantenerte hasta que consigas establecerte.

—¿Estás seguro? Mira que vengo del Upper East Side; estoy acostumbrada a gustos caros.

—Despreocúpate. Sobreviviremos.

Nos abrigamos con las chaquetas que hemos traído y nos quedamos contemplando el atardecer. Es diciembre y cae la noche enseguida. Nuestra familia se nos une y, cuando el cielo se torna de un azul marino muy oscuro, decidimos regresar al puerto.

—¿Sabéis? —nos dice Álex antes de ponerse al timón—. Me siento un poco rara. Tengo la sensación de que hoy se cierra un ciclo. Como si nosotros fuéramos, no sé, el final de algo grande. De una etapa. Como un último verano. ¿Somos el último verano?

—Oh, no, cuñada —responde Marcos—. No somos el último verano. Esto no ha hecho más que empezar. ¿Vamos al *pub* a celebrarlo? Al final, Pedro se ha liado con la camarera nueva y nos lo tiene que contar. Esperad, que pongo música de fondo.

Marcos coge su teléfono y *Carry on wayward son* suena de fondo mientras regresamos a casa.

“ Ha sido un auténtico placer, mis Cabanas. Os quiero.

Pristy, la ardilla.



Epílogo 1

ÁLEX

Casi dos años después. Julio

—Uno y no más. ¡Quedas avisado, Cabana! —grito, para que Adrián me oiga desde la terraza de nuestra habitación.

—Pero a mí me prometiste veinte —responde, entrando en casa.

—Lo retiro.

Le planto en los brazos a su hijo de cuatro meses, que llora como un auténtico descosido, y me dejo caer de espaldas en la cama, derrotada. No puedo más. Acababa de dormirse después de una noche prácticamente en vela y ha durado veinticuatro minutos. ¡Veinticuatro minutos! Pero ¿cómo es eso siquiera posible? Y ¿a quién ha salido este niño? No duerme por el día (ni con poesía), no duerme por la noche (ni con poesía de la fuerte), no quiere cuna, no quiere carro. Solo quiere brazos veintitrés horas y treinta y seis minutos al día. Y comer. Eso sí, comidas no pierde ni una. Es culpa de Adri: tienen que ser los genes Cabana. Se lo recuerdo unas cuatro veces al día. Y no lo niega.

—¿Cuándo viene tu padre, por cierto?

—La semana que viene.

—Va a regresar escaldado a Nueva York esta vez.

—No hace falta que lo jures.

Su nieto se supera semana a semana. Si mi padre pensaba que era un bebé *inquieto* (así es como lo llamó en sus primeros días de vida), ahora va a fliparlo. Dudo mucho que la próxima visita la haga tan seguida…

Observo a mi hijo, tan campante en brazos de su padre, y elevo los ojos al cielo. No sabe nada, el tío. Adri me mira y sonríe. Él también está agotado, no hay más que ver las marcas moradas bajo sus ojos, pero no pierde la sonrisa. Y qué sonrisa. Y qué potente está con nuestro bebé en brazos. Se me olvida el cansancio; se me olvida todo. Lo lanzaba ahora mismo sobre la cama y me lo follaba con la ropa puesta. Tal cual.

—Te follaba ahora mismo.

Adri se atraganta. Me lo como.

—Vete a la ducha, anda. Tenemos que ir a casa de mis padres.

—¿Quieres hacerlo en casa de tus padres? Qué malote.

—Por los viejos tiempos.

La vida con Adri es fácil. Bueno, todo con Adri es fácil. Siempre ha sido así, pero supongo que uno no es consciente de lo fáciles que son las cosas hasta que se enfrenta a situaciones difíciles y tiene con qué comparar.

La casita que compramos queda muy cerca del puerto, a dos pasos, frente a la playa. O en plena playa. Se ubica en una urbanización pequeña, formada por unas pocas viviendas unifamiliares adosadas, construida hace mil años en las faldas del Peñón. Si miramos hacia arriba: nuestra roca. Si salimos a la calle: el espigón junto al mar. Mi mar Mediterráneo. Ya dije que el Mediterráneo era yo. La nuestra es la última casa de la manzana. Es perfecta.

Mi escuela de vela crece poco a poco; apenas se han inscrito unos cuantos alumnos en verano, pero va mejorando y la voz ya viaja de vecino en vecino por el pueblo. Esta mañana me han llamado dos familias nuevas para matricular a sus hijos a las clases durante todo el mes de agosto. Adri y yo vamos a tener que hacer macramé con los horarios para cuidar de nuestro hijo y trabajar a la vez, pero nos apañaremos.

Con el ultimátum de Adri para que me prepare ya, por fin salimos de casa. Dejamos el coche en el garaje; queremos dar un paseo hasta la casa de los padres de Adri. Hay que cruzar medio pueblo y subir la cuesta de baldosas verdes hasta la urbanización, pero iremos poco a poco. Yo empujo el carrito vacío y Adrián lleva al bebé en brazos. Este niño nos domina, y solo tiene cuatro meses.

Nos encontramos por el camino con Hugo, Dylan y toda la tropa en el paseo marítimo, junto a una papelera. Los perros corren felices y París se apresura a saludar al bebé en cuanto nos ve. Lo adora. Y, madre mía, esta niña cada día está más guapa. Seis añazos tiene ya, y un estilo propio, con esa trenza rubia hasta la cintura y esa manera de vestir tan característica y diferente. Digna hija de Dylan. Y bastante buena al piano. A Hugo lo vuelven loco entre todos, pero, sin duda, París es su niña bonita. Su ojito derecho. Me encanta la complicidad que hay entre los dos.

Dylan quiere dar media vuelta e ir a por el coche en cuanto les proponemos que suban andando con nosotros hasta la urba.

—No me jodas, está en el quinto culo —suelta por su linda boquita.

Después, cuando ve que Hugo le tapa los oídos a la niña y pone mala cara, carraspea y rectifica:

—No me fastidies, quiero decir. Está supermegalejos de aquí.

Entonces alguien lo llama por teléfono, y por la conversación intuyo que es Dawn. Dawn me gusta, y me alegro un montón de que Dylan se encuentre tan a gusto con ella. Al final, los seis acaban viniendo con nosotros.

Nos encontramos con Cata y River cuando pasamos frente a su portal. Justo salen de casa. Bueno, en honor a la verdad, el pequeño Hugo sale pitando del portal, directo a la calle, y su padre corre desesperado detrás de él. Cata aparece muy tranquila empujando el carrito de Erik, que ya tiene once meses. Maldito tiempo, que transcurre con tanta rapidez. En ocasiones, muchas ocasiones, tengo que contarnos para recordar cuántos somos ya. Echamos a andar todos juntos y nos cruzamos con River, que baja con su hijo mayor en brazos.

—Decidido. Le voy a poner a Hugo una correa —nos dice.

—¿Perdona? —responde el Hugo adulto.

—A ti no, a mi hijo.

—¿Perdona? —repite el otro.

Nosotros intentamos una vez más meter al nuestro en el carro (sin estrenar), pero no hay

suerte. Eso sí, Adrián está desarrollando unos bíceps que muchos tenistas quisieran. Como el chico ese tan guapo que sale tanto en las noticias últimamente, y que debe de ser un portento en el tenis, una promesa; no me acuerdo de cómo se llama, Arturo no sé qué, creo. ¿Claramunt? Luego lo miro. Y por hablar: Hugo coge al niño de brazos de Adri para tomar el relevo.

E increíble, sí. Pero un poco más arriba en la cuesta, a la altura del *pub*, nos encontramos en la puerta con Marcos, Mencía y su hija Laiene. Me consta que esta mañana temprano han estado casi todos ellos desayunando con Pedro, como de costumbre.

—No me puedo creer que sigas aquí —le dice Hugo a su hermano.

—Nos hemos liado, ¿verdad, titi?.

—Verdad —responde Mencía.

Y gorgoritos y sonrisa espléndida de la niña. Claro que sí, apoyando a sus padres. Por cierto, lo de ser una Cabana rubia esta niña lo lleva al siguiente nivel. Qué barbaridad. Más rubia no puede ser.

Vamos todos en la misma dirección, así que para adelante. Oh, ¿y aquella mujer embarazada es Alicia? ¿La ex de Marcos? El saludo de este último me lo confirma. Es ella. Se la ve feliz.

Muertitos llegamos a la urbanización, pero llegamos.

Alex St. Claire es lo primero que vemos según entramos. Cruza corriendo la carretera. Pensaría que se dirige a casa de sus padres a recoger algo si no fuera por la cara de susto que trae. Dos segundos tardamos en seguir su rumbo y darnos cuenta de que corre detrás de una bicicleta, y de que en esa bicicleta va subido Álvaro, totalmente fuera de control. Es un milagro que no esté ya en el suelo. Mi sobrino, justo en ese momento, gira el manillar y viene directo hacia nosotros a voz en grito. Está a punto de caer, pero Hugo llega a tiempo y en el último segundo lo recoge casi en el aire. Eso sí, la bicicleta a tomar viento que va.

Todos aplaudimos y felicitamos al niño por su hazaña. Es la primera vez que monta en la bici sin ruedines. Alex llega a nosotros, todavía con cara de susto, y nos confirma que, en efecto, está enseñando a andar en bicicleta a Álvaro. No puedo evitar viajar al pasado y recordar que la mayoría de los que estamos aquí aprendimos a montar en bicicleta en esta urbanización.

Caminamos un poco más y nos encontramos con Priscila, Jaime y Julen, que lleva de la mano a la pequeña Aitana. Nos entremezclamos todos, niños y adultos, y nos quedamos hablando en medio de la carretera hasta que María nos llama para tomar el aperitivo, que ya está preparado. Los Cabana son muy de aperitivos. Mi madre se une a nosotros y toma a mi hijo en brazos; ya ha pasado por todos los brazos de camino aquí.

Estamos a punto de entrar en casa, pero entonces siento que me falta algo.

Adrián.

Miro hacia atrás y ahí viene, en último lugar, con su hermana Priscila, ambos con un brazo alrededor de los hombros del otro.

Un poco más tarde, estamos sentados a la mesa (gigante) de la terraza cuando llaman a la puerta.

—¿Quién llama a estas horas un domingo? —pregunta María en voz alta.

—Es mi jefe —explica River—. Tiene que traerme unos documentos.

—Pues dile que se quede a comer, ya que está aquí. ¡Marcos! Pon un plato más.

ADRIÁN

Marco Polo:

Tíos.

River Phoenix:

¿Qué?

Pris:

¿Qué?

Hugoeslaestrella:

¿Qué?

Adrián:

¿Qué?

Marco Polo:

Me siento raro con el jefe de Riv a la mesa.

River Phoenix:

Ha sido culpa de mamá.

Y, además, ¿qué me estás contando? Es el padrino de tu mujer.

Pris:

Y lo tienes como a un kilómetro de distancia.

Marco Polo:

Yo solo os digo cómo me siento.

Hugoeslaestrella:

Qué ganas de hablar por hablar.

Marco Polo:

¿Y eso qué significa?

Hugoeslaestrella:

Que me petas el móvil a mensajes.

Marco Polo:

Qué morro tienes, pero si tú eres el que más escribe.

Hugoeslaestrella:

Anda, no me jodas.

Marco Polo:

¿Verdad o mentira?

River Phoenix:

Yo no me pronuncio.

Pris:

Yo tampoco.

Adrián:

Mentira.

Marco Polo:

Cómo se sacan la cara siempre entre los pequeños.

Flipo.

River Phoenix:

Eso es verdad.

Hugoeslaestrella:

¿Podéis dejar el móvil ya? Estamos de comida familiar.

River Phoenix:

Eso también es verdad.

Pris:

¿Os acordáis de cuando no había móviles?

Marco Polo:

Sí.

River Phoenix:

Sí.

Hugoeslaestrella:

Sí.

Adrián:

Te tocábamos las narices con el vecino de la casa de enfrente por el teléfono fijo, Pris.

Marco Polo:

Correcto.

River Phoenix:

Correcto.

Hugoeslaestrella:

Correcto.

Pris:

Dios, no me puedo creer todo lo que ha pasado desde entonces.

¿Os acordáis de cuando Alex llegó a la urbanización?

Marco Polo:

Sí.

River Phoenix:

Sí.

Hugoeslaestrella:

Sí.

Adrián:

Sí.

Pris:

Creo que es mi primer recuerdo.

River Phoenix:

¿Y de cuando dijo aquello de «no os preocupéis, usamos protección»?

Pris:

Dios.

Hugoeslaestrella:

Sí. Ja, ja, ja, ja, ja.

Marco Polo:

Épico.

Adrián:

Bocazas.

River Phoenix:

¿Y el «protesto» de Pris en la boda de Marc?

Pris:

Vale ya, ¿no? ¿Por qué no recordáis también vuestras genialidades?

Adrián:

A mí me pareciste muy valiente, Pris.

River Phoenix:

Y a mí.

Hugoeslaestrella:

Y a mí.

Marco Polo:

Y a mí. Me salvaste. Primero casi me provocas un ataque al corazón, pero luego me salvaste.

River Phoenix:

Y hablando de genialidades: también me acuerdo de la vez que Hugo apareció dormido a las siete de la mañana en el borde de la piscina, con el patinete en la mano. No lo soltó.

Marco Polo:

Joder, épico también. No llegó a casa. Y luego va de bueno…

Adrián:

Lo encontramos Pris y yo.

Pris:

Intentamos arrastrarlo a casa, pero fue imposible.

Hugoeslaestrella:

Yo no me acuerdo de eso…

Marco Polo:

Pues yo tengo una foto.

Hugoeslaestrella:

Venga ya.

Pris:

¿En serio?

Adrián:

Yo quiero verla.

River Phoenix:

¿Y la has guardado todos estos años?

Marco Polo:

IMAGEN

River Phoenix:

¡Qué buena!

Pris:

¡No me acordaba de que no llevaba camiseta!

Ay, Hugo. Ja, ja, ja, ja, ja.

Marco Polo:

A saber dónde la perdería…

Adrián:

Ja, ja, ja, ja, ja.

Lo siento, Hug. Pero esto es demasiado bueno.

Ya sabes que te quiero, hermano.

Marco Polo:

Recordad esto.

Yo siempre tengo algo guardado en la recámara.

Siempre.

Hugoeslaestrella:

Idiotas.

Al otro lado de la mesa

Cata:

Ya están los Cabana con el teléfono.

Dylan:

Se están metiendo con el nene. Mirad su cara.

Mencía:

Es cosa de Marc. Seguro.

Álex:

Voy a gritarle a Hugo que «volverán las oscuras golondrinas».

Dylan:

Dale.

Alex:

Me petáis el móvil entre unos y otros.

Epílogo 2

Esta historia comenzó con un acontecimiento importante: en aquella ocasión, fue una mudanza desde Londres hasta un pueblo alicantino, promovida por la decisión de los propietarios de un periódico en la costa Blanca.

Y termina de la misma manera: con otro acontecimiento que tiene que ver con ese periódico. En esta ocasión, una jubilación.

El padre de Alexander St. Claire acaba de jubilarse. Sí, es un hecho. Abandona el diario vespertino a sus setenta y dos años. Casi nada.

Deja la dirección del periódico en manos de sus dos únicos hijos, John y Alex; el mayor se encargará *in situ* y el pequeño lo hará a través de su mujer, Priscila Cabana, que años atrás rescindió su colaboración con The Boston Global para unirse al diario familiar.

Priscila lo hizo con una condición de su marido, o, más bien, un único deseo nacido de lo más profundo del alma del vecino de la casa de enfrente: que el diario no ocupara todo su tiempo, que supiera decir «hasta aquí», que trabajara con mesura y que saliera corriendo de la oficina por las tardes para pasar tiempo con él y sus hijos, sus tres amadísimos hijos, Álvaro, Aitana y Ander, cuando aún brillara el maravilloso sol del Mediterráneo.

Priscila ni siquiera lo dudó. Conocía demasiado bien los anhelos de Alex debido a la ausencia de sus padres durante la infancia y no lo haría pasar por lo mismo de nuevo. Y tampoco a sus hijos. Todo era cuestión de equilibrio, y ella lo encontraría.

Así fue. Y funcionó.

Varias noches a la semana, Priscila se sentaba en la cama, junto a su marido, con el ordenador portátil sobre las piernas y adelantaba trabajo o se ponía el día; Alex la observaba con adoración y le daba su opinión sobre las aventuras de Pristy antes de hacerle el amor.

Porque Pristy dejó Boston, al igual que Priscila; la ardilla era propiedad intelectual de la chica y, a pesar de la renuencia inicial de los americanos a dejarlas escapar a las dos, al final tuvieron que hacerlo; no les quedó más remedio, aunque solían colaborar a menudo.

Y volviendo al tema de la jubilación: para celebrarlo, la familia al completo se ha apelotonado en la vivienda de los St. Claire para comer y brindar por la buena nueva. Y la palabra «familia» hace muchos años que se ha extendido hasta los escandalosos vecinos de las dos casas de enfrente: los Cabana y los Portabella.

Acuden los padres Cabana, Francisco y María, con sus cinco hijos, River, Marcos, Hugo, Adrián y Priscila, de mayor a menor, sus respectivas parejas y la madre de Álex Portabella, por supuesto.

Comen todos juntos en el jardín de los padres de Alex (sin tilde) —a pesar de estar en

noviembre, el tiempo acompaña, dada la ola de calor que azota la zona— en dos mesas grandes de madera con manteles amarillos de hilo fino, copas de cristal, tacitas de plástico rosas y azules y servilletas de papel caracterizadas con los dibujos animados favoritos de los más pequeños. Brindan, se carcajean, juegan a las cartas, corren por el jardín, disfrutan del día y pasan las horas los unos en compañía de los otros. Ah, y River y Cata anuncian que están embarazados de nuevo. Un descuido…

—Tenéis que dejar de informarnos de embarazos en reuniones familiares —comenta Marcos.

En realidad, es como un domingo cualquiera. Un domingo en familia. Solo hay una diferencia, y es que, como buenos y orgullosos habitantes del pueblo alicantino que son, deciden rematar la celebración subiendo todos, o casi todos, al Peñón. Es una idea de Marcos que todos secundan.

Los padres de Alex, los más longevos, se quedan cuidando de los más pequeños, de los que no pueden subir al Peñón debido a su temprana edad: de los dos hijos menores de Priscila y Alex: Aitana, de nueve años, y Ander, de seis; de los tres hijos (ya nacidos) de Catalina y River: Hugo, Erik e Irene, a pesar de las protestas del «mayor» porque tiene nueve años y ya puede subir al Peñón. Protestas a las que se suma su hermano inmediatamente posterior, que con tan solo ocho años ya se cree capaz de escalar hasta lo alto de la roca sin problemas. Y su primo Ander lo acompaña, por supuesto. Son uña y carne. También se quedan cuidando de las tres hijas de Marcos y Mencía, Laiene, Ederne y Julene. La pequeña solo tiene tres años, pero si sus hermanas supermayores, de siete y seis años, se quejan, ella también lo hace: desde que aprendió a hablar. Y cuidan también de los dos hijos, de cuatro y siete años, de Álex y Adrián: César y Guillermo, que han heredado, ambos, la labia de su madre.

El hermano mayor de Alex, John, soltero y sin compromiso a la vista, decide quedarse con sus padres para ayudarlos con toda la tropa. No es peligrosa la tropa ni nada: llevan en los genes lo mejor de cada casa. El resto se arma de ropa cómoda en la casa de enfrente, de zapatillas deportivas, de mochilas, de más comida y bebida, y se pone en marcha. Alex y Priscila lo hacen de la mano de su hijo mayor, Álvaro, de once años, y Hugo y Dylan, de la mano de su hija adolescente, París, de trece. Hacen el recorrido entre risas y recuerdos y, una vez arriba, disfrutan de las vistas y de la sensación de libertad absoluta.

—Oye, enano —le pregunta Marcos a su sobrino—, ¿cuándo me vas a dejar ir a verte nadar al club?

Álvaro St. Claire, siguiendo los pasos de su padre, ya es un gran nadador. Lo han admitido en el mismo club en el que empezó Alex tanto tiempo atrás, el club de natación San Vicente, y están todos muy contentos, pero sin dejar de recordarle al niño que la natación es una actividad divertida, no una obligación ni un objetivo.

—Nunca, tío Marcos.

—¿Por qué?

—Porque sé que vas a avergonzarme.

—¿Quién? ¿Yo? No será verdad.

—Pero qué listo es mi niño mayor —lo anima su tío Adrián, palmeándole la espalda—. Dale duro a Marquitos, di que sí.

—Sí, tú, que nos conocemos, tío Marcos —le dice el niño—. No se me olvida lo que sucedió la noche de San Juan.

Esa noche, Álvaro estaba en un corro en la playa, con sus amigos —bajo la vigilancia constante de sus padres, todos sus tíos y los abuelos tanto maternos como paternos—, cuando Marcos irrumpió en él e intentó hacerse el tío guay, mostrando camaradería con su sobrino por

sentarse junto a la chica más guapa del pueblo. Fue un desastre para el niño, y muy vergonzoso.

—¿Qué te puedo decir? Te vi ahí, tan igualito a tu padre, metiéndole fichas a esa niña como él hizo con tu madre, y…

—¡No le estaba metiendo fichas! —se queja el niño. Se queja, pero con la boca pequeña y poca intensidad. Álvaro siente predilección por su tío Marcos. Y por su tío Dylan y su tía Catalina, también. Se ha criado con ellos.

—Vamos, Alvarito…

—¿Cómo va a meter fichas a nadie con once años? —pregunta su madre.

—Ay, Priscila, pero qué inocente eres. ¡Alex! ¿A que el niño metía fichas?

—Yo no digo nada… —le contesta el cuñado, conteniendo una sonrisa.

—Mamón… —Entonces se dirige a su otra sobrina a tomarle un poco el pelo. Tiene ganas de cachondeo, y un par de días atrás vio algo que…—. ¿Y qué me dices tú, enana?

—No dice nada —replica Hugo.

—Ya lo creo que dice, Hug. Es muy guapo el chico este, ¿no?

—¿Qué chico? —preguntan Hugo y Dylan a la vez.

—¿Qué chico? —pregunta ella haciéndose la indiferente. Pero a Marcos, como buen geo, no le pasa desapercibido el destello en sus ojos. Se le ensancha la sonrisa.

—El pupilo de tu padre. Ese que vive en tu casa, canta y toca un montón de instrumentos.

Ese chico. Dylan lo encontró viviendo en la calle, o al revés: el chico lo encontró a él mientras vivía en la calle. Intentó robarle la cartera y no salió bien. Llevaba la ropa raída, el pelo sucio y una guitarra vieja colgada a la espalda. Dylan se lo llevó a casa y lo convirtió en su pupilo.

—¿Qué pasa con él? —pregunta Hugo. A Hugo le cae bien.

—Nada —Dylan le quita importancia con un gesto de la mano—, es un chico estupendo.

—Eso es lo que quiero saber, cuánto de estupendo le parece a Par.

—Pss —comenta ella—, es muy normalito.

Casi todos se lo creen. *Casi* todos. Álvaro la mira con los párpados entrecerrados…

—Ya…

—Yo, si fuera tú —le dice Adrián a Marcos—, dejaría de escupir hacia arriba.

—¿Y eso qué significa?

—Que te va a caer en la cara —concluye Álex.

—Qué compenetrados estáis siempre vosotros dos, ¿no?

—Ya ves.

—Pero ¿qué significa?

—Que tú tienes tres hijas.

Marcos pone cara de terror y mira a su mujer.

—Mis hijas son bebés.

«Son las tres unas buenas piezas que alucinas», piensa el resto.

—Crecerán. Por cierto, ¿no vais a por el niño?

—Qué cabrones sois.

—¡María! —escuchan todos de repente.

Se giran hacia la voz y se encuentran con la tía de los Cabana y toda su prole. Porque si María y Francisco tuvieron cuatro hijos y una hija, el hermano pequeño de Francisco y cuñado de María tuvo cuatro hijas y un hijo: Paula, Eva, Carlota, Ariadna y Tomás, de mayor a menor. Treinta y tres, treinta y uno, veintinueve, veintiocho y veinticinco años, respectivamente.

Los nuevos se acercan al grupo de los Cabana y comienzan a repartirse besos a diestro y

siniestro entre las familias. Suelen verse a menudo, aunque no todos juntos, pero los besos nunca faltan.

Se mezclan entre sí y comentan la casualidad de encontrarse todos allí arriba. María le explica a la mujer de su cuñado que vienen de celebrar la jubilación del padre de Alex. La mujer del cuñado, a su vez, le señala que han aprovechado que Ariadna está de visita en el pueblo por su cumpleaños —vive en Edimburgo por cuestiones de trabajo— para realizar actividades en familia.

Y allí han coincidido todos.

Pero hay algo nuevo en ese grupo, en el de los primos, o, más bien, alguien nuevo. Alguien que, a simple vista, llama la atención.

—¿Quién es el moreno con pinta de roquero perdonavidas que está con Ariadna? —pregunta Adrián a sus hermanos. Nunca le pasa nada desapercibido.

—Un «algo» de tu prima —responde su madre, a quien le ha dado tiempo hasta de cotillear un poco con la madre de su sobrina.

—¿Un «algo»? —pregunta Hugo.

—Sí, un «algo» escocés —añade.

—¿Un amiguito? —expresa River con guasa.

—¿Amiguito? —farfulla Priscila—. Ariadna tiene veintiocho años, creo que podemos llamarlo «ligue».

—¿Ariadna se ha liado con un roquero?

—Creo que es abogado.

—¿Abogado? ¿Ese? Ni de coña.

—Es lo que me ha dicho vuestra tía.

—Hasta con la ropa de deporte que lleva puesta tiene pinta de roquero.

El susodicho viste unas zapatillas deportivas negras, un pantalón de chándal negro y una camiseta negra de manga corta con letras blancas.

—Ya te digo. Tiene más pinta de roquero que tú en tu época de roquero —le dice Marcos a su cuñado Dylan.

Tanto Dylan como Hugo le sacan el dedo corazón como respuesta. Marcos, juguetón, les guiña un ojo a los dos tórtolos. Para esos dos no pasan los años.

—Ay, Dios mío —exclama Catalina de pronto.

—«Ay, Dios mío», ¿qué? —le pregunta Marcos.

—¡Es Adam!

¿Adam? ¿Quién es Adam? Todos los Cabana la miran anonadados. Incluso Dylan, que lo sabe todo sobre Catalina, pero que nunca había oído que conociera a ningún roquero de nombre Adam, y le resulta extraño, que conste, siendo él un exroquero. Incluso el marido de Cata, que continúa siendo un agente del CNI, pero que no tiene ni idea de quién es ese chico, la mira anonadado.

—¿Adam? —pregunta River con el ceño fruncido. Al instante, cruza una mirada con Mencía, una mirada que viene a decir: «¿Quién es este?». Como si el hecho de que su cuñada trabaje con él en el CNI significara que tiene que saber quién es el roquero. Mencía, por supuesto, se encoge de hombros.

—¡Sí, Adam! Estudiamos juntos en el internado de Escocia, en el Crowden. Él iba unos cursos por debajo de mí. Hacía mil años que no lo veía, pero no ha cambiado nada. ¡No me puedo creer que esté aquí! Voy a saludarlo.

Con la sorpresa y el desconcierto plasmados en sus rostros, todos observan a la chica ir feliz

hacia Ariadna y el roquero.

—Pues sí que es pequeño el mundo —exclama Adrián.

—Qué me vas a contar —secunda Julen.

—¿Tú también lo conoces? —le pregunta Jaime.

—No. Yo también pienso que el mundo es pequeño.

—Ah, vale, estás hablando de mí.

—No se te escapa una.

—Ya sabes que no, moreno —replica, y le lanza un beso por el aire. Julen sonríe y le guiña un ojo. Comienzan a tontear entre ellos y a comunicarse a distancia.

El resto observa cómo Catalina llega hasta Adam, cómo este la reconoce y cómo se funden en un abrazo y comienzan a parlotear.

—Pues vamos a que nos lo presente —propone Marcos.

—Sí, vamos —acepta River con gracia. Siente curiosidad. Y, además, Marcos y River nunca pierden oportunidad de molestar a sus primas. Antes lo hacían con su hermana, pero desde que es feliz con el vecino sin tilde de la casa de enfrente nada es lo mismo.

Dylan y Hugo observan el intercambio de saludos sin perder detalle. Adri, Alex y Álex cruzan los brazos en el pecho y atienden a la jugada. Mencía solo sonríe y se queda en su sitio, junto a Priscila, Julen y Jaime, a contemplar también el espectáculo. Álvaro y París se comunican en silencio, ajenos a todo.

—Hola de nuevo, prima —saluda el segundo de los Cabana en cuanto se aproximan a ellos.

—Hola, chicos.

—Hola…, ¿mmm…? —El disimulo nunca ha sido una virtud destacada de Marcos Cabana. Y no iba a empezar a serlo ahora.

—Marcos, River —dice entonces su prima Ariadna en inglés—, él es Adam. Adam Wallace. Es… un amigo.

—Hola. —El moreno de rizos extiende el brazo con una firmeza y una seguridad envidiables. Como si fuera el rey del mundo.

—Adam y Cata se conocen del colegio. ¡Estudiaron juntos! —continúa su prima—. ¿No es una casualidad increíble?

—Bastante increíble, la verdad —afirma Marcos—. Así que, ¿escocés de nacimiento?

—No, en realidad, nací aquí, soy mediterráneo de pies a cabeza.

Marcos lo mira de arriba abajo. No tiene cara de mediterráneo, tiene cara de escocés.

—¿En serio?

—No, claro que no. ¿No serás poli?

Vaya, qué graciosillo el chico. Pero allá va otra vez.

Cuatro frases más, y el roquero se come con patatas al geo.

—Ven, Adam, quiero presentarte a una persona.

Catalina lo coge del brazo y lo lleva hasta Dylan. El tal Adam lo reconoce al instante.

—Tú eres Dylan Carbonell —le dice en inglés—. El jodido Dylan Carbonell.

—El mismo que calza y viste —contesta el otro con una sonrisa, en el mismo idioma. Adam arruga la frente, ¿el mismo que qué?

—Ya sabía yo que ibas a reconocerlo —dice Cata.

—¿Eres fan de Dylan? —le pregunta Ariadna a su *amigo*—. Si lo llego a saber, te lo hubiera dicho antes. Dylan es mi primo.

—Me gustaba cuando era roquero. Ahora apesta un poco —responde en broma. Aunque hay algo de cierto en sus palabras.

—¿Perdona? —responde Dylan, fingiéndose muy indignado—. Sabrás tú más de *rock* que yo.

—Eso no lo dudes.

—Te reto.

—¿A qué?

—A *rockear*.

Adam estalla en carcajadas.

—Esa palabra no exist…

Pero antes de que pueda terminar su frase, Dylan comienza a hacer música golpeando sus manos contra los muslos y a… cantar. A cantar *We will rock you,* de Queen, pero cambiando la letra:

Adam, ya que has venido, haz un poco de ruido.
Aparte de esas melenas, a ver qué has traído.
Tú y yo en un escenario, en el pub *de aquí al lado,*
Nos comemos el mundo, con los Cabana a nuestro lado. Verás.
Vamos a hacer temblar tu mundo.
Vamos a hacer temblar tu mundo.
…

Dedica un verso a cada uno de los Cabana y a cada una de las parejas de los Cabana. Y a sus hijos. No solo deja sin palabras a Adam, sino también al resto de la familia. Pero el roquero/abogado enseguida se recupera y lo acompaña con la melodía. Bueno es él. Incluso entona algunos versos hablando de Ariadna Cabana. Todos baten palmas al unísono. Hasta que Marcos se mete en medio y comienza a cantar. A cantarle a Mencía. Es algo inconcebible.

Después, Ariadna y Adam se van a una roca en busca de un poco de intimidad y Hugo no puede evitar recordar algo, porque esa roca… ¡esa roca! Si ellos supieran lo que sucedió allí…

Hugo y Dylan subieron al Peñón un fin de semana que Dylan estuvo de visita en el pueblo justo antes de que comenzara la grabación de su disco: Mediterráneo*. A Dylan le encantaba subir al Peñón y Hugo no solía decirle que no a casi nada, a pesar de que hacía un tiempo horrible aquel día. Había niebla y estaba a punto de ponerse a llover. Cuando llegaron a la cima, estaban solos. Admiraron las vistas y… Dylan se puso tontorrón, porque sus mejores vistas eran las de Hugo Cabana. Lo miró de arriba abajo y se detuvo más de lo políticamente correcto en su trasero.*

Hugo sacaba una foto con su móvil a las nubes, que tan cerca tenían, y Dylan le metió, con disimulo, la mano por debajo de la camiseta y la sudadera. No. Mentira. Sin disimulo. Y de ahí, bajó a los pantalones.

—Dy. Estate quieto.

—¿Por qué?

—Porque me calientas y estamos aquí arriba.

—¿Y?

—Y no pienso follar aquí arriba.

En ese momento, Dylan ya supo que tenía la partida ganada. Y la entrepierna de Hugo, también.

—¿Follar? Joder, qué buena idea.

—¿Estás loco? ¡Ni lo pienses! ¡Puede aparecer cualquiera!

Hugo no pudo decir más. Dylan le arrebató el teléfono de las manos y se lo guardó en el bolsillo. A continuación, se lanzó a su boca y comenzó a devorarlo. Le puso las manos en el trasero y acercó sus caderas hasta que ambas erecciones se tocaron. Dylan se volvió loco y Hugo se olvidó de dónde estaban. Dylan se lo llevó a su terreno y lo obligó a agacharse y sentarse entre unas rocas, apoyando su espalda en la piedra; se sentó encima de sus caderas y siguieron besándose. Dylan abrió los ojos y contempló la expresión de pura lujuria de Hugo.

—Joder, me vuelves loco —dijo en un sonido ahogado.

De ahí a que se bajaran los pantalones y Dylan se dejara caer sobre la erección de Hugo, no pasó demasiado tiempo. Y mientras Hugo ardía en llamas y gemía descontrolado contra los labios de Dylan, que vibraban, empujaba hacia arriba. Y mientras Dylan ardía en llamas y gemía descontrolado contra los labios de Hugo, que vibraban, se movía arriba y abajo. Un segundo antes de culminar, ambos escucharon las voces a sus espaldas: un grupo de visitantes acababa de llegar. No impidió que se corrieran como locos: nada ni nadie podría haberlos detenido. Después, Dylan se echó hacia atrás y se tumbó en el suelo, arrastrando a Hugo con él y colocándolo encima.

—¡Tápame la cara! —lo urgió.

—¡¿La cara?! —Hugo se estaba cagando en todo—. Tápame el culo y la polla, joder.

Se subieron a toda prisa los pantalones y, cuando los visitantes pasaron por su lado, solo vieron a dos chicos, uno debajo de otro, al cual no se le veía la cara, más o menos vestidos, temblando. El de abajo temblaba. Se estaba desternillando de risa. El de arriba, después de soltar por la boca dos mil maldiciones, también acabó por reírse.

Hugo vuelve al presente. Y siente cómo el cuerpo de Dylan, detrás de él, reacciona de pronto. Sonríe. Se está acordando de lo mismo. De una manera u otra, siempre sucede cuando suben al Peñón.

Y Adrián que lo intuye. Intuye que su hermano y su cuñado están pensando en «eso». A fin de cuentas, Adrián siempre ha sido el más intuitivo de los hermanos Cabana. Él aún no sabe si es una bendición o una maldición. *Intuir* más de los demás. *Sentir* más que los demás. Pero que le «chupen un cojón»; lo único que le importa es que tiene todo lo que cualquier ser humano desearía tener: a las personas que lo hacen feliz a su lado. A su gran familia. No grande en número, que también.

GRANDE en el amor que se tienen.

GRANDE en la manera en que se comprenden.

GRANDE en el apoyo que suponen los unos para los otros.

GRANDE en la manera en que son familia.

Coge la mano de Álex y la aprieta. Sonríe. Sonríe a la vida.

Francisco y María comienzan a sacar las bebidas y los bocadillos de las mochilas y miran a sus hijos con orgullo.

A River, que está levantado, con los brazos cruzados y un pie encima de una roca, al lado de donde está sentada su mujer, todavía riéndose de Marcos a causa del pulso perdido con el roquero y todavía alucinada por lo que han hecho juntos Dylan y Adam.

A Marcos, sentado en el suelo, en el centro del corro, con la espalda apoyada en el pecho de su mujer y al lado de su cuñado Julen; se tapa los oídos con las manos en un intento de ignorar las pullas de sus hermanos. Marcos y Mencía aún no recuerdan que se besaron por primera vez siendo solo unos niños, pero están a punto de descubrirlo gracias a su hija mayor.

A Hugo, sentado en la roca con el pie de River al lado de su hija y de su marido, Dylan, que

lo abraza por detrás; se descojona de risa y secunda todo lo que dicen en contra de Marcos. También continúa aturdido por los versos de la canción.

A Adrián, sentado cerca de Marcos, intentando dar un sorbo a la botella de agua que tiene en las manos, cosa que no consigue porque no deja de reír y de hablar con Álex.

A Priscila, tumbada en la hierba con los ojos cerrados, con su hijo mayor apoyado en ella. No habla, pero disfruta solo con escuchar las voces de su familia. Y con Jaime a su lado. Con Jaime siempre a su lado. Y los colores. Los colores que hace tiempo han vuelto a su vida.

Y a Alexander St. Claire, el vecino de la casa de enfrente, que cierra el corro y toca con sus pies los de su mujer mientras mira a los Cabana con una sonrisa perenne en el rostro. Con una sonrisa que no ha desaparecido en doce años. Y sin miedo a la oscuridad, que sí desapareció un año después de volver a vivir con su mujer.

Después, Francisco y María se miran entre sí, comunicándose en silencio.

«Lo hemos hecho bien».

«Sí. Lo hemos hecho muy bien».

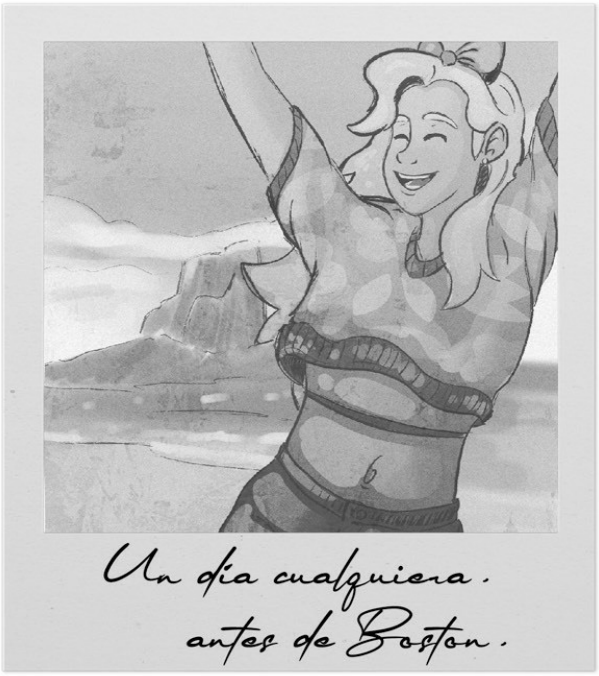
Fin

¿Fin?
Nunca

Álbum de recuerdos
de Priscila Cabana

¡No tocar!





Un día cualquiera. antes de Boston.

Aquel último verano

1

serie Cabana

Adri inmortalizó con su cámara la sonrisa de su hermana. Era tan azul. No pudo evitarlo.

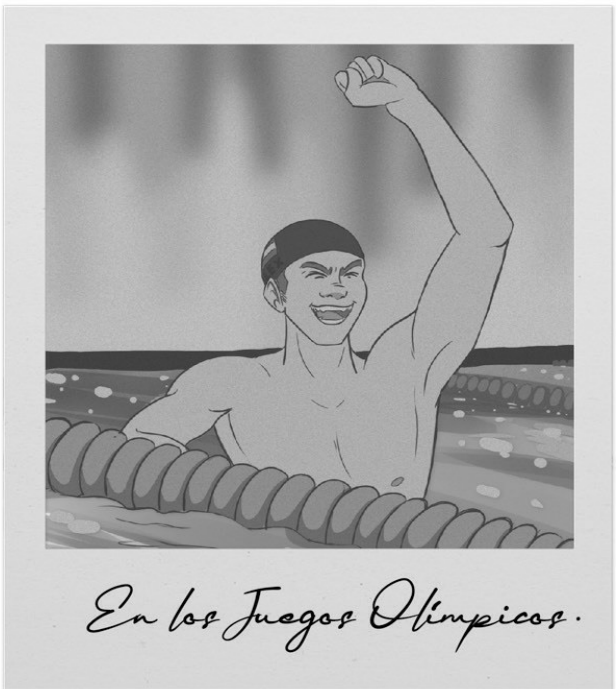
Años más tarde, Alex la encontró y la guardó en el bolsillo de su pantalón. No pudo evitarlo.

Y así comenzó este álbum familiar…



Fue Priscila la que lo continuó, añadiendo esta foto que encontró de Alex en casa de los St. Claire y que tampoco pudo evitar llevarse.

Son tal para cual.



En los Juegos Olímpicos.





Ni de mayor a menor ni de menor a mayor. Y aunque no parezca muy Cabana, lo es.
De todas formas, por no perder la costumbre, ellos son, de mayor a menor: Álvaro, Aitana y Ander.





El chico de la última fila
2
serie Cabana

Priscila encontró un póster antiguo de un concierto de Dylan. Y le mangoneó a Hugo uno del primero que hizo de «Mediterráneo», el primer disco de los muchos que Dylan le dedicaría a su hermano.

¡Pillados in fraganti!





A veces sobran las palabras, porque las miradas hablan por sí solas.

Hugo no lo sabe, pero Priscila captó esta imagen pocas semanas después de que París llegara a su nuevo hogar.



París jamás será derrotada por su padre Dylan.
Ni con siete años, ni con trece, ni con cuarenta.

Hecho comprobado.

Y tanto...



La última vez que vi llover
3
serie Cabana

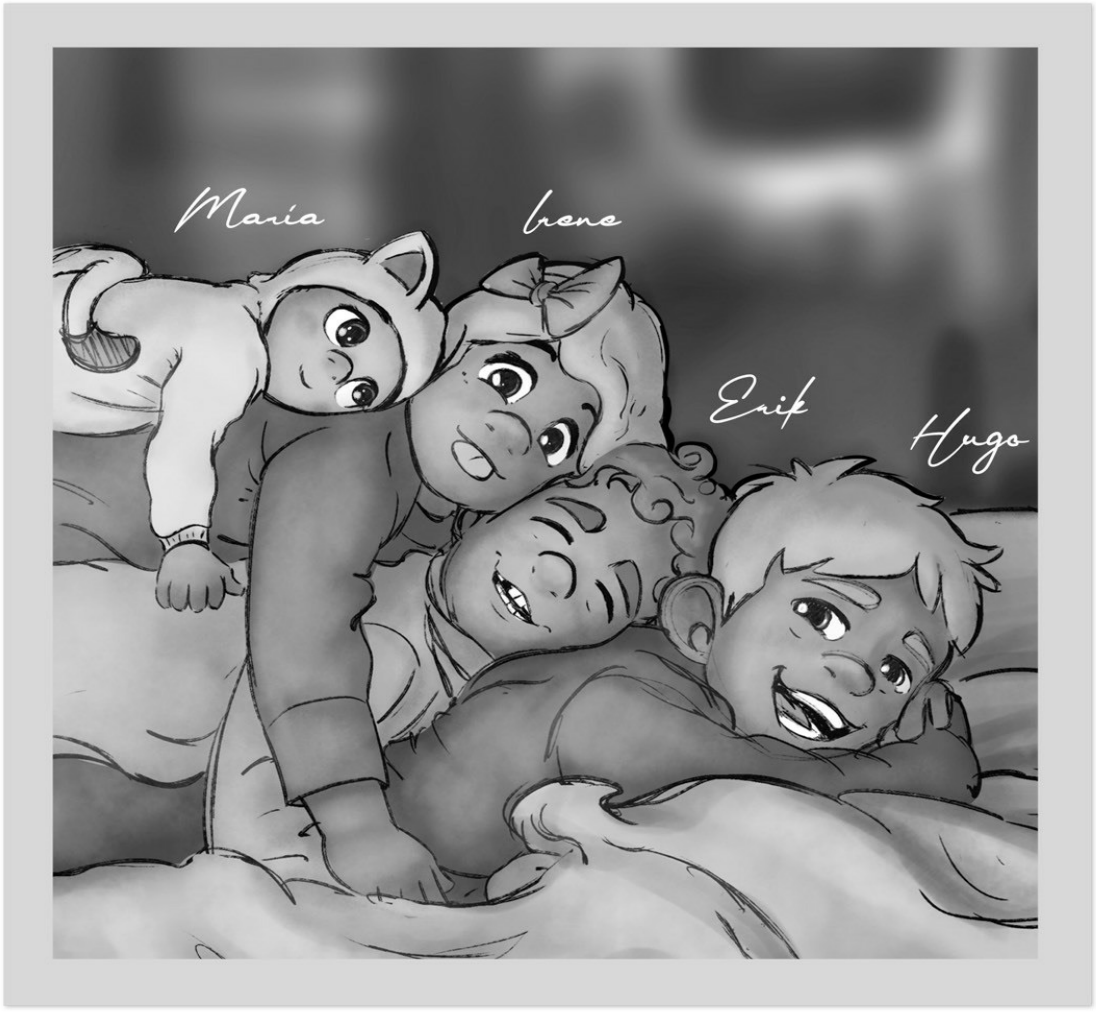
Mira qué cara.

Parece que no ha roto nunca un plato y la que nos lio el día que nos la dejaron a nuestro cuidado.

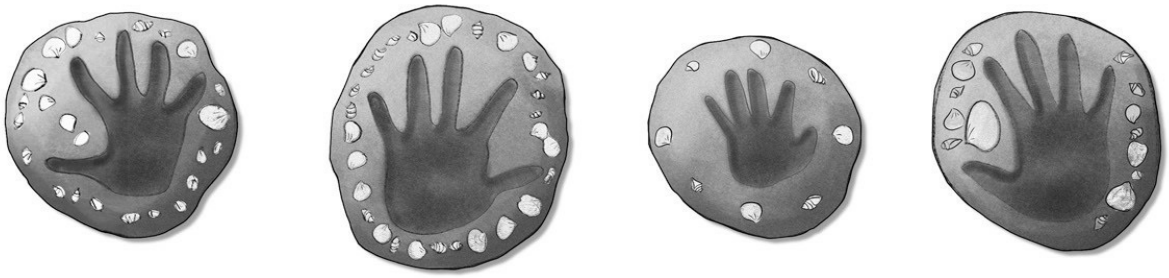


Me acuerdo yo y nos acordamos todos.
Lo grabaste con el móvil y nos lo enseñas en las comidas familiares siempre que te pasas con el champán.

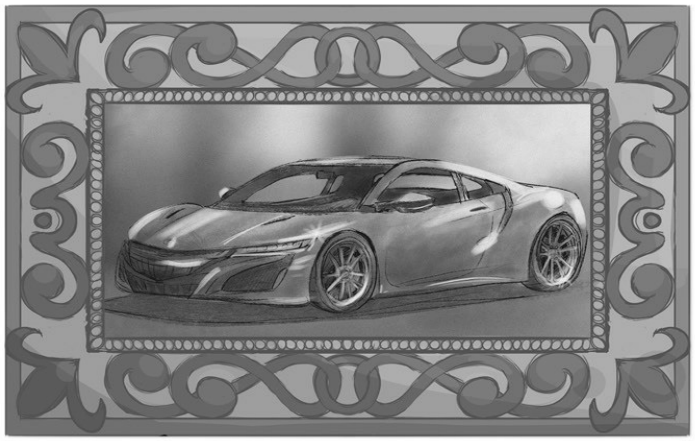
Y lo que te gusta a ti que yo me pase con el champán.



Las manos de los hijos de Cata y River tampoco están ordenadas ni de mayor a menor ni de menor a mayor.



Están ordenadas según las horas que tardaron en inmortalizarlas en arcilla. Con Irene fueron diez minutos. Con Hugo fue media hora. Con María, una hora. Y con Erik… ¡cuatro horas! Pero aquí tampoco podemos perder la costumbre, así que ellos son, de mayor a menor: Hugo, Erik, Irene y María.



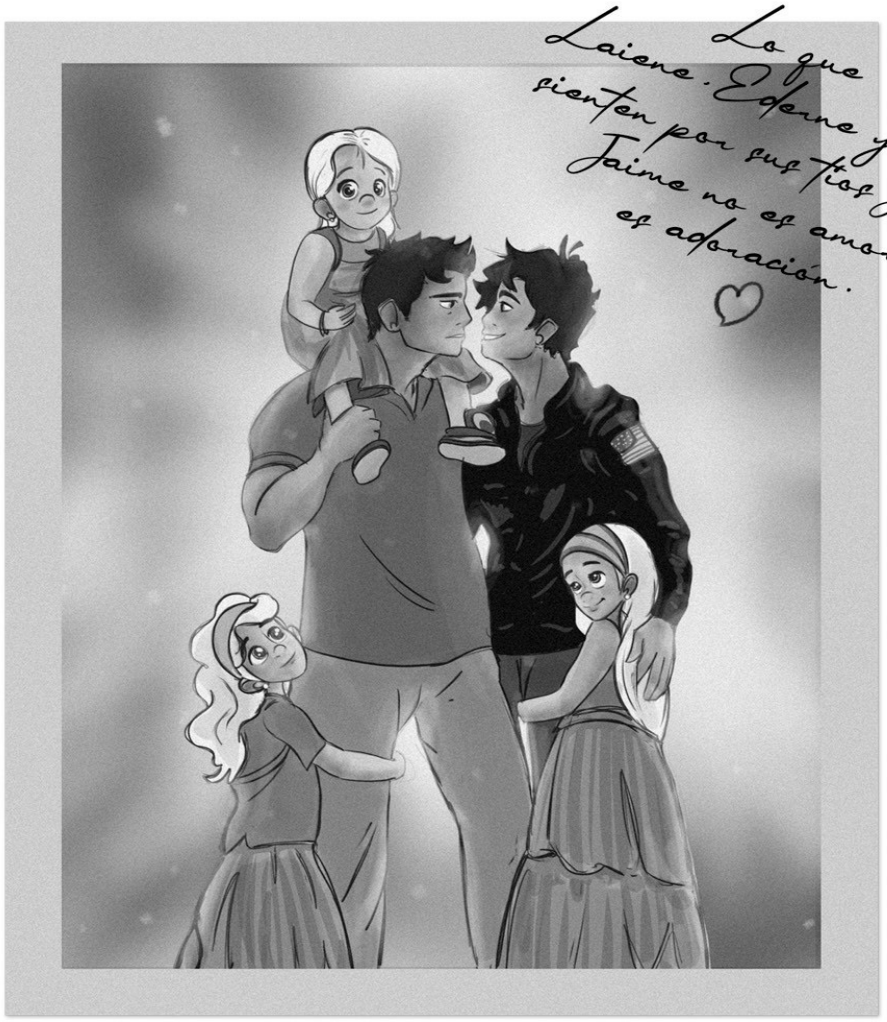
El último lugar en la tierra
4
serie Cabana

Real: foto de Tomatito. A la vista está en el recibidor de la casa de Marc.



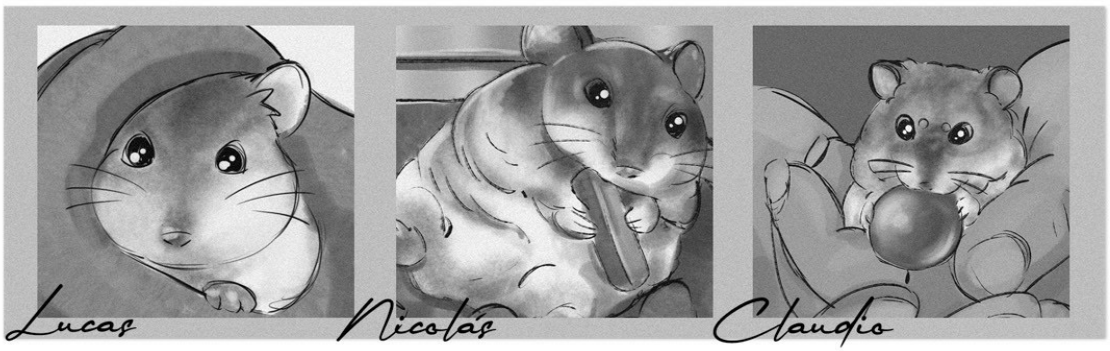
Marcos y Mencía la primera vez que fueron a bucear juntos.

¡Fotaza de River!



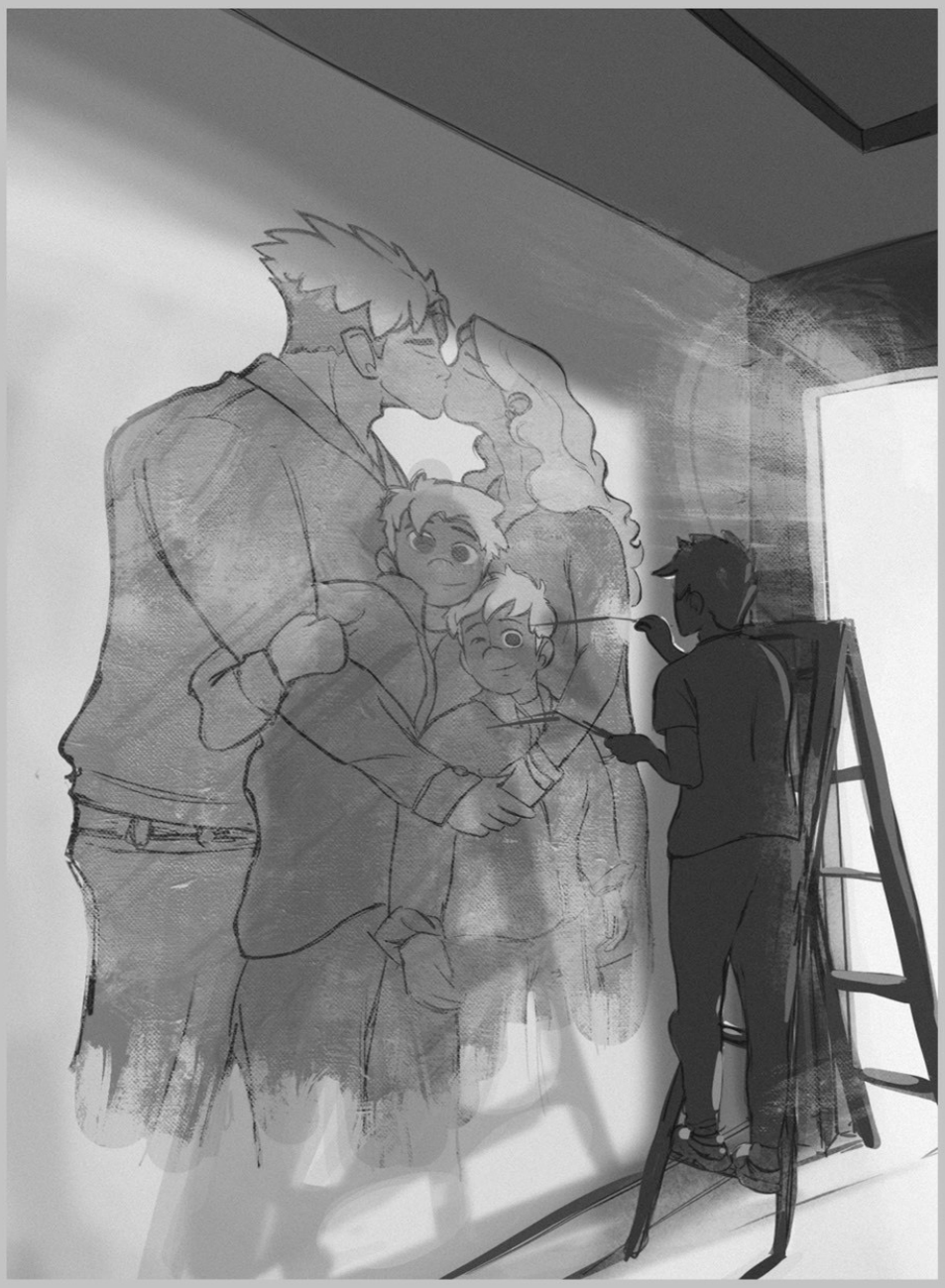
Marcos prohibió a Hugo que claudicara ante las súplicas de sus tres sobrinas que morían por adoptar un perro o un gato o un conejo. Y como Marcos dijo explícitamente «perro», «gato» o «conejo», Hugo les regaló un ratoncito a cada una.

De mayor a menor: Lucas, Nicolás y Claudio.





Álex y Adri lo de las huellas de las manos de sus hijos en la arcilla ni lo intentaron. Pero un día en el estudio se dejaron llevar, metieron las manos en pintura y a la pared que fueron. César y Guillermo (de mayor a menor) los imitaron, por supuesto.



Y así se cierra el círculo.
Sol, música, lluvia, mar y pintura.
Cabanas.

Contenido extra: una conversación telefónica y varios grupos paralelos Cabana que no habíamos visto

Hace mucho tiempo, los hermanos Cabana en una llamada a cinco con Priscila:

Priscila:
¿Sí?

Adrián:
¿Dónde estás?
River:
¿Estás con St. Claire?
Adrián:
¿Con el vecinito? ¿Otra vez?
River:
Creo que el vecinito tiene más años que tú.
Hugo:
No es rival, Adri.
Marcos:
¿Y dónde os pasáis el día entero?
Adrián:
Los lunes en Cala Medusa.
Hugo:
Cierto, los lunes siempre llega a casa con picaduras. Martes y miércoles suelen andar con las bicis o con los monopatines.
River:
Los jueves son de playa.
Marcos:
Hoy es miércoles.
Adrián:
Por eso le pregunto que dónde está a Pris. Tanto la bici como el monopatín están aquí.
Adrián:
¿¿Pris??
Hugo:
Pris ha colgado. ¿Colgamos?
Marcos:

Esperad. Tengo que contaros una cosa que os va a flipar.
River:
¿Qué?
Marcos:
He descubierto un método infalible para follar. En serio, tíos, infalible.
Adrián:
¿Qué?
Hugo:
¿Qué?
River:
¿Qué?
Marcos:
Ostras, qué interesados os veo.
Adrián:
Habla.
Hugo:
Habla.
River:
Habla.
Marcos:
Dos conceptos: pantalones vaqueros y camiseta blanca de manga corta.
Marcos:
INFALIBLE.
Adrián:
¿Va en serio?
Marcos:
Probadlo y me lo contáis. Compartimos experiencias.
Hugo:
Tampoco te pases.
Marcos:
No me refería al pie de la letra, Hug.
Hugo:
Por si acaso.

Varios días tras el regreso de Adrián de Boston sin Priscila:

River creó el grupo «Pris»
River añadió a Marc
River añadió a Adri
River añadió a Hugoeslaestrella

River:

Estoy en el curro, y sé que lo hemos hablado millones de veces, pero no puedo dejar de pensar en ello.

No entiendo qué ha ocurrido.

No entiendo por qué Pris no ha regresado aún y no entiendo por qué no hemos ido a buscarla.

Poligonero:

¿Me lo dices o me lo cuentas?

Hugoeslaestrella:

Alex está fatal.

Poligonero:

¿Me lo dices o me lo cuentas?

River:

Te estamos esperando, Adrián. Por enésima vez. A ver si por aquí eres capaz de explicarnos algo más que a la cara.

Adri:

Dadle tiempo, por favor.

Poligonero:

¿Cuánto?

Adri:

No lo sé. Tiempo.

Poligonero:

OK, pero que no se nos vaya de las manos.



La noche antes de la (no) boda de Marcos Cabana:

Marc:

Alex. Necesito decirte una cosa.

Alex:

¿Qué?

Marc:

¿Te acuerdas del día que Ali y yo os repartimos las invitaciones de la boda?

Alex:

Como para no acordarme.

Marc:

Me dijiste que me notabas raro.

Alex:

Te espero en mi casa.

Marc:

Son las dos de la mañana. Por cierto, ¿qué haces despierto?

Alex:

Esperar tu mensaje. Te espero en mi casa.



Un mes después de la (no) boda de Marcos Cabana:

PutoAdrián:

Alex. Necesito decirte una cosa.

Alex:

¿Qué?

PutoAdrián:

Es sobre la foto.

Alex:

No me pidas perdón.

PutoAdrián:

Debí reconocerte. Y es imperdonable que no lo hiciera.

Pero yo estaba en Boston y Álex estaba en Boston.

No es una excusa. Es un hecho.

Solo quería que lo supieras.

Alex:

¿Por qué?

PutoAdrián:

Porque debí reconocerte.

Alex:

Sí que debiste.



Mientras Hugo y Dylan discutían por el futuro de los perros. Sí, sí, mientras:

Marcos creó el grupo «Eh, ¿hola?»

Marcos añadió a River Phoenix
Marcos añadió a Adri
Marcos añadió a La niña

Marcos:

Estos dos están liadísimos. ¿Lo sabíais y no me lo habíais dicho, capullos?

Adri:

Esto va a acabar mal. Lo presiento.

River Phoenix:

Callad y dejadme escuchar.

La niña:

No has metido a Hugo.

Marcos:

¡Es para hablar de Hugo!

La niña:

¡No podemos hablar de él a sus espaldas!

River Phoenix:

¡Shhh!

Adri:

Hugo está en negación, eso es lo que pasa.

River Phoenix:

¡Shhh!

La niña:

Tenemos que hacer algo.

Marcos:

Yo he carraspeado para que se den cuenta de que estamos aquí…, pero nada

Adri:

Flojo. Voy a toser a ver…

River Phoenix:

¡Podéis callaros ya!

La niña:

Mamá y papá también están flipando.

Marcos:

Mamá de vez en cuando mira a papá con cara de: «¿Has visto la que has liado?».

Adri:

Totalmente. Y el cuñado intenso ni parpadea. Como cuando ve la Fórmula 1.

La niña:

¡Deja a Alex en paz!

Adri:

;)

River Phoenix:

No calláis, joder.

Adri:

Pris, ¿has visto la cara de Jaime?

La niña:

Mierda.

Marcos:

Joder. ¿Ahí todavía hay tema?



Cuando Hugo y Adrián se escabulleron por la noche para pintar en la acera de la calle un «te quiero»:

Adrián creó el grupo «Estoy con Hugo y vamos a recuperar a Dylan»
Adrián añadió a Pris
Adrián añadió a Marco Polo
Adrián añadió a River Phoenix

Marco Polo:

Y se queda tan ancho, el chaval.

El fin de los grupos paralelos es que el creador nos cuente algo.

Pris:

Nos lo ha contado en la descripción del grupo.

Marco Polo:

¿Y ahora no dices eso de «no has metido a Hugo?

River Phoenix:

Bien.

Marco Polo:

¿Bien?

River Phoenix:

Estoy trabajando.

Marco Polo:

Os estáis luciendo todos hoy.



Se descubrió toda la verdad de Cata y River y…:

Hugo:

Pris, ¿cómo está Cata?

Pris:

Mal.

Hugo:

Estate pendiente de ella, ¿OK?

Pris:

Por supuesto.

También puedes llamarla tú.

Hugo:

Cómo si fuera a cogerme el teléfono. Me odia.

Pris:

Lo dudo mucho. Me parece que no está en su naturaleza. De todas formas, busca otros métodos para acercarte. Seguro que se te ocurre algo.

Hugo:

Tengo una idea. Tiene bigotes y cuatro patas.

Y no es River.

Mierda. Perdona. Es la costumbre de estar siempre a la defensiva con tus hermanos.

Pris:

Ja, ja, ja, ja, ja.

Me gusta la idea de bigotes y cuatro patas. ;)

¡Mierda! ¡Yo también me refiero al gato! Alex ni siquiera tiene bigote.

Tampoco cuatro patas…

Dios…

Hugo:

Lo sé…



Priscila creó el grupo «Operación recuperar a Cata»
Priscila añadió a Adri
Priscila añadió a River Phoenix
Priscila añadió a Marco Polo
Priscila añadió a Hugoeslaestrella

Marco Polo

¡Has metido a River!

Priscila:

¡Pues claro!



Mencía pide ayuda a los Cabana para recuperar a Marcos:

River creó el grupo «Operación paralela ascensor»
River añadió a Hugoeslaestrella
River añadió a Adrián
River añadió a La niña

River:

No, Pris, no he metido a Marc en el grupo. Ni a Mencía. Es para hablar de ellos.

Tengo una idea para el plan de Mencía del ascensor.

Los voy a encerrar de verdad.

Para que sea más real.

Hugoeslaestrella:

Si los encierras de verdad otra cosa no sé, pero real va a serlo un rato.

La niña:

Empezáis a petarme el móvil de grupos de estos.

Adri:

¿¿Verdad??



Priscila creó el grupo «Grupo paralelo viaje a Burdeos para conocer a Hugo Cabana Dos»

Priscila añadió a Alex

Priscila añadió a Adri
Priscila añadió a Cata
Priscila añadió a River Phoenix
Priscila añadió a Marco Polo
Priscila añadió a Mencía
Priscila añadió a Hugoeslaestrella
Priscila añadió a Dy
Priscila añadió a Jaime
Priscila añadió a Mamá
Priscila añadió a Papá

Marco Polo:

Madre mía, qué cruz.

Papá:

¿Qué dices de tu madre?

¿¿Y qué es un grupo paralelo??

Marco Polo:

A mí no me quedan fuerzas. El que quiera explicarlo que se lo ponga en mayúsculas a Pris o algo.



Cuando apareció Álex con tilde:

Dylan creó el grupo «¿Álex?»
Dylan añadió a Cabana 1
Dylan añadió a Cabana 2
Dylan añadió a Babe
Dylan añadió a Cabana 5

Dylan:

Ya estáis empezando a largar, Cabanas.



Cuando Adrián cocinó pasta después del encontronazo con Álex en la cuesta. Y después del beso:

Marcos creó el grupo «¿Pasta al dente?»
Marcos añadió a River Phoenix
Marcos añadió a Hugoeslaestrella
Marcos añadió a La niña

Marcos:

Una cosa es la pasta al dente y otra cosa es quedarte sin diente al comerla.

Hugoeslaestrella:

Cómo te pasas.

La niña:

Yo la veo bien.

River Phoenix:

Comedla y punto.

Marcos:

¡No me habéis dejado terminar!

Lo que quería decir es que Adri no está bien. Ayer gritó «polla» en medio de la calle.

Y ya sabéis que Adri es de «cojón» y no de «polla».

Hugoeslaestrella:

¿Nos lo llevamos mañana a hacer surf?

River Phoenix:

Qué buena idea, Hugo.

La niña:

¡Sí! Me encanta mucho.

Marcos:

Haremos que parezca casual.

Hugoeslaestrella:

Qué miedo me dais…



Mencía conduce a Tomatito a toda leche:

Marcos:

¿A dónde cojones va Mencía con tomatito a toda hostia?

River Phoenix:

El CNI no tiene coche de empresa.

Marcos:

¡No me toques los cojones!

River Phoenix:

Luego.

Que estamos en medio de algo.



En realidad, (TODOS) los Cabana crean grupos paralelos constantemente. Para cosas importantes y para cosas tan insignificantes como:

Marcos creó el grupo «¿Me despertáis mañana a las 7 am? Tengo algo y no quiero llegar tarde»
Marcos añadió a Adri
Marcos añadió a River Phoenix

River creó el grupo «Corte de pelo de Hug. ¿Comentamos?»
River añadió a Marco Polo
River añadió a Adri
River añadió a La niña

Hugo creó el grupo «Ups. Le he dado un toquecito sin querer al coche de Marc»
Hugo añadió a Riv
Hugo añadió a Adri
Hugo añadió a Pris

Adrián creó el grupo «Estrategia Monopoly de hoy: modo trampas *on*, ¿ok?»
Adrián añadió a Pris
Adrián añadió a Hugoeslaestrella
Priscila creó el grupo «¿Esto cómo va, entonces?»

Priscila añadió a Adri
Priscila añadió a River Phoenix
Priscila añadió a Hugoeslaestrella
Priscila añadió a Marco Polo

...
...
...

Marcos creó el grupo «¿EN SERIO NOS VAMOS A QUEDAR CON LAS GANAS DE SABER A DÓNDE FUERON LOS BABE DE LUNA DE MIEL?»

Marcos añadió a River Phoenix
Marcos añadió a Adri
Marcos añadió a La niña
Marcos añadió a Hugoeslaestrella

Hugoeslaestrella:
Sí.

Más contenido extra: habla la madre de los Cabana

MARÍA

Recuerdo cuando nació River, mi River; lo tengo nítido en la cabeza. Fue lo que se llama un «niño trampa». Se portaba bien, dormía casi del tirón por las noches, comía de todo y no nos la liaba demasiado, al menos no hasta que creció… Recuerdo cuando fuimos a la playa por primera vez con él. Tan solo tenía una semana de vida, pero quisimos que escuchara el sonido del mar. Que se empapara de él.

Dos años después llegó Marcos, mi Marc, y ahí es cuando entendimos lo de que River era un «niño trampa». Marcos no dormía del tirón por las noches, nada más lejos de la realidad; no comía de todo, nada más lejos de la realidad, y nos la liaba bastante. A diario. Hasta que se fue de casa a los treinta y cinco años. Creo que aquel día fue uno de los más difíciles que he vivido con él… Recuerdo cuando íbamos a la playa con ellos dos. Recuerdo a River con sus manguitos de color rojo y a Marcos, que se comía la arena a su lado.

Luego vino Hugo, mi Hugo, el mediano, tres años después. Hugo también fue bastante inquieto de pequeño, y digo «bastante» y no «muy» porque quizá mi percepción se alteró después de Marcos, no lo sé. Sí recuerdo que mi vida volvió a cambiar y que uno más uno más uno no son tres. Son diez. Me encontré con un bebé recién nacido; un niño del demonio, de tres años, y otro mayor, de cinco. Fue una locura… Recuerdo cuando íbamos a la playa con los tres. River ya había aprendido a nadar (pero no por ello dejaba de tener cinco años) y se me iba en una dirección; Marcos echaba a correr en dirección contraria con los manguitos de River, y yo me recorría la playa con Hugo en brazos en busca de uno de ellos mientras Francisco perseguía al otro. Sin embargo, nunca dejábamos de ir a la playa.

Y llegó Adrián, mi niño pequeño, dos años después. Supe que Adrián era diferente casi desde el principio. Lo intuí. O me lo decían sus ojos. A Adrián lo disfruté, y no tiene nada que ver con que fuera un niño tranquilo. Creo que me había convertido en una madre todoterreno con el transcurso de los años y tres niños a las espaldas. Pero, sobre todo, fue porque yo había madurado como persona. Tenía otra perspectiva sobre la vida, y eso me hizo ver la maternidad de otra manera. Me hizo ver que no solo hay que educar, sino también disfrutar de ellos e integrarlos en tu vida. Así que Adrián fue una gozada. Recuerdo cuando íbamos a la playa con los cuatro; aquello era peor que el desembarco de Normandía. River nadaba estupendamente y cuidaba (a veces casi ahogaba) a Marcos. Marcos se creía el rey del mundo y del océano y había que tener ochenta ojos con él. Hugo jugaba en la arena, a ratos, mientras miraba a sus hermanos correr de un lado a otro y le salían carcajadas de la boca, y a otros ratos jugaba con ellos; por

supuesto, tenía que ser como él quisiera. Él ponía las normas. Con tres años. Y los dos mayores lo obedecían. Adrián se pasaba la mayor parte del tiempo dormido, pasando de todo.

Y meses después por fin llegó la princesa de la casa. Tengo que decir que no fuimos a por ella, fue producto de un descuido, pero qué gran descuido. El mejor de mi vida. Priscila le dio a nuestra vida la chispa que le faltaba. Una chispa que no sabíamos que nos faltaba hasta que llegó ella. O el color que nos faltaba, como diría Adri. Los tres mayores se volcaron desde el primer momento. La adoraron. Adrián y ella se criaron prácticamente juntos. Fue la niña de todos. La playa se nos iba de las manos cada día. Pero sobrevivimos entre lazos y pompones.

Ahora ya se han marchado todos de casa.

Una casa que se ha quedado en silencio.

Pero es lo que toca.

Ellos tienen que hacer su vida, igual que yo hice la mía.

Ahora les toca disfrutar de sus hijos. Y a mí también, desde mi posición de abuela.

Y más contenido extra: lo que no hemos visto de la historia de Julen y Jaime (continuación El último minuto de nuestras vidas)

JULEN

Me detengo unos segundos en la puerta del pub antes de entrar. Hace unas ocho horas que he discutido con mi padre, he hecho la maleta a toda hostia y me he metido en el coche con la firme intención de valorar mis alternativas y decidir lo que quiero hacer con mi vida. He tenido más de setecientos kilómetros para hacerlo. Y me doy cuenta aquí y ahora de que no he pensado en nada en absoluto. Solo he pensando en que tenía que pensar.

De diez.

Yo no aprendo.

Me pregunto si actuar por instinto también va unido a la genética. ¿Y la estupidez? Porque mi instinto lleva dándome por culo media vida, pero yo ahí sigo: al pie del cañón.

Entro. No he avisado a mi hermana de que venía; tenía la intención de hacerlo en el trayecto. Quería hacer tantas cosas en ese trayecto. Pero entonces me he visto envuelto en el asunto de pensar en que tenía que pensar y el resto es historia.

Mens levanta la mirada, como si me hubiera sentido llegar, y me ve. Su rostro muda de la diversión que la inundaba a la sorpresa. A la interrogación. Y a la alegría.

—¡Juls! —Se levanta y viene corriendo hacia mí. Siempre. Me envuelve en sus brazos y yo me siento en casa. Más en casa que bajo el techo del hogar de mis padres donde he vivido toda mi vida—. ¿Estás bien?

—Cansado del viaje.

—Ven a sentarte.

Me coge la mano y me arrastra hacia las mesas del fondo. Hacia su novio y la familia de su novio, que no son más porque Dios no lo ha querido. Y hacia ÉL. Porque, por supuesto, ÉL también está aquí. Contaba con ello. Era otro de los asuntos en que quería pensar en el trayecto en coche hasta aquí.

—Vaya —exclama—. El que faltaba.

Intenta decirlo con sorna pero lo hace con una extraña mezcla entre mortificación y aburrimiento. No sé cómo tomármelo. Dejo que mi instinto se haga cargo del asunto. Y mi instinto decide ponerse borde. Mi instinto se pone borde el noventa y nueve por ciento del tiempo aunque mi cerebro no lo quiera. Genética. No nos escondemos.

—Yo también me alegro de verte.

—No tanto como yo a ti.

No sabría decir si va en serio o no. Me doy de bruces con su rostro y clavo la mirada en sus

ojos para comprobarlo. Siguen tan enormes como siempre. Y él parece más enfadado que otra cosa.

—¿Qué haces aquí, Juls? —me pregunta Mens.

—Me mudo.

—¿Al pueblo? —añade ÉL, ahora sí, clarísimamente cabreado.

—No, a tu puta casa, si te parece bien.

Y esto es lo que pasa cuando llevas un mes aguantando la mierda dentro. Cierro los ojos y aprieto los labios. «Mierda». Esto no tenía que suceder así.

—Habría que preguntarle a mi puta casa a ver si te quiere de nuevo en ella. ¿La llamamos? Ah, no, espera, que no tienes teléfono. Toma —saca el suyo del bolsillo de su pantalón y me lo ofrece—, te presto el mío. ¿Sabes utilizarlo o eso también se te ha olvidado? ¿Quieres un cursillo rápido?

—¿Me lo vas a dar tú?

Porque mi respuesta sería: sí. Sobre esto también quería haber pensado en el coche…, pero…, agua.

—Claro. No te preocupes, es bastante intuitivo —sonríe con ironía y comienza a enredar en él—. Mira. Desbloquear. Deslizamos la pantalla hasta el iconito verde donde pone «WhatsApp». Entramos. A ver, buscamos Juls. Juls, Juls, Juls. Juls, Juls, Juls. Aquí estás. Vaya —me muestra el teléfono. A mí y a las tropecientas personas que nos rodean—, pero si te he enviado más de cuatrocientos mensajes en el último mes y tú no te has molestado ni en leerlos. Lo de contestarlos ya… Ahora que lo pienso, quizá el cursillo que más se adapta a tus necesidades sea uno de «educación elemental». O de «relaciones sociales».

Tengo que morderme la boca para no reírme. Porque tiene razón en todo. Y porque Jaime me ha hecho reír desde el primer momento, muy a mi pesar. No porque fuera Jaime, sino porque yo no tenía ganas de reír. Él afirma que Priscila Cabana es especial porque lo hace reír y poca gente lo hace reír. Comprendo el sentimiento más que nunca. Y comprendo el amor a partir de ahí. No sonreír es… es una putada muy grande.

—¿También me lo vas a dar tú?

—Podría. Dos por el precio de uno, por ser tú. Y un beso en la cabeza de regalo. También por ser tú. —Entonces se dirige al resto de la gente—. No le gustan los besos en el hombro.

Ese no fue el problema. El problema fue que me gustó demasiado.

—Tú no tienes ni idea de lo que me gusta o no me gusta.

—Hombre, un poco de idea sí que tengo.

Abro la boca para soltarle una grosería tan potente que sería capaz por sí sola de destrozar hasta los cimientos del maldito bar (sí, soy bipolar), pero él me lo impide con la mano.

—No lo digas, por favor —suplica con dolor. ¿Otro bipolar? Si es que somos tal para cual—. Vamos.

Se levanta y pasa por mi lado.

—¿A dónde?

No responde. Solo me indica con la cabeza que lo acompañe y continúa el camino hacia los baños. Suspiro fuerte. Y lo sigo. No tengo ni idea de lo que voy a encontrarme dentro ni de cómo voy a actuar yo una vez estemos a solas, se supone que esto iba a preparármelo en el coche, pero desde luego no esperaba encontrarme a un Jaime muy calmado y con cara de cachorro abandonado apoyado contra la pared.

«Podemos fantasear que estamos follando con otra persona. Solo es sexo. Puedes cerrar los ojos e imaginar que soy quien quieras que sea». Esas fueron sus palabras. ¿Y es posible que estas

veintitrés palabras dieran el pistoletazo de salida para una historia de…? ¿De qué? ¿De amor? Ni siquiera yo lo sé. Dejémoslo en una historia. «Historia». Una expresión para referirme a Jaims y a mí que jamás hubiera imaginado. Y yo tengo mucha imaginación. Más que la media. Pero tener «algo» con él fue inesperado. Cómo cuando en el día más nublado del año de pronto brilla el sol con fuerza y sin un solo nubarrón alrededor. Miras hacia el cielo y le dices al cielo: «Pero ¿qué me estás contando?». Pues igual. El mundo está loco.

Cuando escuché aquellas frases de su boca lo primero que pensé fue: «Ni de palo. Con él, no. Por mucho que me apetezca follar». Lo segundo, una duda que germinó desde la boca de mi estómago y floreció del todo en mi cabeza: «¿Funcionaría?». Y por último, una conjugación diferente del mismo verbo: «¿Funcionará?». Y me lancé. Porque era lo que necesitaba. Follé con Jaime pensando en Asier, mi exnovio. Aunque no estoy seguro de poder considerarlo como tal. Su amor y su corazón no fueron míos en ningún momento. ¿Cómo serlo si ya eran de otro?

Un año saliendo juntos. Bailábamos en bares como si solo existiéramos nosotros. Viajábamos en coche sin destino. Comíamos y compartíamos vida con mi familia. Y un día decidí presentarme en su casa de improviso para darle una sorpresa. En algo más de doce meses nunca me había invitado porque «su compañero de piso» estaba siempre en casa y era un tipo muy peculiar. Ya. Tan peculiar como que era su puto marido. Fue él quien me abrió la puerta. Lo supe al instante. Quizá porque algo muy dentro de mí me decía que Asier escondía algo. Quizá por eso fui a su casa y yo mismo lo disfracé de sorpresa. No lo sé.

Pregunté por Asier y el chico me invitó a entrar.

Entré.

Entré a pesar de que las piernas me pesaban como nunca. Como si estuviera caminando por el agua con piedras atadas a los costados. Del interior de la casa no recuerdo nada. Del portal, el ascensor y la puerta de entrada, todo. Incluso el olor. La cara del marido también la recuerdo. Y la de Asier. Lívida. Me largué corriendo (sí, hui) y nunca más he sabido de él. Y es una putada que esa sea la última imagen que guardo de Asier. Porque mientras follaba con Jaime veía esa cara. Todavía no entiendo cómo me corrí. O sí. Fue por Jaime. Me sacó de mi escena con Asier constantemente cuando me impidió que me desprendiera de la sudadera. Fue otro «pero qué me estás contando» tan fuerte que me sacó de allí.

—Lo siento —me dice Jaime, y tengo que sacudir la cabeza para regresar al presente—. Me he pasado.

Frunzo el ceño.

—¿Estás borracho?

Ríe.

—No.

—¿Drogado?

Ríe de nuevo.

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Entonces… —se separa de la pared—. La verdad es que cuando te dije hace un mes que si te rompieras una pena me daría pena, lo decía en serio. Y ahora también me importaría. Te he cogido afecto. ¿Qué le vamos a hacer?

¿Solo afecto?

—Estás… diferente.

—Te has perdido muchas cosas en este último mes. Y te las has perdido porque te ha dado la gana. No es una recriminación. En serio que no. Te he mandado millones de mensajes. Día tras

día. Quise hablar contigo y arreglar las cosas en cuanto te fuiste de mi casa, pero no me has dado la oportunidad. No te guardo rencor. Solo… no quiero discutir contigo. Tu llegada me ha pillado por sorpresa y he actuado de manera irracional, como de costumbre, hasta que me he dado cuenta de que… No quiero discutir contigo. Nos acostamos durante cuatro meses. Yo crucé uno de tus límites. Nos separamos. Y yo he tenido mucho tiempo para pensar.

—¿En qué? —pregunto sin aire. Porque me he quedado sin aire.

—En todo. Si hubieras leído los mensajes, lo sabrías. Fui a Valladolid.

—¿Cuándo?

—La semana pasada. Hablé con mis padres. Se lo conté todo.

—¿Y cómo fue?

—Regulinchi, como dirías tú. No nos van a dar el premio a la familia del año. Tenías razón. Estaba enfadado con ellos. Enfadado por no ver que yo estaba sufriendo. Que sufrí durante años. Y me he dado cuenta de que si Priscila tiene un mal día o si discute con Alex, yo me doy cuenta. Joder, me doy cuenta de hasta cuando Alex tiene un mal día. ¿Y sabes por qué es?

—¿Por qué?

—Porque paso tanto tiempo con ellos que no existe emoción que puedan ocultarme. Y eso para mí significa ser familia. Para mí. Ni es una verdad universal ni tengo por qué tener razón. Solo es mi manera de verlo. Mis padres no lo ven igual. Lo consideran una exigencia desmedida. Supongo que yo soy un desmedido —suspira—. De cualquier forma, esa gente que está ahí fuera es mi familia. Incluida tu hermana. No quiero pelearme contigo delante de ellos. Bueno, tampoco quiero pelearme contigo a sus espaldas. ¿Borrón y cuenta nueva? —Me ofrece la mano. Y yo…

Yo se la tiendo. Porque yo tampoco quiero discutir más. Yo quiero lanzarme al vacío con la certeza de que alguien va a sujetarme con sus brazos. Creo que todos queremos eso de alguna manera. Lanzarnos para sentirnos libres. Y que nos sostengan para sentirnos protegidos. El problema es cuando ya te has lanzado y te has estrellado contra el suelo. Un chisporroteo viaja hasta mi columna vertebral por el toque de sus dedos en los míos. Es el mismo chisporroteo que aquel beso en el hombro. El mismo puto chisporroteo.

—Por cierto, también hablé con él —continúa.

—¿Con quién?

—Ya sabes con quién.

—¿Y?

—Lo tienes todo en el móvil. Léelo, si te interesa.

—¿No quieres contármelo ahora?

—La verdad es que no. Es… intenso. Y también te hablo de Hugo.

—¿Sí?

—Sí. Me dio la impresión de que habías confundido ciertas cosas.

Mi corazón palpita. Y tengo que contenerme mucho para no ir al móvil y leerlo todo. No lo he leído antes porque… no sé por qué. Creo que no estaba preparado.

—Quizá los lea.

Sonríe.

—Bien. Pues bienvenido al pueblo.

—Gracias.

—¿Dónde vas a quedarte?

—Buscaré un apartamento.

—¿Y hasta entonces?

—En casa de mi hermana, supongo.

—Puedes quedarte en la mía, si quieres. Mientras buscas tu propio espacio, me refiero.

—¿En serio me estás ofreciendo tu casa?

—Mi puta casa, según tus propias palabras —río, y él también—. Marcos y Mencía acaban de mudarse. Y van a estar encantados de tenerte con ellos, de eso no tengo duda, te adoran, pero… acaban de mudarse. Te conozco lo suficiente como para darme cuenta de que no estás loco de felicidad por irrumpir en esa recién estrenada intimidad. Quédate en mi casa.

—¿Y en tu cama?

—No —levanta las manos—. Te prometo que no es una oferta con segundas intenciones. El sexo no está incluido en la oferta. Ni de coña. Pero puedes quedarte en mi sofá. No es tan incómodo.

—Conozco tu sofá.

—Conoces mi sofá después de quedarte dormido de malas maneras tras una sesión de sexo, pero no lo conoces bien preparadito, con la cama abierta, con sus sábanas y sus almohadas.

—¿Tu sofá es un sofá cama?

—¡Sí! ¿No es una locura?

Río otra vez. Con Jaime siempre es así.

—Fuera bromas —digo con suavidad—. No sé qué decir.

—Di que sí. Vienes. Pruebas. Y si te sientes incómodo, te largas a casa de tu hermana. Pero te aviso, llevo compartiendo piso desde los dieciocho, no vas a tener queja.

¿Dejamos que actúe el instinto? Venga, dale.

—Vale.

—Genial. ¿Volvemos a la mesa?

—Claro.

Los demás van a flipar. Y flipan.



Por la noche, acostado en el sofá de Jaime, con mi ropa guardada en un hueco de su armario y las emociones del día en mi cabeza (regresar a esta casa me lo ha revuelto todo), decido leer todos sus mensajes de Jaime. Algunos los leo en diagonal. Otros los leo dos veces e incluso tres.

404 MENSAJES NO LEÍDOS

mié, 1 may

Jaims:

Se me ha pasado el cabreo que tengo contigo. Un poco, al menos. ¿Podemos hablar, por favor? Cógeme el teléfono. Quiero decirte una cosa.

Es importante.

OK. Llámame cuando se te pase a ti el cabreo.

O cuando madures.

Qué vasco eres, joder.

¿Cuánto dura el cabreo de un vasco, por cierto?

jue, 2 may

Jaims:

¿Veinticuatro horas?

vie, 3 may

Jaims:

¿Cuarenta y ocho?

dom, 5 may

Jaims:

¿En serio?

mie, 8 may

Jaims:

No suelo ser tan insistente. Te juro que no. Suelo pasar de todo y de ti ya habría pasado hace tiempo. Hace una semana, para ser exactos. Habría pasado de ti en cuanto saliste por la puerta de mi casa. Pero eres el hermano de la novia de alguien a quien considero familia. Y me importas, Juls. Te he cogido cariño de verdad. Qué desfachatez, eh. He tenido tiempo para pensar. También he hablado mucho con Pris. Y juntos hemos entendido algo. Quiero contártelo. Cógeme el teléfono, por favor.

Aunque supongo que primero tienes que leer estos mensajes…

Y madurar.

Mierda.

Perdona. Ya sabes lo que me cuesta controlar la lengua.

Aunque razón no me falta.

Mierda. Otra vez.

Y lo de que ya sabes que me cuesta controlar la lengua juro que no tenía connotación sexual.

sáb, 11 may

Jaims:

Ojalá se te hubiera quedado la canica en mi casa.

Joder, soy lo puto peor.

dom, 12 may

Jaims:

¿Adivina? Ayer se me fue la mano con la bebida.

Pris me quitó el móvil. Y menos mal.

La que hubiera liado.

vie, 24 may

Jaims:

Estoy en Valladolid.

He venido a hablar con mis padres.

A estas alturas de la película, soy consciente de que es muy probable que jamás leas estos mensajes. Seguramente me habrás bloqueado. Pero me he acostumbrado a escribirte y ahora no puedo dejarlo. Y esto es importante. Además, quiero darte las gracias. Porque esto ha sido gracias a ti. Resulta que tenías razón, estaba enfadado con mis padres. «Estaba». Espera que te lo explico bien.

Perdona, ha pasado algo.

En fin, como decía: he decidido echarle pelotas de una vez por todas y se lo he contado todo a mis padres.

Ahora estoy sentado en la acera de la calle. Menuda bronca, Juls. No lo han entendido. Ni que no se lo contara cuando sucedió ni que estuviera enfadado con ellos.

Pero no hay nada que entender, ¿no? Es como me siento. O como me he sentido. No sé. Estoy confundido. Mañana será otro día.

sáb, 25 may

Jaims:

Me he acercado a un bar del centro y lo he visto a él.

Vale, no. Mentira. He venido a propósito a verlo.

Sabía que estaría aquí.

Me ha pedido perdón. A su manera. No me lo esperaba.

Casi nos enrollamos.

Y hablando de enrollarse…

No estoy enamorado de Hugo.

Quería que lo supieras.

O quería decirlo en voz alta. o escribirlo. No sé.

Hace tiempo que no estoy enamorado de él. No lo estaba cuando tú y yo nos conocimos en el bar ese de las afueras. Mirarlo era un efecto reflejo porque sí había estado enamorado de él. Pero fuiste tú y solo tú el que lo metió en nuestra cama. No lo digo para recriminarte nada. Solo para que le des una vuelta. Son tus fantasmas, no los míos.

Vie, 1 jun

Jaims:

Ha pasado un mes desde el beso en el hombro que lo cambió todo. ¿Te acuerdas de que quería decirte una cosa? Ya no lo hago. No que ya no quiera decírtelo, sino que ya no pienso lo que quería decirte. Ahora pienso otra cosa.

La distancia hace el olvido.

Que te vaya bien la vida, Julen.

Te lo deseo de verdad.

Y ahí acaba todo. He reído en la parte del bar de las afueras (porque estaba en el puto centro), lo he sentido cuando he leído lo de sus padres, el corazón me ha dado un vuelco en lo de él y mi corazón se ha vuelto loco en la parte de Hugo. Mi corazón continúa loco. Y le mando un mensaje, a pesar de encontrarse a pocos metros de mí.

Julen:

¿No estás enamorado de Hugo?

—No. No lo estoy.

Levanto la mirada, sobresaltado. Jaime permanece en el umbral del salón, en pantalón de pijama y camiseta blanca de manga corta. Mi corazón continúa loco.

—Siento mucho lo de tus padres. Pero no te rindas. No te rindas nunca con la gente que te importa.

Él solo asiente con la cabeza.

—¿Qué me querías decir?

Suspira.

—Que me gustabas. Que me veía seguro enrollándome contigo sin ataduras y que me había estallado en la cara.

—¿«Gustabas»? —pregunto con un hilo de voz muy débil.

—Todavía me gustas, en el sentido en que te veo guapo. Superguapo. Pero no quiero tener más sexo contigo. Porque duele. Dueles, Juls. Me dueles cuando te doy un beso en el hombro y a ti te quema, en el peor sentido de la palabra, y me dueles cuando a ti te da igual que yo me rompa una pierna. No me odies por decírtelo, por favor. Una vez he empezado a mostrar mis sentimientos, ya no puedo parar. No quiero parar. Pero tampoco quiero que seas otro Hugo. No quiero perseguir un imposible. No quiero coser mi sombra a la tuya. Buenas noches, Juls.

—Agur —susurro cuando ya se ha marchado.

Permanezco inmóvil en la cama y diez minutos después me preguntó por qué no me he levantado y le he dado un beso en la boca.



Decir que durante las próximas semanas de convivencia con Jaims saco mi lado más conquistador es quedarse corto. Tan corto como la cosa más corta del mundo que no tengo ni puñetera idea de lo que es. Bueno sí: mi lado más conquistador.



—Te besaría en el hombro ahora mismo, Juls.

—Pues échale un par de huevos y hazlo.

Lo miro a los ojos y deseo con todas mis fuerzas que sepa que lo he dicho en serio. Pero no lo hace. Ni en la siguiente ocasión.

Necesito pensar.

Hasta siempre, Cabaners.



Agradecimientos

Los Cabana no han sido fáciles. No lo han sido porque al principio de esta andadura yo no tenía los datos que tengo ahora sobre ellos. Y reconozco que muchas veces he pensado: «Ojalá no hubiera publicado Aquel último verano hasta que hubiera tenido escritos los cinco libros». Mi lógica era aplastante, claro, porque al tenerlos todos escritos hubiera podido moverme entre ellos y cambiar millones de detalles a placer. Y lo más importante, conocería tanto a los personajes que fluiría todo mucho mejor. Y ya no pensaría al leer los WhastApp de Cabana 1 eso de: «Uy, esto no lo diría Hugo, lo diría River».

Sí, hubiera sido todo más sencillo si hubiera sabido lo que había detrás de las discusiones de Cata y River, o si hubiera sido conocedora de la existencia de Álex con tilde (ahí sí que me la liaste bien, ¿eh, pollito?), o del beso de Mencía y Marcos en el pasado. O de muchísimas cosas más…, pero, por otra parte, también pienso: «O no».

Porque lo bonito de esta aventura ha sido ir descubriéndolos poco a poco y que me volvieran loca cada día. Porque no siempre tiene que ser todo perfecto. Si yo misma no lo soy, ¿cómo iban a serlo mis personajes o mis libros?

Llegados a este punto, y después de más de dos años con los Cabana, solo me queda agradecerles a ellos que hayan llegado a mi vida. Parece algo loco, dado que son personajes ficticios, pero de igual manera yo quiero que estén aquí. Gracias, mis Cabana. Sois una de las cosas más bonitas que me han pasado en la vida.

Por supuesto, también hay personas en mi día a día sin las que yo no estaría escribiendo esto ahora mismo (un lunes, 31 de mayo, a las once de la noche). Sabéis quiénes sois de sobra, así que gracias por quererme y por acompañarme en esta otra loca aventura que es la vida. Os quiero con locura.

Ahora tengo que despedirme, porque no quiero enrollarme (bastante con cinco libros y medio, ¿no?), pero no puedo marcharme sin daros las gracias a vosotr@s, Cabaners, por el apoyo, el cariño, las ganas, los mensajes, el amor y la pasión con que habéis llegado hasta aquí. Gracias y… nos vemos en la próxima aventura.

Acerca del Autor

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obligaba a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario confabularon con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*. Ahora ha cambiado de manera indefinida los viajes en coche por las letras, desde que su pasión por el mar Mediterráneo y un folio en blanco la hicieron volar sin remedio a la serie Cabana y al CAR. En el año 2020 su novela *Y el mundo no dejaba de girar* ganó el Premio Jaén de Narrativa Juvenil, lo que supuso un gran reconocimiento a sus letras y un punto de inflexión en su carrera. Apasionada de la lectura fantástica desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir su propia historia de dioses y dragones hasta que llegó *Donde el silencio se rompe, se esconde el poder*, bilogía publicada por el Grupo Planeta en febrero de 2023 y enero de 2024.



Otras obras de Susanna Herrero

Serie Cabana

Aquel último verano (la historia de Priscila y Alex)

El chico de la última fila (la historia de Hugo y Dylan)

La última vez que vi llover (la historia de Cata y River)

El último lugar en la Tierra (la historia de Marcos y Mencía)

That Last Summer (Aquel último verano en inglés)

Tetralogía Sara Summers

Los saltos de Sara

Las caídas de Sara

Las decisiones de Sara

Simplemente Sara

No es amor, es diciembre (spin-off Sara Summers)

En cada canción

Y el mundo no dejaba de girar

Bilogía CAR

Quiero vivir en voz alta

Y quererte en estéreo

Bilogía fantasía

Donde el silencio se rompe

Se esconde el poder

Y próximamente…

Trilogía CAR Hockey (spin-off bilogía CAR)